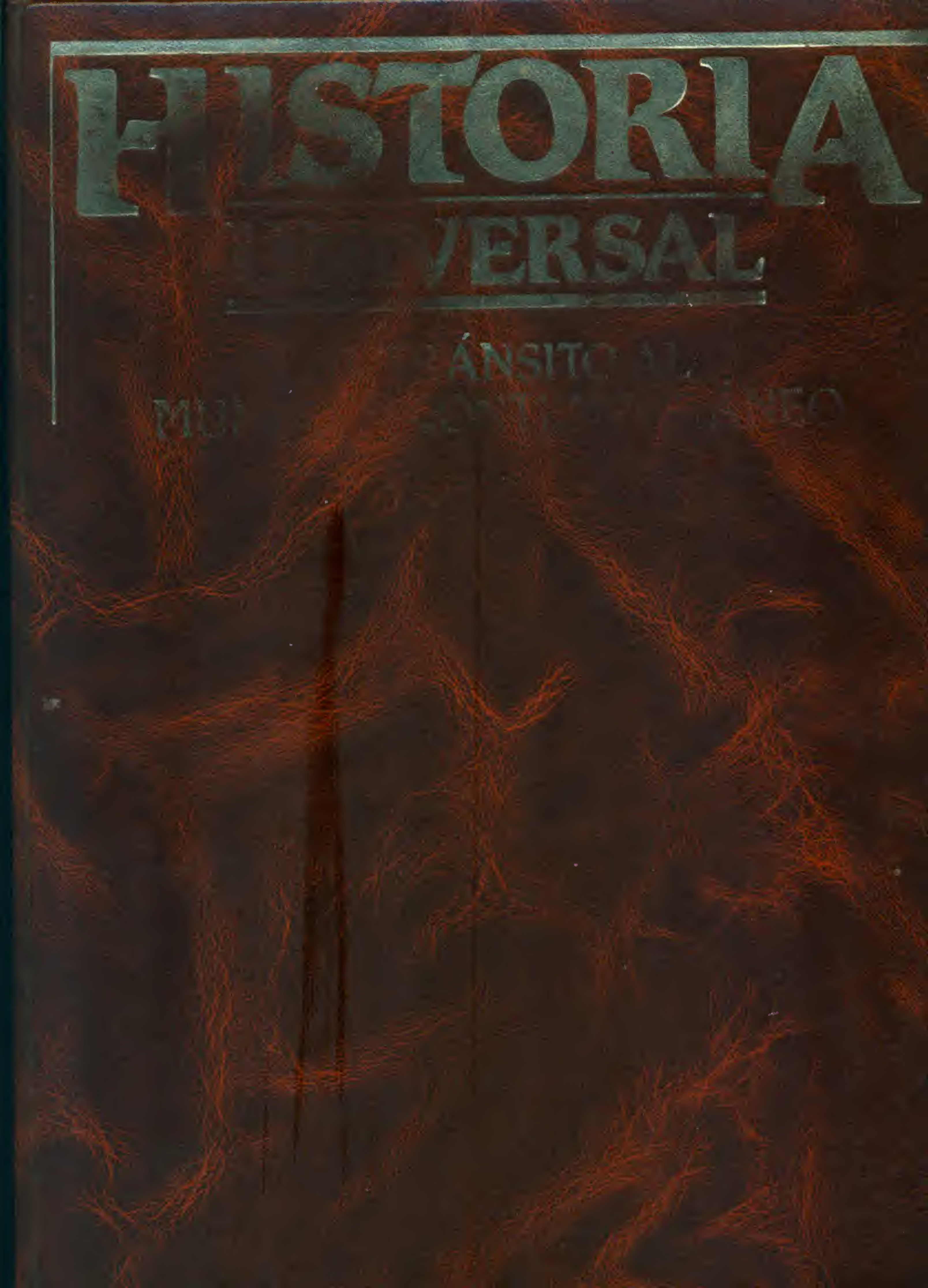
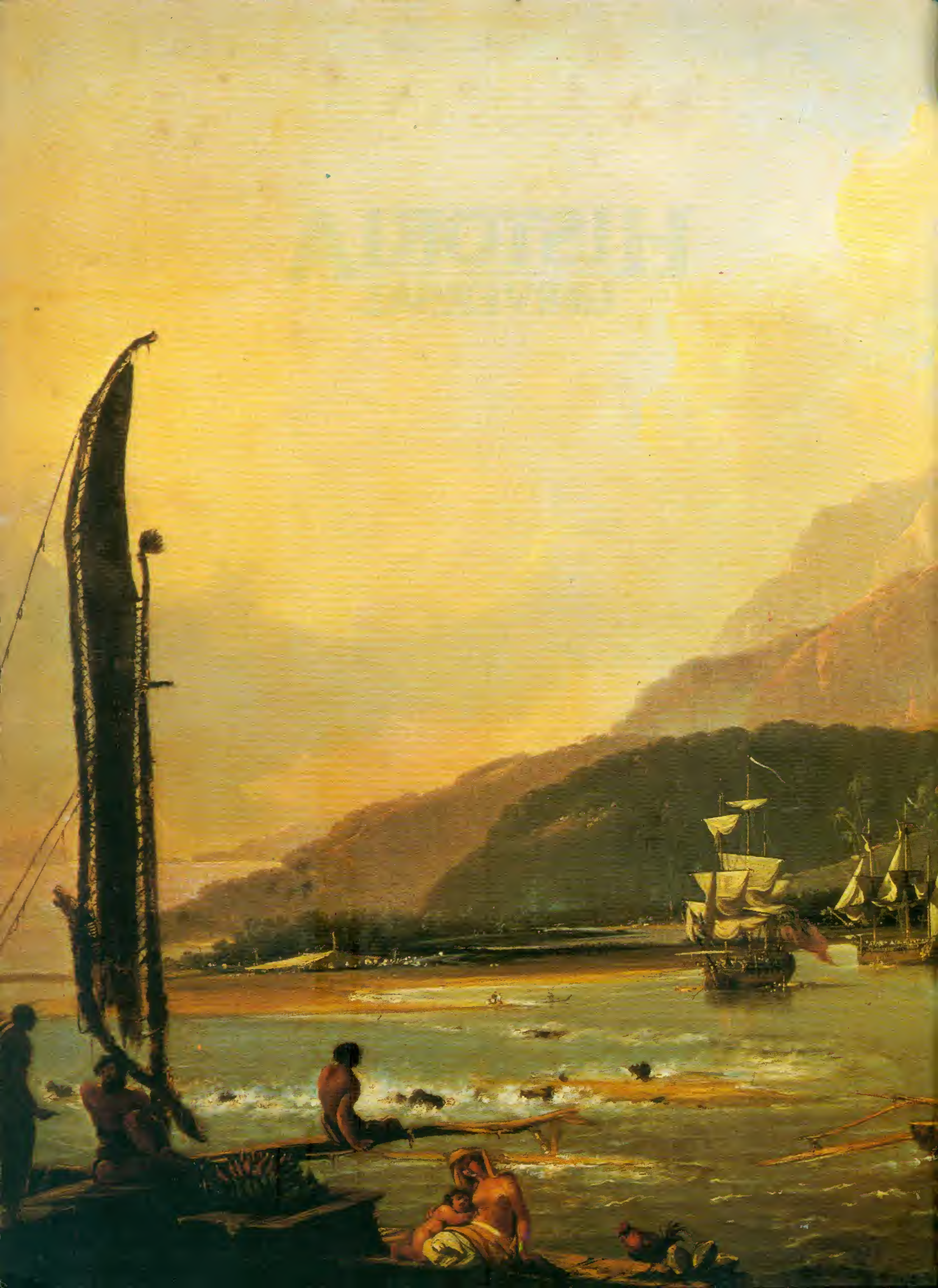

EL TRANSITO AL MUNDO
CONTEMPORANEO
HISTORIA UNIVERSAL


HISTORIA





HISTORIA UNIVERSAL




EL TRÁNSITO
AL MUNDO
CONTEMPORÁNEO
EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Archivo Mas, Barcelona; Archivo Nauta, Barcelona; Bibliothèque Nationale, París; Bildarchiv der Österreichischen Nationalbibliothek, Viena; Bildarchiv Foto Marbury; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín; Casa Real Británica, Londres; CIRI, Barcelona; Chicago Historical Society, Illinois; Deustsche Fotothek, Dresde; Elsevier, Amsterdam; Embajada de Canadá, Madrid; Embajada de Colombia, Madrid; Embajada de Panamá, Madrid; Enoch Pratt Free Library of Baltimore, Maryland; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas S.p.A, Milán; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; India Office Library, Londres; Kungliga Biblioteket, Estocolmo; Larousse, París; Library of Congress, Washington, D.C.; Mansell Collection, Londres; Mary Evans Picture Library, Londres; National Army Museum, Londres; National Library of Australia, Canberra; National Maritime Museum, Londres; National Portrait Gallery, Londres; New York Historical Society, Nueva York; Novosti Press Agency, Londres; Radio Times Hulton Picture Library, Londres; Roger-Viollet, París; Salmer, Barcelona; Salmer-Algar; Salmer-Bevilacqua; Salmer-J. Novak; Victoria Memorial, Calcuta; Wallace Collection, Londres.

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0754-6 (vol. I)
Depósito legal: M-6682 1982 (1)
Impreso en España - Printed in Spain
11851

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:

Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:

Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:

Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferrán Hernández, Joaquín Palau, Samuel Penalva, Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó, Isabel Ruiz de Villa

Cartografía: Eduardo Dalmau, Rafael Fernández, Rosa Mª Guijarro, Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga, José Romero, Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias, Ramón Laflor, Antonio Llord, Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico*, que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO
- 1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
- 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
- 3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
- 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
- 5 – Siglo XX: la era nuclear
- 6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII
- 7 – Los orígenes de la civilización
- 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
- 9 – Cristianismo y feudalismo
- 10 – El tránsito a la Edad Moderna
- 11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

A – 7 – Los orígenes de la civilización
B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
C – 9 – Cristianismo y feudalismo
D –10 – El tránsito a la Edad Moderna
E –11 – La nueva Europa y el absolutismo
F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
H – 3 – Industrialización e imperialismo
I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
L –12 – Atlas histórico

Prólogo

por
Antoni Jutglar Bernaus
Catedrático de Historia Universal y de España.
Director del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Málaga.
Profesor honorario de la Universidad de Barcelona.

Los acontecimientos nacionales y mundiales que suceden en el tiempo que nos ha tocado vivir y que por ello han transformado nuestro presente, han cambiado también el modo de considerar el pasado; y asimismo, la historia más próxima a nosotros quizá tendrá al cabo de los años cambios suficientes para que resulte diferente a cómo aparece ante nuestros ojos. Aparte del mayor o menor acierto en denominar "edad contemporánea" a la que sigue a la "edad moderna" y llega hasta nuestros días, no hay más remedio que aceptarla por la necesidad de poner hitos, más o menos arbitrarios, al desarrollo y sucesos de la accidentada progresión de la especie humana.

La Edad Contemporánea empieza a finales del siglo XVIII o principios del XIX y se caracteriza por la aparición de una nueva clase social, el proletariado. Es, sin embargo, evidente el convencionalismo, pues lo que entendemos por "mundo contemporáneo" es un conjunto de hechos cuyas raíces se adentran en épocas anteriores a tan estrechas fronteras cronológicas. Así, la Revolución Inglesa del siglo XVII constituye ya un signo de "modernidad" que se proyectará hasta nosotros, y no en vano Gran Bretaña sigue políticamente organizada en base al esquema formal surgido de los acontecimientos ocurridos en tan lejanas fechas; y la Revolución Norteamericana presenta aún más esa característica innovadora, pues no puede entenderse el "mundo contemporáneo" sin tener presente la ruptura de libertad y progreso que significó la proclamación de la gran República de los Estados Unidos de América. Igualmente, la producción intelectual del siglo XVIII, el llamado "Siglo de las Luces", sienta las bases de un futuro que con aditamentos posteriores condicionará y conformará incluso la hora actual, y prueba de ello es la recuperación presente del pensamiento de un autor como el filósofo Immanuel Kant.

Pero, en fin, el lector puede superar los convencionalismos establecidos por la historiografía para fijar fronteras cronológicas con el apoyo, precisamente, de obras globales como la Historia Universal de la que forma parte este volumen, que permiten atalayar de modo sintético los ejes sobre los cuales se desliza el proceso histórico por encima de divisiones que, como hemos señalado, no tienen otra razón que la disección pragmática que facilite una mejor distribución planificadora de los investigadores y pedagogos.

La Revolución Francesa surge justamente, desde la óptica occidental, como el punto de inflexión, o quiebro, del tránsito a lo contemporáneo. Y no cabe duda de que, desde un punto de vista político, ideológico y social, su importancia es fundamental. Es en el siglo XIX cuando la nación comienza a ser entendida como conjunto de hombres libres en actividad. La jerarquía social basada en el linaje dará paso a la fundamentada en la actividad económica y profesional, y un mundo de privilegios y formalismos comenzará a desaparecer en toda Europa, impulsado por la gigantesca influencia de las jóvenes repúblicas americanas y del desarrollo en gran escala del maquinismo, base técnica de la Revolución Industrial y elemento clave de una nueva concepción de la idea de progreso.

La Revolución Industrial, estimulada por el espíritu liberal que fue la base del capitalismo, provocó cambios radicales en las condiciones globales de convivencia humana en los países occidentales. La libertad de comerciar sin trabas, de gestionar libremente la economía, debió compaginarse con una libertad paralela en el ámbito de la política; pero la correlación no fue fácil. No necesariamente las nuevas fuerzas sociales sustentadoras del ideario liberal eran políticamente democráticas. De sus impulsos "innovadores" surgió la democracia censitaria, que identificaba la posibilidad de

voto con el grado de propiedad. Sin embargo, la libertad económica portaba en sus entrañas elementos de ruptura en todos los terrenos, y entre ellos las profundas inquietudes sociales que desenvolviéndose en el campo de la política y de la ley exigían la igualdad de derechos para todas las capas y clases de la sociedad.

En torno a esas actitudes, más o menos violentas, se irían conformando progresivamente grandes divisiones de comportamientos afines, sobre las que se crearon instituciones políticas representativas. Algunas de ellas con el prurito de regresar hacia el pasado, hacia el quietismo de la Edad Media, asustadas por los abismos que se abrían ante sus posiciones de privilegio o de dominio. Pero la vuelta al pasado era un sueño imposible, el proceso industrial era ya irreversible e imparable, y estas tendencias retrógradas no tenían razón de existir. Sin embargo, sí que tenían alguna posibilidad los que se conformaban con lo logrado, considerando que era el estado natural. Creyeron que el liberalismo económico y algunas precarias libertades políticas era el máximo a que podía llegar la humanidad y luchaban por frenar el avance y conservar lo conseguido. Otros más, finalmente, apostaron por cambios más atrevidos y revolucionarios y alumbraron las ideologías y movimientos demócratas y socialistas u otros minoritarios más avanzados y violentos.

Todavía hoy el mundo contemporáneo, en la fracción final del siglo XX, se mueve en coordenadas de conservadores y revolucionarios, ideas matrices nacidas en la Europa decimonónica que han impregnado al mundo.

Pero ya se rompen los viejos esquemas mentales que tendían a identificar la historia mundial con la europea. El siglo XIX contempla la ingente apertura de los pueblos de América Latina en busca de su identidad, búsqueda protagonizada por hombres y movimientos preñados, sin embargo, de nociones culturales enraizadas en Europa. Paralelamente, pero en otro plano, la industrialización estimulada por el capitalismo tendió decididamente hacia la expansión imparable, y frente a ella sucumbió incluso la más antigua y autosuficiente de las civilizaciones antiguas: China. La oleada anticolonialista forjada a finales del siglo XIX, con sus rasgos trágicos y sus transformaciones positivas, comenzó a generar la idea de globalidad histórica.

Coadyuvando el aumento de los mass media y la rapidez y omnipresencia de la comunicación, nunca como en el siglo XX, y especialmente en esta recta final del último cuarto de la centuria, se trasluce tan claramente el concepto de conjunto o de globalidad de la sociedad humana. Cierto es que subsisten fronteras y divisiones de todo tipo, políticas, raciales, ideológicas e incluso religiosas; pero es innegable que el planeta y las comunidades que en él se desarrollan están absolutamente interrelacionadas, ya sea en un plano de colaboración o en una situación de antagonismo.

La dramática crisis de 1929 se proyectó especialmente sobre el mundo llamado occidental, y la Primera Guerra Mundial fue llamada en principio guerra europea porque, aunque tuvo como motivo la disputa de los mercados mundiales, se enmarcó físicamente en Europa. En cambio, la crisis económica desatada en la década de los 70 presenta un carácter universal. Sus repercusiones se hacen sentir en todos los rincones del planeta. La economía se ha hecho total, y con ella la política y la economía. Pero también es preciso señalar que nunca como hoy han cobrado tan profundo significado dos conceptos tan esenciales como progreso y libertad.

Se ha hecho palpable que el progreso, entendido como una meta ideal o como un fetiche al margen de las aspiraciones y de las necesidades humanas, pierde su verdadera razón de existir y, paradójicamente, se transforma en una traba de sí mismo. La producción industrial indiscriminada puede fácilmente convertirse en agobiante y comprometer el porvenir de la humanidad, pues entraña factores de agotamiento de recursos naturales, excesos de producción inabsorbibles por mercados inadecuados para ello, crisis de desequilibrios regionales, adulteración de comportamientos en todos los niveles y, en fin, degeneración de la calidad de vida en general; creando en definitiva un cuadro de desaliento y deshumanización. Pero si la planificación y el control sobre todos los recursos y la producción comportan la supresión de las posibilidades creativas del ser humano, entonces lo que pudiera entenderse como elemento de progreso y equilibrio se quiebra asimismo para conformarse como otro tipo de opresión.

Este es uno de los grandes dilemas que plantea la época contemporánea, el equilibrio entre progreso; necesidades vitales y libertad, y el mundo se debate entre esas coordenadas de fondo. El final de una utopía, como afirmara Herbert Marcuse, se ha producido ya. Es necesario prospectar nuevos horizontes que faciliten la superación del malestar social y que, entre otros temores, soslayen la angustia de la permanente amenaza de la guerra.

Los dos últimos siglos contienen una larga crónica de sangre, de violencia, de odio, de inmensa estupidez humana, y el siglo XX ha sido el peor, no por el hecho de que en él se hayan producido más guerras que en otras épocas, sino porque la capacidad mortífera de la humanidad ha aumentado a una escala inaudita, como subproducto de un tipo de progreso que deja automáticamente de ser tal en el momento en que se cobra vidas humanas y produce miseria y desolación en masa.

Problemas demográficos, de distribución más equitativa de la riqueza, de expansión de la cultura, son retos que están planteados. La demografía puede ser un problema, y lo es, sencillamente, por la caótica distribución de las poblaciones humanas. Existen grandes espacios geográficos vacíos junto a acumulaciones urbanas exasperantes. Pero la solución de este problema vital pasa por el tratamiento simultáneo de otras cuestiones y realidades.

El bloque moderno de esta extensa y documentada Historia Universal no es, sin embargo, solamente una reseña de grandes guerras, pues bajo ese panorama sangriento subyace una historia de abnegación, de valor, de nobleza y, quizá, de humanidad. De hecho, estos libros recogen toda la problemática social y humana en sus más variados aspectos, y constituyen un gran fresco de un pasado reciente del que nosotros, los hombres de hoy, somos sus hijos más directos. Su contenido literario y su adecuada y significativa ilustración ayudarán al lector a conformarse una visión impresionista de su entorno histórico más inmediato. El porvenir ha de levantarse de lo que herede del presente y de la acumulación del pasado, y más concretamente de los hechos emanados de este siglo XX de ingente y particular singularidad.

La labor de autores y editores se sentirá bien pagada y satisfecha si, tras la lectura de estas páginas, el receptor de ellas se siente, como mínimo, impulsado a la reflexión.



HANAW
Dettingen
Afchaffenburg

LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA

Introducción

A pesar del impacto de las formas de pensamiento inglesas en los campos de la ciencia y de la filosofía, la civilización del siglo XVIII tuvo un carácter eminentemente continental. Asimismo, a pesar de las contribuciones de las cortes alemanas y austríaca a la música y las letras, la cultura del siglo XVIII estuvo centrada en Francia, siendo París su eje. Las modas francesas en el gusto y el pensamiento, así como en los aspectos del gobierno y de la diplomacia, influyeron sobre toda Europa, especialmente en los países más atrasados, donde estos modelos y prácticas no se consolidaron a través de una burguesía mercantil, sino por medio de los «déspotas ilustrados».

El Viejo Continente fue en el siglo XVIII más homogéneo, desde el punto de vista cultural, característica que había perdido en la Edad Media y que a partir de entonces conservaría hasta nuestros días.

Las relaciones entre los estados continuaron rigiéndose básicamente por las ambiciones dinásticas, entre las que fue un elemento decisivo la *realpolitik* de Federico el Grande. Las actuaciones de la diplomacia desembocaron en guerras, en las que se luchó con pequeños ejércitos de mercenarios, mientras que las tropas reclutadas forzosamente eran adiestradas para maniobras de carácter más formal. Aún no había nacido el concepto de «movilización nacional». El orden político y social exigía que se mantuviese estable el comercio con las potencias en contienda y que la gente pudiese viajar a un país adversario del suyo sin ningún tipo de amenaza o molestia. Así, las comunicaciones sociales entre los países se mantuvieron en los períodos de guerra. El Imperio otomano quedó en la periferia de una Europa cuyas fronteras se extendieron para incluir una Rusia parcialmente europeizada dentro del sistema continental.

Este sistema, más que por el orden social impuesto por una aristocracia común a toda Europa y casi feudal, triunfó por el gobierno personal de unos príncipes que adquirieron nuevas fuerzas a partir de la racionalización de sus administraciones, basadas en la erosión de las asambleas y privilegios medievales (incluyendo prácticas de autogobierno que se consideraban ya anacrónicas) y su sustitución por funcionarios militares, civiles y judiciales, que a partir de ahora sólo serían responsables ante el rey. De este modo, los «déspotas ilustrados» de estos principados crearon el hecho y la noción de «Estado». Sin embargo, a excepción de la Polonia de Kosciuzko, esta idea no se desarrolló hasta la de «Nación», por lo que la amenaza de una revolución forzó a los «déspotas ilustrados» a adoptar un reaccionarismo defensivo, que hasta la aparición de una conciencia nacionalista no se adaptó a los moldes de la Revolución francesa. Contra esta nueva fuerza –que transformó el mapa de Europa, política, gubernamental, social e ideológicamente–, la cultura de la Ilustración, tan urbana, y en cierta medida tan bien intencionada, se derrumbó. La civilización del siglo XVIII, aparentemente asentada, sería derribada por su incapacidad de cambiar de acuerdo a las nuevas exigencias.



La Europa central y oriental a fines del siglo XVIII

MAR DEL NORTE
MAR BÁLTICO
POLONIA
DINAMARCA
HANNOVER
RAVENSBERG
HOLANDA
PROVINCIAS UNIDAS
CLÈVES
POMERANIA
BRANDEBURGO
MARK
SAJONIA
SILESIA
PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES
BOHEMIA
MORAVIA
AUSTRIA
HABSBURGO HÚNGAROS
TRANSILVANIA
FRANCIA
MILÁN
SABOYA
IMPERIO OTOMANO

Límites del Imperio
Imperio Otomano
Posesiones suecas
Posesiones de los Hohenzollern
Posesiones de los Habsburgo austríacos
Posesiones de los Habsburgo españoles
Francia y sus posesiones

Hasta el siglo XIX, una zona considerablemente superior a los dos estados alemanes actuales estaba aún ocupada por el Sacro Imperio Romano-Germánico –no un imperio en el sentido moderno, sino un mosaico de 350 unidades territoriales que debían obediencia al emperador–. La mayoría de sus habitantes eran alemanes, pero el Imperio también comprendía a los checos de Bohemia, los flamencos de los Países Bajos españoles y otros pueblos no germánicos. Estaba fragmentado religiosa y políticamente. Alemania fue el principal teatro de las operaciones bélicas en la Guerra de los Treinta Años, y por ello fue devastada, física y moralmente. Aunque no todas las zonas quedaron afectadas del mismo modo, el sufrimiento y el empobrecimiento fueron muy extendidos. La ley y el orden desaparecieron. El comercio se interrumpió, y las rutas se desviaron para evitar el paso por Alemania. La población, urbana y rural, sufrió una disminución catastrófica. En muchas zonas, las pérdidas materiales y humanas no se compensaron hasta las primeras décadas del siglo siguiente.

Las consecuencias políticas también fueron negativas. Durante una época de la guerra se pensó que el emperador Fernando podría convertir el Imperio en un estado unitario comparable a Francia o España. Su fracaso aumentó la debilidad imperial y perpetuó la inestabilidad. En una época en que las naciones-estado dominaban Europa y en la que la autoridad de los gobernantes se afirmaba con creciente éxito por medio de complejas burocracias, el Imperio siguió siendo una aglomeración casi feudal de unidades más o menos independientes.

Los principios laicos y eclesiásticos, las ciudades libres y los caballeros, cuyos territorios formaban el Imperio, debían obediencia expresa al emperador, aunque los más poderosos estaban fuera de su control. La autoridad imperial no estaba apoyada ni por un ejército ni por una recaudación de impuestos eficaces. La asamblea deliberativa, la Dieta, era una institución totalmente ineficaz en la que se reflejaban las discordias internas. Los cuerpos judiciales del Imperio eran inadecuados y notablemente lentos. El ejercicio del poder imperial estaba limitado a mediar en los conflictos entre los estados, y ocasionalmente entre éstos y sus súbditos, siendo únicamente viable en los principados débiles y pequeños.

El emperador no heredaba el cargo: era elegido por los príncipes más importantes. A finales del siglo XVII los electores eran los obispos de Maguncia, Tréve-



Arriba, extensión del Sacro Imperio Romano-Germánico después de los Tratados de Westfalia, en 1648.

Abajo, xilografía alemana, de 1643, que representa a unos bandidos asaltando a un viajero. La Guerra de los Treinta Años produjo la devastación y el empobrecimiento de gran parte de Alemania.

Página anterior, arriba; en Conversación en un parque, *pintado por Thomas Gainsborough hacia 1746, contrasta el aspecto bucólico del paisaje con la elegancia amanerada de los personajes. (Louvre, París.)*

Página anterior, abajo, Luis Paret y Alcázar nos muestra en Baile de máscaras *(1767), celebrado en el Teatro del Príncipe, los últimos destellos del rococó anterior a la Revolución Francesa. (Prado, Madrid.)*

ris y Colonia, y los príncipes laicos del Palatinado, Sajonia, Brandenburgo, Baviera, Bohemia y Hannover. Cada candidato al trono tenía que comprar el apoyo de éstos, al contado o por concesiones, de forma que era imposible la consolidación de la autoridad imperial. De hecho, la familia de los Habsburgo consiguió monopolizar el cargo con una sola excepción: de 1740 a 1745. Todos los emperadores, desde 1438 hasta la desintegración del Imperio en 1806, fueron miembros de esta dinastía. Fue el único elemento de continuidad efectiva.

A efectos prácticos, los principados más extensos eran estados independientes, que podían firmar alianzas con otras potencias, germánicas o no, recelosos de sus vecinos y hostiles a la autoridad imperial. Un cierto vestigio de sentimiento imperial o germánico podía persuadir a los príncipes para apoyar al emperador, sobre todo en las campañas contra los turcos, pero esto sólo se dio en ocasiones esporádicas. Desde 1681 hubo incluso una especie de ejército imperial, aunque los estados que más contribuían eran los occidentales, que se sentían amenazados por las agresiones de Luis XIV.

Así pues, la historia diplomática de estos estados germánicos, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, estuvo presidida por la reacción contra las iniciativas francesas. La insaciable ambición y vanidad de Luis XIV, unió gradualmente al Imperio contra él. La poderosa Liga de los Príncipes del Rhin, formada en 1654 como un satélite de Francia, fue disuelta en 1668. Los éxitos franceses en la Guerra de Devolución (1667-1668), la Guerra de Holanda (1672-1679) y las agresiones legalistas por las que Luis «reunió» los territorios fronterizos con Francia, hicieron que cada vez fuese más difícil para este país comprar a los estados alemanes o intervenir en sus conflictos internos. En 1686 los príncipes de Franconia y del Rhin formaron una alianza defensiva, la Liga de Augsburgo, dirigida contra Luis XIV; durante los dos años siguientes, Brandenburgo, Baviera y Sajonia, se unieron a la Liga. Desde el principio de la Guerra de la Liga de Augsburgo (1688), la mayor parte del Imperio intervino en las largas contiendas contra Francia, que concluyeron en 1713.

Esta unidad fue ficticia cara al futuro, pues se limitó a una gran alianza de los estados europeos contra Francia. La tendencia de la época se orientaba hacia un reforzamiento del poder individual de los príncipes. Los derechos de los súbditos a apelar al emperador contra sus gobernantes, fueron recortados paulatinamente. Varios príncipes consiguieron debilitar las instituciones representativas de sus dominios, llegando incluso a actuar sin ellas, a imitación del absolutismo de Luis XIV. Cada pequeño príncipe intentaba emular, al menos, los ornamentos de la grandeza del Rey Sol, construyendo «pequeños Versalles», imponiendo el francés en su corte, creando una nueva burocracia y manteniendo un ejército permanente.

Los intereses de estos príncipes, combinados con las ambiciones dinásticas, les llevaron a buscar tronos fuera de Alemania. Tal fue el caso de Augusto el Fuerte de Sajonia, que se convirtió en rey de Polonia en 1697, y el Elector de Hannover, convertido en Jorge I de Inglaterra en 1714. Estas tendencias permitieron que, a la larga, Brandenburgo-Prusia se transformara en el estado predominante de Alemania.

El comercio alemán empezó a decaer en algunos lugares antes de la Guerra de los Treinta Años, hundiéndose con ésta, lo que permitió que las potencias extranjeras controlasen las desembocaduras de los ríos germánicos. Un estado altamente centralizado como Francia, con grandes recursos a su disposición, hubiera podido recuperarse rápidamente, pero las fragmentadas unidades territoriales que formaban el Imperio no podían hacer lo mismo.

La división engendra debilidad. Las exacciones de los príncipes eran desproporcionadas respecto a los recursos de sus estados, que habían de pagar el mantenimiento de la corte, la burocracia y el ejército local. Las cargas estaban muy desigualmente repartidas, y los privilegios de la nobleza se mantuvieron intactos —una prebenda tácita por la aquiescencia nobiliaria al absolutismo principesco—. Los medios por los que se obtenían los ingresos, aunque seguían las normas económicas de la época, eran inapropiados para un conjunto de estados pequeños y pobres. Las tasas, monopolios e impuestos sobre el consumo impidieron la industrialización; los gravámenes aduaneros existentes en las fronteras y a lo largo de los ríos alejaron el comercio. Urbes regidas por príncipes entraron en bancarrota a causa de las tributaciones de sus gobernantes; las ciudades libres, rodeadas por estas pequeñas monarquías, se estancaron. Hubo excepciones, sobre todo Hamburgo, Frankfurt y Leipzig.

La situación de los campesinos era muy diversa. En Sajonia, en el oeste y en el sur eran libres y relativamente prósperos. En otros lugares, sobre todo en el nordeste, aún eran siervos, permitiéndoseles cultivar sus tenencias a cambio de diversos servicios, entre los que se incluía el trabajo en las tierras que el señor se reservaba para sí (aquí, los rigores de la servidumbre incluso aumentaron tras la Guerra de los Treinta Años). La despoblación animó a los señores a aumentar sus propias «reservas», lo cual supuso la imposición de grandes servicios sobre un campesinado muy reducido en número.

El resultado fue que en Alemania se prolongó el atraso, la fragmentación y la dispersión. No se unificaría hasta dos siglos después.

Brandenburgo-Prusia

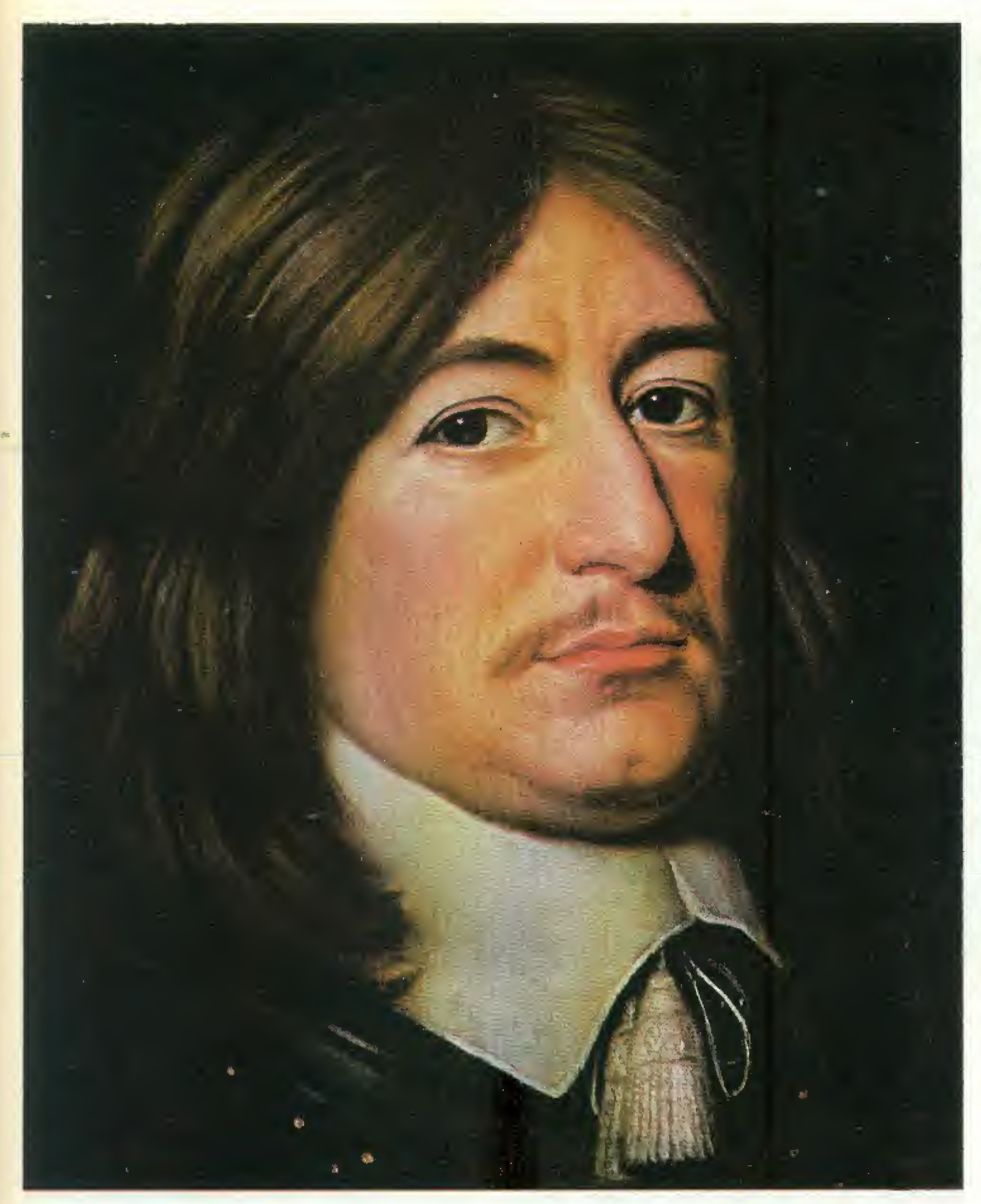
El Electorado de Brandenburgo poseía unas tierras pobres —arenosas y pantanosas— en el nordeste de Alemania. Era gobernado por la familia de los Hohenzollern desde 1415, convirtiéndose bajo Federico Guillermo, el «Gran Elector», en el centro de un formidable estado.

Los otros territorios de los Hohenzollern estaban dispersos y eran de difícil defensa. Sólo Pomerania, al norte del núcleo central de sus dominios, era defendible. El ducado de Prusia Oriental, por el cual el Elector rendía homenaje al rey de Polonia, estaba separado de Brandenburgo por una ancha franja de territorio polaco. El ducado de Cléves, y los condados de la Marca y Ravensburgo, estaban enclavados en las lejanas tierras del Rhin.

Cuando Federico Guillermo accedió al trono en 1640, a la edad de 20 años, al entrar la Guerra de los Treinta Años en su fase final, la mayor parte de sus territorios estaban ocupados por tropas extranjeras. Se libró de estas dificultades por la acción conjunta de su propia habilidad y de la ayuda francesa, que le aseguró unas relativamente buenas condiciones en la Paz de Westfalia (1648). Los suecos ocuparon la Pomerania Occidental, con el puerto vital de Stettin, que controlaba la desembocadura del Oder, pero como compensación parcial Federico Guillermo recibió varios arzobispados secularizados, adyacentes a los territorios de los Hohenzollern. Sólo después de Westfalia pudo iniciar la tarea que le ocupó el resto de su reinado.

Los territorios de los Hohenzollern no constituían un estado, sino entidades independientes regidas por un soberano común. Estaban representadas por sus propios «estados» y preocupadas por sus problemas locales, siendo contrarias a votar subvenciones para defender las otras posesiones de la dinastía. La tarea esencial del gobierno de Federico Guillermo fue convertir este conjunto dinástico en un estado unificado, poniendo todos sus recursos a la disposición del Elector.

Los estados de Brandenburgo estaban dominados por los *junkers,* nobles que cultivaban sus tierras mediante la servi-





Arriba, Federico I, elector de Brandenburgo entre 1688 y 1713, que obtuvo el título de rey de Prusia en 1701, en recompensa por su oposición a Francia y como reconocimiento del poder de Brandenburgo en el este de Europa.

Izquierda, Federico Guillermo, el "Gran Elector", que reinó de 1640 a 1688, logró la independencia de Brandenburgo y creó el Estado de Prusia después de la captura de Pomerania. (Schloss Fasanenie, Fulda.)

dumbre, obteniendo especialmente maíz y cerveza para la exportación. Era una nobleza laboriosa pero no rica, carente de la sed de aventuras típica de las grandes aristocracias europeas. En 1650 negaron al Elector subsidios para que luchara contra los suecos en Pomerania: éste no era su problema. En 1652, cuando Federico Guillermo pidió una tributación general que hubiese acabado con la virtual exención de los privilegios de los junkers, tuvo que contentarse con un compromiso. El control de éstos sobre los siervos se vio reforzado, el Elector debería consultar a los estados en todos los asuntos de importancia, recibiendo a cambio quinientos mil talentos.

En este caso, lo que interesaba era el dinero. Con él, Federico Guillermo podía reclutar tropas, y con éstas imponer su voluntad sobre sus recalcitrantes súbditos. La guerra entre Suecia y Polonia (1655-1660) le dio la oportunidad de realizar estos proyectos, que le permitieron ejecutar su política. En este conflicto cambió sensatamente de bando en el momento oportuno, por lo que pudo asegurar la completa independencia de su ducado de Prusia Oriental. Pero las repercusiones internas fueron más importantes.

Por todas partes, los soldados reclutados cobraban los gravámenes que él imponía. La resistencia se eliminaba simplemente por la fuerza. Sólo en Brandenburgo, que le había concedido quinientos mil talentos a lo largo de seis años desde 1652, recaudó ciento diez mil talentos mensuales en 1659. La exacción, que se fue haciendo gradualmente obligatoria para todas las ciudades, se convirtió en un impuesto permanente. Sin capacidad para intervenir en esta política económica, los estados perdieron su influencia. Los junkers, seguros de su control sobre los siervos y exentos de pagar cualquier tributo, aceptaron rápidamente la situación.

En todas partes se repitió la misma situación. En Prusia Oriental, con una no-

bleza relativamente poderosa, se produjo una protesta más fuerte que en Brandenburgo. Sólo en la década de 1670 pudo ser destruida toda la oposición, liquidando la independencia de los cuatro gobernadores locales electos, e integrándose el ducado en el estado de los Hohenzollern. Los dominios del Rhin conservaron cierta independencia, aunque perdieron las libertades excepcionales que habían ganado anteriormente. Además, estaban demasiado lejos para que los Hohenzollern pudieran controlarlos de manera autocrática.

Es difícil saber cómo planeó Federico Guillermo el desarrollo del estado de los Hohenzollern, pero su gobierno siguió indudablemente una lógica interna, consciente o no. Dada la escasa potencia económica de sus territorios, sólo podía obtener seguridad reforzando el ejército. Unas poderosas fuerzas armadas se debían apoyar sobre gravosos tributos, que sólo podían ser recaudados por ellas mismas. De este modo, ejército y administración se identificaron. El Comisariado General de la Guerra, creado para organizar el equipamiento del ejército durante la guerra sueco-polaca, se encargó de la recaudación de los impuestos, convirtiéndose sus oficiales en los más importantes ejecutores de una burocracia centralizada y militarizada.

El ejército, que contaba con menos de cinco mil hombres al final de la Guerra de los Treinta Años, tenía ya doce mil, incluso después de las reducciones efectuadas en 1660; a la muerte de Federico Guillermo en 1688, a pesar de la escasa población de sus dominios (cerca de un millón de habitantes), tenía unas fuerzas armadas permanentes de treinta mil hombres. La nobleza valoró cada vez más los servicios al Estado como un medio de ascenso, desarrollando un inquietante espíritu militarista y una inexplicable devoción a la dinastía. Así, en la época del Gran Elector, ejército y Estado, funcionario y oficial, se convirtieron en sinónimos.

Federido Guillermo tenía interés en hacer próspero a su estado, ya que la riqueza suponía más impuestos. Favoreció la inmigración, ofreciendo condiciones favorables a granjeros holandeses y hugonotes franceses refugiados. Mejoró las comunicaciones, construyendo un canal que permitía a las barcazas navegar desde el Oder hasta el Elba, pasando por Berlín (evitando así los puertos bálticos, controlados por los suecos). Se equipó una flota de diez barcos, haciéndose grandes esfuerzos para crear un comercio colonial.

El aspecto negativo de la actividad de Federico Guillermo fue su política económica (regulación del gobierno, altos impuestos y derechos señoriales), que tenía mucho en común con la de sus contemporáneos. Su carácter diferencial provenía de la necesidad de mantener un ejército desproporcionadamente grande. El desarrollo económico también estuvo forzado por la desventaja con la que las ciudades competían frente a los productos rurales vendidos por una nobleza privilegiada. La recuperación de la Guerra de los Treinta Años fue lenta, permaneciendo Brandenburgo-Prusia como una tierra pobre.

Su ejército consiguió el primer éxito notable en la Guerra de Holanda, al derrotar a los suecos en Fehrbellin, en 1675, aunque más tarde, la aliada de Suecia, Francia, hizo devolver a Federico Guillermo sus conquistas en Pomerania. Después de este revés, el Gran Elector inició una política poco heroica, al aceptar los subsidios de una Francia que parecía invencible. Sólo a partir de 1685 se alió con el emperador contra los franceses, y fue bajo el gobierno de su hijo Federico (1688-1713) cuando Brandenburgo tomó parte en las grandes coaliciones contra Francia.

Estas guerras no supusieron para los Hohenzollern ninguna anexión territorial, pero Federico obtuvo un nuevo título. A cambio de su ayuda en la inminente Guerra de Sucesión de España, el emperador Leopoldo I acordó que Federico debía convertirse en rey de Prusia. En enero de 1701, Federico se coronó a sí mismo y a su esposa, con gran pompa.

Federico I de Prusia no fue un rey brillante. El poder fue ejercido sobre todo por los ministros, mientras que el monarca se rodeaba de un ceremonial fastuoso y gastaba los recursos del Estado construyendo palacios y patrocinando las artes. La Academia de Prusia y la Universidad de Halle se fundaron durante su reinado. Pero los cuantiosos gastos depauperaron la Hacienda prusiana.

Los territorios de los Habsburgo

Aunque los Habsburgo austríacos no consiguieron que la titularidad del Sacro Imperio Romano-Germánico tuviese efectividad, en el siglo XVII se prepararon para desempeñar un nuevo papel mediante la extensión y consolidación de sus propios patrimonios en el centro y sudeste de Europa. Desde el siglo XVIII hasta el siglo XX, serían más importantes como gobernantes del estado que llamaremos convencionalmente «Austria».

Este núcleo se formó cuando Carlos V cedió sus patrimonios centroeuropeos a su hermano Fernando (1519-1521), asegurándose éste su propia elección para los tronos de Bohemia y de Hungría. Pero, al igual que la herencia del Gran Elector, las tierras de los Habsburgo eran más un conjunto dinástico que un Estado. En 1648, al finalizar la Guerra de los Treinta Años, reunían los ducados de habla alemana de la Alta Austria, Baja Austria, Estiria, Carintia, el Tirol y Carniola; el reino de Bohemia, con Moravia y Silesia; y fuera del Imperio, los reinos de Hungría y Croacia, incluyendo ésta a Dalmacia, territorios desde donde los Habsburgo podían defenderse en su lucha contra los turcos.

El proceso de construcción del Estado se inició a principios del siglo XVII. Se dejaron de repartir territorios entre los miembros de la familia, concentrándose así la autoridad en manos del emperador, en Viena, y reduciéndose considerablemente los derechos de las asambleas en los estados de lengua germana. El estallido de la rebelión de Bohemia, que provocó la Guerra de los Treinta Años, brindó la oportunidad para una mayor extensión de la autoridad de los Habsburgo: se acabó con la herejía protestante, fueron arruinadas las florecientes y engreídas ciudades checas, y la nobleza del país fue sustituida por candidatos de los Habsburgo (principalmente alemanes), que dependían del emperador para asegurar su continuidad. La monarquía bohemia, anteriormente electiva, pasó a ser hereditaria y controlada por la familia de los Habsburgo.

Aunque los servidores del emperador forjaron los instrumentos de gobierno en la capital, no podían utilizarlos con la autoridad absoluta que tenían los administradores franceses e incluso los prusianos: existían muchas diferencias de raza, lengua y religión, demasiadas leyes locales, aduanas e instituciones, para permitir el establecimiento de una uniformidad administrativa.

El guardián —y beneficiario— de los privilegios e inmunidades locales era el señor. En las tierras de los Habsburgo, así como en cualquier otra parte del centro y este de Europa, el señor se hacía cada vez más poderoso, incrementando sus derechos sobre los siervos, exigiéndoles más servicios y compitiendo con las ciudades en la venta de los productos de sus tierras. Además de los estragos de la Guerra de los Treinta Años, que fueron terribles en los territorios de los Habsburgo al norte del Danubio, y de la ruina provocada de las ciudades bohemias, se acentuó también el despoblamiento debido a la emigración de los protestantes perseguidos. El retraso en los patrimonios de los Habsburgo se perpetuaba por la negligencia de las ciudades, y por el drenaje de dinero, hombres y materiales en la lucha contra sus dos grandes enemigos, Francia y la Turquía otomana.



Sitio de Viena por los turcos en 1683. La victoria europea significó el final de la amenaza del Imperio otomano en el este de Europa. (Heeresgeschichtliches Museum, Viena.)

Los enemigos de los Habsburgo

Francia y Turquía habían sido aliados tradicionales, y por otra parte, Francia y los Habsburgo fueron enemigos irreconciliables. En esa época, pareció que esta dinastía cercaría y destruiría a Francia; a partir de mediados de siglo cambió la situación. España, dominada por otra rama de los Habsburgo, estaba en plena decadencia. Los austríacos parecían estar exhaustos, y su atención absorbida por la amenaza turca.

Luis XIV hizo de Francia la gran potencia de Europa, intrigando incluso por convertirse en titular del Sacro Imperio Romano-Germánico.

Leopoldo I (1658-1705) estuvo preocupado por la contienda contra los turcos durante la primera parte de su reinado, sin hacer ningún intento para resistir las agresiones francesas hasta la Guerra de Holanda entre 1672 y 1679 (significativamente, durante una tregua con los otomanos). El gran esfuerzo austríaco contra Francia se produjo sólo después de que los turcos comenzaran a retirarse. Desde 1688, Austria tuvo una destacada participación en las grandes coaliciones que acabarían derrotando a Francia.

Los turcos eran para Austria un problema más importante que Luis XIV. Sus ejércitos amenazaron Europa durante doscientos años, derrotando casi siempre a las tropas cristianas: sólo una franja de Hungría los separaba de la propia Viena. La Hungría de los Habsburgo, apenas una cuarta parte del antiguo reino, estaba controlada por una turbulenta nobleza celosa de sus libertades. La monarquía siguió siendo electiva; la aristocracia reclamó el derecho de oponerse al rey si se infringían sus privilegios, legislaba en su propio interés a través de las asambleas, no pagaba impuestos y nombraba al jefe de sus fuerzas armadas. Los aristócratas protestantes húngaros, que veían amenazadas sus libertades, podían buscar para su protección la alianza de un poderoso vecino: Transilvania. En sus orígenes, fue un estado que escapó al control de los Habsburgo de Hungría. En 1648, gracias a la habilidad política de Bethlem Gabor (1613-1629) y Jorge Rakozi I (1630-1648), que ocuparon casi la mitad del territorio de la antigua Hungría, llegó a ser virtualmente independiente de los turcos. Sus gobernantes calvinistas toleraron tanto a católicos como a luteranos, añadiendo un elemento ideológico a la hostilidad en su contra por parte de los católicos Habsburgo.



El ambicioso Jorge Rakozi II condujo a Transilvania al desastre. Se alió con el rey sueco Carlos X para atacar a Polonia; mientras era derrotado por ésta, los turcos invadieron Transilvania. Tras una confusa lucha, Rakozi fue derrotado y asesinado (1660), así como su sucesor Janos Kemeny (1662). Finalmente, los turcos atravesaron este principado y se prepararon para atacar la Hungría de los Habsburgo.

Cuando tomaron la gran fortaleza de Neuhausel en 1663, la Europa cristiana corrió en defensa de Austria con hombres y dinero –indicativo de que la concepción medieval de la comunidad cristiana aún no había desaparecido del todo–; incluso Luis XIV envió seis mil hombres. La posterior derrota de los otomanos en San Gotardo (1664), por un ejército al mando del general imperial Montecuccioli, fue la primera señal de que la hegemonía militar había pasado a los estados cristianos.

La naturaleza decisiva de este acontecimiento fue oscurecida por la impaciencia con que el emperador Leopoldo firmó la paz, en parte debido a que las pérdidas cristianas habían sido muy altas, también por precaución, y además porque empezaba a preocuparse por el problema de la sucesión en España. El Tratado de Vasvar dejó las posesiones turcas en Hungría prácticamente intactas.

Los magnates húngaros, molestos por lo que para ellos era una traición de los Habsburgo –el no perseguir a los turcos derrotados–, se involucraron en una espiral de conspiraciones poco efectivas. Leopoldo, con este pretexto, ocupó militarmente Hungría (1670), pero el posterior intento de suprimir las libertades magiares, tal como se había hecho anteriormente con los checos, acabó con la tolerancia que disfrutaban los protestantes. Muchos húngaros se unieron a Emerico Tokoly en el norte del país, donde incitados por Transilvania y ayudados por Francia llevaron a cabo una feroz y triunfal resistencia.

En 1681, Leopoldo reconoció su error, restaurando las libertades húngaras. Ello privó a Tokoly de la mayor parte del apoyo que había recibido, forzándole a volver con los turcos, que a pesar de todo se preparaban para asaltar Viena. En julio de 1683 la capital de los Habsburgo fue sitiada por el ejército otomano. De nuevo, Europa se dispuso a defender Austria, siendo especialmente efectiva la intervención del papa reformista Inocencio XI, quien exhortó incansablemente a todas las potencias. La mayoría de los estados germánicos enviaron tropas, y Leopoldo, en marzo de 1683, gracias a la influencia pontificia, consiguió una alianza con el monarca de Polonia, Juan Sobieski. En septiembre, cuando Viena estaba a punto de capitular después de una heroica defensa, un ejército cosmopolita de setenta mil hombres, dirigido por Sobieski, venció a los turcos en Kahlenburg, expulsándoles de los dominios de los Habsburgo.

Viena fue salvada, pero los frutos inmediatos de la victoria no fueron sustanciosos debido a las diferencias entre los vencedores. En esta ocasión, Leopoldo decidió aprovechar la situación. En Ratisbona (1684) reconoció todas las anexiones de Luis XIV desde la Guerra de Devolución, a cambio de veinte años de tregua que le dejarían las manos libres en el este. Los turcos fueron expulsados de Hungría tras quince años de lucha intermitente, aprovechando los austríacos los largos períodos



Arriba, medalla acuñada para conmemorar el tratado entre Juan III Sobieski, de Polonia, y el zar de Rusia, en 1686. Polonia reconocía en el tratado la autoridad rusa sobre el este de Ucrania. (Hermitage, Leningrado.)

Abajo, Augusto II de Polonia, conocido como Augusto el Fuerte. Fue muy impopular entre sus súbditos y su política agresiva hacia Suecia provocó la Guerra del Norte (1700-1721). (Barockmuseum Schloss, Maritzburg.)

Página anterior, batalla naval librada entre venecianos y turcos en 1717 junto al archipiélago de Lemnos. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)



de inactividad para reforzar su posición en la guerra contra Francia (1688-1697), que estalló a pesar de la tregua de Ratisbona. Por último, en 1697 el general Eugenio de Saboya tomó el mando del ejército austríaco, acabando con los últimos efectivos turcos en la batalla de Zenta. Por el Tratado de Carlowitz (1699) los otomanos cedieron a los Habsburgo toda Hungría y Transilvania, excepto Temesvar, en el sudeste.

La monarquía danubiana

El reino de Hungría pasó a formar parte del estado de los Habsburgo, al aceptar la Asamblea magiar el establecimiento de una monarquía hereditaria y la renuncia al derecho de insurreción (1686). Sin embargo, los húngaros retuvieron la mayor parte de sus privilegios y la tradicional aversión contra la dinastía austríaca; a pesar de las tácticas conciliatorias de los Habsburgo, hubo una importante rebelión dirigida por Francisco Rakozi (1603-1611). Transilvania, donde la tradición independentista siempre había sido muy fuerte, fue tratada con igual moderación; continuó siendo una provincia de los Habsburgo no sujeta a Hungría.

En el transcurso del siglo XVIII quedó patente que, si bien los Habsburgo habían fracasado en la creación de un estado fuertemente centralizado y con súbditos fieles como en Prusia, en cambio y a pesar de las dificultades, el gran bloque austro-bohemio-húngaro sería una de las potencias más fuertes de Europa hasta 1918.

Polonia

La ayuda en el levantamiento del sitio de Viena fue el último triunfo de la vieja



Polonia, pues a fines del siglo XVII estaba en una clara decadencia, debido a su anticuada estructura política y social.

La monarquía era electiva, y por lo tanto débil. Los impuestos y otras decisiones importantes requerían la aprobación por parte de un parlamento nobiliario (el *Seym*), que fue paralizado por la incesante y estricta aplicación del derecho de cualquiera de sus miembros para utilizar el *liberum veto*, el cual disolvía automáticamente al Seym. En la práctica, las asambleas locales, también dominadas por la nobleza, eran muy poderosas. Tal situación invitaba a las intrigas por parte de otros estados, mientras los mismos polacos, carentes de un aparato administrativo eficaz para adoptar decisiones, formaban frecuentemente confederaciones armadas rivales para conseguir el triunfo de los intereses de las diferentes facciones. La guerra civil, o su mera amenaza, se perfilaba en cada crisis.

Los nobles, que eran los únicos beneficiarios de las «libertades» polacas, se resistieron a cualquier reforma. Cerca del 10% de la población petenecía a este estamento, aunque la riqueza y el poder estaban en manos de unas pocas grandes familias, de las que los miembros de la baja nobleza tendían a convertirse en vasallos. La economía estaba dominada por la aristocracia desde que los turcos conquistaron los puertos del mar Negro en el siglo XV, destruyendo el comercio intercontinental con el Báltico. Además, en Polonia la situación de los siervos se deterioraba, mientras que los privilegios nobiliarios —sobre todo el derecho a no pagar tasas aduaneras por la exportación o la importación de productos— hacían imposible el florecimiento de las ciudades.

El impacto de la guerra en un reino económicamente atrasado y políticamente anárquico iba a ser desastroso, pues Polonia se halló en un estado de constante beligerancia desde la segunda mitad del siglo XVII. En 1654 la lucha contra los cosacos rebeldes del Dnieper, que ya se preveía en 1648, fue transformada por la intervención de Rusia. El ejemplo ruso animó a Carlos X de Suecia a invadir Polonia al año siguiente. En el curso de la guerra, los suecos arrasaron dos veces el país, que fue eventualmente salvado gracias a la ayuda de los enemigos de Suecia, es decir Dinamarca, Austria, y tras un cambio de bando, Brandenburgo. Por la Paz de Oliva (1660) Polonia renunció a su soberanía sobre Prusia Oriental. En Andrusovo, tras siete años más de contienda contra Rusia, cedió las regiones que rodeaban Smolensko y Kiev. La pérdida de territorios fue considerable, pero la devastación que causó la contienda fue aún más importante. Antes de que Polonia pudiera recuperarse, se enfrentó con los turcos, que en 1672 invadieron Podolia, en el sudeste del reino. A pesar de la gran victoria de Juan Sobieski en Chotin (1673), la región invadida fue cedida a los otomanos en 1676.

La ola de sentimiento nacionalista producida por la invasión turca llevó a la elección como rey de Juan Sobieski (1673-1696). Mucho más poderoso que sus predecesores Juan Casimiro (1648-1668) y Miguel Wisnowiesky (1669-1673), fue él quien dirigió el ejército cristiano que derrotó a los turcos ante Viena (1683). Pero fue incapaz de solventar los males internos de Polonia, pues se obsesionó por su ideal de cruzada, sacrificando los intereses polacos en una guerra en la que Austria sería la máxima beneficiaria.

La elección del duque de Sajonia, Augusto el Fuerte como rey de Polonia (1697) inauguró un largo período de anarquía. Los derechos de Augusto a la corona fueron cuestionados por el príncipe de Conti, y más tarde por Estanislao Leszczynski, apoyado por los suecos. La consiguiente guerra civil acabó en 1717, mediante un tratado firmado por agotamiento, que no resolvió absolutamente nada.

El Imperio otomano

El poderío turco también estaba en decadencia, aunque los recursos y el poder del Imperio —extendido sobre el norte de África, Oriente Medio y los Balcanes— le permitieron soportar pérdidas catastróficas, e incluso recuperaciones coyunturales.

La crisis del siglo XVII fue, a primera vista, del mismo tipo que la sufrida por muchos estados, y posteriormente superada. El sultán gobernaba como un déspota, normalmente por medio de un gran visir, dependiendo la suerte del Imperio de las habilidades de uno u otro. Los sultanes débiles estaban dominados por las intrigas palaciegas o las del harén, y el Estado sufría las consecuencias: la administración se volvió corrupta e incompetente, se producían rebeliones provinciales, revueltas palaciegas y reveses militares —situación que se dio, por ejemplo, con Ibrahim I (1640-1648) y durante los primeros años de Mohamed IV (1648-1687).

Cuando Mohamed Küpulu asumió el cargo de visir en 1656, dirigió una purga muy dura contra los burócratas ineficaces y hostiles, restaurando las finanzas, acabando con la corrupción, sofocando dos peligrosas revueltas y revitalizando las fuerzas armadas. La marina derrotó a los venecianos y recuperó Lemnos y Tenedos (1657), que se habían perdido con Ibrahim; el ejército invadió Transilvania, derrotando a Jorge Rakozi II y restableciendo la soberanía turca.

Pero esta recuperación dejó intacta la debilidad intrínseca del Imperio: los turcos habían fracasado en el objetivo de transformarse de guerreros nómadas en dueños de un estado estable. Los soldados obtenían tierras a cambio del servicio militar; tanto ellos como el sultán consideraban que la práctica del saqueo en las guerras satisfacía la mayor parte de sus necesidades. El comercio fue menospreciado, dejándose en manos de compañías occidentales y de los súbditos no musulmanes (griegos, armenios y judíos). Incluso la administración del Imperio corría a cargo de los fanariotas (los griegos del barrio del Fanar, en Constantinopla).

Con el tiempo, la expansión acabó, y la lucha en las devastadas fronteras proporcionaba ya escaso botín. La negligencia administrativa aumentaba la dificultad para cobrar impuestos a los campesinos, que raramente utilizaban el dinero. El principio hereditario minaba la organización militar: los señores evadían los servicios y pasaban las tierras a sus hijos, tanto si éstos se dedicaban a las armas como si no. Así, se fue deteriorando el famoso ejército de los jenízaros.

La crisis otomana fue doblemente grave, debido a que en Occidente se produjeron importantes avances técnicos. Esta superioridad se hizo rápidamente apreciable en la dirección del arte de la guerra: en 1664, en la batalla de San Gotardo, la infantería profesional y la artillería móvil europeas barrieron a la caballería turca. Los otomanos utilizaban una artillería pesada y poco manejable para las

LAS GRANDES POTENCIAS DE EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL

Año	Brandenburgo-Prusia	Austria	Rusia
1640	Federico Guillermo el Elector (1640)		
	Paz de Westfalia y fin de la Guerra de los Treinta Años (1648)		
			Guerra con Polonia (1654-1667)
1660	Paz de Oliva (1660)		
		Batalla de San Gotardo (1664)	
			Revuelta de Razin (1670-1671)
	Batalla de Fehrbellin (1675)		
1680		Liberación de Viena (1683) Reconquista de Hungría (1684-1699)	
	Guerra de la Liga de Augsburgo (1688-1697)		
	Federico III el Elector (1688)		Pedro el Grande (1689-1725) Toma de Azov (1696)
1700	Guerra de Sucesión en España (1701-1713)		Guerra del Norte (1700-1721)
	Federico I de Prusia (1701)		Batalla de Poltava (1709)
	Federico Guillermo I (1713-1740)	Carlos VI (1711-1740) Pragmática Sanción (1713) Guerra con Turquía (1716-1718)	Pérdida de Azov (1711)
1720		Alianza con España (1725) Tratado de Viena (1731)	
		Guerra de Sucesión Polaca (1733-1735)	
		Guerra con los turcos (1736-1739)	
1740	Federico I el Grande (1740-1786)	María Teresa (1740-1780)	
	Las guerras de Silesia (1740-1745)	Guerra de Sucesión austríaca (1740-1748)	Isabel (1741-1761) Guerra con Suecia (1741-1743)
		Alianza austro-rusa (1746)	
	Convención de Westminster (1756)	Alianza con Francia (1756)	
	Guerra de los Siete Años (1756-1763)	Guerra de los Siete Años (1756-1763)	
1760	Alianza con Rusia (1764)		Catalina II la Grande (1762-1796)
	Primera partición de Polonia (1772)	Primera partición de Polonia (1772)	Guerra con Turquía (1768-1774)
	Guerra austro-prusiana (1778-1779)		Revuelta de Pugachev (1773-1774)
1780		José II (1780-1790)	
		Alianza austro-rusa (1781)	
			Anexión de Crimea (1783) Carta de Privilegio de Nobles (1785)
	Liga de los Príncipes Germanos (1785) Federico Guillermo II (1786-1797)	Guerra con los turcos (1788-1791) Leopoldo II (1790-1792)	Guerra con los turcos (1787-1792)
	Prusia y Austria en guerra con la Francia Revolucionaria (1792)		
	Segunda partición de Polonia (1793)		Segunda partición de Polonia (1793)
	Tercera partición de Polonia (1795)		Tercera partición de Polonia (1795)

Página anterior, Francisco Rakozi (1676-1735), noble húngaro que encabezó la rebelión contra el gobierno de los Habsburgo en 1701, inspirándose en ideas nacionalistas y religiosas. Después de su derrota en 1711, murió exiliado en Turquía. (Szépmüvészeti Muzeum, Budapest.)

operaciones de sitio, pero la mística —y el predominio social— de los jinetes hacía impensable para ellos el abandono de la preeminencia de la caballería. El conservadurismo social y cultural hizo inevitable la decadencia.

Con el hijo de Mohamed Küprulu, el hábil Fazil Ahmed (1671-1676), los turcos consiguieron superar las consecuencias de San Gotardo, obteniendo victorias fáciles frente a enemigos débiles: expulsaron a los venecianos de Creta (1669) y arrebataron Podolia a Polonia (1676). Pero el sucesor de Ahmed, Kara Mustafá, condujo a los otomanos al desastre ante las puertas de Viena; las batallas posteriores demostraron que, aunque los turcos podían amenazar, las armas occidentales habían adquirido una superioridad indudable en todos los campos. Doscientos cincuenta años después de la toma de Constantinopla por los otomanos, la amenaza de éstos sobre Europa había desaparecido para siempre.

El Siglo de las Luces

Con frecuencia se denomina Siglo de las Luces exclusivamente al siglo XVIII, y se aplica concretamente a las generaciones de intelectuales franceses que «utilizando la razón» como instrumento de acción, minaron decisivamente el dominio de la Iglesia católica y su influencia en el mundo de las ideas, la ciencia y la cultura en general.

Sin embargo, cabe incluir en el Siglo de las Luces aquellos movimientos intelectuales que, de una forma u otra, removieron los espíritus y las mentalidades, propiciando el cambio de las conductas en el ámbito de la política y de la vida cotidiana. Así pues, el Siglo de las Luces escapa en cierta manera del ámbito del siglo XVIII, y es necesario remontarse hacia mediados del siglo XVII para encontrar ya los orígenes de una plataforma intelectual orientada hacia la ruptura. No es posible entender a Montesquieu y Rousseau, hombres del siglo XVIII, sin analizar antes a Hobbes y Locke, que vivieron en el siglo anterior. Por otra parte, en el siglo XVII hay hombres de excepcional valía que marcan ya rupturas con el conocimiento existente hasta la época. En Inglaterra, Newton. En Francia, Descartes.

La filosofía política inglesa

Los escritos políticos de Thomas Hobbes fueron el resultado de las guerras civiles que derribaron a la monarquía absolutista en Inglaterra. Hobbes escribió al servicio de la causa que resultó derrotada.

Thomas Hobbes nació en 1588, y cursó sus estudios en Oxford. Realizó numerosos viajes, especialmente a Francia. Interesado por la ciencia y las humanidades en general, se sintió profundamente consternado cuando estalló el conflicto entre los monarcas ingleses absolutistas y el Parlamento. Con sus escritos, obtuvo tal fama de retrógrado, que el propio monarca le brindó protección a cambio de que no escribiera más.

De hecho, la defensa del absolutismo político era la conclusión de la filosofía sostenida por Hobbes, quien para llegar a sus conclusiones partió de un minucioso análisis de la mente humana, tan agudo al menos como el realizado por Maquiavelo muchos años antes. Obsesionado por el carácter exacto de las ciencias físicas, intentó proporcionar la misma naturaleza a sus investigaciones psicosociológicas, partiendo de una observación sistemática de la realidad social. Sin embargo, su punto de partida no era científico, sino moralizante: «El hombre es naturalmente perverso».

Con la intención de dar una base científica a su planteamiento, Hobbes procuró buscar la ley que regía la conducta social humana, y en función de ella trazar un plan de gobierno «eterno». Para él, el movimiento constituía la realidad incuestionable, la propiedad que demostraba la existencia de la materia. El ser humano posee un «movimiento vital», cuya actividad puede ser favorecida o retardada según el medio ambiente circundante. Así, el estímulo será el motor de la vitalidad humana, que actuará en un sentido o en otro. En resumen, el principio fisiológico que informa todo comportamiento humano es la propia conservación, primer y único fundamento. Y parodiando a Newton, trasladó el famoso principio de la inercia al campo de la psicosociología: «Todo cuerpo tiende a conservar su estado de reposo o movimiento hasta que exista una fuerza que lo altere». Así deducía Hobbes la naturaleza conservadora del hombre, entendiendo por conservación el deseo de poseer seguridad.

Por otra parte, el medio ambiente en que el ser humano actúa es «peligroso y escaso». La existencia no proporciona «ni un momento de reposo que permita alcanzar un objetivo para siempre». Y puesto que la mayoría de los hombres están dotados por igual de astucia e inteligencia, la vida, la posesión del medio ambiente, se hace difícil y angustiosa, se convierte en una «guerra de todos contra todos», pues cada individuo sabe que la mayor seguridad se consigue con la mayor posesión o acumulación de riqueza. «Cuantas más riquezas se posean, más difícil será retroceder al estado de miseria inicial.»

Así, para Hobbes la situación humana era un «estadio de barbarie». El paso a la «sociedad» se dio en el momento en que surgió un poder arbitral: el Estado. Esta institución es la única capaz de impedir la «guerra civil permanente», pero este Estado ha de ser el resultado de un pacto mediante el cual todos los hombres convienen en aceptar su autoridad, indiscutida y absoluta. Por ello, señalando la necesidad del poder totalitario, afirmaba que: «Los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre... Los lazos de las palabras son demasiado débiles para reprimir la ambición, la avaricia, la cólera y otras pasiones humanas, si no sienten el temor de un poder coercitivo».

Sustancialmente identificaba, pues, «gobierno» con «violencia», y para justificar el ejercicio de la fuerza creó el artificio del «contrato» entre los hombres, del cual surgía legitimada la «violencia estatal absoluta», excluyendo sin embargo la posibilidad de que dicho contrato obligase al gobernante. Éste quedaba dispensado de obedecer las propias leyes que él mismo dictaba como obligatorias para la comunidad social.

Hobbes brindó estas teorías al monarca inglés, en un momento histórico en que éste era cuestionado por la baja nobleza y la burguesía, representadas en el Parlamento de los Comunes. Pero su influjo se prolongó mucho más allá de su época, siendo el fundamento de todos los futuros totalitarismos.

John Locke, nacido en 1632, teorizó en favor de la monarquía constitucional. De familia puritana, recorrió en su juventud Francia y Países Bajos, y en esta última nación contactó con el ambiente democrático creado por la pujanza de la burguesía comercial holandesa. Locke formuló los primeros principios políticos del liberalismo. Señaló que el poder nace de una libre y recíproca convención entre los hombres, cuyo resultado es el Estado, institución que debe proteger los derechos de propiedad y de igualdad ante la ley. Propugnaba asimismo la separación entre los poderes legislativo y judicial, «para evitar la acumulación de mando», y señaló la necesidad de que el monarca, si quería ser «legítimo», debía subordinarse también a las leyes, las cuales debían expresar la soberanía del pueblo, articulada en un Parlamento cuya función era legislar. El rey «reina, pero no gobierna».

Su pensamiento entroncaba perfectamente con la «revolución pacífica» inglesa de finales de siglo, que puso fin a las discordias entre el trono y el Parlamento en base a constituir una monarquía constitucional. Por otra parte, Locke, sostenía la necesidad de separar la Iglesia del Estado, pues «la moral y la religión son independientes».

Fueron Hobbes y Locke hombres de una misma época histórica, pero ambos pensaron de modo muy distinto. Sin embargo, un vínculo es común a sus teorías tan dispares —vínculo compartido también por Maquiavelo—: su preocupación fundamental estriba en pensar acerca del Estado y garantizar del modo más conveniente la vigilancia de éste sobre la sociedad. Habrían de pasar varias décadas para que la sociedad surgiera con fuerza como un conjunto con perfiles propios.



El «espíritu de las leyes»

El barón de Montesquieu, aristócrata nacido en Burdeos en 1689, contribuyó a reforzar poderosamente los criterios políticos preliberales de Locke, aunque vivió bajo el absolutismo de la monarquía francesa, reacia a cualquier cambio político por mínimo que fuese. De hecho, los Estados Generales, organismo representante de la sociedad estamental en Francia no había sido convocado desde 1614.

Hombre moderado e irónico, Montesquieu sentó los fundamentos teóricos de la nación, entendiendo que una sociedad o colectividad humana era el resultado de numerosos factores que se interrelacionaban: el clima, la localización geográfica, la capacidad comercial, la cultura... El resultado de la convergencia de estos factores era el «ser nacional», aquello que distingue a un pueblo de otro. En *El espíritu de las leyes* y en las *Cartas persas* ironizó sobre la sociedad y la política francesas, y en la primera de estas obras procedió a «reorganizar» la teoría de Locke. En el modelo ideal de Montesquieu, el «monarca constitucional» es aquel que detenta el poder ejecutivo, pero que no ejerce sobre el legislativo influencia alguna, salvo un derecho de veto manifestado sólo en casos extremos. El poder legislativo debía ser elegido por la mayoría, y se articularía en dos Cámaras, la alta o aristocrática, y la baja o burguesa. Su labor sería «configurar la economía de la nación». El poder judicial se estructuraría independientemente de los otros.

Montesquieu señaló que había descubierto la separación de poderes estudiando la Constitución inglesa. En este sentido cabe recordar que las guerras civiles habían destruido en Inglaterra el poder medieval, y que a partir de 1688 la «revolución pacífica» señaló el inicio del papel hegemónico del Parlamento. A partir del estudio de aquella coyuntura histórica, llegó a la conclusión de que la forma más racional de gobierno era aquella capaz de «mezclar armónicamente los poderes monárquico, aristocrático y democrático (del pueblo), fusionados en un sistema que los equilibre permanente y recíprocamente».

En sus célebres *Cartas persas*, Montesquieu comienza por presentar sus máximos respetos al rey de Francia y a la Iglesia, pasando a continuación a satirizar acerca de la decadencia de Francia, plasmada en la «crisis de su aristocracia». Ironiza sobre el hecho de que todos los po-

Reunión en el salón de madame Geoffrin en París, en 1755. En el grupo se encuentran varios de los personajes más famosos de la Ilustración francesa: d'Alembert, Rousseau, Diderot y Condillac. (Château de Malmaison.)

deres «que deberían ser intermedios entre el rey y sus súbditos, se han identificado con el monarca», y éste «se ha divorciado de aquéllos». Sin embargo, el libro concluye con una afirmación pragmática: «El mejor gobierno es aquel que conduce a los hombres del modo más adecuado a su disposición».

Voltaire

François Marie Arouet, nacido en 1694, era hijo de un notario, y por tanto, miembro de la burguesía que practicaba profesiones liberales. Viajó por numerosas naciones, pero su estancia en Países Bajos fue decisiva para certificar su adscripción a un liberalismo incipiente, que tenía en el anticlericalismo —no en el ateísmo, pues Voltaire no fue nunca ateo— su epicentro.

Tras una estancia en Inglaterra, Voltaire decidió difundir en su país las ideas científicas de Newton y las ideas políticas de Locke, y sobre todo, regresó con el ánimo de que era absolutamente necesario romper las ligaduras que impedían el libre pensamiento. En Francia, la censura oficial, así como la opinión pública y la cultura monopolizadas por la Iglesia católica, constituían una pesada losa sobre la libre expresión de los espíritus ilustrados. Nadie como Voltaire luchó contra ambos poderes con una fuerza y una perseverancia inagotables, adoptando como instrumento la pluma y utilizando los géneros literarios más diversos.

Para Georges Sabine, el ataque volteriano contra el «catolicismo perseguidor de la libertad» es una de las contribuciones más importantes de la intelectualidad ilustrada del siglo XVIII francés. Voltaire propugnó la necesidad de la libertad civil, aunque no tuvo en cuenta que, para que ésta existiera, era necesario modificar la hegemonía de lo político; este cambio podía promover revueltas y disturbios, y Voltaire abominaba a las masas, a las que consideraba «estúpidas y crueles», incapaces de salir de su estado de miseria intelectual. Sin embargo, prosiguió su lucha como francotirador, utilizando como armas la ironía y el sarcasmo. Contra instituciones como la monarquía absoluta y la Iglesia católica no podía —creyó—, razonarse pausada y sosegadamente. La corrosión de las mismas era la única vía posible.

En 1717, unos versos considerados irrespetuosos para con la persona del regente de Francia le costaron la prisión en la Bastilla, lugar al que volvió de nuevo en 1726, por las acusaciones promovidas por un aristócrata. Tras el exilio inglés, su celebridad alcanzó tal grado, que Luis XV accedió a nombrarle «historiógrafo» de la corte, pero la confianza real entró en crisis cuando se supo que Voltaire colaboraba con los temidos «enciclopedistas». Fue en aquella etapa cuando profundizó al máximo en su pensamiento. En política, postuló un «despotismo ilustrado radical», postura acorde con la intelectualidad de la época. En el campo religioso, adoptó la tesis de la necesidad de una religión naturalista, marginada del boato y las excrecencias litúrgicas, y del monopolio cultural que caracterizaba a la Iglesia católica. Filosóficamente, el determinismo debía compaginarse con la libertad, y en esa tarea la intelectualidad tenía un notable papel a desarrollar.



Voltaire hubiera reprobado, seguramente, los excesos de la Revolución francesa, pero no cabe duda de que fue uno de sus mentores intelectuales. Los revolucionarios, en 1791, decidieron, como homenaje a su persona, que sus restos reposaran en el Panteón.

La Enciclopedia

La *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Arts et des Métiers* fue el gran depósito cultural e ideológico producido por la Ilustración francesa. La obra fue idea de Denis Diderot (1713-1784) y Jean le Rond d'Alembert (1717-1783), y ambos, de hecho, la dirigieron. En 1751 apareció el volumen primero, y en 1752 el segundo. Fue en ese momento cuando el gobierno y las autoridades eclesiásticas francesas se apercibieron del contenido radical de la obra, y el gobierno llamó la atención a los autores. Cinco años después, en 1757, a los dos volúmenes iniciales se sumaban cinco más; entonces, el



gobierno real intensificó sus presiones y declaró la obra «fuera de la ley». Diderot decidió proseguir su elaboración prácticamente en la clandestinidad, y en esa situación se forjaron diez volúmenes más, terminados en 1765, junto con el cuarto volumen de grabados. Luego, hasta 1780, se redactaron e ilustraron un suplemento de cinco volúmenes y nuevos tomos de grabados. Finalmente, la obra contó con un total de 35 volúmenes. Era un trabajo colosal, e inmediatamente fue abordada su traducción a otras lenguas.

De hecho, tal como sus mismos autores reconocían, la obra distaba mucho de satisfacer la idea original. Y por otra parte, las colaboraciones eran de calidades muy dispares, con evidentes contradicciones ideológicas en sus contenidos. Sin embargo, a pesar de sus defectos la Enciclopedia fue una síntesis que intentaba recoger los máximos conocimientos existentes hasta la época, y su objetivo esencial era difundir la cultura.

Tres rasgos sobresalen, pues, en esta magna realización. En primer lugar, su ambición de recopilar los conocimientos existentes hasta entonces, a nivel filosófico y científico. En segundo lugar, su elaboración entrañó la actividad de un equipo en colaboración. Y en tercer lugar, se proponía difundir la ciencia y las ideas, con el objetivo de romper el monopolio que sobre la cultura y la moral públicas ejercía la Iglesia católica.

Diderot, como Voltaire, había sido alumno de los jesuitas, y al igual que éste, se vio influenciado por las ideas que circulaban en Inglaterra. Diderot carecía de un sistema filosófico completo, pero su pensamiento evolucionó constantemente. Como luchador contra las ideas míticas, impulsó el criterio de una creencia panteísta sustitutiva del deísmo, que él consideraba embrutecedor; sin embargo, finalmente derivó hacia el ateísmo, difundiendo la necesidad de que los hombres se sacudieron el yugo de la religión si que-

Experimento con un pájaro en la campana neumática, en un cuadro de Wright of Derby (1768). El desarrollo de las matemáticas, la física y la mecánica hicieron nacer la esperanza de un mundo accionado por máquinas que sustituyeron al hombre en su trabajo.

Página anterior, Voltaire (1694-1788) dictando mientras se vestía. Su novela más famosa fue Cándido *(1759), en la que satirizó el optimismo metafísico de Leibniz y Wolff. Posteriormente se dedicó a publicar planfletos políticos y a trabajar para la* Enciclopedia. *(Musée Carnavalet, París.)*



rían realmente progresar, identificando progreso con ética.

Su compañero D'Alembert fue abandonado por sus padres a los pocos días de su nacimiento, siendo recogido y criado por unos artesanos parisinos. Fue un hombre versátil que se interesó por los grandes temas de su tiempo, pero preferentemente por la ciencia. Gran conocedor de la matemática, llegó a formular varios enunciados físicos, de los cuales ha perdurado el llamado «principio de D'Alembert», base del posterior desarrollo de la dinámica de los fluidos. Profundizó asimismo en el cálculo diferencial. Abordó con entusiasmo la Enciclopedia, y él mismo redactó el célebre prólogo conocido como *Discours préliminaire,* ocupándose luego de elaborar varios artículos científicos. Por su adscripción al estudio de las ciencias, fue considerado el menos sospechoso de radicalismo de todos los colaboradores de la obra, y el papa Benedicto XIV le propuso ingresar en la Academia de Bolonia. De su ideario destaca la consideración de que la especulación es el fundamento del progreso, es decir, que sólo el contraste de ideas permite desentrañar las causas de los fenómenos. Con ello, rompía el unitarismo sostenido por la vieja escolástica.

Sin embargo, la aportación más fundamental de D'Alembert estriba en su noción del positivismo. En efecto, como precursor del positivismo que se extendería rápidamente en el siglo siguiente, sostuvo que la ciencia no posee cualidades misteriosas ni exige explicaciones metafísicas; solamente debe ocuparse de las cosas tangibles, pero debe renunciar a profundizar más allá del ámbito empírico de los fenómenos que registra y estudia. Es decir, apuntaba la necesidad de separar ciencia de metafísica, pero por otra parte, ponía en funcionamiento la idea de que la ciencia debe también distanciarse de las «cosas mundanas», entendiendo por «mundanas» los hechos sociales.

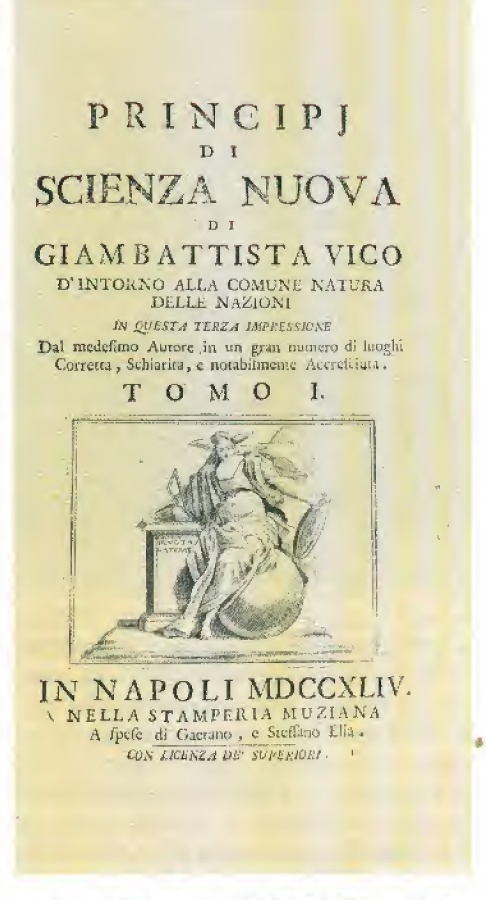
Esta última idea, clave del positivismo, sería reforzada pocas décadas después por el movimiento utilitarista surgido en Gran Bretaña, del que descollaría la personalidad de Jeremy Bentham. La ciencia, afirmaría éste, debe separarse de la sociedad, y promover «utilidades». Esto es, la ciencia ha de ser «rentable» y convertirse en «ciencia aplicada». El divorcio entre ciencia y sociedad, señalado muchos años después por Bertrand Russell como uno de los momentos más aciagos de la historia de la humanidad, y que constituye el eje del positivismo, tuvo su punto de arranque en el enciclopedista D'Alembert.

Otro colaborador esencial de la Enciclopedia fue Julien Offray de La Mettrie (1709-1751), médico que se interesó profundamente por la fisiología humana y por la mente. Su obra fundamental fue *L'homme machine,* que le valió su destierro de Francia, y posteriormente de Holanda. De hecho, fue uno de los primeros grandes materialistas de la época moderna. La Mettrie partía de la consideración cartesiana del «ente vivo como máquina». Para él, la materia no es una «simple extensión», sino que posee capacidad de movimiento y de sensación, sus cualidades esenciales. La sensación nace precisamente del movimiento, y éste es el que diferencia la materia orgánica de la inorgánica. Es decir, todas las formas de vida dependen en última instancia de las diversas formas adoptadas por la organización de la materia. En esa línea, consideraba la religión como un subproducto de la imaginación humana, llegando a afirmar que una «sociedad atea no sólo es posible, sino además es deseable».

Influenciado por La Mettrie, Paul von Holbach (1723-1789) profundizó en la concepción materialista. Este aristócrata, nacido en Alemania pero residente en París, elaboró un *Sistema de la Naturaleza* que ejercería gran influencia en los socialistas del siglo XIX. En su opinión, la religión era la gran enemiga del progreso, y en consecuencia, «de la felicidad humana». Los dioses surgieron como «producto del miedo y la ignorancia», ya que en un sistema natural «aquéllos no tienen lugar», pues todo es el «resultado de la naturaleza de la materia y de sus leyes inminentes».

El corolario sociológico que formulaba von Holbach, era que el derribo de la tiranía impuesta por la religión podría asegurar un sistema social racionalista, y con ello atacaba veladamente parte de las esencias del Antiguo Régimen. Todos estos autores eran filósofos o científicos, pero además colaboraron en alguna medida en la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert. En una línea similar actuaron





PRINCIPJ
DI
SCIENZA NUOVA
DI
GIAMBATTISTA VICO
D'INTORNO ALLA COMUNE NATURA
DELLE NAZIONI
IN QUESTA TERZA IMPRESSIONE
Dal medesimo Autore in un gran numero di luoghi
Corretta, Schiarita, e notabilmente Accresciuta.
TOMO I.

IN NAPOLI MDCCXLIV.
NELLA STAMPERIA MUZIANA
A spese di Gaetano, e Steffano Elia.
CON LICENZA DE' SUPERIORI.

también Cabannis (1757-1808) y Buffon (1707-1788), científicos; Helvetius (1715-1771), filósofo; Quesnay (1694-1774) y Turgot (1727-1781), economistas; y sobre todo, Jean-Jacques Rousseau.

Jean-Jacques Rousseau

El ginebrino-francés Rousseau (1712-1778) fue un hombre versátil y contradic-



Izquierda, asamblea de científicos en el Jardín Botánico de París, en un grabado de Leclerc. Entre los siglos XVII y XVIII se realizaron brillantes descubrimientos en botánica y zoología.

Página anterior, izquierda, retrato de Montesquieu (1689-1755), uno de los más importantes exponentes del Iluminismo. (Éditions Rossignol.)

Página anterior, derecha arriba, Denis Diderot (1713-1784), que dirigió con d'Alembert la Enciclopedia, *retratado por Louis Michel van Loo. (Louvre, París.)*

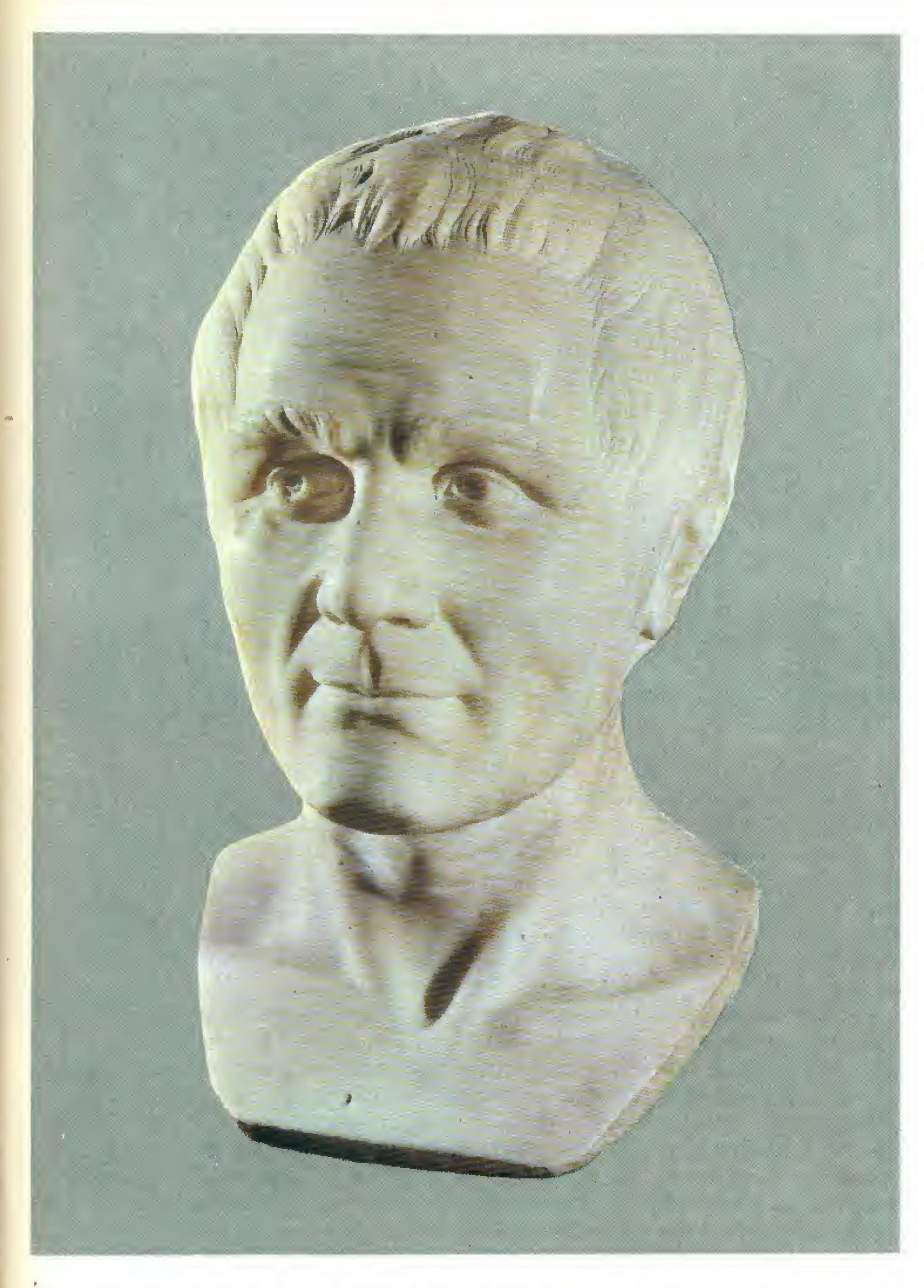
Página anterior, derecha abajo, portada de los Principios de la Nueva Ciencia *(1744), del filósofo e historiador Giambattista Vico (1668-1744), en la que postula que el hombre sólo puede conocer las cosas que él mismo ha creado.*

torio. Escribió piezas literarias, compuso óperas que rivalizaron con las de Lully, se interesó por los adelantos científicos de la época, y sobre todo, filosofó acerca de la condición humana y la sociedad. Fue asimismo el pionero de la necesidad de una pedagogía naturalista para los niños, que teorizó en su famoso *Emilio*, aunque a sus hijos los llevó a la inclusa. Su razonamiento acerca del hombre y la sociedad presenta aspectos contradictorios. Sin embargo, con Rousseau, la preocupación de los teóricos y filósofos en torno a estructurar del modo más adecuado posible el Estado, concebido como el gran vigía y tutor de la sociedad civil, dejaría paso a la preocupación por el estudio de la propia naturaleza de dicha sociedad civil. Le preocupó esencialmente el modo de relación entre las personas, partiendo de la idea de que en última instancia la cuestión social se reduce a las personas y las relaciones entre ellas.

Entre él y los demás escritores de la Ilustración existe una notable diferencia. En palabras de Diderot, entre los enciclopedistas y Rousseau —y éste colaboró en la magna obra— había el abismo que existe entre «el cielo y el infierno».

Interesado por el origen de la naturaleza humana, Rousseau llegó a unas conclusiones moralizantes, como Hobbes,





Izquierda, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), autor del Contrato Social *y del famoso* Emilio, *en un busto de Jean-Antoine Houdon. (Musée Fabre, Montpellier.)*

Página anterior, Antoine Laurent Levoisier (1743-1794) y su esposa, retratados por David en 1788. Lavoisier, al que se considera el fundador de la química moderna, fue guillotinado durante el Terror.

pero opuestas a las de éste. Si para el valedor del absolutismo el hombre era «perverso por naturaleza», en cambio para el filósofo ginebrino era todo lo contrario: «El hombre es bueno; es la sociedad quien lo corrompe». Tal sería su divisa, y el punto de partida de sus razonamientos psicosociales.

Para liberarse de ciertas influencias, Rousseau combatió el individualismo, punto de partida de las doctrinas —tan diferentes— de los ingleses Hobbes y Locke. Rousseau, frente a la tesis de Hobbes de la «guerra de todos contra todos» como fundamento del Estado, sostuvo que aquélla solamente era aplicable precisamente a los hombres de Estado, a las personas públicas, pues el hombre común está «tan necesitado, que apenas puede prestar atención a otra cosa que no sea su sustento diario». En cualquier caso, los conflictos sociales, afirmó, no se producen aisladamente, sino que son el resultado de la vida social existente. Los hombres luchan en tanto son ciudadanos o súbditos. Es decir, la relación social les induce al conflicto.

En 1762 publicó el *Contrato social*, concebido como parte de una obra mucho más amplia, que no realizó. El punto de partida del mismo es claro: «Un individuo nace libre, pero por doquier se halla encadenado». ¿Cómo se produce ese cambio? ¿En base a qué legitimidad se opera la transformación? En este planteamiento, la causa del cambio, el factor que cataliza el paso de la libertad a la opresión, es la sociedad.

Los déspotas ilustrados



Durante el siglo XVIII se introdujeron cambios muy sustanciales en las monarquías del centro, sur y este de Europa. El aspecto racional-humanitarista de los cambios, y el hecho de que estuviesen concebidos y ejecutados por los monarcas o los ministros elegidos por ellos (no responsables ante la opinión pública), han inducido a llamar a este fenómeno «Despotismo Ilustrado».

De hecho, el Despotismo Ilustrado fue una expresión del siglo XVIII, cuyo contenido es mucho más amplio: el desarrollo de un Estado moderno servido por una gran burocracia, exigente con los recursos de los ciudadanos e intolerante frente a poderes rivales. En este sentido, los monarcas del siglo XVIII fueron imitadores del absolutismo francés en lo referente a la racionalización de las funciones y la centralización, en la abolición de los privilegios regionales, de clase y eclesiásticos. La expansión de la actividad gubernalmental y los incesantes costos de las campañas militares necesitaban muchos ingresos, lo que a su vez implicaba la utilización de numerosos servidores civiles, la revisión de las estructuras impositivas, y la adopción de medidas para relanzar la agricultura, la industria y el comercio.

El término «Ilustrado» no es, desde luego, inapropiado en esta fase del siglo XVIII. Por su cultura, los monarcas y sus ministros no podían evitar la influencia de la Ilustración, y muchas de las características del período —libertad de expresión (aunque con censura limitada), abolición de la tortura judicial, codificación de las leyes y amplia tolerancia religiosa— deben ser consideradas como acciones enfocadas puramente en interés del Estado. Muchas extensiones de la actividad gubernamental fueron bien recibidas por los «filósofos». Éstos esperaban además aumentar la riqueza de las naciones, no estando de acuerdo con los privilegios y el poder del clero, aunque sus motivos eran diferentes a los de los monarcas que admiraban sus teorías.

Dentro del modelo general del Despotismo Ilustrado hubo muchas desviaciones. Federico Guillermo de Prusia reformó su estado sin sentirse influenciado por la Ilustración. Catalina II de Rusia proclamó sus intenciones «ilustradas» pero no las supo poner en práctica. Federico II tomó de Voltaire el escepticismo religioso, autodeterminándose «el primer servidor del Estado», aunque defendió los privilegios aristocráticos en todas las esferas. Austria —normalmente considerada como un estado altamente conservador— tuvo al característico monarca déspota ilustrado en José II.

El Despotismo Ilustrado se confinó en la Europa atrasada, no afectando a los grandes estados mercantiles —Inglaterra, Francia y Holanda—. La ausencia de una poderosa clase media en el centro, sur y este del Viejo Continente hizo que la monarquía fuese la iniciadora del cambio, pero privó a los monarcas de una ayuda efectiva con la que hubiesen podido recortar los privilegios nobiliarios. Como consecuencia, la monarquía dependía en última instancia del apoyo aristocrático, y el precio de esta ayuda era la perpetuación de sus privilegios. A pesar de lo dicho anteriormente, el Estado preindustrial tuvo sólo unos limitados elementos de control: no había posibilidad de un aparato estatal que sujetase a un país sin la aquiescencia de las clases poderosas, económica y socialmente. Los gobernantes «déspotas y absolutos» sólo introdujeron pequeñas reformas.

La idea de «Estado»

Las cualidades personales del gobernante eran aún decisivas. La burocracia más altamente desarrollada seguía siendo utilizada personalmente por los monarcas o por sus ministros. Si el gobernante era débil, o confiaba sus funciones en personas incompetentes, el Estado se estancaba o decaía.

Sin embargo, durante el siglo XVIII, tal vez debido a que la administración se burocratizó, la idea del gobierno monárquico tendió a hacerse más impersonal. Los reyes fueron pensando cada vez más en los intereses del Estado que en los estrictamente dinásticos, identificándose ellos mismos con el Estado, y viceversa. Si el rey se convertía en el principal «servidor del Estado», esto no era en absoluto signo de debilidad. La convicción del siglo XVIII de que un monarca fuerte era la mejor forma de gobierno parecía confirmarse por la experiencia: las repúblicas como Holanda y Venecia estaban en decadencia, y las monarquías electivas del Imperio y de Polonia eran incapaces de promover un gobierno eficaz. El sistema parlamentario inglés fue una excepción a esta realidad.

Durante la mayor parte del período, las instituciones representativas fueron consideradas anacronismos medievales, obstáculos para la unidad y efectividad del Estado. El único déspota ilustrado que estuvo interesado por tales instituciones fue Leopoldo de Toscana (Leopoldo II de Austria) en el último período prerrevolucionario, cuando el culto al republicanismo romano, las enseñanzas de Rousseau y el éxito práctico de la Revolución norteamericana se combinaron para fomentar una recuperación del interés por el gobierno representativo.



La Revolución francesa acabó con cualquier posibilidad de profundización del Despotismo Ilustrado. Los monarcas se asustaron, y se aliaron con la nobleza y con el clero.

El rey sargento

Federico Guillermo I de Prusia se hallaba lejos de la idea convencional del Despotismo Ilustrado. Era piadoso, con poca cultura y sujeto a terribles ataques de ira. Sin embargo, dio al estado prusiano un carácter único, dejando a su sucesor los medios con los que poder hacer de Prusia una potencia europea.

El ejército fue la pasión de su reinado. Enroló como voluntarios —o a la fuerza— a hombres de más de 1,80 metros de estatura, reclutados por toda Europa, para reforzar su famoso «Regimiento de Gigantes». Lo más significativo fue el aumento del volumen del ejército, que a su muerte contaba con unos 83.000 hombres; era el cuarto mayor de Europa, sostenido sin embargo por uno de los estados europeos con menos población y recursos económicos (cerca de 2,5 millones de habitantes en 1740).

Como la mayoría de las fuerzas armadas europeas, el ejército prusiano estaba integrado por reclutas forzosos y por mercenarios. Una disciplina salvaje, e instrucciones y revistas interminables, les transformaron en una eficaz fuerza de choque, a pesar de las muchass deserciones, solucionadas cuando en 1733 Federico Guillermo asignó para cada regimiento un distrito prusiano (cantón), lo cual obligó a crear un cupo mínimo por regimiento. Se continuó con el reclutamiento de muchos extranjeros —incluso con Federico Guillermo, una tercera parte de la fuerza total del ejército había nacido fuera de las fronteras prusianas—, pero las bases para un verdadero ejército nacional ya estaban forjadas.

Al proporcionar soldados provenientes del campesinado, el sistema cantonal aceleró la transformación de la clase de los *junkers* en una nobleza militar. El mismo rey dio el ejemplo, al vestir siempre uniforme militar. Creó un cuerpo de cadetes en Berlín para los hijos de los junkers;

El mapa muestra el aumento del poder prusiano y de los Hohenzollern en el este de Europa durante el siglo XVIII.

Página anterior, Federico II de Prusia, que reinó en 1740-1786, revisando sus tropas. En su época la guerra fue considerada como un aspecto más de la diplomacia. Intentó crear un ejército profesional, independiente de los otros estamentos sociales.

pertenecer a este cuerpo se convirtió en un privilegio muy codiciado, que reforzó la atracción hacia la carrera militar. Este cuerpo de oficiales se convirtió en un monopolio de la nobleza, por lo que en 1740 los junkers eran unos devotos servidores de la corona.

Otra característica importante del reinado de Federico Guillermo fue el control burocrático sobre el Estado, y el del trono sobre la burocracia. En 1723, la recaudación de tributos y los ingresos de la corona se concentraron en una nueva institución, la Dirección General, que supervisaba todas las actividades de las autoridades locales a través de comités locales. En la ciudades, los cargos locales electivos fueron sustituidos por cargos estatales retribuidos. El control burocrático, originado por la necesidad de conseguir grandes sumas de dinero para financiar el ejército, se hizo primordial.

El control de la corona se mantuvo en Prusia por un sistema único. La mayoría de los gobernantes tomaban decisiones en consejo; Federico Guillermo las tomaba en su «gabinete», sólo con sus secretarios, en base a los rigurosos informes emitidos por sus ministros. Para evitar la concentración del poder en manos de cualquier cargo individual, hizo que los «colegios» especializados en que se dividía la administración nunca tuvieran una cabeza única.

El principal problema del rey, así como de la burocracia, era aumentar los ingresos, dedicándose la mayor parte de ellos (cerca de las tres cuartas partes) al mantenimiento del ejército. Federico Guillermo hizo verdaderos esfuerzos por recaudar todo el dinero posible para cumplir lo que él consideraba un deber. Reformó los arrendamientos de las propiedades reales, de las que vivía una tercera parte del campesinado prusiano, practicando una austera economía. El resultado de estas medidas fue que los ingresos de la corona aumentaron a más del doble durante su reinado.



El comercio y la industria continuaron estrictamente regulados, estimulándose la inmigración por todos los medios posibles. Llegaron refugiados de Francia y Salzburgo (de donde fueron expulsados los protestantes en 1732), y muchos extranjeros que se unieron al ejército prusiano eran instalados en tierras de los Hohenzollern cuando se licenciaban. A pesar de la idiosincracia de Federico Guillermo, el Estado que él creó dispuso de muchas de las características esenciales del Despotismo Ilustrado. Las funciones y poderes de la burocracia crecieron; fueron destruidas o mutiladas las atribuciones de las autoridades intermedias —funcionarios urbanos elegidos, y gremios—, y la tradición fue sustituida por la eficacia. Pero el estado de los Hohenzollern tenía unas características especiales, que derivaban del mantenimiento de un ejército desmesuradamente grande: las tropas se alojaban en los domicilios de la población civil, y muchos comerciantes locales vivían a sus expensas; los precios eran fijados por los comandantes de las guarniciones; los soldados recibían una educación rudimentaria y ocupaban los grados más bajos del funcionariado; la estrecha supervisión gubernamental acostumbró a los ciudadanos a obedecer a los soldados y a las autoridades siempre militares; el respeto hacia los señores se combinó con el mantenido hacia los burócratas. De otros estados se podía decir que tenían un ejército; en cambio, el ejército prusiano poseía un Estado.

Federico Guillermo acumuló tropas y tesoros, pero se valió poco de ellos. La única adquisición prusiana que hubo durante su reinado fue una parte de la Pomerania Occidental, con el puerto de Stettin (1720), una recompensa por ayudar a acabar la Gran Guerra del Norte. Debido a la ineptitud diplomática de Federico Guillermo, la influencia prusiana en Europa fue insignificante, pero en el caso de que hubiese sido más eficaz, ello habría su-

puesto una desgracia para Prusia, ya que las guerras y la política internacional del período fueron singularmente ruinosas.

El príncipe filósofo

Fue el sucesor de Federico Guillermo quien reveló el poder prusiano a una atónita Europa.

Federico II (1740-1786) tuvo una adolescencia y juventud turbulentas. Su afición a la flauta, los libros y las tertulias enfurecía a Federico Guillermo, y las relaciones entre padre e hijo se rompieron en 1730, cuando Federico, con 18 años de edad, decidió huir al extranjero.

Sin embargo, su propósito fue descubierto, siendo encarcelado y forzado a presenciar la ejecución de su amigo Katte; y por un tiempo su propia vida pareció peligrar. De hecho, estuvo bajo vigilancia mientras realizaba rutinarios deberes administrativos y militares, un aprendizaje invalorable, a pesar de su aspecto punitivo. Este incidente constituyó una valiosa lección de paciencia y autocontrol. A partir de entonces, Federico aceptó la autoridad de su padre.

Sin embargo, nunca abandonó sus inquietudes culturales. Era un virtuoso flautista y un compositor competente, leía vorazmente y escribía odas, tragedias y argumentos en prosa, y en los últimos años de su vida, historias y memorias. Todas estas obras fueron redactadas en francés, pues despreciaba abiertamente el alemán. Cuando su padre le dio más libertad, Federico se rodeó de un círculo de intelectuales, y mantuvo una correspondencia con Voltaire que a él le proporcionó un buen conocimiento literario, y a ambos, oportunidades para incesantes halagos mutuos.

Quienes pensaron que Federico sería un pacífico rey-filósofo se equivocaron. Su reinado se acercó más al racionalismo del Despotismo Ilustrado que al idealismo humanitario. Ya en 1731 discutía sobre la expansión de Prusia, sin hacer referencias a la legalidad o a las ficciones diplomáticas. Él mismo se consideraba como «el primer servidor del Estado», pero el Estado de Federico era una abstracción con necesidades y apetitos estratégicos, y desde luego no era sinónimo de «pueblo».

Las primeras acciones de Federico como rey mostraron su lealtad a la Ilustración: fue abolida la tortura judicial, se acabó con la censura de prensa y se concedió la tolerancia religiosa. La diferencia entre la concepción de la monarquía por parte de Federico y la de sus predecesores quedó ampliamente demostrada por la deforestación de cotos de caza reales para aprovecharlos en beneficio de la agricultura: el Estado estaba antes que los placeres reales.

Durante esta época, Voltaire se apresuró a publicar la obra *Anti-Maquiavelo*, que había escrito el rey, temiendo que en cualquier momento Federico pudiera echarse atrás en sus críticas al gran analista político. Los acontecimientos dieron la razón a Voltaire: la mayor «acción política» de Federico fue atacar Austria sin una previa provocación.

Al emperador austríaco Carlos VI le sucedió su hija María Teresa. La disputada sucesión se transformó en la gran oportunidad que esperaba Federico: a finales de 1740 marchó con cuarenta mil soldados sobre Silesia, con la seguridad de que, aunque todas las potencias (incluida Prusia) habían aceptado formalmente a María Teresa, sus ambiciones les llevarían pronto a imitar su ejemplo.

Los cálculos de Federico fueron acertados: su acción inició la Guerra de Sucesión de Austria (1740-1748). La participación de Prusia en ella se limitó a dos breves períodos de lucha contra Austria (1740-1742 y 1744-1745), conocidos generalmente como la Primera y la Segunda Guerra de Silesia. Las victorias prusianas impresionaron a Europa; el estado de los Hohenzollern se había convertido en una potencia de primer orden. Al final de este conflicto todos los países re-



Carga de coraceros durante la guerra de los Siete Años (1756-1763) motivada, entre otras causas, por el enfrentamiento austro-prusiano sobre la posesión de Silesia y la rivalidad franco-inglesa por las colonias de América y la India. (Pintura de Hans von Marées.)

Página anterior, Federico Guillermo I, rey Prusia de 1713 a 1740, que fortaleció el ejército y reorganizó las finanzas del Estado. (Schloss Charlottenburg, Berlín.)

conocieron la anexión de Silesia por parte de Prusia.

Silesia era una provincia rica y poblada, con una industria lanera en alza y con yacimientos de hierro, carbón y plomo muy valiosos para un estado militarista, pero supuso un constante riesgo de guerra durante la mayor parte del reinado de Federico, en parte como consecuencia de sus métodos. Su diplomacia en tiempo de guerra –dejando de luchar cuando parecía que sus aliados franceses iban a aplastar a Austria, y volviendo a reemprender las hostilidades cuando ésta se recuperaba excesivamente– tuvo éxito, pero le dejó sin amigos. María Teresa dedicó todos sus esfuerzos a la recuperación de Silesia. Por su parte, Rusia codiciaba la Prusia Oriental, y Francia, aún formalmente aliada de Prusia, no creía ya en Federico.

La Guerra de los Siete Años

Federico era consciente de su aislamiento. Después de la Segunda Guerra de Silesia, afirmó que a partir de aquel momento no provocaría más guerras. Sin embargo, ocho años de una paz tensa y comprometida revelaron las deficiencias de Federico como diplomático. En enero de 1756, alarmado por la aproximación anglo-rusa, Federico firmó la Convención de Westminster con Inglaterra, y ello indujo a Francia a aceptar las ofertas austríacas de una alianza defensiva. Creyendo que estaba a punto de ser aplastado por la coalición franco-ruso-austríaca, Federico decidió ser el primero en actuar.

En agosto de 1756 atacó Sajonia, un estado muy importante estratégicamente, pues sus fronteras estaban a pocos kilómetros de Berlín. El ejército sajón fue derrotado e incorporado a las fuerzas de Federico, aprovechándose los recursos de este país en beneficio de las necesidades de Prusia. A cambio de estas ventajas, Federico precipitó la guerra contra Rusia y Austria, y al atacar primero provocó la consolidación de la alianza de Francia con los enemigos de los Hohenzollern. Suecia también le declaró la guerra, por lo que el monarca prusiano se vio completamente rodeado por sus enemigos, decididos a desmembrar su reino.

Para Prusia, la Guerra de los Siete Años fue una lucha por la supervivencia. La única aliada de Federico fue Inglaterra, que le pagó anualmente subsidios y mantuvo un ejército en Alemania occidental. A pesar de las brillantes victorias prusianas en Rossbach (1757), sobre un ejército franco-germánico; en Leuthen (1757), sobre los austríacos; y en Zondorf (1758), sobre los rusos–, la coalición frenó a los ejércitos de Federico por su aplastante superioridad numérica. De hecho, las victorias prusianas sólo supusieron un respiro temporal, pues tuvieron tantas derrotas como éxitos. Sin embargo, el rey era incansable y poseía recursos inagotables, contando su ejército con las ventajas de una organización interior bien estructurada y unidad de mando. A pesar de ello, la situación alcanzó varias veces tal gravedad que incluso Federico consideró el suicidio como única alternativa.

Desde 1760, la guerra fue sobre todo de desgaste. La coalición comenzó a desintegrarse, salvando a Federico de la derrota final. Cuando se firmó la paz en 1763, Prusia –incluyendo a Silesia– se mantuvo intacta.

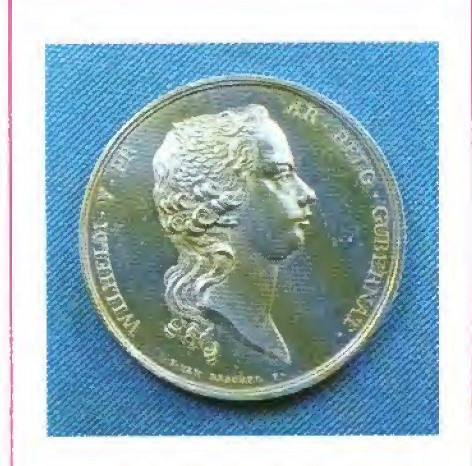
Prusia había sobrevivido gracias al tesón de Federico; pero más que a él, el mérito correspondía al ejército y a la burocracia creados por sus predecesores; en particular, a la eficacia del funcionariado, que consiguió unos ingresos proporcionalmente más elevados que los de los otros estados europeos.

En muchos aspectos, Federico se sentía satisfecho de seguir los métodos de su padre. Intentó mantener al mínimo las importaciones y alentar las exportaciones; aplicó tarifas de guerra contra Austria y Sajonia; redujo las barreras aduaneras internas; construyó canales, drenó pantanos, y fundó cientos de nuevas ciudades. Fueron explotadas vigorosamente las minas de hierro de Silesia. La producción de sedas y paños de lana aumentó tan rápidamente que se convirtieron en la principal exportación de Prusia. Hubo, inevitablemente, conflictos entre las necesidades del Estado para obtener ingresos y las de la producción, surgiendo inexorablemente defectos en un sistema tan altamente estatificado y hostil a la iniciativa privada. Pero, si se compara la política económica prusiana con la de otros estados, se detecta su mayor eficacia.

Federico estaba en todas partes, supervisando, dirigiendo y comprobando. A diferencia de su padre, intervenía incluso en los asuntos más rutinarios. Creó agencias especializadas, mantuvo correspondencia con funcionarios locales por encima de la autoridad de sus superiores, y puso agentes que espiaban a todos los miembros del engranaje administrativo. Tales métodos promovieron rapidez y eficacia, pero desorganizaron la administración prusiana, haciendo que los servidores civiles se mostraran reacios a actuar por su propia iniciativa. Estos defectos fueron tolerables mientras el rey fue un hombre de inteligencia y laboriosidad excepcionales –es decir, mientras Federico fue el monarca–, pero inevitablemente, no tuvo ningún sucesor que pudiese actuar como único supervisor del Estado.

Durante la Guerra de los Siete Años, Prusia fue devastada por los ejércitos enemigos, reduciéndose la población en una décima parte. Federico redobló sus esfuerzos: los campesinos fueron sostenidos por los créditos y los suministros de los almacenes de guerra; la moneda se recuperó, fue abierto un banco estatal, y se fomentó el cultivo de la patata y la remolacha, que evitaban el hambre, a pesar de la oposición del campesinado conservador. Con todo, la regulación del Estado fue decisiva en el logro de la recuperación económica.

Los privilegios sociales y económicos de la nobleza se mantuvieron intactos. Ciertamente, Federico, al igual que su padre, prefirió situar a miembros de la nobleza en los puestos de importancia. En este, como en otros aspectos, Federico fue cada vez menos ilustrado; en realidad, las únicas reformas importantes de su reinado fueron las judiciales. Sus esfuerzos para asegurar la estabilidad de los arrendamientos del campesinado fueron tal vez otra excepción, pero los hombres del medio rural eran considerados como carne de cañón.







Arriba, mesa redonda de Federico el Grande (1712-1786). Fragmento de un grabado que reproduce la pintura de Adolf Menzel, hoy destruida. El culto al soberano prusiano, amigo de Voltaire y reorganizador del Estado, manifestaba gran interés por la literatura y la filosofía.

Izquierda, Federico II de Prusia, que reinó de 1740 a 1786 y fue llamado "el Grande", combinó su afición a las artes con sus ideales expansionistas en el este de Europa. (Schloss Hohenzollern.)

Página anterior, medalla de plata diseñada con motivo de la boda del príncipe Guillermo V, estatúder heredero de Holanda, y la princesa Guillermina de Prusia en 1767. Anverso: perfil del novio; reverso: la virgen de los Países Bajos junto al altar matrimonial. (Gabinete Real de Monedas, Medallas y Piedras Talladas, La Haya.)

Los últimos años de Federico

En los períodos de paz Federico siguió siendo un mecenas de las artes y las letras; bajo su auspicio, Knobelsdorff construyó el Teatro de la Ópera de Berlín, el ala este del Palacio de Charlottenburg, y el palacio rococó destinado por el rey para su descanso –el famoso Sans-Souci, en Postdam–. Federico escribió un largo poema, *El Arte de la Guerra* (corregido por Voltaire), y una *Historia de mis tiempos*, sobre las guerras de Silesia. El mismo Voltaire se convirtió en huésped de Federico (1750-1753).

La Guerra de los Siete Años reforzó los elementos misantrópicos y conservadores en el carácter de Federico. El brillante y joven rey se convirtió en un hombre obeso, vestido con una chaqueta andrajosa y llena de manchas. Era completamente distinto de cualquier otro gobernante.

El conservadurismo de la política exterior de Federico no fue una elección expresa, ya que Prusia no se podía permitir ninguna otra guerra ni tenía amigos. Francia y Austria siguieron siendo aliadas, y Federico creía que Inglaterra le había abandonado. Llegó a firmar la única alianza que le era posible, la que estableció con Rusia (1764-1780). Él no tenía ningún deseo de que este imperio se expansionase, por lo que la mayor parte de su actividad diplomática estaba encaminada a evitar que su aliada explotase las



victorias que obtenía sobre los turcos. Polonia era otro asunto: Federico se entusiasmó con la sugerencia de la emperatriz Catalina, acerca de que Rusia, Prusia y Austria se anexionaran parte del territorio polaco. El primer reparto (1772) cumplió una de las ambiciones más deseadas por Federico, la adquisición de Prusia Occidental. Este territorio tenía un gran número de pobladores de habla germánica y religión luterana, fácilmente asimilables por un Estado alemán; la Prusia Occidental, hasta entonces indefensa, se unió así al bloque principal de los territorios de los Hohenzollern.

Este fue el último logro de Federico: a partir de entonces su posición sería defensiva. La guerra entre Prusia y Austria (1777) fue artificiosa, pero Federico evitó que los Habsburgo conquistaran parte de Baviera. Tal vez la gran paradoja de su carrera fue la obtención del liderazgo de la Liga de los Príncipes Alemanes, formada en 1785 para oponerse a los proyectos de José II sobre Baviera. Federico, el agresor sin escrúpulos, que había roto dos veces la paz con el Imperio, dirigía ahora la opinión alemana contra los proyectos radicales del propio emperador.

El legado de Federico

Bajo Federico el Grande, Prusia fue reconocida como una gran potencia, y adquirió territorios y población suficientes (cerca de 5 millones de habitantes en 1786) para mantener su nuevo *status* de una forma más efectiva. En términos meramente políticos, sus fines y medios estaban justificados por sus éxitos, pero sus efectos a largo plazo fueron más cuestionables.

El rasgo militarista del estado prusiano era decisivo. El prestigio del ejército se hizo inquebrantable y su influencia se hacía sentir en todo el país. A Federico se le acusó con cierta justificación de haber iniciado la carrera armamentista en Europa. Después de la Guerra de los Siete Años, el ejército se mantuvo con el mismo número de hombres (cerca de un 4% de la población), inculcándose en los ciudadanos el hábito de la obediencia y la creencia en la fuerza como medios para resolver las disputas. En este sentido, se puede acusar tanto a Federico como a su padre de algunos de los desastres de la reciente historia de la Alemania contemporánea.

En los años siguientes a la muerte de Federico, Prusia siguió extendiéndose. Su sucesor, Federico Guillermo II (1786-1797), tomó parte en los repartos de Polonia de 1793 y 1795, pero Prusia fue duramente castigada durante las guerras revolucionarias y napoleónicas, en las que el ejército de Federico el Grande fue destruido, y el propio estado casi desmembrado.

Austria bajo Carlos VI

El reinado de Carlos VI de Austria (1711-1740) coincidió con el de Federico Guillermo I de Prusia, y mientras este úl-

timo estado se consolidaba, la monarquía austríaca luchaba con dificultades financieras, reveses militares y un creciente descontento interno.

Los primeros años del reinado fueron prometedores. Finalizó la larga Guerra de Sucesión de España, y si bien los Habsburgo no se sentaban en el trono hispano, la rama austríaca de la familia adquirió la mayor parte de las posesiones españolas en Europa: Países Bajos, Milán, Nápoles y Cerdeña. En la guerra contra los turcos (1716-1718), Eugenio de Saboya aplastó al ejército otomano y conquistó Belgrado; cuando se firmó la Paz de Passarowitz (1718), Austria obtuvo Temesvar y un considerable territorio al sur y al oeste de Hungría.

El problema interno más apremiante pareció resuelto cuando se llegó a un acuerdo con los húngaros. La revuelta de Rakozi acabó en 1712, y Carlos VI pudo negociar un arreglo, satisfactorio para la dinastía, pero no para el Estado. Los magiares continuaron disfrutando de un considerable grado de autonomía y pagando pocos impuestos (la nobleza estaba exenta), aunque aceptaron que Carlos fuera sucedido por su hija, y el principio de que Hungría fuese una parte indivisible del Imperio de los Habsburgo.

El hecho de que Carlos VI no tuviese un heredero masculino complicó su política interior y exterior. En la declaración de 1713 —la «Pragmática Sanción»— Carlos testaba todos sus dominios en favor de su heredero mayor directo, tanto si era hombre como mujer; con el paso del tiempo quedó claro que sería sucedido por su hija María Teresa (nacida en 1717). Tras haber asegurado la adhesión de los magiares, Carlos VI promulgó formalmente la Pragmática Sanción en 1724. Aun así, necesitaba la aquiescencia de las otras grandes potencias, necesaria no porque las mujeres fuesen consideradas como «gobernantes débiles» —aunque esta convicción no había desaparecido del todo, a pesar de los ejemplos que demostraban lo contrario—, sino porque María Teresa tenía rivales: el hermano mayor de Carlos, José I, había dejado dos hijas, que se casaron con los electores de Baviera y Sajonia. Algunas potencias podían apoyar sus reclamaciones para debilitar, y posiblemente, desmembrar el Imperio autríaco.

La política tortuosa e ineficaz de Carlos VI se orientó a evitar esta contingencia, mediante el reconocimiento internacional de María Teresa. Al final, tras concluir la Guerra de Sucesión de Polonia (1733-1735), todas las grandes potencias —incluso las enemigas seculares, como Francia— garantizaron la Pragmática Sanción.

Fue una política imprudente. A cambio de garantías escritas, Carlos sacrificó verdaderas ventajas. La fuerza y el prestigio austríacos —las únicas garantías reales de la Pragmática Sanción— disminuyeron notablemente. Las guerras de Carlos VI dejaron exhaustas las finanzas austríacas. En una nueva campaña contra los turcos (1737-1739), cuyos resultados fueron desastrosos, se perdieron todas las anexiones de Passarowitz, menos Temesvar. El proyecto de expansión comercial en ultramar, a través de la compañía naviera de Ostende, fue sacrificado para apaciguar a las potencias marítimas, vendiéndose la pequeña flota que se había construido en Trieste. El crecimiento económico siguió siendo lento, y la provincia más rica, Silesia, pasó a manos de Prusia tan pronto como Carlos murió.

María Teresa

Inmediatamente después de que María Teresa subiera al trono, Federico el Grande atacó Silesia, a la vez que los electores de Baviera y Sajonia reclamaban los derechos de sus respectivas esposas sobre los patrimonios de los Habsburgo. En el verano de 1741, Francia, Baviera y España formaron una alianza contra Austria; en octubre, el poco preparado ejército austríaco tuvo que afrontar a una fuerza franco-bávara en Bohemia, y a las tropas de Federico en Silesia. El inicio de la Guerra de Sucesión de Austria parecía presagiar el fin del estado de los Habsburgo.

Durante esta crisis, María Teresa, que contaba 23 años de edad, actuó con co-



Arriba, Carlos VI, archiduque de Austria y emperador del Sacro Imperio Germánico de 1711 a 1740, fue pretendiente al trono de España y sustituyó el dominio español por el austríaco en Italia y Flandes como consecuencia del tratado de Utrecht (1714).

Izquierda, María Teresa, emperatriz de Austria en 1740 gracias a la Pragmática Sanción, *decretada por su padre, Carlos VI, en 1713, que garantizaba esta sucesión en todos sus dominios.*

Página anterior, "El papa Inocencio XIII recompensa a Carlos VI con Nápoles y Sicilia, gran extensión de la monarquía austríaca —8 de junio de 1722." (Archivo del Estado, Viena.)

raje y resolución, haciendo una dramática petición a la nobleza húngara, de la que consiguió su apoyo. Pero más importante fue en aquel momento el hecho de que Federico el Grande abandonase la guerra: no deseaba que su aliada Francia destruyera a Austria y dominara Europa. Los franceses y bávaros fueron expulsados de Bohemia, pasando la iniciativa a Austria. La crisis había pasado, pero el equilibrio seguía fluctuando, y Federico volvió a intervenir entre 1744 y 1745 para evitar un triunfo austríaco.

Después de la Paz de Aquisgrán (1748), la política austríaca estuvo casi exclusivamente dirigida a vengar su derrota ante Prusia y recuperar Silesia. Durante la guerra, María Teresa hubiese preferido hacer la paz con Francia para poder enfrentarse únicamente contra Prusia; pero se lo impedían sus aliados, los ingleses (interesados sólo en luchar contra los galos), y la obsesión anti-Habsburgo. Fue en este momento cuando María Teresa decidió ganarse la amistad de Francia a cualquier precio.

El artífice de esta estrategia fue el príncipe Wenzel von Kaunitz, un destacado diplomático que se convirtió en canciller de Austria en 1753. Kaunitz creía que la lucha entre los Borbones y los Habsburgo dejaría de ser importante para los políticos europeos, y que sólo la destrucción de Prusia podría restaurar la hegemonía austríaca en Alemania. La nueva política requería una nueva aliada. Inglaterra no tenía el deseo ni la capacidad de intervenir en el este de Europa, mientras que la ayuda de Francia, aún la nación más poderosa del continente, podía asegurar la victoria, a la vez que sus subsidios podrían mantener a los ejércitos austríacos y rusos en actividad. Mientras Kaunitz negociaba con Francia, otro de los consejeros de María Teresa, el conde Ludwig Haugwitz, organizaba las reformas militares, administrativas y financieras que le permitiesen oponerse a la maquinaria de guerra prusiana. El ejército fue sometido a un entrenamiento más riguroso, fueron mejoradas las condiciones del servicio, y las reformas administrativas e impositivas aumentaron considerablemente los ingresos. Austria y Bohemia, las posesiones más fieles de los Habsburgo, fueron los principales objetivos, modernizándose e integrándose las instituciones austro-bohemias. Hungría fue tratada con sumo tacto. María Teresa se había ganado la lealtad de los nobles magiares en 1741, concediéndoles un tratamiento preferencial y respetanto sus privilegios.

Mientras, la diplomacia de Kaunitz tuvo éxitos limitados. Las negociaciones austro-francesas eran cordiales, pero se prolongaban excesivamente. Sólo los errores de Federico el Grande incitaron a Francia a firmar una alianza defensiva con Austria (1756), entrando en la coalición contra Prusia.



La diplomacia de Kaunitz triunfó, pero tanto el ejército austríaco como los de sus aliados, no supieron dar el golpe de gracia contra Prusia. Austria terminó la Guerra de los Siete Años sin nada positivo, pero con ingentes pérdidas humanas y económicas.

Después de la decepción producida por la contienda, María Teresa evitó aventuras en política exterior, decidiéndose por una reorganización de sus dominios. Toda la política interior fue impulsada bajo la dirección de un único Consejo de Estado, mientras que una oficina central, el Directorio, controlaba el sistema administrativo. Se empezaron a hacer presupuestos eficientes, y las funciones de los parlamentos provinciales fueron cada vez más controladas por agentes reales; las posteriores reformas militares fueron introducidas por el hijo de la emperatriz, José.

Las reformas agrarias de María Teresa fueron incluso más radicales. Su motivo original fue financiero: un campesino que realizaba pesados servicios para su señor no podía hacer productiva su propia tierra, dejando por ello de pagar impuestos. Las investigaciones de los funcionarios reales revelaron un grado de miseria tan grande entre el campesinado, que originaron una genuina revulsión humanitaria en María Teresa, que fue persuadida con grandes dificultades para que no aboliese totalmente la servidumbre. Finalmente, se estableció un máximo de prestaciones señoriales en las diferentes provincias. Sin embargo, los señores desobedecieron generalmente las pautas gubernamentales.

Estas medidas demuestran que el Despotismo Ilustrado surgió más por las nece-



sidades del Estado que por la personalidad o convicciones del gobernante. Nadie pudo sentirse menos atraído por la imagen del déspota ilustrado que la piadosa, conservadora y enérgica, pero escasamente intelectual, María Teresa. Aun así, quiso pasar por alto las costumbres y tradiciones en interés del Estado, haciendo pagar impuestos al clero y disolviendo monasterios frente a la oposición papal. Menos ilustrada y consciente que Federico II de Prusia o Catalina II de Rusia, merece sin embargo un lugar entre los déspotas ilustrados.

El emperador radical

El sucesor de María Teresa fue su hijo José II (1780-1790), que intensificó el programa de reformas radicales. José carecía de la coherencia y del sentido común de su madre. Fue un príncipe doctrinario de la Ilustración, que realizó cambios profundos en la estructura del Estado sin tener en cuenta las dificultades sociales, regionales o religiosas. Actuó de una forma peligrosa para él mismo, incluso descabellada, pues realizó además una arriesgada política exterior.

El anhelo de José II por los éxitos militares y diplomáticos se hizo palpable incluso en vida de su madre. Fue él, sobre todo, quien convenció a María Teresa de que Austria debía tomar parte en el primer reparto de Polonia (1722), y quien dirigió la Guerra de Sucesión de Baviera, enfrentándose con Prusia (1778). Sus fracasos drenaron la Hacienda austríaca, sin conseguir nada a cambio. Todos sus intentos de reformas internas también fracasaron.

Durante los primeros años de su reinado la situación fue relativamente positiva. La centralización administrativa fue orientada hacia una racionalización, dividiéndose el Imperio en áreas administrativas que ignoraban las diferencias locales y regionales (una concepción típica de la Ilustración, que fortalecía y debilitaba a la vez). Fueron introducidas la igualdad ante la ley y la tolerancia religiosa. A los campesinos se les concedió la libertad personal (es decir, que ya no se les prohibió abandonar los señoríos donde trabajaban) y la seguridad de mantener las tenencias que poseían para ellos y sus descendientes.

José II llevó a cabo el primer intento serio para acabar con el retraso económico de Austria. En su actuación política

Mercado en Viena, *pintura de Bernardo Bellotto. (Kunsthistorisches Museum, Viena.)*

Página anterior, el emperador germánico José II (1780-1790), hijo de Francisco I y de María Teresa, según un retrato anónimo. (Koninklijk Museum voor Schone Kunsten, Bruselas.)

no se detuvo ante ninguna consideración. Por ejemplo, disolvió varios cientos de monasterios porque no eran productivos; según sus palabras, «las órdenes monásticas que son inútiles para sus semejantes no pueden ser del agrado de Dios». Internamente, acabó con las restricciones en el comercio. El Estado dejó de subvencionar a la industria, y los gremios perdieron la mayor parte de su poder, pues restringían la producción y las actividades mercantiles. La política comercial exterior siguió siendo mercantilista: se impusieron tarifas aduaneras sobre las mercancías extranjeras para estimular la producción en Austria, y José II firmó una serie de tratados comerciales ventajosos con otros estados.

Las interferencias con los sistemas económicos y sociales que prevalecían en el campo fueron posteriores. Durante la década de 1780, se realizó un censo y un registro de la tierra en todos los dominios autríacos, fueron abolidas todas las prestaciones señoriales de los campesinos, reemplazándose por rentas fijas en metálico, y finalmente en 1789 se impuso una tasa sobre la tierra, que representaba un 12% de las rentas anuales, tanto de los señores como de los campesinos, obteniendo así éstos la igualdad ante la ley y ante la Hacienda.

La magnitud de los cambios introducidos por José II —que hubiesen convertido a Austria en un Estado moderno— dieron lugar a una gran oposición. Estas transformaciones se justificaron en términos de desarrollo económico y de aumento en los ingresos del Estado, pero ofendieron a amplios sectores de la población en algunos aspectos: creencias religiosas, independencia regional, ventajas financieras, superioridad social... No se debe ignorar el aspecto «despótico» de la política de José II (opuesto al de «ilustrado»): la destrucción de las libertades locales, la utilización de una policía secreta y la imposición del alemán como lengua oficial en todos los dominios de los Habsburgo. Incluso sin los problemas exteriores, José habría encontrado dificultades, pero la derrota militar destruyó su política interior.

La primera intervención exterior había fracasado, pero este contratiempo no fue vital. Los Países Bajos austríacos eran difíciles de controlar y de limitado alcance comercial, ya que los tratados de 1648 habían dado a los holandeses el derecho exclusivo de navegar por el río Scheldt. José intentó primero forzar a las Provincias Unidas para que abriesen el curso fluvial, elaborando luego un proyecto para cambiar los Países Bajos austríacos por Baviera, cuya anexión hubiese ampliado el bloque central de los territorios de los Habsburgo. Pero sus aliados rusos le dejaron en la estacada, y frente a la oposición



francesa y de la Liga de los Príncipes de Federico II (1785), José II tuvo que abandonar ambos objetivos.

Sus verdaderos fracasos empezaron con la guerra contra los turcos (1788), a la que se dejó llevar por Catalina de Rusia. El conflicto fue un desastre: la potencialidad rusa demostró ser ilusoria y los ejércitos austríacos volvieron a ser derrotados en el campo de batalla. El desorbitado coste de la guerra hundió las finanzas austríacas, el comercio se desorganizó y los precios subieron vertiginosamente. Las nuevas tasas que impuso para pagar el conflicto hicieron a José II aún más impopular entre la población. Desilusionado, José abandonó la mayor parte de sus reformas antes de morir, dejando a la monarquía en un nuevo estado de crisis.

Su sucesor, Leopoldo II (1790-1792), que había sido un destacado reformador como duque de Toscana, se preocupó por mantener algunos de los avances introducidos por José II. Firmó la paz con los turcos, estabilizó la situación interna, e incluso inició planes para realizar reformas constitucionales que supusieran la participación popular; pero su muerte acabó con cualquier intento de continuar la reforma. El creciente radicalismo de la Revolución francesa atemorizó al sucesor de Leopoldo, Francisco II, que actuó con un ciego reaccionarismo.

El despertar alemán

La Alemania del siglo XVIII siguió siendo provinciana y atrasada. Se introdujeron limitados avances en la agricultura y la industria —a excepción de Prusia y del Rhin—, y la importancia de esta última era mínima. El desarrollo urbano fue lento y la burguesía de las ciudades era reducida y poco influyente.

No obstante, el desarrollo artístico y cultural de Alemania fue destacado. El gusto principesco por la cultura, surgido inicialmente por imitación a Luis XIV de

Francia, llevó a proteger a los arquitectos, músicos y escritores. Alemania y Austria, como países católicos, produjeron una arquitectura barroca suntuosamente decorativa que alcanzó su apogeo con iglesias y monasterios espectaculares. Los alemanes se convirtieron en la principal nación en el ámbito musical, con la aparición de compositores como Juan Sebastián Bach (1685-1750) y Haendel (1685-1759), y los maestros vieneses Glück (1714-1787), Haydn (1732-1809) y Mozart (1756-1791). Viena, donde vivió y trabajó Beethoven desde 1792, sería la capital de la música europea hasta fines del siglo XIX. La literatura, aunque muy dominada por la imitación de los modelos franceses, produjo dramaturgos y críticos de primer orden, como Lessing (1729-1781) y Goethe (1749-1832), que fue seguido en la década de 1790 por una pléyade de talentos. La fundación de los centros de Halle (1794) y Gotinga (1736-1737) inició la preeminencia europea de las universidades alemanas, mientras que los escritos de Emmanuel Kant (1742-1804) suponían el auge de la filosofía germánica. Alemania se había convertido en una de las grandes naciones europeas culturalmente, pero no políticamente.

Aunque Carlos Alberto de Baviera tuvo un breve momento de gloria como titular del Sacro Imperio (1742-1745), la historia política de Alemania estuvo dominada por el dualismo austro-prusiano. Los príncipes alemanes fueron más controlados que en el período anterior, convirtiéndose en satélites y comparsas de las grandes potencias. Algunos incluso estaban contentos de poder ampliar sus ingresos mediante la prestación de sus tropas, proporcionando especialmente a Inglaterra un método eficaz para responder a sus conflictos en el continente.

Tales condiciones no ofrecían muchos incentivos para promover reformas. El único príncipe que las introdujo fue Carlos Federico de Baden, que aplicó un impuesto único sobre la tierra y abolió la servidumbre.

Hacia el final del período prerrevolucionario hubo síntoms de que las actitudes ilustradas comenzaban a filtrarse hacia un público más amplio (en Austria habían sido fomentadas deliberadamente por María Teresa y José II, quienes fomentaron la publicación de libros y panfletos que atacaban los privilegios de los señores y de la Iglesia). La abolición de la servidumbre y de los privilegios nobiliarios, la tolerancia religiosa y las libertades políticas se empezaron a discutir abiertamente cuando llegaron las noticias de la Revolución francesa. En este momento quedó patente que el Despotismo Ilustrado se veía envuelto en una contradicción interna: para ganarse el apoyo público el déspota tenía que extender la Ilustración, pero ésta llevaba a amplios sectores a cuestionar el propio Despotismo.

Incluso antes de la Revolución francesa, los gobernantes alemanes empezaron a alarmarse por el desarrollo de la opinión pública. Los librepensadores comenzaron a ser perseguidos en Baviera y Prusia, y las limitadas libertades existentes fueron



Arriba, vista de Viena en 1785, cuando era una de las principales capitales artísticas de Europa y destacaba especialmente por sus notables músicos.

Abajo, José II, emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, ayudando en las tareas del arado. Intentó mejorar la calidad de vida de los campesinos, para lo que abolió la servidumbre y permitió la compra de tierras.

Página anterior, Leopoldo II de Austria, por Anton Hickel. (Museo di Capodimonte, Nápoles.)

recortadas. Después de 1789 la opinión en Alemania, y en cualquier parte del Viejo Continente, estuvo determinada por la reacción ante la Revolución francesa.

Rusia

En la época de la muerte de Pedro el Grande, en 1725, Rusia había empezado a salir de la reclusión semi oriental de los siglos anteriores. Pedro importó de Europa occidental la tecnología y las industrias desarrolladas, ganando para su país una «ventana hacia Occidente» con las provincias bálticas arrebatadas a Suecia. Para consolidar sus logros mandó construir una nueva capital, San Petersburgo, en la línea costera recientemente anexionada, situándose así de cara a Europa occidental.

A la obra iniciada por Pedro el Grande le faltaba mucho para ser completada. Rusia seguía siendo un país atrasado tecnológicamente, con una población analfabeta y dedicada casi exclusivamente a la agricultura y la caza. Las pieles y las maderas del norte eran aún la principal fuente de riqueza. La industria y el comercio ultramarino crecieron en el siglo XVIII, sobre todo la manufactura del hierro de los Urales, que dominó el mercado europeo hasta que los ingleses empezaron a superarla durante la década de 1760, cuando introdujeron el hierro fundido con coque. Pero, en general, los capitales fueron escasos, las técnicas rudimentarias y las comunicaciones pobres. Sin un reformador que sucediera a Pedro el Grande, y paralizada por una economía servil, Rusia permaneció atrasada respecto a Occidente.

A comienzos de siglo Rusia era el estado mas poblado de Europa, excluyendo a Francia, con más habitantes que Austria y Prusia juntas. Esto permitió que se convirtiese en una gran potencia a pesar de su atraso (aunque irónicamente, la abundancia de mano de obra ayudó a perpetuar este atraso al proporcionar un sustituto adecuado, pero temporal, al desarrollo tecnológico). A finales del siglo XVIII la población, aumentada por el crecimiento natural y las anexiones territoriales, ascendía a 36 millones de habitantes, sobrepasando ya en mucho a Francia.

La mayor parte de sus habitantes eran siervos, dedicados a tareas agrarias o a manufacturas rurales, que pagaban rentas monetarias, en especie o a través de prestaciones —trabajando unos días fijos de la semana en las tierras del señor—. El siervo vivía en unas condiciones similares a las de un esclavo. Trabajaba, se casaba y viajaba; pero cuando su señor lo determinaba, podía ser vendido y asentado en las tierras de su nuevo dueño, aunque sin su familia. Durante el siglo XVIII la situación de la servidumbre se deterioró aún más, mientras que los señores aumentaban sus demandas y fortalecían sus derechos legales. En los últimos tiempos, bajo Catalina II, éstos consiguieron el derecho de enviar a sus siervos a Siberia como convictos sin un proceso público. No es sorprendente que el siglo XVIII fuese un período de inquietud campesina.

En contrapartida, la situación de la nobleza mejoró. Del mismo modo que crecía su control sobre los siervos, aumentaba su libertad y su situación privilegiada. Pedro el Grande les impuso un servicio al Estado, obligatorio y de por vida, controlando sus movimientos e impidiéndoles que dividiesen sus patrimonios, pero con sus sucesores tales medidas se fueron relajando o revocando.

La tradición de los servicios al Estado siguió siendo fuerte, pero una gran parte de la nobleza aprovechó la oportunidad para convertirse en una clase ociosa, comparable con —y a imitación de— sus colegas occidentales. Sólo se les negó el poder político. En Rusia, además, este privilegio fue devuelto por la aquiescencia de la nobleza al zar, perdurando así la autocracia imperial. El único intento serio de limitar las atribuciones del soberano, las condiciones impuestas por el Consejo Privado a Ana cuando se le ofreció la corona en 1730, no sobrevivió a su ascenso al trono.

Los sucesores de Pedro el Grande heredaron muy poco de su talento, y ninguno de ellos su decisión. Con Catalina I (1725-1727), Pedro II (1727-1730), Ana (1730-1740) e Iván VI (1740-1741) el gobierno fue una indolente autocracia a merced de las facciones opuestas. Con el golpe de Estado que reemplazó a Iván VI por la hija de Pedro el Grande, Isabel (1741-1762), se inició un período de relativa estabilidad, aunque las intrigas de los amantes, favoritos, ministros y diplomáticos fueron aún el factor determinante de la vida pública. A los ojos de los observadores occidentales, acostumbrados a la estabilidad dinástica y a un absolutismo burocrático, Rusia seguía siendo un estado «bárbaro y oriental».

Sin embargo, Rusia se convirtió en una potencia europea. La Guerra de Sucesión de Polonia (1733-1735) demostró que Rusia, y no Francia, era ahora el estado que tenía la hegemonía sobre los asuntos del país polaco. El conflicto de 1736-1739 contra los turcos reveló que Rusia era mucho más fuerte que Austria, su aliada en la contienda desde 1737. Mientras Austria fue forzada a firmar una paz humillante por separado, los rusos recuperaron Azov, que Pedro el Grande había perdido en 1711.



Además, las fáciles victorias sobre Suecia (1741-1743) mostraron que el equilibrio de fuerzas se había inclinado decisivamente a favor de Rusia. En Occidente se empezó a configurar el miedo hacia el «coloso ruso», temor que se haría irracional y obsesivo en muchos hombres de Estado del siglo XIX. Federico el Grande alertó a sus sucesores sobre la necesidad de «cultivar la amistad de esos bárbaros». Pero hasta entonces, las circunstancias y la ineptitud habían impedido que Rusia recogiera los frutos de sus victorias.

La Guerra de los Siete Años siguió el mismo proceso. Rusia tomó parte en la gran coalición europea, ocupó la Prusia Oriental durante todo el conflicto, e incluso Berlín durante un breve espacio de tiempo (1760), consolidándose su posición como gran potencia de una forma indiscutible. Pero la guerra también reveló la excentricidad del nuevo zar, Pedro III (1762), que abandonó la lucha porque era un ferviente admirador de Federico el Grande y no podía luchar contra él.

Mucha de la información disponible sobre Pedro III no es digna de crédito, ya que proviene de su mujer Catalina, que le sustituyó en el poder, y que le presenta como un «ignorante lunático». Pedro III acabó la guerra con Prusia, mostró abiertamente las preferencias que tenía por las tropas de su señorío germánico, alardeó de su luteranismo, y ofendió a la Iglesia ortodoxa.

El resultado fue inevitable: Catalina se ganó la confianza de los guardias del regimiento de palacio, e incitada por su amante Grigori Orlov, un oficial de este regimiento, depuso a su esposo.

Catalina II

Sofía de Anhalt-Zerbst, que había sido rebautizada con el nombre de Catalina al convertirse a la ortodoxia, era la hija de

una familia de la nobleza prusiana. En 1745 se convirtió en la prometida de Pedro III, en aquella época heredero del trono, como parte de una de las maniobras diplomáticas de Federico el Grande.

Los primeros años de Catalina en Rusia fueron difíciles, y en alguna ocasión estuvo a punto de caer en la red de intrigas que caracterizaron el reinado de Isabel. En esta ardua escuela aprendió el realismo político. A diferencia de Pedro, aprendió la lengua rusa y profesó la ortodoxia religiosa. Cuando llegó su hora estaba preparada para ponerse al frente del pueblo ruso, de la Iglesia y del ejército. Primero Pedro III, y luego Ivan VI (que había vivido en prisión desde su deposición en 1741), fueron asesinados, quedando Catalina como gobernante indiscutible de Rusia hasta su muerte en 1796.

Antes de convertirse en emperatriz, Catalina se había educado en la filosofía de la Ilustración, familiarizándose con las obras de Bayle, Montesquieu, Voltaire y Beccaria. Más tarde, cuando mantuvo correspondencia con Voltaire, Diderot y otros, aprovechó la oportunidad para describirse a sí misma como una soberana ilustrada, y a Rusia como un país muy bien administrado.

La realidad rusa era muy diferente. Catalina jugueteó con proyectos para crear una Asamblea Legislativa y codificar las leyes, e hizo algunos esfuerzos para revitalizar el programa educativo de Pedro el Grande, pero en el fondo se preocupó más por obtener triunfos en la guerra y en la diplomacia. Además, cualquier reforma podía hacer peligrar la alianza táctica entre la autocracia y la nobleza. Catalina amaba demasiado el poder para arriesgarse, y por esta razón tuvo demasiados prejuicios aristocráticos. Sólo en la secularización de las propiedades eclesiásticas –medida presagiada por sus predecesores– actuó de la manera que los filósofos ilustrados hubiesen aprobado. Un incidente reveló su verdadera posición: en 1769 empezó a editarse un periódico destinado a modernizar las costumbres y la moral rusas, pero cuando aparecieron otras publicaciones que profundizaron en la crítica social pronto fueron suprimidas.

El abismo existente entre privilegiados y no privilegiados fue profundizado deliberadamente. En los pocos meses que duró el reinado de Pedro III, la emancipación de la nobleza fue completa. Con Catalina fue colmada de privilegios, que culminaron en una Carta de la Nobleza (1785), la cual confirmaba todas las ganancias obtenidas a lo largo del siglo por este estamento, concediéndosele además una participación en el gobierno local. Cientos de miles de campesinos estatales pasaron a ser siervos, como donativo a sus partidarios aristócratas por parte de la pródiga Catalina, quedando muchos de ellos sometidos a esta situación indefinidamente. La condición del campesinado continuó deteriorándose, mientras los señores aumentaban sus demandas con el fin de instalar manufacturas o gozar de los placeres de la vida en San Petersburgo.

La corte de Catalina fue más sofisticada que la de sus predecesores. Para los observadores superficiales San Petersburgo era la «Atenas del Norte», pues los arquitectos extranjeros diseñaron bellos edificios, como el Palacio de Invierno, el Ermitage y el Tsarkoe Selo. Su sociedad estuvo influenciada por el espíritu de la Ilustración sólo en sus aspectos más superficiales: la utilización del francés y el



María Teresa, reina de Bohemia y Hungría (de 1740 a 1780) y gobernante de los territorios de los Habsburgo en Austria y Países Bajos.

Página anterior, moneda del emperador José II de Habsburgo Lorena, duque de Milán entre los años 1780 y 1790. (Gabinetto Numismatico del Castello Sforzesco, Milán.)

educado cinismo de los cortesanos. En este aspecto el reinado de Catalina fue una pseudo-Ilustración, un tributo a la cultura francesa que los contemporáneos identificaron con este pensamiento filosófico del siglo XVIII.

Pugachev

La gran rebelión de 1773 a 1774 puede ser considerada como el juicio de los campesinos a Catalina y sus predecesores. Los rebeldes fueron dirigidos por Emelian Pugachev, un aventurero cosaco del Don que decía ser el difunto Pedro III, un tipo de impostor frecuente en Rusia. Siervos explotados, miembros perseguidos de la secta de los Antiguos Creyentes, pueblos no rusos descontentos, y todos los que recelaban del distante dominio de San Petersburgo se unieron a Pugachev, que pronto controló casi toda la región del Volga.

Al principio, la rebelión no fue tomada muy en serio, pero cuando Pugachev sitió Orenburgo y rechazó a una importante fuerza de socorro, Catalina ordenó una campaña a gran escala. Orenburgo fue recuperada, pero cayó Kazán, y durante un tiempo la propia Moscú estuvo amenazada. La llegada de nuevas fuerzas rusas, libres tras la paz con Turquía (1774), selló el destino de Pugachev. Sus seguidores fueron acorralados, las zonas que le ayudaron fueron víctimas de terribles represalias, y el mismo Pugachev fue capturado y ejecutado.

Esta rebelión aumentó el conservadurismo de Catalina: promovió un sistema uniforme de administración provincial (1776) que dejó en manos de la nobleza. En teoría, al menos, esto hubiese tenido que mejorar el gobierno, pero su objetivo principal era aumentar el control sobre el campo. La represión y la vigilancia, y no la reforma, fueron las fórmulas de Catalina para afrontar el problema agrario.

Las conquistas de Catalina

Los éxitos de Catalina se deben a su política bélica y diplomática, pues no hizo a Rusia más feliz, aunque sí más poderosa. Al principio de su reinado consideró el proyecto de Nikita Panin de una «alianza del Norte» con Prusia, Polonia, los estados Bálticos e Inglaterra, contra Francia y Austria, pero el plan no se concluyó. Catalina demostró su perspicacia al concentrar sus objetivos en dos puntos: Polonia y Turquía.

El acuerdo de «mantener las libertades polacas» fue un importante motivo para la alianza ruso-prusiana; pero a pesar de la elección de uno de los amantes de Catalina, Estanislao Poniatowski, como rey de Polonia, los habitantes de este país continuaron abiertos a la rebelión. Las actividades de las confederaciones polacas ocuparon a un gran número de tropas rusas, situación que se complicó con el inicio de las hostilidades entre Rusia y Turquía (1768).

A pesar de los compromisos rusos en Polonia, la guerra fue llevada a cabo con éxito. Sin embargo, Austria estaba dispuesta a luchar antes de ver a Rusia ganando territorios en los Balcanes, mientras que Federico II —aliado o no— no estaba preparado para apoyar a Catalina contra los austríacos, pero sí deseaba reconciliar a las tres partes a expensas de Polonia. De hecho, el primer reparto de Polonia (1772) se hizo por iniciativa de Catalina, sobornando a Austria y a Prusia, a cambio de renunciar a sus anexiones en los Balcanes.

La guerra turca tuvo una conclusión victoriosa para Rusia en Kutchuk-Kainardji (1774), aunque hubiese podido obtener más ventajas de no haber sido por la rebelión de Pugachev. Rusia adquirió posiciones en el mar Negro, y el derecho de paso a través de los Dardanelos para sus barcos mercantes. Crimea se independizó de Turquía (el primer paso hacia su incorporación a Rusia), y el país de los zares ganó, vagamente apalabrados, derechos de protección sobre los súbditos cristianos del sultán (durante el siglo XIX éste fue el pretexto para que se repitiesen las ingerencias rusas en los asuntos otomanos). El Tratado de Kutchuk-Kainardji fue un hito en la historia de Rusia: con Pedro el Grande había obtenido un acceso al Báltico; ahora con Catalina, obtenía otro al Mediterráneo.

Durante la segunda parte del reinado se repitió el mismo esquema que en la primera. Cuando decayó la alianza con Prusia, Catalina buscó un nuevo aliado que le ayudase más directamente contra los turcos: José II de Austria. Con la colaboración de éste se anexionó Crimea (1783), pero paradójicamente no hizo ningún esfuerzo para ayudar a José II a restablecer la hegemonía austríaca sobre Alemania. En esta, como en otras ocasiones, Catalina se situó como árbitro de Europa —un papel grotesco, pues no lo solicitaba nadie—, pero se negó a comprometer a sus fuerzas fuera del este del continente.

En la década de 1780 Catalina soñaba con liquidar al Imperio otomano y restablecer el Imperio bizantino (el «proyecto griego»). En la guerra que se inició en 1787, Austria fue derrotada rápidamente,



y aunque la intervención rusa mejoró la situación, no facilitó sus desmedidas ambiciones. En la Paz de Jassy (1792), el sultán de Turquía aceptó la anexión de Crimea a Rusia, cediendo también el resto de la costa septentrional del mar Negro.

Catalina fue la inductora de la destrucción del estado polaco, con los repartos de 1793 y 1795. Sus tropas fueron las que más intervinieron en la lucha y las que se llevaron el mayor botín. Sus aliadas, Austria y Prusia, estaban implicadas en la lucha contra la Francia revolucionaria, y Catalina les prometió ayuda. Sin embargo, su muerte dejó la cuestión pendiente.

En Rusia, la Revolución francesa fue recibida con entusiasmo por algunos círculos, influenciados por la cultura ilustrada que Catalina había favorecido. Pero desde el asalto a la Bastilla, en julio de 1789, la propia Catalina se mostró reacia a la Revolución, desapareciendo sus veleidades liberales. A todos los estudiantes rusos que estaban en Occidente se les obligó a regresar a su país. Fueron prohibidas las importaciones de libros y periódicos franceses. Novikov, que veinte años antes había tenido problemas con su publicación *El Abejorro*, fue encarcelado como «publicista y francmasón subversivo». Alexander Radishchev, que puede ser considerado como la primera figura en la gran tradición literaria rusa sobre la condición social, fue enviado al destierro en Siberia.

Los triunfos de Catalina se lograron a un precio muy alto. El coste de sus guerras fue enorme, y las financió emitiendo cada vez mayores cantidades de papel moneda. Esto depreció rápidamente su valor, dislocando la economía rusa y hun-

diendo muchos de los avances industriales conseguidos. Los otros aspectos negativos ya se han mencionado anteriormente: el crecimiento de los privilegios nobiliarios, y el deterioro de la situación del campesinado.

Los estados bálticos

La conclusión de la Gran Guerra del Norte (1721) marcó el final del intento sueco por obtener la hegemonía en el Báltico. Rusia se apoderó de los territorios suecos de la costa oriental de este mar, y Prusia adquirió la Pomerania Occidental. Pronto se apreció que estos dos países habían reemplazado a Suecia y a su vieja antagonista, Dinamarca, como grandes potencias, quedando Escandinavia, en el siglo XVIII, en la periferia de los asuntos internacionales.

La situación en el Báltico se estabilizó. Suecia poseía Finlandia, y Dinamarca, Noruega. Los daneses aceptaron la pérdida de lo que se había convertido en el sur de Suecia; los suecos abandonaron sus intentos de conquistar Noruega y se reconciliaron con sus rivales, al pagar derechos aduaneros a los daneses por pasar a través de los estrechos. Ambas potencias eran comparables en población y en recursos, y su equilibrio se mantuvo durante el resto del siglo.

Los desastres del reinado de Carlos XII (1697-1718) acabaron con las posesiones suecas en el Báltico, y también con la justificación de la autoridad absoluta real. Cuando Carlos murió sin heredero directo, la aristocracia aprovechó la oportunidad: le ofrecieron la corona a la hermana del monarca desaparecido, Ulrica Leonora, a condición de que aceptase una constitución aprobada por el parlamento sueco. Su consentimiento inició lo que se llamaría la «era de la libertad». El Consejo que gobernó Suecia fue seleccionado y controlado por la Asamblea, que se reunía regularmente y adoptaba sus decisiones por mayoría de votos.

Los décadas de 1720 y 1730 estuvieron dominadas por el conde Arvid Horn y los «gorros», cuya política se caracterizaba por evitar las aventuras exteriores mientras Suecia recuperaba su fuerza –actitud semejante a la de Walpole en Inglaterra, o a la de Fleury en Francia–. Esta política llevó a la formación de un partido opositor al gobierno, el de los «sombreros», que propugnaban el regreso a la alianza tradicional sueca con Francia y soñaban con recuperar las provincias perdidas frente a Rusia.

Los «gorros» fueron expulsados del poder en 1738, dominando la vida pública los «sombreros» hasta 1765. Éstos protagonizaron un período de intenso conflicto partidista, que aprovecharon las potencias extranjeras para intervenir en los asuntos internos suecos mediante intrigas y sobornos. La política excesivamente ambiciosa de aquel partido llevó a Suecia a la guerra contra Rusia en 1741, en la que perdió una franja de Finlandia, y contra la coalición anti-prusiana durante la Guerra de los Siete Años, en la que igualmente obtuvo resultados adversos.

Después de un breve período de gobierno de las «jóvenes gorras», el rey Gustavo III (1771-1792), que contaba 25 años de edad, dio un golpe de Estado, revocó la Constitución, y recuperó la ma-



La expansión de Rusia durante el reinado de Catalina la Grande (de 1762 a 1796).

Página anterior, Catalina II la Grande (1729-1796), zarina de Rusia.



yor parte de los poderes que había tenido la corona antes de la «era de la libertad». Introdujo muchas de las reformas típicas del Despotismo Ilustrado: abolición de la tortura judicial, tolerancia religiosa, libertad de prensa, supresión de las aduanas internas, etcétera.

La oposición nobiliaria se volvió a reactivar durante la década de 1780, provocada en especial por los excesivos gastos militares del rey, que culminaron en una infructuosa guerra contra Rusia y Dinamarca (1788-1790). Con el apoyo popular, Gustavo pudo reforzar y ampliar aún más sus poderes mediante un segundo golpe de Estado (1789). Pero su triunfo fue breve; en 1792 fue asesinado por un grupo de nobles.

A partir del reinado de Federico III (1648-1670) Dinamarca fue gobernada por la dinastía de los Oldenburgo. La antigua nobleza fue cuidadosamente controlada, y el poder real se ejerció a través de unas nuevas aristocracia y burocracia, la mayoría de cuyos miembros eran alemanes que se lo debían todo a la corona. Sin embargo, durante el siglo XVIII una serie de monarcas débiles permitieron que el Consejo Real aumentase progresivamente su poder, tendencia que fue brevemente paralizada por Johann Friedrich Struensee.

Struensee era un alemán que se introdujo en la corte como médico de Cristián VII, y llegó a ser el amante de la reina. En 1770 se convirtió en el virtual dictador de Dinamarca, acabó con el poder del Consejo y lanzó un programa de reformas ilustradas. El nivel en el que éstas fueron introducidas, y sobre todo los ataques de Struensee contra los privilegios nobiliarios, provocaron su caída y ejecución en 1772. Pero no fueron abolidas todas las reformas, por lo que unos años más tarde Andreas Bernstorf pudo iniciar unas transformaciones aún más importantes, que culminaron con la abolición definitiva de la servidumbre en 1788.

Polonia

Polonia sólo pudo resolver sus dificultades cuando ya era demasiado tarde. Con los reyes sajones Augusto II (1697-1733) y Augusto III (1733-1763) los problemas económicos y sociales siguieron sin resolverse, mientras que el *Sejm* continuaba su política desestabilizadora con el continuo uso del veto. La intervención extranjera se hizo descarada, acostumbrándose los rebeldes polacos a solicitar ayuda exterior. Las potencias interesadas —Rusia, Prusia y Francia— corrompían a los miembros del Sejm, decidían quién debía ser el rey y violaban el territorio polaco con total impunidad.

La enorme debilidad polaca se hizo notoria a la muerte de Augusto II. Estanislao Leszczynski, uno de los rivales del monarca desaparecido, fue elegido por los polacos con entusiasmo. Pero Leszczynski era también candidato francés, frente a los intereses de Austria y Rusia, que habían decidido la continuidad de la dinastía sajona. Un ejército ruso obligó a los polacos a cambiar de opinión y expulsar a Leszczynski del país.

Durante el reinado de Augusto III, Polonia cayó en una anarquía aún más profunda. La política internacional giraba alrededor de la lucha entre dos grandes familias, los Czartoryski y los Potocki, las cuales intentaban mantener buenas relaciones con las grandes potencias. Durante la Guerra de los Siete Años, Rusia utilizó el territorio polaco como base para atacar

a Prusia, a la vez que las tropas de este estado contraatacaban también por las fronteras de Polonia, que interiormente se veía en una situación de práctica guerra civil, alentada por sus poderosos vecinos enfrentados entre sí.

La lenta y retrasada reforma se inició con Estanislao Poniatowski, que se convirtió en el rey Estanislao II Augusto en 1764. Poniatowski había sido uno de los amantes de Catalina II, siendo entronizado por el apoyo de Rusia y Prusia, pero se negó a convertirse en una marioneta de sus antiguos protectores. Así, llegó a propugnar algunas reformas, apareciendo entonces la primera gran crisis de su reinado.

Las divergencias religiosas en Polonia proporcionaron a Rusia y Prusia un pretexto diplomático para presionar durante varias décadas. Polonia era un estado católico, pero en su interior también se albergaban una importante minoría luterana, en el nordeste (sobre todo alemanes), y otra ortodoxa, en el este y sudeste (especialmente en Ucrania y Bielorrusia). Ambos grupos tenían derechos civiles muy limitados y estaban sometidos a la fuerte presión católica. Sus defensores naturales eran la Prusia luterana y la Rusia ortodoxa; Federico II y Catalina II –ambos, escépticos en cuestiones religiosas– explotarían esta oportunidad.

En primer lugar, Catalina animó a los «disidentes» para que formasen confederaciones, intimidando en 1768 al Sejm para que acabase con las discriminaciones religiosas. La reacción fue rápida: los confederados se extendieron por toda Polonia y presionaron a los rusos para que les ayudasen, pero éstos estaban envueltos en un incidente fronterizo que provocó la guerra ruso-turca de 1768 a 1774.

Catalina resolvió estas dificultades al arrastrar a Prusia y Austria al reparto de Polonia. En 1772, cerca de una cuarta parte del territorio polaco y un tercio de sus habitantes tuvieron nuevos dueños.

El primer reparto traumatizó a la nobleza polaca, la cual abandonó su obsesión por la defensa de sus libertades particulares. Animado por el rey, el Sejm aprobó una serie de medidas destinadas a modernizar y fortalecer el Estado, las cuales culminaron con la promulgación de la Constitución de 1791. La corona se hizo hereditaria; fueron abolidos el *liberum vetu* y las confederaciones; se creó una administración centralizada; el sistema tributario se revisó y se hizo más equitativo, y se redujeron los privilegios de la nobleza. La vida intelectual se aceleró bajo el impacto de la reforma educativa, e incluso la economía polaca, limitada por las concesiones a Rusia y Prusia, conoció una cierta mejora.



Catalina estaba menos dispuesta que nunca a permitir que Polonia se recuperase. La Constitución de 1791 le decidió a intervenir. En 1792 los conservadores, que se habían opuesto a esta ley fundamental, se agitaron, permitiendo a las tropas rusas volver a intervenir en el país. Poniatowski se vio forzado a aceptar un segundo reparto en 1793: Rusia se anexionó una gran extensión de Polonia Oriental, y Prusia, una pequeña área en la Occidental. Lo único que quedó del antiguo reino fue un pequeño estado muy reducido e indefenso, bajo la vigilancia rusa.

La desaparición de Polonia parecía cuestión de tiempo. Los líderes polacos, en parte inspirados por los éxitos de «el pueblo en armas» de la Revolución francesa, se decidieron a actuar antes de que los rusos completasen el cerco, estallando un levantamiento general en 1794.

El líder de los rebeldes fue Tadeusz Kosciuszko, un entusiasta defensor de la libertad que ya había luchado en la Guerra de la Independencia norteamericana. Con Kosciuszko, la revuelta adquirió algo del fervor nacionalista que caracterizaría la actividad revolucionaria polaca del siglo XIX. Los campesinos, a los que se había prometido la libertad, fueron a la batalla con guadañas, y en contra de todas las previsiones, derrotaron a los rusos en Raclawice.

A pesar de este triunfo, al no contar con ayuda exterior, la revuelta estaba condenada al fracaso. Las tropas prusianas acudieron en ayuda de las rusas, y tras unos meses de lucha el terrible Suvorov tomó Varsovia. Kosciuszko fue capturado y más tarde se exilió.



Arriba, Tadeusz Kosciuszko (1746-1817), nacionalista polaco que se rebeló en 1794 contra la segunda partición de Polonia. Fue derrotado y se exilió a América, donde ayudó a las fuerzas independentistas.

Abajo, Estanislao II de Polonia. Sostenido por Rusia, intentó mejorar la condición del campesino. Fue obligado a abdicar en 1795.

Página anterior, Carlos XII de Suecia (1682-1718). Luchó contra daneses, polacos y rusos pero fue vencido finalmente en Poltava (1709) por el zar Pedro el Grande; huyó a Turquía y volvió. Murió cuando combatía a los noruegos.

El fracaso de la insurrección condujo al tercer reparto, que los polacos habían tratado infructuosamente de evitar: en 1795, Rusia, Prusia y Austria completaron la destrucción del estado polaco.

La decadencia otomana

A partir de 1700 la decadencia del Imperio otomano parecía irreversible. La inestabilidad de la autoridad central, donde las intrigas del harén continuaban determinando la suerte de los visires o primeros ministros (y a veces, de los mismos sultanes), alentó las ambiciones de los gobernadores provinciales y de los jefes militares locales. En la mayor parte del norte de África la autoridad del sultán se hizo meramente nominal, y entre 1750 y 1820 se fueron creando principados semi independientes en el mismo corazón del Imperio (Anatolia). Los pueblos balcánicos se encontraban cada vez más incómodos bajo el yugo turco, y los bandidos de la zona comenzaron a gozar de un halo heroico, reflejado en el folklore.

El conservadurismo militar y religioso mantuvo atrasado al Imperio; y la mala administración, el desorden político y las epidemias lo empobrecieron. Pero el estancamiento del siglo XVIII no fue una crisis periódica en la trayectoria histórica del Imperio otomano, sino más bien el resultado del impacto de Occidente con su superioridad tecnológica, claramente manifiesta tanto económica como militarmente. Los productos manufacturados occidentales, sobre todo los textiles, paralizaron las industrias artesanas tradicionales, impidieron el crecimiento de las ciudades y perpetuaron la inferioridad económica y técnica de Oriente.

Fue duro para los turcos aprender de Occidente. Eran por tradición un pueblo militar, y varios siglos de éxitos guerreros parecían justificar su desprecio por el comercio, la administración, la diplomacia y sus súbditos cristianos. Los turcos más inteligentes señalaron la necesidad de una reforma militar, pero la mayoría de sus compatriotas no lo entendían así. Algunos sultanes intentaron modernizar el ejército según los modelos occidentales, pero a pesar de estos esfuerzos —bajo Selim III (1789-1807)—, se consiguió muy poco, debido a la oposición de los jenízaros y a las protestas de los elementos religiosos más intransigentes.

Esta actitud reaccionaria hubiese sido más difícil de sostener si la situación general del Imperio hubiera decaído más rápidamente, pero durante casi todo el siglo XVIII se mantuvo su poderío con sorprendente éxito. La guerra de 1736 a 1739 contra Austria y Rusia fue más bien victoriosa: Azov se perdió definitivamente, pero todos los territorios balcánicos cedidos en Passarowitz fueron recuperados, a excepción del revés sufrido en Transcaucasia. Turquía se defendió con éxito de su antigua antagonista en el este, Persia (que también empezaba a decaer), proporcionándole las largas guerras europeas una época de respiro a mediados de siglo.

La contienda de 1768 a 1774, con la pérdida de Crimea, y la de 1787 a 1792, revelaron la gran debilidad turca. También mostraron que el resultado de la guerra de 1736 a 1739 no había sido fortuito: Rusia sustituyó a Austria como la principal antagonista de Turquía.

Dos elementos característicos del posterior siglo XIX, exactamente de la llamada «cuestión oriental», se presentaban ya en el sudeste europeo: una Turquía decadente y una Rusia hegemónica. Los esfuerzos diplomáticos franceses en favor de Turquía, y la hostilidad austríaca hacia Rusia por la cuestión de los Balcanes, prefiguraron los celos y las ansiedades de otras potencias que se verían implicadas en el conflicto ruso-turco. Sólo se necesitaba la erupción del nacionalismo, entre los pueblos eslavos y griegos de la península más oriental del Mediterráneo, durante el siglo XIX, para crear un problema de magnitud europea y complejidad laberíntica.



Guerra y diplomacia en el siglo XVIII

El período transcurrido entre finales del siglo XVII y las postrimerías del XVIII fue conducido diplomática y bélicamente sin pasiones ideológicas. Las guerras religiosas habían acabado, y las contiendas inspiradas por el pensamiento revolucionario o nacionalista aún no se habían iniciado. Antes de la Revolución francesa de 1789 la actividad diplomática tenía una única motivación: reforzar los intereses dinásticos y los del Estado.

La mayor parte de los conflictos del siglo XVIII fueron luchas sin antagonismo y con objetivos limitados. El agresor esperaba anexionarse un territorio, pero si era derrotado, sabía que tenía que pagar su fracaso con otro. Los monarcas respetaban entre sí sus propiedades para evitar las venganzas, se dejaron de saquear ciudades, y a los soldados se les prohibió el botín y el pillaje. La guerra se hizo convencional: era una ocupación para profesionales que durante la mayor parte del tiempo no afectaba a los civiles. El comercio entre los beligerantes continuaba sin

Federico II el Grande (1712-1786), rey de Prusia desde 1740, al volver de una de sus frecuentes maniobras militares, acompañado por príncipes y generales. (Detalle de una calcografía policroma.)

Página anterior, Selim III, sultán de Turquía de 1789 a 1807. Intentó reformar el Estado otomano pero fue derrotado por la nobleza conservadora que le destronó y asesinó.

interrupciones, y un caballero podía viajar libremente a un estado contra el que el suyo estaba en guerra.

El grueso de casi todos los ejércitos era reclutado entre los miembros de los sectores marginales, sobornados por los sargentos que los alistaban. Había también, normalmente, grandes contingentes de mercenarios extranjeros y reclutas de los territorios ocupados. Estas tropas eran entrenadas de modo permanente y con una dura disciplina, hasta el punto de que tenían más miedo a sus oficiales que al propio enemigo. Naturalmente, cuando tenían oportunidad muchos soldados desertaban.

La deserción era el mayor problema de los mandos, que debían supervisar constantemente a sus propias tropas, pues aquellas actitudes limitaban el poder de sus ejércitos. Los soldados proclives a la deserción no eran enviados en batidas de exploración, pues su información podía no ser segura. Las tropas que operaban en bloque debían ser abastecidas por grandes almacenes de guerra, y no podían sostener fácilmente largas campañas a gran distancia de sus bases. Finalmente, los grandes convoyes de avituallamiento y las escasas comunicaciones impedían la rapidez de movimientos.

Los grandes generales del siglo XVIII –Marlborough y Federico el Grande– sólo superaron en parte estas limitaciones. Las victorias decisivas al estilo napoleónico, en las que un ejército nacional en masa penetraba profundamente en el territorio enemigo, viviendo sobre el terreno y destruyendo a las tropas rivales con un solo golpe, eran impensables. La mayor parte de las guerras suponían largos sitios, prolongadas maniobras, batallas parciales e ineficaces persecuciones de las fuerzas derrotadas. En Europa occidental las tácticas defensivas fueron altamente desarrolladas, buscándose sólo ventajas mínimas. La paz se hacía generalmente cuando uno o ambos contendientes estaban financieramente exhaustos, más que derrotados.

Realidades e ilusiones diplomáticas

Tales condiciones impusieron objetivos limitados, pero los hombres de Estado no pensaban siempre lo mismo. El siglo XVIII fue un período de proyectos muy elaborados, e incluso a veces, fantasiosos.

En parte, la preponderancia de las fantasías diplomáticas surgió de la incertidumbre sobre la forma de asumir la dirección de los asuntos europeos. Hasta las primeras décadas del siglo XVIII, algunos factores diplomáticos guiaron de modo constante las actividades de generaciones de gobernantes: el conflicto entre Francia y los Habsburgo, que había polarizado la diplomacia del Viejo Continente durante dos siglos, obligó a los otros estados a decidirse definitivamente por la alianza con uno u otro bando. En el este de Europa, la lucha contra los enemigos de la cristiandad, los turcos otomanos, era ya antigua; incluso el intento sueco de dominar el Báltico –y tal vez, el centro y este de Europa–, databa ya de la década de 1640.

En 1713, las pautas del siglo anterior entraron en crisis. Francia, exhausta por las guerras de Luis XIV, y gobernada sucesivamente por un pacífico regente, un ministro también pacífico y un débil rey –Luis XV–, dejó de dominar Europa. Con una España sin gobierno Habsburgo y políticamente decadente, la rama imperial de esta dinastía convirtió a Austria en una importante potencia en el este de Europa. La liberación de Hungría acabó con la amenaza musulmana a la cristiandad, convirtiéndose los turcos en otro miembro del conjunto de estados europeos. En la batalla de Poltava (1709), Suecia fue destruida como gran potencia por los ejércitos rusos. Las alianzas tradicionales ya no eran satisfactorias, pues hacía más de medio siglo que se habían abandonado. Por lo menos durante una generación, Austria, Inglaterra y Holanda se aliaron para resistirse a Francia, que contaba con el apoyo de sus aliadas tradicionales, Suecia, Turquía y Polonia. En 1748 los holandeses, al igual que los suecos y los turcos, dejaron de ser preponderantes en Europa, mientras que Inglaterra y Francia se veían crecientemente involucradas en una lucha bilateral por el dominio de los mares y del mundo colonial.

Fue muy importante la aparición de dos nuevas potencias: Prusia, que rivalizaba con Austria por la supremacía en Alemania, y Rusia, que estableció un virtual protectorado sobre la antigua aliada de Francia, Polonia.

El acercamiento franco-austríaco de 1756 fue el primer cambio drástico de alianzas provocado por la transformación del equilibrio de poderes. Fue el preludio de una mutación aún mayor: la división de Europa en dos esferas diplomáticas, la occidental, donde Inglaterra, Francia y España luchaban intermitentemente por las colonias, y la oriental, donde Rusia, Prusia y Austria maniobraban o se aliaban para decidir la suerte de sus vecinos más débiles.

El Viejo Continente se convirtió en un teatro de diplomacia y guerras.

La Paz de Utrecht

La Guerra de Sucesión española (1701-1713) finalizó con la Paz de Utrecht (1713). Las principales consecuencias fueron que Francia aseguró el trono español al nieto de Luis XIV, que se convertiría en Felipe V, mientras que España perdió todas sus posesiones europeas, la mayor parte de las cuales pasaron a Austria. Así, España pasó de la dinastía de los Habsburgo a la de los Borbones, y Austria obtenía la hegemonía en Italia, a la vez que se anexionaba los Países Bajos españoles. El duque de Saboya obtuvo Sicilia y algunos territorios continentales. Las ganancias británicas fueron esencialmente coloniales, pero la retención de Gibraltar y Menorca aumentó su poder en el Mediterráneo y aseguró su posición ante futuros conflictos con España.

El mantenimiento de la paz

En 1716 los ejércitos austríacos, bajo la dirección del general Eugenio de Saboya, iniciaron una guerra contra los turcos que culminó con la victoriosa Paz de Passarowitz (1718). Sin embargo, el acontecimiento más importante de 1716 fue la alianza entre Inglaterra y Francia, a la que se unieron las Provincias Unidas en





Retorno del cadáver de Carlos XII de Suecia, caído en 1718 cuando intentaba conquistar Noruega. Fue el gran oponente de Pedro I el Grande de Rusia. (Detalle de un cuadro de Gustav Cederström.)

Izquierda, mapa de la situación en Europa en el año 1721.

1717. Ni el nuevo rey británico, el Elector de Hannover, ni el regente de Francia estaban completamente seguros, y ambos países necesitaban descansar de tantas guerras. Ambos poseían un gran interés en mantener la paz en Europa.

Fue, en parte, la diplomacia anglo-francesa la que acabó con la Gran Guerra del Norte (1700-1721), aunque hizo poco para modificar su resultado: Suecia cedió a Rusia sus posesiones orientales en el Báltico, y dejó de ser una de las grandes potencias. Rusia en cambio, pronto se convertiría en una de ellas.

Antes de que hubiese sido completada la pacificación del Báltico, el Mediterráneo occidental se estaba convirtiendo en el escenario potencial de una nueva guerra europea. Bajo la dirección de Isabel de Farnesio y su consejero Alberoni, España atacó y conquistó Cerdeña (1717) y Sicilia (1718). Las potencias reaccionaron rápidamente. El emperador se unió al sistema franco-británico-holandés (Cuádruple Alianza de 1718), y pocos días después una flota inglesa derrotó a los españoles en el cabo Passaro. Felipe V fue obligado a negociar a causa de la invasión francesa en sus dominios (1719). El inmediato resultado de la crisis fue que el duque de Saboya tuvo que ceder Sicilia al emperador, a cambio de Cerdeña, de la que se convirtió en rey. La paz que interesaba a Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas parecía haber triunfado.

En realidad, no se solucionó nada. España quedó insatisfecha. Carlos VI de Austria, resentido por la dependencia respecto a las potencias marítimas, intentó abrir una brecha para su país en el comercio de ultramar a través de la Compañía naviera de Ostende (1722). En 1725, España y Austria se aliaron. Enfrentada a una alianza anglo-franco-prusiana, Austria se retiró. España tuvo una breve guerra contra Inglaterra (1727), con un asedio fracasado de Gibraltar, hasta que la diplo-



macia francesa la obligó a pactar. Por los tratados de Sevilla (1729) y Viena (1731), Carlos, hijo de Isabel de Farnesio, se convirtió en duque de Parma y fue reconocido como heredero de Toscana. Carlos VI abandonó la Compañía de Ostende y obtuvo garantías de Gran Bretaña y las Provincias Unidas para la Pragmática Sanción, convertida ahora en el principal objetivo de su política internacional. El último éxito de la diplomacia española demostró que, en un período en que las grandes potencias estaban preocupadas por mantener la paz, los estados de segundo orden podían explotar sus territorios de valor modesto para obtener algunas ganancias.

En las décadas de 1720 y 1730, la política británica fue dirigida por Walpole, y la francesa por Fleury, ambos con similares puntos de vista pacifistas. Mientras estuvieron en el poder, las relaciones franco-británicas fueron buenas, aunque en la década de 1730 Inglaterra intervino poco en los asuntos europeos. Por otra parte, el partido belicista francés animaba al reacio Fleury a reavivar el conflicto borbónico-austríaco.

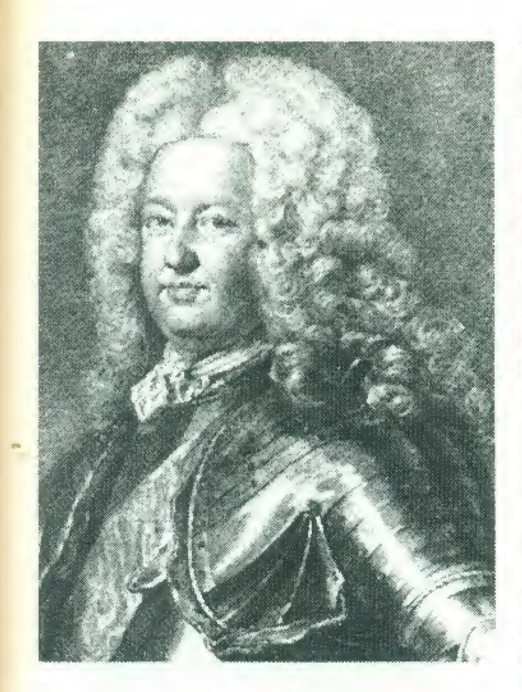
La Guerra de Sucesión polaca

El término «Guerra de Sucesión polaca» define mal el conflicto de 1733 a 1735. Para Francia era muy difícil oponerse pacíficamente al candidato ruso-prusiano Augusto III. Por ello, se embarcó en lo que un principio fue una guerra contra Austria para compensar la pérdida de influencia en Polonia.

Los franceses invadieron Lorena, pero Italia —donde Francia, España y Cerdeña luchaban unidas— se convirtió de nuevo en el principal escenario de las operaciones. Las armas austríacas sufrieron varias derrotas, por lo que las condiciones de paz fueron desfavorables para los Habsburgo. Estanislao Leszczynski, el fracasado candidato galo para el trono polaco (y suegro de Luis XV), recibió en compensación Toscana. Y Carlos VI obtuvo parma. Uno de los mayores objetivos de la política de los Habsburgo se había conseguido: Francia se unió a las otras potencias como garante de la Pragmática Sanción.

La guerra modificó el cuadro político europeo. Rusia suplantó a Francia en Polonia. La monarquía gala obtuvo, con la virtual adquisición de Lorena, su último gran triunfo antes de la Revolución. La cooperación franco-española empezó a ser una relación duradera. La situación en Italia se estabilizó: en adelante, el sur sería gobernado por la dinastía de los Borbones, y la mayor parte del norte, por los Habsburgo.

Este arreglo duró sin alteraciones sustanciales hasta mediados de la segunda mitad del siglo XIX.



La Guerra de Sucesión de Austria

En la guerra contra los turcos de 1736 a 1739, Austria perdió los territorios de más allá del antiguo reino de Hungría, que había ganado en la Paz de Passarowitz. El aspecto más delicado de este revés fue la revelación de la debilidad austríaca, en una coyuntura de crisis dinástica. El acceso al trono de María Teresa, la invasión de Silesia por Federico el Grande, la penetración en Bohemia de un ejército «bávaro» (de hecho franco-bávaro) y los ataques españoles contra las posesiones de los Habsburgo en Italia, parecían presagiar la desaparición de este Imperio. La única aliada de Austria, Rusia, quedó paralizada por la crisis que desencadenó la subida de Isabel al trono, manteniendo al mismo tiempo una guerra contra Suecia. Incluso la corona germánica se había perdido, ya que en enero de 1742, Carlos Alberto de Baviera fue elegido titular del Sacro Imperio, siendo el primer no Habsburgo que se sentaba en este trono desde 1438.

Sin embargo, el sentido de la guerra cambió en favor de Austria. Federico el Grande aceptó una breve tregua (octubre de 1741) que le permitió ocupar el resto de Silesia mientras que las tropas austríacas se dirigían a defender Bohemia. Inglaterra ayudó a María Teresa con subvenciones, y aunque en 1742 Prusia infligió graves derrotas a Austria, aceptó la paz a cambio de Silesia, mientras que los franceses y bávaros fueron expulsados de Bohemia, y Baviera fue ocupada por tropas austríacas.

En términos reales, estas acciones acabaron con la Guerra de Sucesión de Austria. Se salvó la monarquía de los Habsburgo, pero se perdió Silesia. El conflicto continuó como una típica contienda europea al viejo estilo. Los lazos entre Inglaterra y Austria se reforzaron, derrotando sus ejércitos a los franceses en Dettingen, en 1743. En 1744, Francia declaró la guerra a Gran Bretaña, involucrándose en la lucha colonial anglo-española iniciada en 1739. También inició oficialmente las hostilidades con Austria, invadiendo sus territorios en los Países Bajos. Federico el Grande, alarmado por los éxitos austríacos, volvió a entrar en la guerra (1744-1745), evitando que sus enemigos invadiesen los territorios franceses, y abandonó de nuevo la lucha cuando aseguró la retención de Silesia. En 1745, los franceses, con Mauricio de Sajonia, ganaron la gran batalla de Fontenoy frente a los ingleses, austríacos y holandeses, ocupando durante los dos años siguientes los Países Bajos y parte de las Provincias Unidas.

Las dificultades interiores y financieras impidieron la explotación diplomática de las victorias galas, y Francia, como la mayor parte de los demás combatientes, carecía de objetivos bélicos claros. Cuando por fin se firmó la paz de Aquisgrán (1748), se hizo sobre la base de una devolución de todas las conquistas, sin excepción. La corona imperial volvió al control de los Habsburgo con la elección de Francisco de Lorena como titular del Sacro Imperio (1745). Los únicos beneficiados por este tratado fueron, el segundo hijo de Isabel de Farnesio, que se convirtió en duque de Parma, y el rey de Cerdeña, que fue recompensado territorialmente por haber ayudado a María Teresa.

La guerra supuso importantes cambios para la situación europea. Las Provincias Unidas dejaron de ser una gran potencia. El surgimiento de Prusia significó que las contiendas europeas dejaban de asumir el carácter de una lucha austro-francesa por la hegemonía en Alemania. Finalmente, la renovación del antagonismo anglo-francés, basado en la rivalidad colonial y comercial, se convertiría en una tónica permanente en la diplomacia europea hasta el final de las guerras napoleónicas.

Kaunitz acabó definitivamente con la diplomacia tradicional. Inició negociaciones para establecer una alianza entre Austria y Francia. Los galos simpatizaban con la idea de un entendimiento que les dejase las manos libres para concentrarse en su lucha colonial contra Inglaterra, pero por este mismo motivo, no deseaban participar en un ataque austro-ruso contra Prusia.

Los acuerdos se precipitaron por una serie de malentendidos y errores de apreciación. Un tratado de ayuda de Gran

Izquierda, Estanislao I de Polonia. Confió en el apoyo sueco en la Guerra del Norte y recobró su trono con la ayuda francesa en 1730. Polonia, a pesar de ser un Estado soberano, nunca estuvo libre de interferencias extranjeras durante el siglo XVIII.

Página anterior, María Teresa de Austria (1717-1780), madre de María Antonieta. Triunfó en la Guerra de Sucesión contra Carlos Alberto de Baviera, pretendiente a su trono, pero fracasó en la Guerra de los Siete Años. (En el cuadro de J.L. Maurice está rodeada por sus hijos.)



Bretaña a Rusia (1755) convenció a Federio II de que debía llegar también a un acuerdo con Inglaterra. Por la Convención de Westminster (enero de 1755), Prusia y Gran Bretaña acordaron neutralizar a Alemania: se mantendrían fuera de su territorio las tropas extranjeras para salvaguardar la paz. Luis XV y sus ministros vieron la actuación de Federico como una traición. Isabel de Rusia, que entendía que el tratado de 1755 era un preliminar para atacar a Prusia, protestó ante el gobierno de Londres, incitando a Austria para atraer a Francia a una coalición antiprusiana. Como consecuencia de tan compleja diplomacia, Luis XV se apresuró a firmar el Primer Tratado de Versalles con los representantes de Viena (mayo de 1756). Se había iniciado la revolución diplomática.

Aquel tratado era defensivo; sin embargo, cada parte acordaba ayudar a la otra si era atacada en Europa –una cláusula que mantuvo a Austria fuera de la guerra colonial anglo-francesa (1755), pero que dio a Francia la seguridad que necesitaba para imponerse fuera del Viejo Continente–. Si Austria había pensado, o no, en la posibilidad de iniciar el ataque contra Prusia, es una incógnita, ya que Federico, obsesionado por el fantasma de una coalición franco-austro-rusa, decidió lanzarse a una guerra preventiva. Su agresión contra Sajonia activó la alianza defensiva entre Francia y Austria, lo cual condujo a la consolidación del bloque que tanto temía.

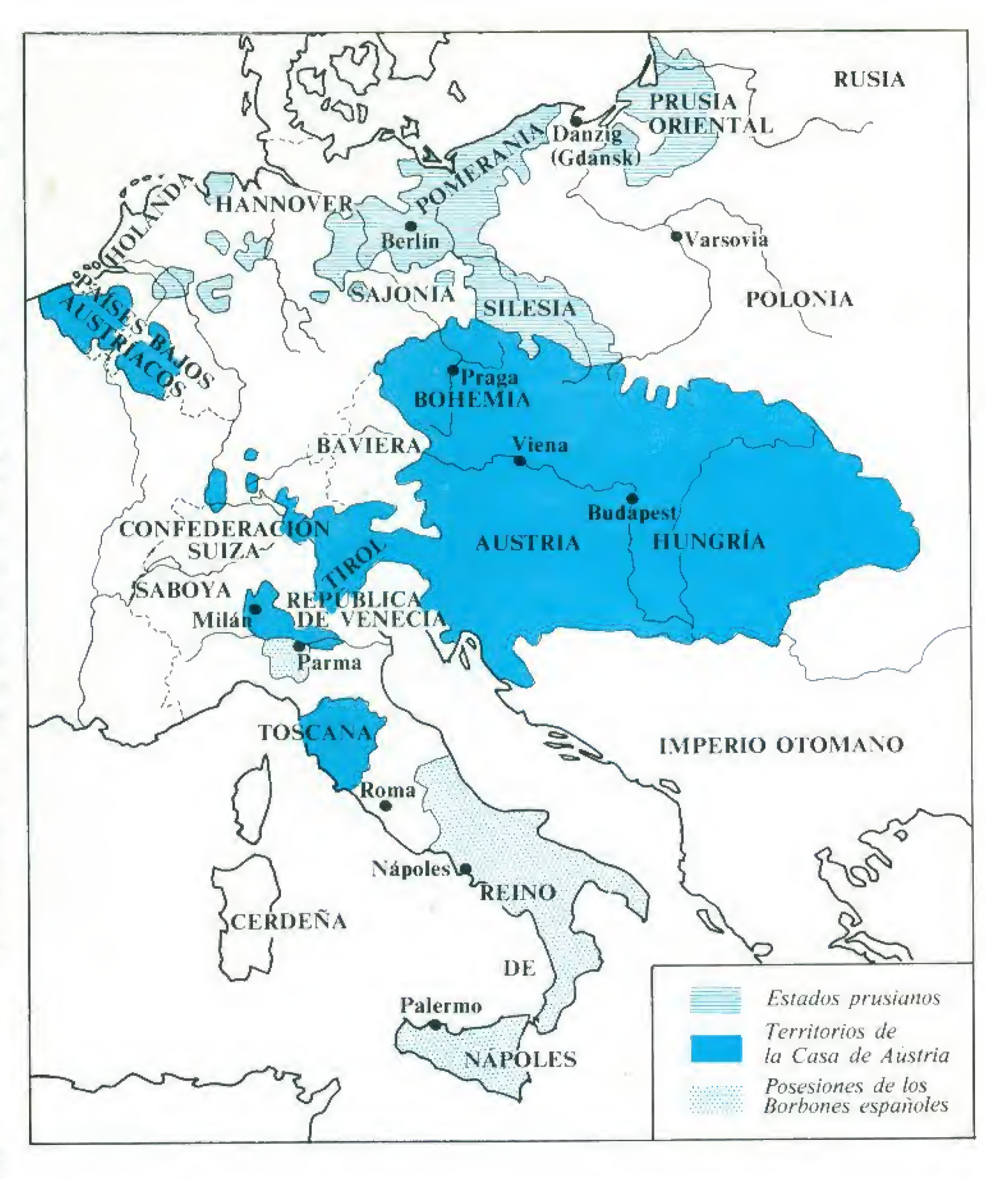
La Guerra de los Siete Años

El drama central de la Guerra de los Siete Años fue la lucha de Prusia para sobrevivir frente a Austria, Rusia, Suecia y los demás estados alemanes. Hubo una amplia serie de razones para el fracaso de la coalición antiprusiana: la meticulosa preparación y el genio militar de Federico, su capacidad de recursos y su suerte, así como la desconfianza y la falta de coordinación entre sus enemigos, la escasa preparación de los mandos militares austríacos, la lentitud rusa en la movilización y la intervención (1758), y tal vez lo que fue decisivo: el cambio de soberano que hizo a Rusia abandonar la guerra en 1762.

Es improbable que Federico hubiera podido resistir hasta 1762 si Francia hubiese reforzado la coalición. A este respecto, la alianza británica con Federico fue de un valor incalculable. Con William Pitt el Viejo, Inglaterra ayudó al monarca prusiano y emprendió una ofensiva en Europa occidental. Desde el punto de vista británico, el objetivo era involucrar profundamente a Francia en el continente, y por tanto, evitar que este país concentrase sus recursos en el conflicto colonial. Siguiendo esta política, efectuó ataques na-

vales regulares contra las costas francesas, pero la verdadera protección se la proporcionó a Federico un combinado de ejércitos de Inglaterra, de Hannover y de tropas mercenarias alemanas mantenidas por Gran Bretaña en Alemania occidental. Después de su victoria en Rossbach (1755), Federico no tuvo que enfrentarse más con el ejército francés; los galos fueron contenidos, e incluso, derrotados en Crefeld (1758) y Minden (1759) por una fuerza anglo-germánica dirigida por Fernando de Brunswick.

La política británica obtuvo un éxito total. En 1759, Francia se vio obligada a reducir sus ayudas y otros compromisos con Austria, mientras que las victorias navales y coloniales inglesas se multiplicaban. El compromiso de Familia entre Francia y España hizo entrar a esta última en la guerra contra Gran Bretaña (1762), pero fracasó en el intento de acabar con la hegemonía marítima británica. La lucha en ultramar finalizó con la Paz de París (1763), mientras que la retirada de Francia de la contienda europea, seguida por la de Rusia, no dejó a Austria otra alternativa que hacer la paz con Prusia en Hubertsburgo (1763). Las ganancias territoriales inglesas fueron sustanciosas, y Europa, después de siete años de lucha exhaustiva, quedó tal como estaba antes de la guerra.



Europa central a principios del siglo XVIII. Durante las guerras de esta época, los territorios más disputados fueron Italia y Polonia.

Las dos diplomacias

A partir de 1763, Francia se mantuvo en una estrecha alianza con España, y más débilmente con Austria, pero evitó complicaciones continentales. Lorena se hizo francesa en 1766, y el gobierno de Luis XV compró la rebelde isla de Córcega a Génova en 1768. Este rey dedicó ahora todo su tiempo a preparar la revancha contra Inglaterra, la cual no tenía aliados en el continente.

Rusia, Prusia y Austria estaban igualmente agitadas. La alianza ruso-prusiana (1764) intentaba mantener las constituciones polaca y sueca, hasta el punto de que los disidentes complicaron a Rusia en Polonia. Por su parte, Gustavo III aprovechó la oportunidad para restaurar el absolutismo en Suecia. La hostilidad austríaca forzó a Rusia a renunciar a sus ganancias en los Balcanes, y con la connivencia de Federico el Grande, se llegó a una reconciliación tripartita basada en el reparto de Polonia (1772). Rusia se quedó con las manos libres para pactar una paz muy ventajosa con los turcos en Kutchuk-Kainardji (1774).

En Occidente, la Guerra de Independencia norteamericana (1775-1783) permitió a Francia y España, libres definitivamente de los compromisos continentales, crear problemas a Inglaterra. Las trece colonias inglesas se hicieron independientes, y Londres cedió algunos de sus territorios de ultramar a las dos potencias rivales. En Europa, la marina inglesa fue derrotada en el Mediterráneo y perdió Menorca, pero una fuerza hispano-francesa fracasó en el asedio de Gibraltar. Las otras potencias europeas no se involucraron en la guerra, aunque Catalina de Rusia organizó la Liga de la Neutralidad Armada (1780) para oponerse a la práctica inglesa de asaltar a los barcos neutrales en alta mar.

El resurgimiento de las ambiciones austríacas en Europa central forzó a Francia a una importante actividad diplomática, para evitar la intervención militar. Las reclamaciones austríacas sobre Baviera provocaron una breve lucha austro-prusiana, generando la hostilidad francesa, pues el gobierno de Luis XVI no deseaba que la frontera austríaca se extendiera hacia el oeste. Austria fue obligada a retirarse.

Página anterior, investidura de Guillermo V de Orange y Nassau, estatúder de Holanda, como caballero de la Orden de la Jarretera en el palacio Huis ten Bosch (5 de junio de 1752), según un dibujo de T.P.C. Haag hecho en 1757. (Atlas van Stolk, Rotterdam.)

José II de Austria siguió con su política agresiva, aliándose con Rusia en 1781. Pero, mientras el emperador deseaba que Catalina le ayudase en Europa central, ésta consideraba a Austria como una aliada para solucionar su rivalidad contra Turquía. La presión diplomática de Viena permitió a Rusia anexionarse Crimea sin dificultad (1783), aunque la ayuda de Catalina a Austria no pasó de un apoyo verbal. José II no pudo convencer a los holandeses para hacerles abrir el Sheldt, fracasando también su proyecto de cambiar los Países Bajos austríacos por Baviera. Francia se opuso a ambas pretensiones, pudiendo entonces Federico el Grande coronar su carrera organizando la Liga de los Príncipes Alemanes (1785), que acabó definitivamente con el proyeto bávaro.

La era de las revoluciones

A finales de la década de 1780 las grandes potencias se hallaban colapsadas. Francia estaba paralizada por las crónicas dificultades financieras de la corona y la violenta oposición de las clases privilegiadas a cualquier tipo de reforma, y Austria, por el desastre militar contra los turcos y las rebeliones de Hungría y los Países Bajos austríacos.

Los otros estados no supieron aprovechar esta situación, aunque Prusia, apoyada por Inglaterra, doblegó al partido pro-francés de Holanda, mientras que las Provincias Unidas establecían una alianza con Prusia y Gran Bretaña (1788). Sorprendentemente, Prusia dejó perder la oportunidad de acabar con Austria, lo cual permitió a Leopoldo II hacer la paz con los turcos y ordenar sus asuntos internos.

Rusia terminó su guerra con Turquía (1787-1792) victoriosamente. La hostilidad de las demás potencias contra el avance ruso resultó ser inefectiva. El primer ministro británico, Pitt el Joven, se opuso a la conquista de Ochakov por las tropas de la zarina, enviando incluso un ultimátum, pero al final cambió de opinión.

Europa oriental seguía estando controlada por Rusia, Prusia y Austria, siendo Rusia el estado hegemónico.

Esta situación fue confirmada por el tercer reparto de Polonia, el definitivo, convirtiendo a las tres potencias en protagonistas de su desaparición. A pesar de sus diferencias, las tres naciones coincidieron en liquidar Polonia. La Santa Alianza post-napoleónica estaba ya prefigurada, y perduraría bajo una u otra forma hasta finales del siglo XIX.



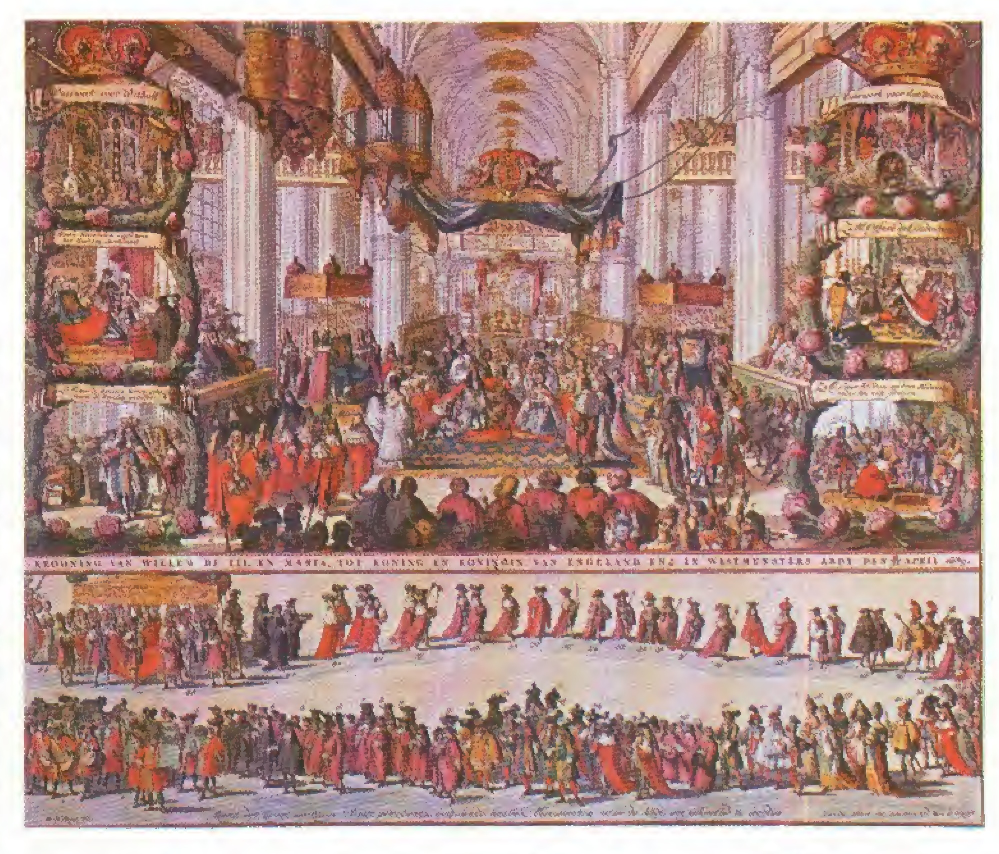
Inglaterra en el siglo XVIII

El siglo XVIII presenció la culminación de la gran contienda anglo-francesa por el imperio colonial. El resultado estuvo profundamente afectado por la historia interna de cada país durante este período. Francia tenía grandes recursos, y ambas naciones tuvieron una gran afluencia de riqueza comercial. Pero, mientras Inglaterra adaptó sus instituciones para aprovecharse de estos bienes, Francia siguió encerrada en el arcaico y estrecho marco del Antiguo Régimen. El resultado fue, en ambos reinos, una revolución. No obstante, mientras la crisis en Inglaterra fue industrial, en Francia fue política. La Revolución francesa acabó en última instancia con las antiguas y trasnochadas fuerzas que oprimían las energías de la nación, pero en 1789 Inglaterra ya había vencido en el duelo por el imperio colonial, estableciendo una creciente expansión fuera de Europa.

La gloriosa Revolución

El 5 de noviembre de 1688, Guillermo de Orange desembarcó en Inglaterra, y un mes y medio más tarde, el rey Jacobo II abandonó el país. Un observador de la época hubiese podido pensar que esta situación era típica en Inglaterra. Un monarca había sido ejecutado, y otro arrojado del trono. El país había pasado de ser una monarquía a convertirse en una república, para volver posteriormente a ser de nuevo una monarquía. Tras la guerra civil, lo que sí quedó claro en 1688 es que la caótica fase anterior había sido ya superada. La nueva era sería de gran estabilidad política, en comparación con las demás naciones. La paz internacional y un gobierno en orden permitirían a este país desarrollar su comercio, extender su imperio y aniquilar a su gran rival colonial, Francia. La riqueza así acumulada se convertiría en un acicate para las manufacturas, dando lugar a la revolución industrial.

Los ingleses aceptaron a su nuevo monarca, no sin recelo. Aunque era protestante, aquel holandés tuberculoso no tenía una personalidad más atractiva que su predecesor. Lo mejor que aportó fue su esposa María. Ambos reinaron como Guillermo III y María II.



Coronación de Guillermo III de Orange y María, hija de Jacobo II, como rey y reina de Inglaterra, en la Abadía de Westminster, en abril de 1689, por R. de Hooghe. (Atlas van Stolk, Rotterdam.)

Página anterior, José II de Austria (1741-1790), hijo de María Teresa, emperador desde 1780, según una pintura de la escuela austríaca. (Versalles.)

Los nuevos soberanos accedieron al trono con condiciones. A su llegada, les recibió una comisión que elaboró una Declaración de Derechos, convertida luego en la *Bill of Rights*. Por ella se aceptaba que el Parlamento debía ser convocado frecuentemente, mientras que Guillermo carecía de las atribuciones para mantener un ejército permanente en tiempos de paz.

El rey aceptó las condiciones y su libertad de acción quedó bastante limitada. Sin embargo, Guillermo era un monomaníaco. La única pasión que le ofuscó durante su vida fue el odio a Francia. Fue por ello que Inglaterra entró en la guerra de la Liga de Augsburgo, que duró hasta 1697. A pesar de las escasas victorias y las muchas derrotas, la gran confederación europea de naciones a la que se unió acabó finalmente con las actividades expansionistas de Luis XIV.

Guillermo hizo muy poco para frenar la creciente desconfianza hacia su persona. Aunque aceptó ceder algunos de sus poderes al Parlamento, hizo todo lo posible para evitar caer en las manos de un solo partido político. Esto molestó a los whigs, que le habían dado el poder. Entre 1694 y 1698, éstos, con el control del Parlamento, se impusieron sobre el monarca, pero su propia avaricia por el poder les hizo perder credibilidad, mientras que la popularidad del rey descendía sobre todo después de la muerte de la reina María en 1694.

Cada vez más, los políticos cayeron en un estado de confusión, a la vez que de un modo progresivo los líderes de los partidos mantenían correspondencia secreta con Jacobo, que aspiraba al trono inglés. En el momento de las elecciones de 1698, Jacobo II esperaba volver a su país, no por conquista, sino como consecuencia de la llamada de sus leales súbditos. La votación suponía también grandes ventajas para los tories, dirigidos por el astuto y tortuoso Robert Harley, pero éstos fueron derrotados en las elecciones de 1700. Los Comunes se hicieron cada vez más hostiles al rey, abriéndose otra crisis con el problema sucesorio. Guillermo y María no habían tenido descendencia, y los numerosos hijos de su presunta heredera Ana habían muerto. Esto requería un Acta de Supremacía, explicitando que si tanto Guillermo como Ana morían sin herederos al trono, su sucesión pasaría a un miembro de la familia protestante gobernante en Hannover, vinculada por matrimonio a la Casa de los Estuardo.

Mientras, en Europa las ambiciones dinásticas de Luis XIV de Francia y la incapacidad del moribundo rey Carlos II de España habían creado una situación que propiciaba la posibilidad de un futuro en el que los poderosos imperios de Francia y España fueran gobernados por un único monarca. Para evitarlo, Guillermo elaboró meticulosamente una nueva gran alianza, ultimada en septiembre de 1701. En Inglaterra, la idea de una nueva guerra produjo consternación, pero Luis XIV cayó directamente en la trampa política de sus enemigos. Cuando Jacobo II murió, pocos días antes de que se firmase el pacto que daba origen a la gran coalición, Luis XIV reconoció al hijo de Jacobo II como el «rey Jacobo III de Inglaterra». Esto acabó con las discrepancias en Inglaterra. Cuando Guillermo murió, unos meses después, la nación se preparó eufóricamente para la guerra.



La contienda fue costosa. Entre 1688 y 1815, Inglaterra lucho, en no menos de cinco grandes guerras contra la que fue su gran enemiga, Francia. El último éxito de los ingleses se debió en parte al hecho de que, ya desde el primero de estos conflictos, utilizaron unos sofisticados métodos de financiamiento. La Guerra de la Gran Alianza del rey Guillermo supuso grandes estrecheces para la nación, pero no ocurrió lo mismo con los negocios del país. El caso más patente fue el del Banco de Inglaterra. Esta nueva entidad había aparecido en el mercado con 1.200.000 libras esterlinas de capital y concedió préstamos al gobierno con un 8% de interés. Más tarde, el banco fue absorbido por el Estado, permitiéndosele emitir papel moneda, al principio sin curso legal. A pesar de este tipo de funcionamiento y de una moratoria, la entidad sobrevivió, prosperó y pudo repartir dividendos del 20% al finalizar la guerra. Esto supuso para Inglaterra un paso importante en la marcha hacia el imperio mundial.

Whigs y tories

El reinado de la más bien inepta reina Ana estuvo dominado por la Guerra de Sucesión de España, mientras que en política interna aumentó la rivalidad entre whigs y tories, que subía o bajaba de tono según las circunstancias determinadas por las vicisitudes del conflicto. Sin embargo, al principio de éste, estaban unidos por un gobierno de coalición encabezado por dos grandes ministros no partidistas, lord Godolphin y Marlborough. En la intimidad, la reina estaba fuertemente influenciada por su gran amistad con la whig Sara, duquesa de Marlborough, aunque las verdaderas preferencias de la soberana residían en los tories, a causa del anglicanismo.

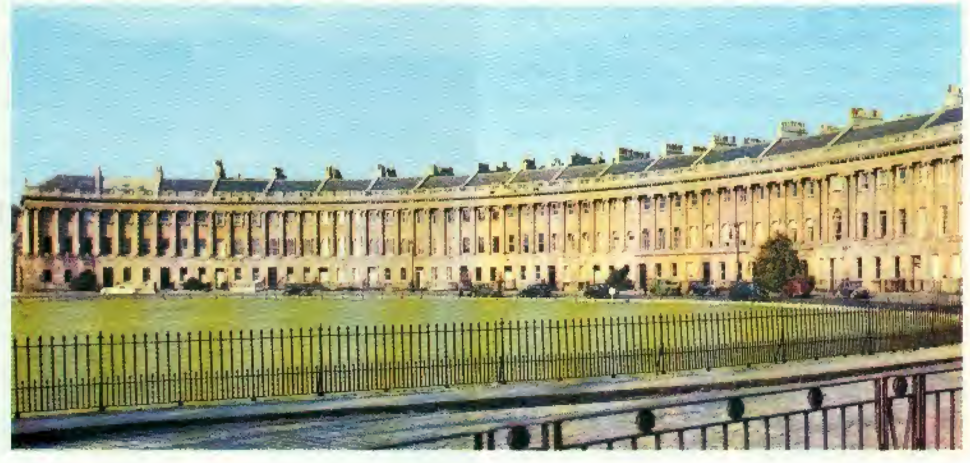
No tardó mucho en desaparecer la armonía inicial, surgiendo la discordia entre los Comunes, controlados por los tories, y la Cámara de los Lores, dominada por los whigs, como a principios de 1702.

Los tories criticaron la dirección de la guerra, lo que resultó funesto. Muy pronto el duque de Marlborough obtuvo victorias de una enorme magnitud y de las que In-

glaterra se vanaglorió durante un siglo. El país estaba inflamado por un ardor patriótico, por lo que en las elecciones de 1705, tanto los whigs como un grupo de los tories –dirigido por el astuto Harley– que apoyaba al ministerio, consiguieron ganancias sustanciales. Durante los cuatro años siguientes los whigs aseguraron su posición, pero su ansia de poder era excesiva. Su ambición les distanció de la reina, que rompió con la duquesa de Marlborough. En 1707, Abigail Masham, una pariente de Harley, sustituyó a Sara en el favor de Ana. Esto sirvió para los proyectos de Harley, que quería preparar un golpe que asegurase la destitución de lord Godolphin. Pero la amenaza de la dimisión de Marlborough acabó con el asunto temporalmente.

En 1709 se inició la caída de los whigs. En noviembre, una controversia sobre un sermón del reverendo Sacheverell llevó a mucha gente, incluida la reina, a pensar que Godolphin y su gabinete atacaban a la Iglesia. Ahora, la insatisfacción por la interminable guerra aumentó rápidamente. En 1710, Robert Harley persuadió a la reina para que cesara a Godolphin. Las elecciones posteriores, celebradas a finales de año, dieron una gran mayoría a los tories. Poco después también cayó Marlborough, retirándose a Holanda. El sentimiento antibélico arrastró al país, nombrando estonces Ana a doce pares tories, lo cual dio lugar al control de ambas cámaras por este partido. Después de largas negociaciones, se firmó el Tratado de Utrecht en abril de 1713.

A pesar de ello, el triunfo tory sería breve. En diciembre de 1713 la reina enfermó, lo cual planteaba el problema de la sucesión. Muchos tories mostraban sus preferencias por Jacobo Estuardo, el «Viejo Pretendiente», pero un líder de este grupo, el joven vizconde de Bolingbroke, consiguió derribar a Harley, ahora conde de Oxford, en julio de 1714. Sin embargo, el poder fue a parar finalmente al enigmático duque de Shrewsbury, un tory moderado que dio el voto decisivo para la sucesión en favor de los Hannover, el mismo día en que murió la reina, el 1 de agosto.



Arriba, la ciudad de Londres en el siglo XVIII. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)

Abajo, el Royal Crescent, en Bath, grupo de viviendas construidas por J. Wood jr. en medio óvalo (1767-1775), cuyo diseño se basó en el plano del Coliseo de Roma.

Página anterior, retrato del hijo de Jacobo II de Inglaterra, Jacobo Francisco Eduardo, príncipe de Gales, que nació el 20 de junio de 1688. (Bibliothèque Nationale, París.)

Queda por mencionar un aspecto importante de su reinado. La soberana fallecida había comenzado reinando sobre dos naciones y acabó haciéndolo sobre una sola. Desde hacía tiempo era evidente que Inglaterra y Escocia, dos reinos separados aunque gobernados por un mismo monarca, llegarían a una situación de unión total o de separación definitiva. Después de difíciles negociaciones, los escoceses renunciaron a su Parlamento propio y aceptaron a los Hannover como soberanos. El 1 de mayo de 1707 se firmó el Acta de Unión, por la cual se fusionaban Inglaterra y Escocia, surgiendo el Reino Unido de Gran Bretaña.



Jorge I

Jorge Luis, elector de Hannover, hombre obeso y concupiscente, se convirtió en rey de Gran Bretaña en 1714. Su reinado marcaría la pérdida efectiva de gran parte de las atribuciones de la corona. Este hecho no se debió a cambios constitucionales o porque el monarca no estuviese interesado por la política británica. Pero residió en Hannover durante largos períodos de tiempo y carecía de capacidad para comprender la estructura del sistema británico, suficientemente madura para ser utilizada. Sin embargo, su acceso al poder tuvo unas consecuencias poco destacables debido a la buena dirección de Shrewsbury.

Un hecho quedó patente: que la época de los tories había pasado. Quienes tuvieron contactos con los Estuardo fueron totalmente ignorados, e incluso los que no tuvieron nada que ver con ellos, como el mismo Shrewsbury, fueron marginados. La caída de los tories se confirmó cuando Bolingbroke y el duque de Ormonde viajaron a Francia y se unieron a la corte del «Viejo Pretendiente». El resultado de esta acción fue una rebelión en Escocia en 1715, mal organizada y finalmente abortada, después de la cual muchos tories se unieron tentados por el jacobinismo.

Había llegado la hora de los whigs, hecho confirmado por su aplastante victoria en las elecciones de 1715. ¿Quién los dirigiría? El hombre que asumiría rápidamente esta función sería un antiguo general de Marlborough, lord Stanhope. El principal objetivo político de este líder fue restablecer una posición digna para Inglaterra en Europa, tras su aislamiento diplomático promovido por la Paz de Utrecht.

Sin embargo pronto aparecieron disenciones en el seno del partido de los whigs. Robert Walpole, el hábil y capacitado canciller del Exchequer, apoyado por el vizconde de Townshend, estaba absorto en la economía. El conde de Sunderland apoyó a Stanhope, cuya diplomacia con subvenciones excesivas a diversas naciones continentales era muy costosa. Las dos facciones estaban en lucha una contra otra, encontrándose en una situación de equilibrio cuando todo el país se convulsionó con la crisis producida por la estafa de los Mares del Sur. En 1720 la Compañía de los Mares del Sur propuso una sugerencia convincente: hacerse cargo de la deuda nacional en unas condiciones francamente favorables. Esto fue aceptado de buen grado por Sunderland, lo cual llevó a una rápida subida en el valor de las acciones de esta empresa, que aumentaron en un 1.000% durante el mes de agosto de 1720. Cuando la crisis se hizo inevitable, éstas bajaron estrepitosamente y miles de personas quedaron arruinadas. Se levantó una ola de indignación contra el gobierno, que fue acusado de soborno y corrupción, y Walpole fue llamado rápidamente para salvar la situación. En diciembre de 1720 el Parlamento aceptó sus proyectos de reformas, y sus rivales políticos se batieron en retirada.

Walpole y la hegemonía de los whigs

Robert Walpole era un hombre de una gran habilidad, pero muy ambicioso. Se

ha dicho que nunca se enfrentó con un rival serio, y que siempre se rodeó de mediocridades. Ambas afirmaciones son sólo parcialmente verídicas. Aunque Walpole neutralizó a sus rivales, la fuerte oposición tory y el descontento de los propios whigs le obstaculizaron. A estos últimos unió el talento de Bolingbroke, que había abandonado finalmente la causa jacobina y regresado a Londres. A pesar de todo, Walpole mantuvo intacta su posición durante casi veinte años. No sólo acostumbraba a tener a la mayoría parlamentaria en el bolsillo, sino también el apoyo de los monarcas. Jorge I confió en él y lo mismo hizo Jorge II, mientras que la esposa de este último, la reina Carolina, demostró ser la más inquebrantable de sus partidarios.

Walpole también provocaba enfrentamientos entre la corona y el Parlamento. Normalmente, la amplia mayoría de este político en las Cámaras era facilitada por el duque de Newcastle. Éste era un hombre nervioso, excéntrico y neurótico, que vivía en un estado de constante agitación, pero tenía un agudo sentido común y practicaba el patronazgo político con sutilidad. Era el hombre que conocía a todo el mundo en los distritos electorales. Sabía sobornar con dinero para ganar unas elecciones, o forzar a un funcionario para que apoyara al gobierno con sus votos o influencia, amenazándole con dejarle sin trabajo.

Walpole procuró mantener la paz en el exterior. En política interior reformó el sistema tributario, redujo la deuda nacional e incrementó la prosperidad comercial. Sufrió algunos fracasos, destacando sobre todo el de su intento de aplicar un gravamen tributario en 1733, pero con su largo ministerio consiguió transformar el país. Sin embargo, a partir de 1733 se inició su declive. Incluso algunos de sus amigos empezaron a tener dudas. La crisis abierta se inició en 1739, con el estallido de la guerra del conde Jenkin contra España. Walpole deseaba evitarla, pero la opinión de la nación era belicista, por lo que fue apartado del poder.

La salida de Walpole fue seguida de algunos alborotos. Le sucedió el brillante Carteret, pero aumentaron las miserias y fracasos de la guerra, y este político también fue apartado de su cargo. Poco después de su caída, la nación tuvo que enfrentarse con una rebelión y una invasión. En 1745 el príncipe Carlos desembarcó en Escocia, las Tierras Altas se pusieron a su favor y sus partidarios conquistaron Edimburgo, pero la invasión de Inglaterra fracasó, y el hijo del rey Jorge, el duque de Cumberland, aplastó al ejército escocés en la batalla de Culloden. Las Tierras Altas fueron sometidas y duramente castigadas. Carlos Edudardo huyó para no volver.

Mientras, los amigos de Walpole restablecieron su poder, y Henry Pelham, una especie de «pequeño Walpole», siguió las huellas de su gran predecesor. Tras su prematura muerte, en 1754, le sucedió el duque de Newcastle. Pero los conflictos coloniales volvieron a involucrar al país en otra guerra, y los cimientos del antiguo sistema empezaron a tambalearse. Fue entonces cuando el rey llamó a William Pitt para que asumiera el mando.

Pitt y Jorge III

La actividad política que señala el fin de la larga época dominada por Walpole y Pelham está unida a dos hombres: William Pitt el Viejo y Jorge III.

Abajo, batalla de Culloden, en la que los ingleses aniquilaron a los partidarios del príncipe Carlos, y Escocia quedó sometida al dominio de Inglaterra.

Página anterior, Robert Walpole (1676-1745), jefe del partido whig y primer ministro con Jorge I. Introdujo el liberalismo y bajo su mandato se inició el sistema parlamentario inglés. Pintura de J. B. van Loo. (National Portrait Gallery, Londres.)



Pitt era miembro de una familia que había hecho fortuna gracias al comercio con las Indias orientales. Vio claramente que concentrándose en la expansión colonial el país podría triunfar en su rivalidad contra Francia. Fue el desastroso inicio de la Guerra de los Siete Años lo que motivó que ocupara un alto cargo. En seguida se elaboró un plan para ganar en la contienda: Newcastle se ocuparía de controlar los asuntos del interior y Pitt dirigiría el conflicto en el exterior. Pronto las campanas de Londres redoblaron en son de victoria.

Sin embargo, en 1760 murió Jorge II, sucediéndole Jorge III. Animado por su tutor, el conde de Bute, esperaba desde hacía tiempo el momento de librarse de los hombres ambiciosos, egoístas y corruptos que arruinaban al país. En este grupo incluyó a Pitt, que entonces colaboraba con Newcastle, y nombró ministro a Bute, destituyendo al tándem dirigente. El rey llamó a Henry Fox para que se ocupara de los políticos, forzando a los adeptos de Newcastle para que volviesen a sus tierras o prestaran su apoyo al nuevo ministerio, ya que en caso contrario les confiscaría sus bienes.

Estas decisiones fueron precipitadas. Bute pronto se dio cuenta de que le faltaba la resolución necesaria para permanecer como primer ministro, Fox no tenía ambición política y el monarca se hallaba solo. Tampoco se podía volver a contar con el apoyo de Pitt y Newcastle. Durante diez años se produjo una gran inestabilidad política, marcada por un rápido cambio de ministros.

Fue durante este período cuando surgió la rebelión que arrebataría a Inglaterra la mayor parte de sus posesiones en Norteamérica.

Wilkes y lord North

En 1770, con el ascenso de lord North al cargo de primer ministro, el país recuperó un gobierno fuerte y estable, y Jorge III comprobó algo que sus predecesores desconocían: que como rey podía desempeñar un papel predominante en la política, creando su propio partido en el Parlamento. La mayor parte del apoyo que tuvo lord North no provino de las antiguas fracciones whigs, sino de un nuevo grupo, los «amigos del rey», que estaban dispuestos a votar al ministro que el monarca apoyase.

Pero los días de tranquilidad, para el soberano y para el Parlamento, no durarían mucho tiempo.

Incluso antes de que North subiera al poder, John Wilkes amenazaba el sistema. Empezó criticando la Paz de París, que concluyó la Guerra de los Siete Años en 1763, y durante la década siguiente, su audacia provocó su persecución por varios gobiernos, unas veces de forma constitucional, otras inconstitucionalmente. Wilkes se mantuvo siempre rebelde, en la cárcel, en los tribunales y en el Parlamento. Él puso las bases fundamentales de una nueva justicia y creó graves trastornos a varios gobiernos.

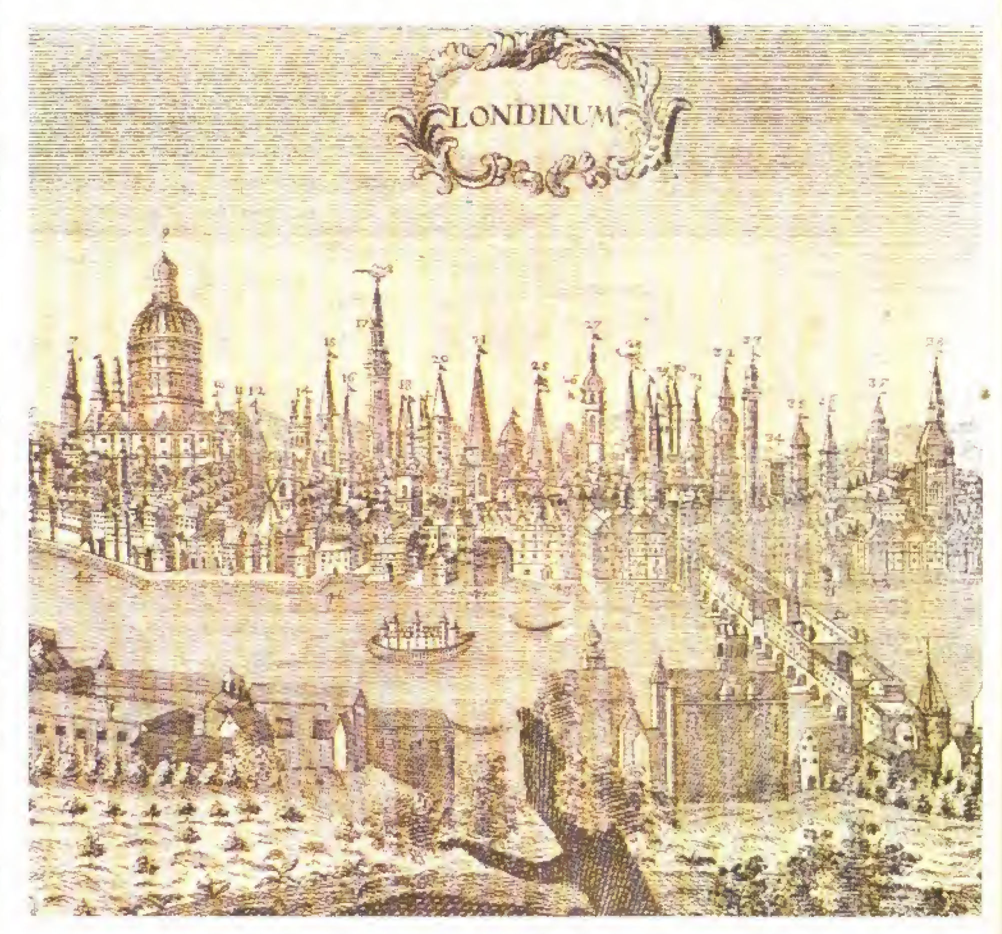
La guerra de Norteamérica demostró la ineptitud del gobierno del rey. En 1783 se colapsó el sistema de gobierno personal del monarca y las arcas del tesoro quedaron vacías, por lo que el rey expulsó a lord North del poder, siendo sustituido como primer ministro por el marqués de Rockingham, un antiguo amigo del ya fallecido duque de Newcastle.

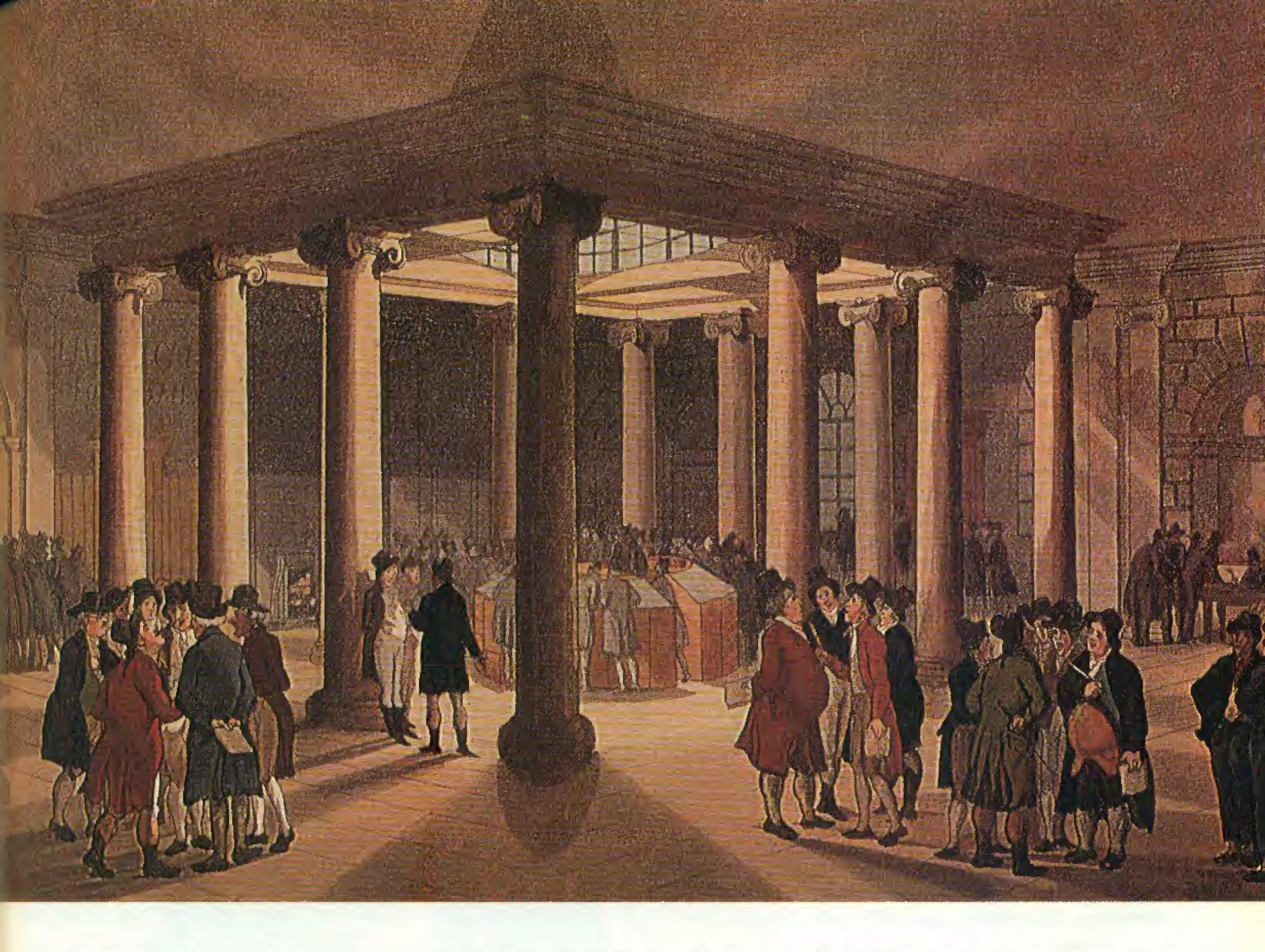
Sin embargo, no se produjo la esperada «regeneración nacional». Aunque se hizo alguna buena labor —sobre todo la reforma de la administración civil dirigida por Edmund Burke—, retornó la inestabilidad ministerial, que culminó con la subida al poder de una cínica coalición política formada por lord North y su rival Charles James Fox.

Jorge III se sintió acosado. Pero afortunadamente para él halló al político que necesitaba: William Pitt el Joven, hijo del anterior gran ministro, que entonces contaba 24 años. Pitt gobernó el país hasta su muerte, salvo durante un breve período de tiempo. Al principio estuvo en minoría en el Parlamento, pero en 1784 obtuvo una gran victoria electoral.

En los últimos años de este período se iniciaron los cambios más importantes que tendrían lugar en Inglaterra, y tal vez, en cualquier otro país. La revolución colonial y comercial que había tenido lugar en la primera mitad del siglo fue seguida, a partir de 1760, por el inicio de la revolución industrial. Los hombres de negocios británicos consideraron que la producción industrial era el mejor camino para hacer dinero, y muchísimo más lucrativo que efectuar préstamos al gobierno o comprar cargos.

Los poderes públicos les ayudaron de una forma entusiasta, y a diferencia de otras naciones, la aristocracia no despreció la inversión en el comercio o la industria. Durante cien años el país había acumulado riquezas a través de las transacciones mercantiles, poniéndose las miras allí donde aún se podían obtener más ganancias. Por ejemplo, si se estaba comerciando con tejidos hechos en la India para venderse en África o en las Indias Occidentales, lógicamente sería mucho más barato comerciar con ellos directamente desde Gran Bretaña; por tanto, para obtener mayores beneficios había que ingeniar medios para fabricar telas más baratas y de mayor calidad que las indias.





El reinado de Luis XV

«Yo os abandono, pero el Estado perdurará siempre.» Así hablo Luis XIV, el gran monarca, en su lecho de muerte. Ciertamente, los cardenales Richelieu y Mazarino, y el mismo rey, habían creado el Estado más poderoso de Europa. Los elementos distorsionantes de los siglos anteriores habían desaparecido; las guerras nobles y la aristocracia había sido reducida a la impotencia. Sin embargo, la mayor parte de las energías de la nación se habían gastado en las guerras del rey y en la expulsión de los hugonotes. A pesar de la centralización administrativa, no se pudo conseguir una estructura financiera eficaz, y los impuestos seguían agobiando a las capas más pobres y necesitadas de la sociedad.

No obstante, en 1715 se podía ser optimista. La desastrosa Guerra de Sucesión de España no acabó demasiado mal para los intereses de Francia. Los confusos objetivos de los aliados, una última victoria del mariscal Villars y una negociación hábil en las conversaciones para la paz hicieron que las pérdidas se redujeran al mínimo en los Tratados de Utrecht y Rastadt. Francia estaba debilitada, pero seguía siendo la potencia más poblada y más importante de Europa. El problema más urgente de aquel momento era el de la sucesión. La calidad de la monarquía absoluta dependía necesariamente del carácter del soberano. El nuevo rey sólo tenía 5 años de edad.

La regencia y el polisinodismo

La excesiva juventud de Luis XV requería una regencia. La costumbre era que el titular de la misma fuera la persona más cercana en la sucesión al trono. Esto suponía que el poder recaería en Felipe,

Bolsa de Londres, en Lower Thames Street, cuando en 1773 se convirtió en Stock exchange. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, Vista de Londres, *pintura anónima de fines del siglo XVIII. (Civica Raccolta Stampe Bertarelli, Milán.)*

duque de Orléans, un hombre con buen sentido político, pero cuya vida privada mostraba escasa piedad religiosa y una total negligencia respecto a las obligaciones de su rango; vivía rodeado de mujeres y amigos, que pasaban su existencia en una desenfrenada orgía en el entonces de moda submundo parisino.

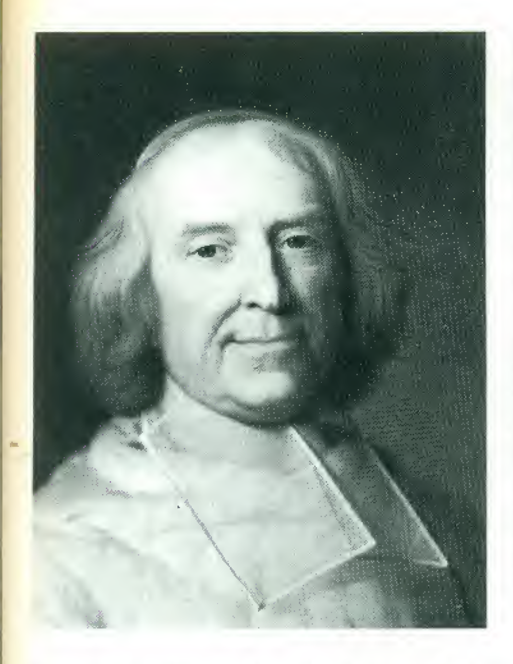
El viejo rey detestaba a Felipe, por lo que en su testamento procuró reducir al regente a un papel casi nulo. El poder real debía recaer sobre un consejo formado por los bastardos reales: los hijos de Luis y de la marquesa de Montespan. Pero la nobleza, molesta con el absolutismo monárquico, vio en Felipe a su defensor y le ayudó a librarse del lastre impuesto por Luis XIV. Decidieron reforzar los Parlamentos como depositarios de la Constitución francesa. Estas instituciones actuaban básicamente como tribunales de justicia aristocráticos (no se deben confundir con la acepción actual de este término, pues los Estados Generales eran los equivalentes a los modernos parlamentos), y habían mantenido intacta su autoridad bajo el Rey Sol, pero no la ejercieron de una forma efectiva, por lo que creían que había llegado su hora. El testamento del monarca fue anulado rápida y decididamente.

Felipe realizó cambios. La corte se trasladó de Versalles a París, donde los nobles estarían más cómodos y el regente más libre para disfrutar de sus placeres. Luego, impulsó una profunda reforma administrativa. La nobleza, que había colocado a Felipe en el poder, esperaba que desmantelase la estructura del absolutismo monárquico. La respuesta del regente fue la creación del polisinodismo. En vez del viejo sistema, según el cual todos los asuntos eran dirigidos por el rey a través de sus secretarios, se organizó una administración consistente en seis consejos, ocupados mayoritariamente por nobles. Pero las bases del gobierno real, creadas por Luis XIV, no serían fácilmente relegadas. Después de una generación en que sólo se les permitió dedicarse a la guerra, la dirección de sus propios patrimonios y las intrigas en Versalles, los nobles estaban incapacitados para cualquier otra cosa. De hecho, no sabían gobernar, por lo que el aparato del Estado se paralizó. El polisinodismo fue un fracaso, tal como se intuyó desde sus comienzos. Cuando en 1718 fue abolido, nadie lo lamentó.

Sin embargo, alguien tenía que gobernar. Era evidente que el regente, preocupado como estaba por el sexo, el vino y la «naturaleza del Universo», era un hombre demasiado ocupado, aunque Felipe dominaba los problemas de su país y poseía una mente liberada de los modos de pensar ortodoxos. Cuando un joven aventurero escocés, que encontró en una de sus escapadas nocturnas, anunció que podía curar los males de Francia, el regente le prestó atención.



Retrospectivamente, la carrera de John Law parece un error, pues se inició en un garito y de allí pasó a dirigir la economía francesa. Luego huiría a Londres, dejando tras de sí un desastre. Sin embargo, Law tenía cierta idea de los problemas del momento. Comprendió que la verdadera riqueza nacional dependía de la población y la producción. El dinero no debía ser un fin, sino simplemente un medio de cambio para promocionar el comercio. Francia, sin facilidades adecuadas de crédito, podía ser superada por estados inferiores. Su solución era crear un Banco Real que podría utilizar el crédito del monarca para imprimir papel moneda, el cual sería utili-



zado para financiar la explotación y el desarrollo de los indiscutibles recursos del país.

Felipe estuvo de acuerdo con tales ideas y animó a Law, autorizándole a crear una banca privada. Un año después, Law obtuvo el control de la lánguida Compañía del Mississippi, monopolizadora del comercio de Luisiana, y la reconvirtió en la Compañía del Occidente, transformando su banco en el «Banco Real» y absorbiendo su Compañía a todas aquellas que tenían relaciones mercantiles con las Indias Orientales, África y China. Los economistas ortodoxos se sintieron horrorizados, y se opusieron. Cuando el Secretario de Finanzas, que era el encargado de recaudar todos los impuestos indirectos del país, le atacó, Law ascendió aún más. De hecho llegó a controlar toda la economía de Francia.

Law ideó entonces el programa para una reforma. Se organizaría un sistema unificado de imposiciones directas e indirectas. Se aboliría todo tipo de cargo inútil, se adelantarían capitales a los industriales y se iniciaría un gran proyecto de obras públicas. La innovación más importante era la aplicación de un nuevo impuesto que deberían pagar todas las clases sociales del país, incluidos el clero y la nobleza.

Pero la base del prestigio de Law era muy inestable, y la naturaleza especulativa de su Compañía del Occidente —rebautizada como Compañía de las Indias en 1719— sería fatal para su programa de reformas. La mayor parte de su éxito se debió al fantástico auge de las acciones de esta empresa. De hecho, ésta tenía fuerza, dando trabajo aproximadamente a toda una generación, y pagando las acciones de forma muy generosa. Sin embargo, los agentes norteamericanos de Law elaboraron una exagerada propaganda de Luisiana, descrita como la «tierra del oro». Las acciones empezaron a subir vertiginosamente. A mediados de 1719, hubo tales escenas de salvajismo en la calle de Quincampoix, en París, que la policía tuvo que despejar la vía pública para evitar una matanza entre los que querían comprar acciones, que subieron hasta cuarenta veces su valor real. Esta falsa situación no podía continuar, y en 1720 empezó a producirse el pánico. Law intentó afrontarlo por medio de una deflación controlada, pero ahora sus enemigos se le enfrentaron. El Parlamento de París se negó a registrar el edicto que recortaba el valor de los vales en circulación, y el «imperio de papel moneda» de Law se derrumbó. Él mismo tuvo que huir del país.

El cardenal Fleury y el Antiguo Régimen

Felipe de Orléans murió en 1723. Su sucesor, el más próximo por lazos de sangre, fue el inepto duque de Borbón. Su única acción importante fue en el ámbito de los matrimonios reales. Decidió que lo mejor sería casar pronto al joven Luis XV, para que tuviese un heredero cuanto antes. Por ello, su prometida, una infanta española de 25 años de edad, fue devuelta a su país, con la consiguiente cólera de la corte de Madrid. Luis fue casado con María Leszczynski, una hija del ex rey de Polonia, Estanislao I.

Poco después, el duque de Borbón intentó destituir a un rival potencial, André Fleury, obispo de Fréjus y tutor del rey. El incidente indujo al soberano, entonces con 16 años, a deshacerse del regente, haciendo de Fleury el virtual gobernador de Francia.

Cuando Fleury, poco después de convertirse en cardenal, asumió las riendas del gobierno, prácticamente nadie, excepto el depuesto duque de Borbón, se molestó. Después de todo, el nuevo ministro era un hombre bondadoso e inofensivo, que a la edad de 73 años no parecía destinado a presidir las arduas tareas del gobierno durante mucho tiempo. Sin embargo, mostró poseer grandes reservas de energía, determinación y dotes políticas, gobernando el país durante trece años. De carácter muy conservador, Fleury no se sentía dispuesto a emprender ninguno de los cambios revolucionarios necesarios para reedificar la enfermiza estructura del Estado, pero practicó una administración honesta en el interior y fomentó la paz en el exterior, logrando al menos retrasar la crisis final.

Izquierda, el cardenal Fleury (1653-1743). Tutor de Luis XV, fue partidario de rehacer la economía francesa mediante el recurso tradicional de aumentar los impuestos.

Página anterior, John Law (1671-1729), economista y financiero escocés que vivió en Francia, donde fundó la Banque Générale y la Compañía de Indias. Provocó una clamorosa bancarrota y tuvo que huir de Francia en 1720. Grabado contemporáneo.

En primer lugar, creó un sólido equipo de colaboradores: nombró canciller a D'Aguesseau, que continuó la vasta obra de codificación legal; Maurepas renovó la marina, y D'Angervilliers demostró su gran aptitud como Secretario de Estado para la Guerra desde 1728 hasta 1740; Orry fue un ortodoxo y eficaz Controlador General entre 1730 y 1746. Debido a este período de estabilidad en la dirección de los departamentos ministeriales y a la capacidad de los hombres que los dirigían, la administración vivió un período de relativa prosperidad.

Debido al precario estado de las finanzas francesas, la condición indispensable para el éxito de la política de Fleury era mantener la paz. Tuvo suerte, ya que su larga estancia en el cargo coincidió con el gobierno del igualmente pacífico Robert Walpole en Inglaterra. Con respecto al resto de Europa, realizó una hábil diplomacia. Sin embargo, Fleury no tuvo siempre el camino llano, ni siquiera dentro de la propia Francia. En el interior, su mayor obstáculo fue la vieja aristocracia, y el cardenal fue siempre despreciado por el partido belicista aglutinado alrededor de Chauvelin. Temporalmente, las esperanzas del padre de la reina, de volver a ocupar el trono de su país, permitieron a Chauvelin conducir a Francia a la guerra por la disputa de su sucesión polaca en 1733.

Incluso entonces, Fleury procuró mantener las campañas en sus niveles mínimos, asegurándose algunos triunfos diplomáticos, a la espera de un error de Chauvelin, quien cayó en desgracia en 1737 y fue destituido. Cuando Fleury murió, a la edad de 90 años, en 1743, Francia afrontaba la costosa Guerra de Sucesión de Austria.



Madame de Pompadour

El cardenal Fleury no sería sustituido. Como Luis XIV a la desaparición de Mazarino, Luis XV decidió ser su propio primer ministro una vez que su viejo tutor había abandonado la escena. Sin embargo, a diferencia de Luis XIV, el nuevo rey no tenía cualidades para este papel. El monarca era bastante inteligente, pero tenía una inseguridad en sí mismo realmente patológica, y consecuentemente pocas veces ejerció el poder. El resultado fue que, cuando se reunían los consejos, los secretarios de Estado y los jefes de los departamentos, todos defendían sus propios puntos de vista, y el rey los oía en silencio; se cerraban las reuniones, y los diferentes administradores de la nación debían seguir luchando lo mejor que podían contra todos los problemas que se presentaban, pero sin ningún tipo de coordinación.

Tal vez, fue la conciencia de su propia incapacidad de gobernar lo que condujo a Luis XV a comportarse sin ningún tipo de contención y de modo compulsivo en sus dos principales pasatiempos, la caza y las mujeres. Año tras año, gran número de animales muertos llenaban las despensas reales, y una larga procesión de amantes paseó por las habitaciones regias. Muchas de éstas eran conquistas rápidas y fáciles, cuyo tiempo de favor real podía durar desde unas pocas noches hasta algunas semanas, hasta que en 1744 apareció una mujer de diferente calibre. Jeanne Antoinette Poissou era hija de un sirviente de una de las grandes casas de banqueros de Francia, y estaba casada con el sobrino de un ministro de Agricultura. Entendía muy bien los misterios de las altas finanzas, así como de otros asuntos de Estado. En septiembre de 1745 fue reconocida como amante del rey y se le concedió el título de marquesa de Pompadour. Entonces sucedió un hecho. Luis XV y la marquesa se hicieron, más que amantes, amigos íntimos. Durante un cuarto de siglo madame de Pompadour dirigió, como favorita titular, la sociedad cortesana de Francia.

Con ella se asocia la elegancia de la época. Ejércitos de artistas, joyeros, orfebres, encuadernadores, maestros de la porcelana, los muebles y la tapicería, trabajaron para complacer los deseos de la gran favorita del soberano. Se construyeron edificios magníficamente decorados, y los músicos y artistas fueron protegidos. Se ha creído que fueron estas extravagancias las que arruinaron las finanzas francesas y precipitaron la Revolución. Esto es cierto en parte, pues aquella lujosa corte no constituía precisamente un espectáculo edificante en un momento en que el hambre mataba a los campesinos. Sin embargo, el país era aún lo bastante rico para soportar aquella pesada carga económica.



Izquierda, un fragmento de Vista de París *(1786), obra de N. de l'Espinasse. (Musée Carnavalet, París.)*

Página anterior, la marquesa de Pompadour (1721-1764), favorita de Luis XV, por François Boucher. (National Gallery of Scotland, Edimburgo.)

Riqueza e impuestos

La historia de Francia durante el siglo XVIII no es la de una decadencia continua. La población se incrementó a mediados de siglo alcanzando los 22 millones, y uno de cada cinco europeos era francés. Por otra parte la riqueza, en especial la comercial, estaba en alza. Las guerras de Luis XIV resultaron ser destructivas para las actividades mercantiles ultramarinas, pero el período de paz posterior a 1715 y la estabilización de la moneda realizada por Fleury en 1726 hicieron posible el relanzamiento. La eficaz diplomacia practicada con el Imperio otomano comportó un gran auge del comercio con Oriente. Al mismo tiempo, las tradicionales exportaciones de vino y coñac de Burdeos a Europa se mantuvieron.

Sin embargo, la más importante expansión comercial se dio en el comercio colonial. Aunque las enormes áreas de Canadá y Luisiana no eran económicamente muy rentables, y las relaciones mercantiles con la India producían ganancias modestas, Francia había descubierto una fuente de riqueza en las Indias Occidentales. Sus islas azucareras –Martinica, Guadalupe y Santo Domingo– y el comercio de esclavos exigieron el empleo de más de 500 buques al año. La creciente prosperidad de los puertos de Marsella, Dunquerque, El Havre y Nantes, testimonian la opulencia del comercio ultramarino.

Ciertamente, la riqueza afluía a Francia; pero, ¿cómo se la utilizaba? Gran parte iba a parar a manos de banqueros y financieros, quienes obtenían grandes beneficios prestando dinero al rey para sus guerras. El panorama industrial y agrícola era pésimo. La creciente presión demográfica exigía reformas en ambos sectores de la producción, pero no se realizaron. El hecho de que la revolución industrial se iniciara en Inglaterra durante el siglo XVIII, y no en Francia, no es debido a que los británicos tuviesen más inventiva, sino más bien al hecho de que los primeros estaban dispuestos a capitalizar los inventos. En 1789 había cerca de veinte mil *spinning jenny* (hiladoras de algodón) en Inglaterra, y menos de mil en Francia. La industria de este país mejoró durante el transcurso del siglo, pero de una forma muy modesta, frenada por las reglamentaciones de los gremios y el control estatal. Además, había todo un sistema de cuantiosas trabas para el comercio interno: peajes, aduanas e impuestos. Este tipo de organización daba como resultado la existencia de un verdadero ejército de contrabandistas, y otro de funcionarios que vigilaban a los primeros. A pesar de los intentos para cambiar la situación, siempre se chocaba con un muro de intereses creados.

El abuso más evidente en la vieja Francia era el sistema de tasación. Luis XIV había creado un Estado centralizado



desde el punto de vista administrativo, pero dirigido por una burocracia de tipo medieval. El principal impuesto en Francia era la *taille*, una reliquia de la época feudal que se impuso a quienes no prestaban servicios militares. La suma que debía recaudarse cada año era determinada por el Consejo de Finanzas. La *taille* y algunos gravámenes más fueron sustituidos por un vasto y complejo sistema de tributación indirecta, encargándose de su recaudación el Arrendador General. La nobleza estaba exenta de los impuestos directos, y el clero, inmensamente rico, también. Las tasas tampoco se recaudaban de modo equitativo. Mucha gente podía asegurarse la exención. Las clases más pobres e indefensas del país habían de cargar con la mayor parte del peso impositivo.

Con este sistema peligraba la estructura de la sociedad francesa. Sin embargo, había una sorprendente tranquilidad en todo el reino. El campesinado, numeroso y poco articulado, causaba muy pocas molestias. La burguesía era más poderosa, y por ello, también más peligrosa para el orden establecido, aunque por naturaleza no era propensa a revoluciones violentas. Las clases trabajadoras parece que contaban muy poco. Si el gobierno francés hubiese podido sortear las crisis financieras, el Antiguo Régimen tal vez no hubiese acabado en un holocausto. Pero para ello el gobierno debiera haber reformado el sistema de tasación y evitado a toda costa la participación en guerras. Sin embargo, ambas soluciones perjudicaban a la nobleza. Los aristócratas estaban más ansiosos de guerras que nunca, y poco dispuestos a ceder sus privilegios, que incluían la importante exención de impuestos. Así, señalaron el camino de su propia destrucción.

En la época del gobierno de Fleury, el Controlador General de Finanzas era Orry. Éste consiguió que la economía funcionase, pero la Guerra de Sucesión de Austria resultó un esfuerzo demasiado grande, y la crisis de diciembre de 1745 motivó su destitución. El hombre elegido para sustituirle fue Machault D'Arnouville, el antiguo intendente de Valenciennes. La presencia de este honesto administrador en la alegre corte de Luis XV demostraba que el rey sabía al menos elegir a sus colaboradores. Trabajando con gran energía, Machault logró financiar la guerra, pero no contento con esto, al proclamarse la paz, empezó a investigar las raíces de los problemas de Francia. En 1749 dio su solución: la *vingtième*, un impuesto que gravaba con un valor de la vigésima parte a todas las rentas sin excepción. Paralelamente empezó a organizar un nuevo equipo administrativo, necesario para la recaudación de la nueva tasa. Las fuerzas de la reacción no tardaron en demostrar su hostilidad.

Los Parlamentos y los Estados Provinciales comenzaron por rechazar el registro del edicto de tasación. Sin embargo, el rey les obligó a aceptarlo. Entonces, el alto clero asumió la dirección de la oposición. La campaña que promovió fue tan poderosa que el propio monarca empezó a dudar. En su corte, el partido católico, que incluía a las propias hijas del soberano, fomentó las quejas de la Iglesia. Incluso madame de Pompadour dio su apoyo a Machault, pero al final triunfaron los obispos. En diciembre de 1751, Machault abandonó, y se perdió toda esperanza de reforma.

Los jansenistas y los Parlamentos

Fue también durante la década de 1740 cuando surgió otro grave problema. Empezó como una disputa religiosa entre los jesuitas y los jansenistas, y se transformó en un conflicto político entre los Parlamentos y el rey. A mediados de siglo, el jansenismo, tal como había existido hacía cincuenta años, estaba casi totalmente extinguido, pero aún se utilizaba su nombre para designar a quienes defendían los derechos del galicanismo de la Iglesia francesa frente a la autoridad papal de Roma. En contra de éstos, estaban los jesuitas y el cortesano partido católico, que incluía a la reina. En 1713, el papa publicó su famosa bula *Unigenitus* condenando el jansenismo, y en 1746 el nuevo arzobispo de París, Beaumont, amenazó con la excomunión a los que se negasen a aceptar la bula. Los Parlamentos pusieron objeciones. Estos tribunales de justicia también tenían amplios poderes policiales, religiosos, comerciales, industriales y morales. El más importante de ellos era el de París, con una jurisdicción que abarcaba la tercera parte del país. Los miembros de los Parlamentos franceses eran unos dos mil. Originalmente, eran abogados de la burguesía, requiriéndose para ocupar el cargo una posición económica estable. De todos modos, en el siglo XVIII eran un bastión de la reacción nobiliaria. De hecho, eran más conservadores que el mismo rey, y sólo deseaban sustituir el poder del monarca por el suyo propio. La opinión pública no sentía simpatía ni por los jesuitas ni por el partido católico, por lo que los Parlamentarios al erigirse como defensores del galicanismo, esperaban obtener el apoyo popular.

Cuando el arzobispo de París adoptó su decisión acerca de la bula *Unigenitus*, el

Página anterior, Luis XV de Francia (1710-1774), por Jean-Baptiste van Loo. (Versalles.)

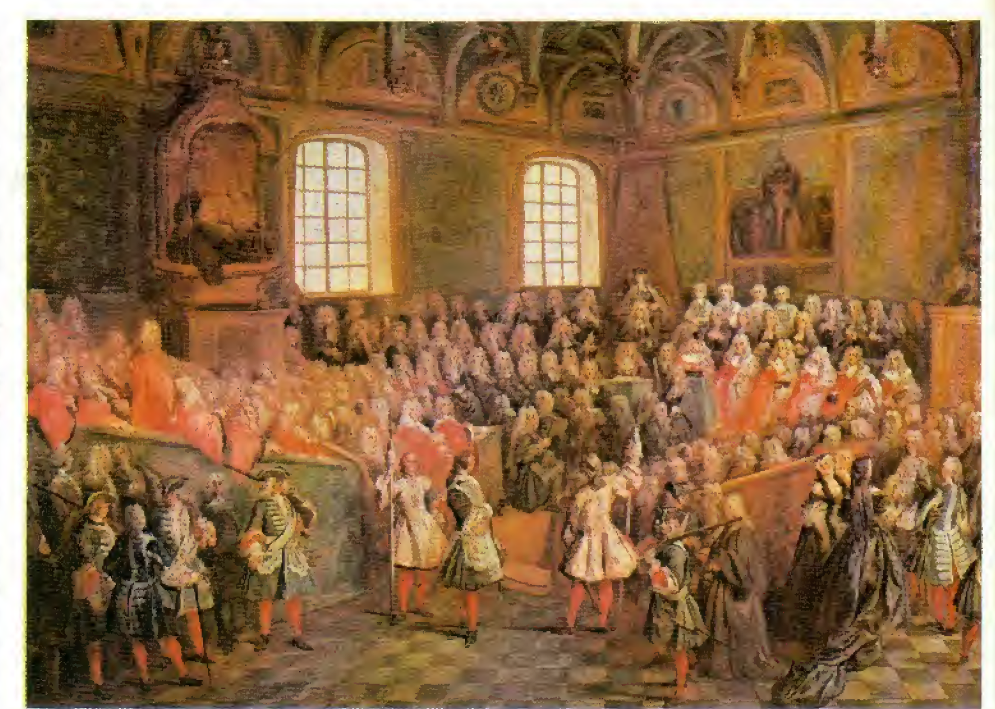
Parlamento de París amenazó con encarcelar a los sacerdotes que rechazasen conceder la confesión o dar los últimos sacramentos. Cuando éstos le fueron negados a una anciana monja, los Parlamentos amenazaron con levantar un proceso contra el arzobispo. En la corte, la Pompadour apoyaba a los jansenistas, pero Luis XV estaba más influenciado por los obispos y por el partido católico.

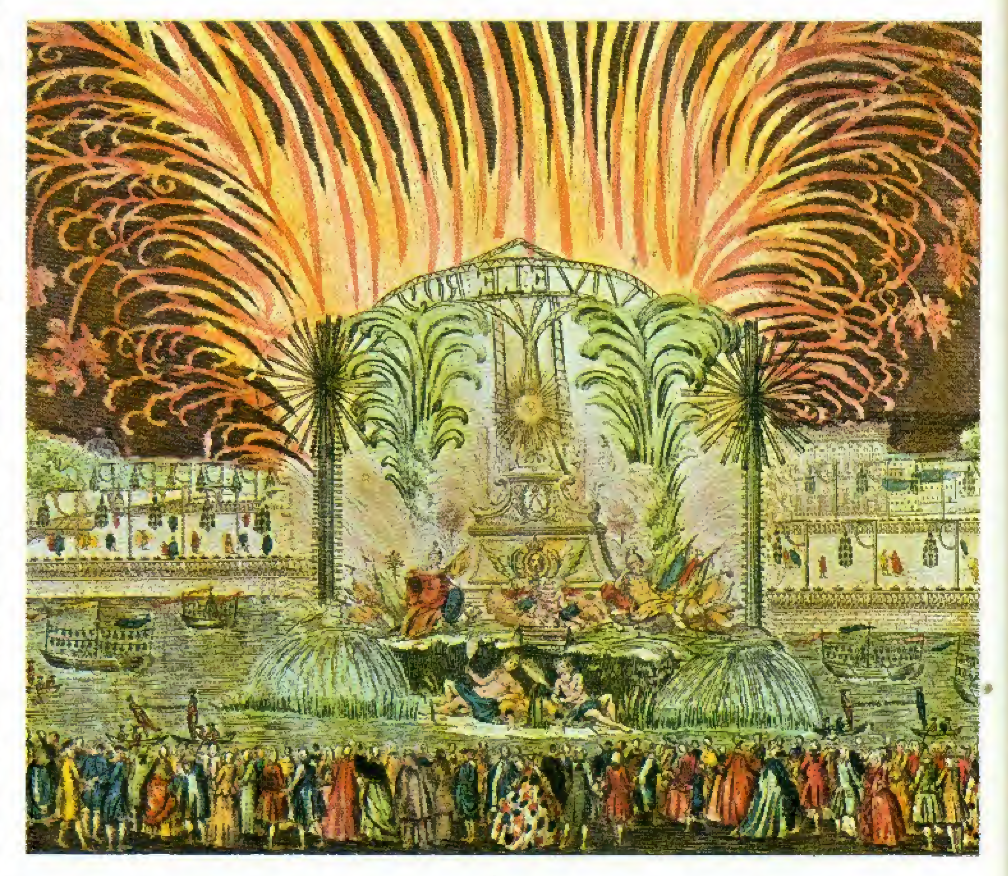
El rey ordenó al Parlamento de París que cesara en sus ataques contra el arzobispo, que sin embargo contestó con la redacción de las *Grandes Remostrances* del 9 de abril de 1753. Se trataba de un derecho tradicional que tenían dichas instituciones judiciales, pero que normalmente entregaban al monarca en privado. En este caso se imprimieron, y se vendieron veinte mil copias. Los Parlamentos no sólo decían ser los protectores de galicanos y jansenistas, sino que también discutían el poder absoluto del soberano, utilizando a veces argumentos de Montesquieu o Locke. Pidieron que el rey fuese un monarca constitucional, limitado por las leyes fundamentales del reino, de las que los Parlamentos eran la salvaguardia. Pronto aparecieron carteles que decían: «¡Larga vida a los Parlamentos! ¡Muerte al rey y a los obispos!»

Luis XV no supo que hacer. Confundido por multitud de consejos, siguió un rumbo vacilante. En mayo de 1753 desterró a los miembros del Parlamento de París, pero un año después se vio obligado a hacerlos regresar. La opinión pública se agitaba cada vez más. El conflicto continuó durante los años siguientes, pero se produjo una tregua en 1757, a raíz de un atentado contra la vida del rey que indujo a ambas partes a moderarse.

El prestigio del soberano, despreciado desde su batalla con los Parlamentos, aún descendería más. En la Guerra de los Siete Años, una larga serie de derrotas infligidas por los ingleses y prusianos situaron la reputación de la corona en su punto más bajo. El país necesitaba un salvador, y madame de Pompadour pensó que lo podía encontrar. En 1758 un amigo suyo, entonces embajador en Viena, fue llamado rápidamente a la corte, nombrado duque de Choiseul y convertido en secretario de Estado para Asuntos Exteriores.

El infatigable Choiseul no parecía quizás el hombre adecuado para aquella coyuntura, pero se puso en acción y restableció en cierta medida la autoridad real y el prestigio del país. Poco se podía salvar en la guerra, pero en la Paz de París, Choiseul hizo todo lo posible. Las pérdidas francesas fueron penosas, aunque no tan graves como se había creído. Su diplomacia fue buena, afianzando la alianza





con Austria y consolidando los Pactos de Familia con España. Mejoró el ejército, reduciendo y retirando a muchos oficiales, y dejando el reclutamiento y el equipamiento en manos de funcionarios civiles. La artillería fue integrada dentro de las fuerzas armadas, y se crearon mejores escuelas militares. Durante su mandato, realizó dos importantes adquisiciones territoriales en Europa: en 1768 compró Córcega a la República de Génova y acabó con la rebelión nacionalista de Paoli; dos años antes, en 1766, Lorena había sido incorporada a Francia como consecuencia de la muerte de Estanislao Leszczynski, aunque ello fue un resultado de la anterior política exterior de Fleury.

Choiseul reforzó totalmente los recursos militares de la nación, pero no realizó ninguna acción para reforzar la autoridad real sobre los Parlamentos. Por el contrario, creía en la necesidad de llegar a un

acuerdo con éstos, y obtuvo mayor libertad de acción gracias a sus cordiales relaciones con el de París. Fue durante su mandato cuando estos organismos obtuvieron por fin la victoria sobre sus más odiados enemigos, los jesuitas. En la Martinica, una gran empresa comercial creada por un jesuita fue a la bancarrota. Con una locura verdaderamente heroica, la Compañía de Jesús apeló al Parlamento de París. Esta institución acusó a la orden de ser la responsble de todas las deudas contraídas por aquella empresa, y posteriormente creó una comisión para que examinara e informase de la Compañía de Jesús en general. El resultado fue que dicho organismo judicial acusó a la orden de corrupción, y en 1762 decretó que la congregación de los jesuitas debía ser expulsada, y sus bienes confiscados.

Los Parlamentos y el rey

Con la disolución de la Compañía de Jesús los Parlamentos cobraron mayor fuerza, persistiendo en su obstrucción a cualquier tipo de reforma financiera. El Parlamento de París se enfrentó a varios Controladores Generales, mientras que los de las provincias imitaron su ejemplo con los intendentes reales. En 1763, consiguieron que uno de sus miembros llegase a ser Controlador General.

En esta situación, surgió una controversia acerca de quién tenía el derecho de construir los caminos provinciales. La polémica alcanzó tales proporciones que el líder del Parlamento de Rennes fue arrestado por el gobernador real. En un primer momento todos los Parlamentos se unieron para dar su apoyo al de Rennes, denunciando el acto realizado por la autoridad central, y empezaron a cuestionar la soberanía del monarca. Entonces, con una decisión impropia de él, Luis XV suspendió al Parlamento de Rennes. En 1766, el rey compareció ante el de París, ordenó que no se le relacionase con el destino del de Rennes, y declaró: «No tengo que rendir cuentas a nadie. En mí reside el poder soberano. Sólo de mí dependen mis tribunales y su autoridad».

Debido a que el monarca tomaba partido contra los Parlamentos, la posición del duque de Choiseul se vio comprometida. La pérdida de su protectora, madame de Pompadour, que murió en 1764 a la edad de 40 años, parece que no perjudicó su posición, pero su violenta aversión por la favorita sucesora de ésta, madame du Barry, le perdió. En 1768, un hombre conocido por su hostilidad hacia los poderes de los Parlamentos, Maupeou, fue nombrado canciller. Al año siguiente, un amigo suyo, el abate Terray, se convirtió en Controlador General. En 1770, Choiseul se enfrentó con éste, y perdió. Luis apoyó a Terray, y Choiseul fue destituido y despojado de todos sus cargos.

El poder pasó entonces a manos de Maupeou, Terray, y el nuevo secretario de Estado para los Asuntos Exteriores, D'Aguillon. Maupeou procuró astutamente provocar al Parlamento de París, para enfrentarlo abiertamente contra la autoridad real. Siguiendo el consejo de Maupeou, el rey legisló contra los magistrados, que fueron desterrados a lejanas regiones. Se les privó de todo cargo y privilegio, sin ningún tipo de compensación. Se dividió

INGLATERRA Y FRANCIA HASTA LA MUERTE DE LUIS XV DE FRANCIA

Año	Inglaterra	Francia	Europa
1600	Publicación de los *Principia* de Newton		
	Guillermo III de Orange y María II (1689) reyes		Pedro el Grande asume el gobierno de Rusia (1689)
	Batalla de Boyne (1690)	Francia toma posesión de Niza y Saboya (1696)	Guerra de la Liga de Augsburgo (1697)
	Muerte de María II (1694)		
1700			Muerte del último Habsburgo, Carlos II de España (1700)
	Muerte de Guillermo III		Guerra de Sucesión española (1701)
	Ascensión de Ana al trono (1702)		
	Unión de Inglaterra y Escocia (1707)		Batalla de Blenheim (1704)
	Destitución de Marlborough (1710)		Pedro el Grande derrota a los suecos en Poltava (1709)
	Muerte de la reina Ana y ascensión al trono de Jorge I (1714)	Bula Papal *Unigenitus* (1713)	Tratado de Utrech (1713)
		Muerte de Luis XIV Luis XV rey. Regencia del Duque de Orléans (1715)	
		Primer banco estatal creado por John Law (1716)	
			Tratado de Amsterdam. Rusia, nueva potencia europea (1717)
		Colapso del sistema financiero de Law (1720)	Proclamación del Imperio ruso (1721)
		Muerte de Duque de Orléans (1723)	María Teresa nombrada heredera de los Habsburgo (1723)
1725	Muerte de Jorge I. Le sucede Jorge II (1727)	Reamur: termómetro (1730)	Muerte de Pedro el Grande (1725)
	Fundación de la Sociedad Metodista (1730)		Guerra de Sucesión polaca (1733)
		Establecimiento de la Compañía Francesa de las Indias (1735)	
		Hambre en París (1740)	Federico el Grande, rey (1740)
1750	Muerte de Jorge II. Ascensión de Jorge III (1760)		Inicio de la Guerra de los Siete Años (1756)
		Supresión de los jesuitas (1762)	Catalina la Grande emperatriz rusa (1762)
	Expulsión de John Wilkes de la Cámara de los Comunes (1764)	Compra de Córcega (1768)	Paz de París (1763)
	La máquina de vapor de James Watt (1765)	Nacimiento de Napoleón Bonaparte (1769)	Los jesuitas expulsados de España por Carlos III (1767)
	Hargreaves: máquina de tejer (1767)	Lorena incorporada a Francia; Luis XV anula el Parlamento (1770)	Linneo publica su *Sistema Natural* (1768)
	Primer viaje de Cook (1768)		
	Segundo viaje de Cook (1772)		Primera partición de Polonia (1772)
	Intolerable Acts (1774)	Muerte de Luis XV. Ascensión de Luis XVI (1774)	Revuelta cosaca de Pugachev (1774)

Página anterior, arriba, reunión del Parlamento de París en 1723. La autoridad parlamentaria era en un principio sólo judicial y estaba limitada a una pequeña área de Francia (Louvre, París).

Página anterior, abajo, fuegos artificiales e iluminaciones con motivo de la paz de París y de la inauguración de la estatua de Luis XV, coincidiendo con el final de la Guerra de los Siete Años, el 22 de junio de 1763.

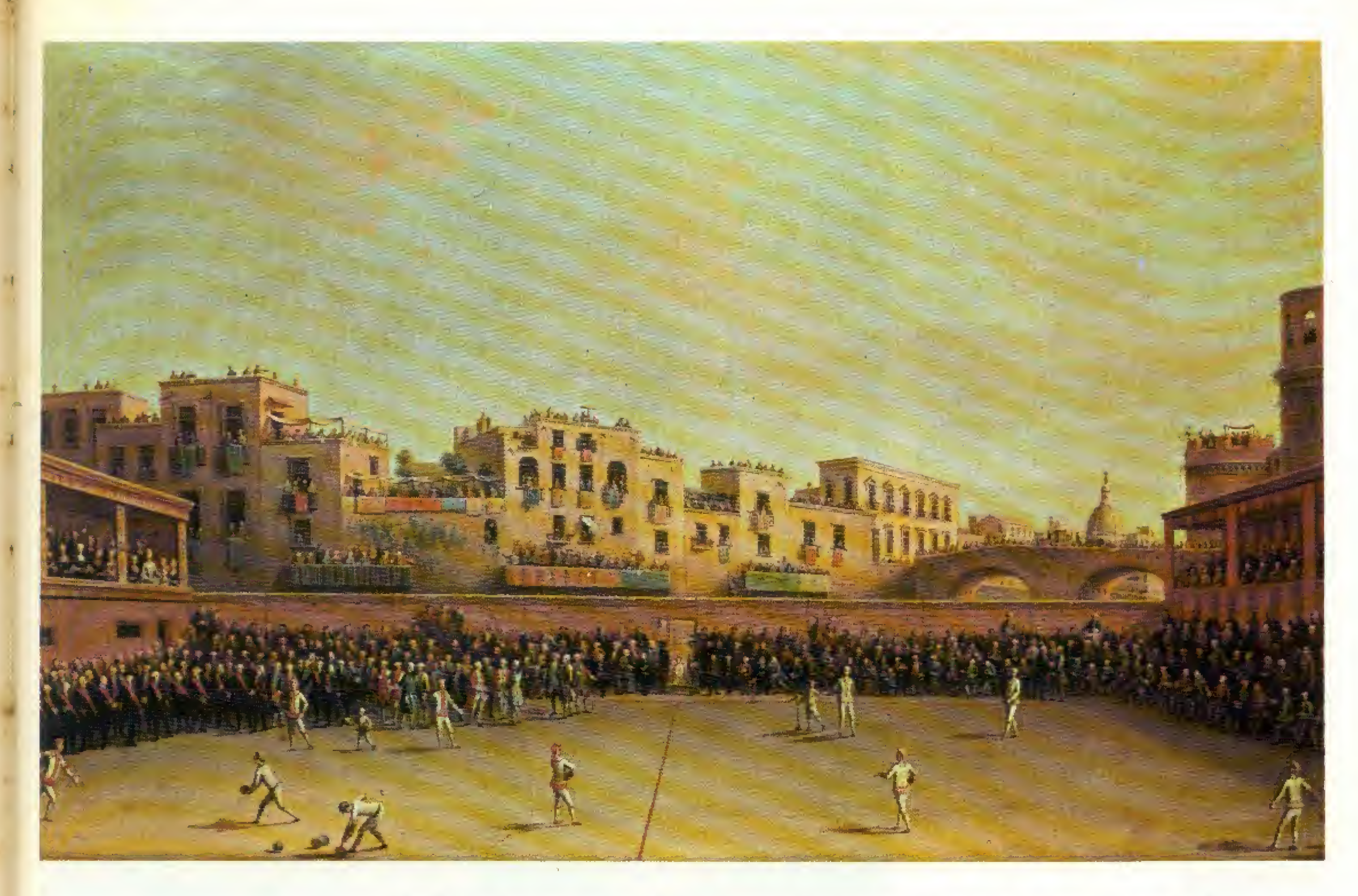


en tres zonas el territorio de su jurisdicción, instituyéndose en cada una de ellas un nuevo tribunal real.

Con aquella rápida acción, parecía que el rey y Maupeou habían conseguido cortar la cabeza del enemigo. Su intervención convirtió al canciller en impopular, pero éste no esperaba recompensa alguna. Después de su victoria, se propuso realizar una reforma fundamental de todo el sistema judicial francés.

La caída de los Parlamentos abrió el camino a Terray para iniciar las reformas financieras. Se puso en marcha el antiguo edicto de Machault, de 1749, sobre la *vingtième.* Al mismo tiempo, Terray allanó muchas de las desigualdades del sistema tributario, llegando a un acuerdo con el Controlador General de Impuestos mediante el aumento del interés de las tasaciones indirectas. Se pusieron en marcha fuerzas que en pocos años hubiesen podido acabar con la mayoría de los defectos del Antiguo Régimen, pero no sucedió así. En abril de 1774, Luis XV enfermó de escarlatina, muriendo un mes más tarde.

El fallecimiento del monarca no supuso el fin de los intentos de reforma. Sin embargo, bajo su sucesor, un hombre de mejores cualidades morales, pero débil, la aristocracia y los Parlamentos pudieron resistir, volver a recuperar su posición e impedir toda reforma. Los esfuerzos de Choiseul brindaron a Francia una oportunidad para la victoria en una nueva guerra contra Inglaterra, aunque al intentarlo, la monarquía francesa lo perdió todo. Una vez más las arcas reales estaban exhaustas, y en este momento ya no había ninguna otra solución que convocar los Estados Generales, una reliquia que no se había reunido desde 1614. Con ello, el monarca y la aristocracia resucitaban una fuerza que acabaría por destruirles.



El juego de pelota con brazal en Nápoles, *pintura anónima del siglo XVIII. (Museo Nazionale di S. Martino, Nápoles).*

Página anterior, La sobremesa cortesana *(1737), cuadro de Jean François de Troy. La nobleza francesa se preocupaba más por sus placeres que del bienestar del pueblo. (Musée Condé, Chantilly.)*

El Mediterráneo occidental

Los tratados que acabaron con la Guerra de Sucesión española transformaron la situación del Mediterráneo occidental en dos importantes aspectos: España perdió su hegemonía en Italia en favor de los Habsburgo austríacos, e Inglaterra se convirtió en una potencia mediterránea gracias a sus anexiones de Gibraltar y Menorca. El restablecimiento parcial de la influencia española en Italia (1715-1748) señaló el fin de la inestabilidad territorial, pues fue seguido por una serie de alianzas entre las grandes potencias del Mediterráneo. La guerra naval de Gran Bretaña contra Francia y España continuó durante este período, pero sus efectos sobre los países ribereños fueron mínimos.

La estabilidad supuso una oportunidad para las reformas, apareciendo algunos déspotas más o menos ilustrados. Éstos tuvieron que combatir contra dificultades peculiares: la fragmentación de la península Itálica en numerosos pequeños estados; el regionalismo de Italia y España, de origen geográfico e histórico; el poder y privilegios del clero en los países mediterráneos, tradicionalmente muy devotos, y la inercia psicológica y económica existente entre los españoles y los portugueses, a raíz de su pasada grandeza derivada de la larga dependencia del oro y de la plata de las colonias americanas.

Italia era casi un «paraíso turístico». Se podía gozar de los placeres de Venecia y de los esplendores de Roma, en un clima cálido, pudiendo los visitantes más exigentes disfrutar de los tesoros artísticos que abundaban en la península. Aún se podían contemplar los restos de la Roma antigua, o viajar a las recientemente excavadas ruinas de Pompeya y Herculano.

Lo que para los turistas era pintoresco, para los italianos inteligentes eran nimiedades. Las diferencias entre ricos y pobres eran allí mayores que en ningún otro país de Europa. El crimen y la violencia eran endémicos, y la aplicación de la ley, corrupta y arbitraria. La fragmentación económica, los privilegios del clero y el dominio de la nobleza feudal en el sur se sumaban a la presión de una población creciente, que vivía de los recursos basados en una agricultura atrasada.

Los estados gobernados por los propios italianos no se enfrentaron a estos males. Venecia se mantenía gracias a su antigua grandeza comercial, y en aquel momento, como ciudad turística. Sus transacciones mercantiles estaban en decadencia, su flota también, y la mítica estabilidad de su constitución política había prácticamente desaparecido. Génova, al igual que Venecia, practicaba la neutralidad como único medio para sobrevivir; sus tropas demostraron su ineficacia al no poder controlar la rebelión de la salvaje y primitiva Córcega, vendida a los franceses en 1768. El reino de Piamonte-Cerdeña, que ya no podía aprovecharse de las disputas entre Francia, España y Austria, dejó de expandirse, manteniéndose dominado por una nobleza feudal gobernada por reyes en ocasiones despóticos. Los Estados Pontificios estaban aún peor gobernados. Se introdujeron algunas reformas en el siglo XVIII, pero los papas apenas se preocupaban por los privilegios del clero. Sólo en los principados vinculados a potencias extranjeras hubo intentos para acabar con los males de Italia.



Los Habsburgo y los Borbones

Los Habsburgo, en el norte, fueron los más eficientes. María Teresa y José convirtieron a Lombardía (tal como entonces empezó a denominarse al ducado de Milán) en la región más próspera de Italia, en parte gracias a las reformas económicas, que culminaron con la aplicación de un impuesto fijo sobre la tierra, implantado en 1757. Muchas de las innovaciones introducidas en Austria y Bohemia fueron aplicadas posteriormente a Lombardía, incluyendo la reducción y regulación de las obligaciones feudales, la supresión de los monasterios y la derogación parcial de la exención de impuestos del clero.

Con el gran duque Leopoldo (posteriormente Leopoldo II de Austria), Toscana tuvo tal vez el gobernante más ilustrado de la época. Durante sus veinticinco años de reinado (1765-1790), Leopoldo reformó el sistema penitenciario, abolió la pena de muerte, introdujo impuestos igualitarios, abolió los gremios, y aunque sin éxito total, luchó por disminuir los privilegios religiosos. Licenció al ejército, y la marina toscana (dos barcos) fue vendida a Rusia. Pero el logro más importante de Leopoldo fue abolir las trabas que limitaban la libertad de comercio, tanto interior como exterior, incluyendo los peajes y las barreras aduaneras supervivientes de la época de las ciudades-estado italianas.

Nápoles y Sicilia tenían problemas más complejos. El sur de Italia era pobre y estéril, y estaba siempre afectado por la malaria. Había grandes extensiones de terreno sin cultivar; la mayor parte de la tierra estaba controlada por la nobleza, la Iglesia y el rey. La aristocracia, apoyada por partidarios armados, vivía en un estado de semi independencia feudal, ejerciendo el control sobre la vida o la muerte de los campesinos. La Iglesia era igualmente rica, y como los nobles, estaba exenta de la mayoría de los impuestos.

El Despotismo Ilustrado no estaba preparado para resolver unos problemas de tal magnitud, que aún hoy siguen sin resolver. Con Isabel de Farnesio, su hijo Carlos, y el ministro Tanucci (desde 1759), se remediaron algunos abusos religiosos, se redujeron las obligaciones feudales, se limitó el número de personas al servicio de la nobleza y se intentó mantener a raya a la aristocracia. La lucha por el control de la Iglesia asumió un aspecto antipapal con la expulsión de los jesuitas (1767) y la negativa de Tanucci a reconocer la vaga soberanía de la Santa Sede sobre Nápoles. Tales medidas supusieron el comienzo de lo que hubiera sido una reforma admirable, pero se quedó en comienzo. A Nápoles se le negó durante muchas generaciones un gobierno firme e ilustrado, que sólo hubiese podido proporcionarle prosperidad.

El Papado

En el siglo XVIII el Papado no ejercía ya una gran influencia en los asuntos internacionales, a pesar de que sin la ayuda de Inocencio XI Austria no hubiera podido expulsar a los turcos de Viena. Durante este siglo aquel predominio desapareció, así como las disputas político-religiosas que generaba. Ahora, el papa era un príncipe insignificante, sin ejército, y cuyo territorio podía ser violado con total impunidad.

La Iglesia —y el poder papal sobre ésta— era objeto de una creciente hostilidad por parte de los monarcas católicos. el Papado estaba a la defensiva. Los nuevos concordatos con las potencias católicas aumentaron los derechos de los estados en los nombramientos de dignidades eclesiásticas y en la tributación; los reyes disolvían monasterios y prohibían la publicación, sin licencia, de los edictos papales. Los Habsburgo y los Borbones llevaron esta guerra contra la Iglesia al interior de la propia Italia.

El anticlericalismo católico no era nuevo, ni tampoco el enfrentamiento entre Iglesia y Estado. Pero ahora entraba en una nueva fase de mayor intensidad, con el desarrollo del poder del Estado burocrático y las crecientes necesidades económicas del mismo. Esto fue agudizado por el laicismo de la Ilustración, que tendía a ver en la Iglesia, y sobre todo en los jesuitas, a los organizadores de una conspiración internacional. Para la Compañía de Jesús, esto supuso su extinción temporal: sus miembros fueron expulsados de Portugal (1759), Francia (1764), España, Nápoles y Parma (1767). Por último, cuando los Borbones se unieron, obligaron al papa a ordenar su disolución (1773). Este conflicto, como muchos otros, fue diluido por la Revolución fran-



Arriba, retrato de Felipe V (1683-1746), primer rey de la dinastía borbónica en España. Pintura de Jean Ranc. (Prado, Madrid.)

Izquierda, uno de los retratos ecuestres de Carlos II (1665-1700) que realizó Luca Giordano. (Prado, Madrid).

Página anterior, Carlos de Borbón visita al papa Benedicto XIV. (Palazzo di Capodimonte, Nápoles).

cesa, que unió a la Iglesia y la Monarquía contra el enemigo común.

El resurgimiento de España

Durante el siglo XVII, España agotó imprudentemente los recursos de su poderoso Imperio en el intento de dominar Europa y extirpar el protestantismo. El resultado de tal esfuerzo fue un país escaso de mano de obra, una economía trastornada por la expulsión de los judíos y los moriscos, y por las cantidades de oro y plata que entraban a raudales provenientes de América. Sociológicamente, España era una sociedad piadosa, con un gran número de hidalgos —castellanos, leoneses, extremeños—, que consideraban deshonrosos la mayoría de los trabajos, lo cual comportaba una serie de corrupciones, cargos honoríficos inútiles y anticuadas instituciones y reglamentaciones. La decadencia del poderío y prestigio españoles, claramente visible durante el siglo XVII, alcanzó su punto más bajo con el último Habsburgo, el degenerado Carlos II, llamado «el Hechizado» (1665-1700), y la subsiguiente Guerra de Sucesión de España. Al final de esta contienda, la dinastía de los Borbones (en la persona de Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia) ocupó el trono. Pero el país había perdido todas sus posesiones europeas.

El desastre fue menor de lo que se temía. España ya no sobrecargaría sus intereses intentando defender los Países Bajos, Milán y Nápoles, y la administración borbónica desplegó un programa de reformas, que según los esquemas hispánicos fue muy destacable. Ello se debió más que a Felipe V, a su esposa Isabel de Farnesio, que dirigió la política española hasta la muerte de su marido en el año 1746.



Isabel era la segunda mujer de Felipe V, por lo que sus hijos no tenían derecho de sucesión al trono. Así, ella decidió labrarles una posición en Italia. Tras varios años de actividad, consiguió hacer a Carlos duque de Parma, y más tarde rey de Nápoles, pasando entonces el primero de estos dominios a su segundo hijo Felipe. El triunfo fue más dinástico que nacional, ya que estas adquisiciones no estaban bajo la soberanía española. De todos modos, el prestigio de la monarquía española se había recuperado de forma evidente y prodigiosa.

Cuando Felipe V llegó a España para luchar por la corona (1701), trajo con él a expertos políticos franceses que remediaron algunos de los abusos más obvios. Sus reformas desempeñaron un papel muy importante en su victoria en la Guerra de Sucesión de España. Las transformaciones continuaron con Isabel por los mismos motivos: una política exterior ambiciosa requería la mejora de los ingresos y un ejército y marina eficaces. Los cambios económicos y fiscales no fueron muy lejos; la táctica fue invertir energía y eficiencia para explotar los recursos naturales del país, pero no hubo cambios estructurales.

A la muerte de Fernando VI (1746-1759), Isabel consiguió finalmente que uno de sus hijos pudiera acceder al trono. Carlos III (1759-1788) fue un gobernante competente y serio; cuando llegó para ceñirse la corona de España, ya tenía veinticinco años de experiencia como monarca de Nápoles.

La mayor parte de sus reformas siguieron el modelo, ya familiar, del reforzamiento del control ministerial y burocrático, asegurando una eficaz recaudación de impuestos. Se organizó el Imperio español en América y se estimuló su comercio. Con respecto a España, el tráfico colonial dejó de ser monopolio de Cádiz y Sevilla, abriéndose a todos los puertos peninsulares. Se abolió drásticamente la pesada carga impositiva que gravaba las ventas y paralizaba las transacciones. Se impulsó la industria con la abolición de las restricciones gremiales, y se protegió con tarifas aduaneras; esto dio como resultado que la producción española de paños de algodón tan sólo era superada por Inglaterra, realizándose también considerables progresos en las manufacturas de la seda y del hierro.

No es que España se convirtiera en una gran potencia industrial, pero al menos, sus manufacturas alcanzaron un papel respetable en los mercados internos y coloniales.

Portugal

Portugal yacía en un letargo aún más profundo, a pesar del resurgimiento nacionalista que acabó con el breve período de dominio español (1580-1640). Al igual que España, Portugal vivía de una pasada epopeya exploradora, del comercio colonial y de la expansión mercantil. En el siglo XVIII sus principales ingresos provenían de las minas de oro y diamantes de Brasil, y del comercio de esclavos de Angola. El oro brasileño mantenía a un Estado en el que una escasa población (cerca de tres millones de habitantes en 1800) tenía que mantener a una gran masa de perezosos cabelleros y a un clero que, en riquezas, privilegios y número era probablemente, en términos relativos, el mayor de Europa. El oro también se utilizaba para equilibrar la balanza de pagos lusitana, ya que el mercado portugués estaba inundado de productos manufacturados extranjeros, sobre todo de Inglaterra, mientras que el único producto nacional que tenía una cierta demanda en los mercados europeos de la época era el vino de Oporto.

La única persona que intentó cambiar esta situación fue el marqués de Pombal, que gobernó Portugal durante el reinado de José I (1750-1777). De modo brutal suprimió la oposición del momento, potencial o supuesta; fue primero un dictador y luego un reformador. Un atentado contra la vida del monarca (1758) le dio la oportunidad de acabar con las grandes familias nobiliarias y actuar contra los jesuitas. Se incautaron las propiedades de estos últimos, y se les expulsó en 1759.

Portugal dejó de obedecer a Roma hasta conseguir la supresión de la Compañía de Jesús.

Estas acciones fueron realizadas en interés del Estado y del propio poder de Pombal, pero no se acabó ni con los privilegios nobiliarios ni con el monopolio religioso de la Iglesia católica, mientras que las obras de los filósofos ilustrados siguieron prohibidas. Además de la política de Pombal en Brasil, sus reformas fueron destinadas principalmente a asegurar una eficacia administrativa y judicial, teniendo implicaciones sociales sólo en tanto que supusieron la abolición de las canongías. La mayor parte de sus esfuerzos fueron empleados en combatir el dominio inglés sobre el mercado portugués —con un éxito inevitablemente limitado, ya que Portugal no tenía aún una economía industrial capaz de proveer sus propias necesidades—. La revolución de Pombal fue más que nada política, cambiando completamente la situación cuando María I la Piadosa (1777-1816) sucedió en el trono a José I.

Con o sin Pombal, Portugal siguió siendo un país atrasado dentro de Europa. En los grandes conflictos internacionales de la época sólo fue afectado directamente cuando España lo invadió, en un fracasado intento de cerrar los puertos lusitanos al tráfico británico (1762). Un acontecimiento destacable de este país fue el terrible terremoto que destruyó Lisboa en 1755, hecho que tuvo eco en toda Europa.

La España de la Ilustración

Carlos III fue el monarca que abordó la modernización española en una perspectiva basada en el Despotismo Ilustrado.

Hermano de Fernando VI, ascendió al trono en 1759, siendo monarca de Nápoles –desde 1734–, corona que legaría a su segundo hijo Fernando, pues para el primero –Carlos IV– estaba reservada la corona de España. Hombre de trato afable, muy culto y gran contertulio, el nuevo rey asumió plenamente las corrientes en boga de la época: políticamente hablando, se adscribió al absolutismo; socioculturalmente, intentó modernizar el país, desde la óptica del movimiento ilustrador imperante en Europa, y sobre todo en Francia, sede por excelencia del Despotismo Ilustrado. Carlos III tenía ansias de reformas económicas y culturales, que permitieran a la sociedad española superar la crisis en que estaba sumida desde hacía muchos años. Casado con Amalia de Sajonia, ésta falleció al poco tiempo de establecerse en Madrid, y el rey no volvió a contraer matrimonio.

La primera iniciativa política del nuevo rey fue firmar el llamado «Pacto de Familia», propuesto por Francia para frenar el creciente poderío británico. El tratado de amistad y cooperación incluía a los Borbones que gobernaban en Parma y Nápoles. La respuesta británica fue una declaración de guerra, y su flota ocupó las capitales de Cuba y Filipinas, es decir, La Habana y Manila. Por su parte, el ejército español invadió el territorio de Sacramento, perteneciente a Portugal, aliada de Gran Bretaña.

El conflicto, que inauguraba el reinado de Carlos III, fue solucionado mediante la Paz de París. Gran Bretaña devolvía las capitales ocupadas, pero a cambio de recibir la península norteamericana de Florida y los territorios de la cuenca meridional del Mississippi. Francia, en parte responsable del desaguisado por haber potenciado el «Pacto de Familia», recompensó a España con la cesión de Luisiana. El Tratado de San Ildefonso finalizó las hostilidades con Portugal en 1777, recibiendo España la colonia de Sacramento y la isla africana de Fernando Poo, a cambio de ceder a los portugueses territorios que completaban el dominio de éstos sobre Brasil.

En resumen, en cierto sentido cabe definir la política exterior de Carlos III como activa. Ello le indujo a intervenir en la Guerra de Independencia de Estados Unidos, en colaboración con Luis XVI de Francia, apoyando a los colonos norteamericanos sublevados contra la metrópoli británica. Fue en el curso de esta intervención cuando España recuperó la isla de Menorca, ocupada por los británicos, pero fracasó al intentar la misma operación con Gibraltar. En territorio americano, España recuperó la península de Florida y Honduras. Esta segunda fase de hostilidades contra Gran Bretaña culminó con el Tratado de Versalles, en 1783, que certificó todas las ganancias territoriales españolas. Por otra parte, Carlos III decidió liquidar la persistente amenaza de los corsarios que anidaban en el norte de África y dificultaban el desarrollo del comercio, pactando para ello con Turquía.

El Despotismo Ilustrado

Sin embargo, lo más interesante del reinado de Carlos III fue su orientación de la política interior española, destinada, como hemos señalado, a producir una sociedad reformada conforme a la tendencia que en Europa marcaba Francia.

Para gobernar, aunque controló siempre personalmente los asuntos de Estado, utilizó ministros, quienes inicialmente fueron extranjeros. El primero de ellos fue el marqués de Esquilache, de origen siciliano. Fue él quien inspiró ciertas reformas militares, comerciales y culturales, abordando la remodelación de la ciudad de Madrid, con una nueva planificación urbana y la construcción de grandes edificios y monumentos (la Puerta del Sol). Sin embargo, su condición de extranjero creó suspicacias entre la aristocracia y el pueblo, y la serie de malas cosechas del período de 1760 a 1765 enrarecieron el ambiente social. Un hecho tan nimio como la reforma de la vestimenta de los miembros de la corte provocó una sublevación popular en marzo de 1776, y Esquilache fue sustituido por otro italiano, Grimaldi, que ocupó el cargo de gran valido hasta 1777.

Sin embargo, una personalidad política destacaría por encima de todas las demás: la del conde de Aranda, don Pedro Abarca y Bolea. Este político tenía un pasado militar, y a los 44 años de edad había alcanzado ya el grado de capitán general. Carlos III le nombró inicialmente presidente del Consejo de Castilla, en 1776. Desde tan importante cargo Aranda reordenó la repoblación forestal de España, lo que le produjo dificultades



Carlos III de Borbón (1716-1788), rey de Nápoles hasta 1759 cuando sucedió a su hermano Fernando VI en el trono español. Dibujo anónimo del siglo XVIII. (Museo Nazionale di S. Martino, Nápoles.)

Página anterior, La familia de Felipe V, *pintura de van Loo. (Prado, Madrid.)*





con los propietarios ganaderos castellanos. Asimismo impulsó el poblamiento de varias zonas del país, con los célebres asentamientos de Sierra Morena. Dispuesto a controlar los privilegios eclesiásticos, aunque no a suprimirlos, tuvo dificultades con los jesuitas, y finalmente ordenó su expulsión el 27 de febrero de 1767, naturalmente con el visto bueno del rey, que llegó a considerar que la existencia de la Orden frenaba el despegue cultural del país.

Junto a Aranda, otros dos hombres políticos colaborarían en el movimiento renovador: los condes de Floridablanca y Campomanes. José Moriño, conde de Floridablanca, entró en la corte por requerimiento del ministro Esquilache, ocupando altos cargos en el Consejo de Castilla. Él personalmente consiguió del papa Benedicto XIV una orden disolviendo la compañía de Jesús, acción recompensada por el rey con la cesión de un título nobiliario. Desde 1777 hasta la muerte de Carlos III fue ministro de Estado. Su labor se centró en la construcción de comunicaciones viarias, la protección comercial y el mecenazgo de las artes.

Pedro Rodríguez de Campomanes fue el tercero de los grandes políticos ilustrados de Carlos III. Hombre muy influenciado por la cultura francesa, consiguió crear la red nacional de Correos y Postas, y combatió arduamente los privilegios de la Mesta, que mantenían en un nivel de subsistencia a la agricultura castellana.

El reformismo Ilustrado había comenzado de modo halagüeño con Carlos III. Con el sucesor de éste, Carlos IV, derivaría hacia la crisis.

El reinado de Carlos IV

Cuando Carlos IV sucedió a su padre en el trono de España se tenían grandes esperanzas de asistir a un reinado próspero, pues el nuevo monarca era un hombre muy culto. Pero su debilidad radicaba en la persona de su esposa, María Luisa de Parma, mujer dominante y sagaz, que de hecho asumió la dirección de los asuntos de Estado. Ella reorganizó la corte, dándole una dimensión ostentosa, a imagen y semejanza de la de Versalles, rompiendo con ello los criterios de austeridad impuestos por Carlos III.

Inicialmente, siguiendo los dictados últimos de su padre, Carlos IV decidió mantener en el gobierno al conde de Floridablanca, cuya actuación dio un giro considerable ante el temor de los acontecimientos que se desarrollaban en Francia, su-

Escena de la Inquisición, *por Francisco de Goya. (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.)*

Carlos III de España, por Anton Raphael. (Prado, Madrid.)



mida en el proceso revolucionario. Floridablanca reactivó la censura y permitió un nuevo protagonismo a los tribunales de la Inquisición, decretando asimismo numerosas detenciones de sospechosos «revolucionarios». Un atentado perpetrado contra él por un individuo francés, en junio de 1790, acabó de atemorizar al primer ministro de Carlos IV, que extremó su política de persecución de los franceses residentes en España, lo que motivó que el embajador de Francia exigiera su destitución. Carlos IV accedió, y encarceló a su ministro en Pamplona, en 1792.

A Floridablanca le sustituyó durante seis meses el conde de Aranda, otro de los mentores de la Ilustración en España durante el reinado anterior. Su mandato fue muy breve, pero puso de manifiesto las mismas cautelas que su antecesor. Atemorizado por el empuje de la Revolución francesa, en un acto poco meditado acabó reconociendo la República instaurada en Francia, y su cese fue fulminante. Fue entonces cuando María Luisa intervino e impuso a un valido suyo: Manuel Godoy y Álvarez de Faria, un extremeño nacido en 1767, hijo de una familia acomodada de Badajoz.

La etapa de Godoy

Godoy era un favorito de la reina, con el que mantenía relaciones íntimas. El nuevo ministro se propuso desarrollar una política de «salvación de la monarquía francesa», provocando una guerra entre 1793 y 1795, que si bien tuvo comienzos favorables, acabó en un desastre, pues las tropas revolucionarias galas penetraron en Cataluña y el País Vasco, llegando a tomar Bilbao y Vitoria. La Paz de Basilea, firmada en julio de 1795, supuso la pérdida de diversos territorios en las Antillas y la necesidad de pagar fuertes indemnizaciones. Sin embargo, Godoy salió robustecido políticamente, y fue galardonado con el extraño título de «Príncipe de la Paz».

Curiosamente, a partir de aquel momento Godoy trastocó completamente su política. Firmó un pacto con el Directorio revolucionario francés, en 1796, lo que suponía automáticamente una crisis con Gran Bretaña y la consecuente guerra.

La guerra contra Gran Bretaña fue desastrosa. La flota británica infligió graves pérdidas a los españoles, y la crisis determinó una coyuntural destitución de Godoy, que fue sustituido por Saavedra y Jovellanos, aunque el valido de María Luisa siguió ostentando el «poder fáctico».

Poco después, Napoleón Bonaparte auspició el reingreso de Godoy en la dirección de los asuntos de Estado, imponiendo además a España una política exterior acorde con los intereses de Francia. La consecuencia inmediata fue la declaración de guerra a Portugal, aliada de Gran Bretaña. Poco después, el emperador francés obtenía la firma de un pacto que garantizaba la neutralidad de España, pero ésta se comprometía a pagar cuantiosas cantidades de dinero al gobierno francés. En 1805 estallaron nuevamente

las hostilidades con Gran Bretaña, y las escuadras hispano-francesas, aliadas de nuevo, sufrieron desastrosas derrotas en Trafalgar y Finisterre.

La caída de Godoy

Tras la derrota de Trafalgar, España entró en una etapa crítica. Animado por su amistad personal con Napoleón, Godoy llegó a pensar en la posibilidad de convertirse en rey de España, o de una parte de ésta y de Portugal. A cambio de promesas incumplidas, Napoleón exigía más y más: soldados, armas y dinero.

En su osadía, Godoy convirtió a su amante de turno, Pepa Tudó, en condesa de Castelfiel, y colmó de honores a sus familiares. En 1807 envió un destacamento de 1.500 soldados para ayudar a Napoleón, y facilitó la asunción de la corona de Nápoles por José Bonaparte. Ese mismo año, Godoy firmaba el Tratado de Fontainebleau, por el que se acordaba el desmembramiento de Portugal, distribuido caprichosamente entre monarcas de «nuevo cuño». Aceptó asimismo que 30.000 soldados franceses se instalaran en la península Ibérica.

Mientras ocurrían estos hechos, Fernando, heredero al trono, llegó a conspirar para derribar a Carlos IV, su padre; pero finalmente se arrepintió públicamente.

En aquel álgido año de 1807, Napoleón decidió expulsar del trono al último Borbón reinante en Europa, es decir, a Carlos IV de España, obligando a esta familia real a trasladarse a Francia. Ello indignó a la población, y en marzo de 1808 se produjo el motín de Aranjuez; las propiedades de Godoy fueron saqueadas, y éste, arrestado. Entonces, Carlos IV le desposeyó de sus títulos y privilegios.

Sin embargo, la descomposición política española era una realidad incontestable. Con un monarca inhibido y débil, una corte corrompida, y la presencia en territorio español de miles de soldados franceses, las perspectivas eran funestas. Pero la población reaccionaría en mayo de 1808.

Balance del reformismo borbónico

Prácticamente a todo lo largo del siglo XVIII, la dinastía de los Borbones procedió a impulsar un conjunto de amplias reformas socioeconómicas, muchas de las cuales eran absolutamente necesarias para el país, pero otras, en cambio, generaron nuevas problemáticas. Según el historiador español Vicens Vives, las reformas fueron afrontadas con un rígido espíritu racionalista, «ajeno a la tradición española», valoración ésta un tanto peculiar, pues la cuestión radica, no en la subjetiva creencia en las «almas de los pueblos y las civilizaciones», como diría Spengler, sino en si dichas reformas eran necesarias o no lo eran. Cualquier consideración que no parta de esta premisa, es superflua.

Los Borbones liquidaron, desde un punto de vista político y administrativo, los derechos autonómicos de la Corona de Aragón, y con ello entronizaron de nuevo el «problema catalán». En cambio, resguardaron de cualquier acción reformadora los fueros vascos y navarros, pues tanto el País Vasco como Navarra habían combatido a favor de los Borbones en la Guerra de Sucesión.

Los ministros que, en nombre de los monarcas, impulsaron la política reformadora fueron aristócratas, pero también algunos de ellos pertenecían a la clase media intelectual acomodada. Todos ellos —Ensenada, Campomanes, Jovellanos, Aranda, Floridablanca— afrontaron uno de los principales problemas del país, el de la agricultura, obligados por el fortísimo incremento de la población española, que especialmente en la periferia del país, se produjo como resultado de nuevos impulsos laborales, nuevas actividades económicas, comerciales e industriales, y un cierto optimismo vital. Las medidas estribaron en la ingente construcción de caminos y puertos, así como en la repoblación forestal y la potenciación de numerosos asentamientos colonizadores en el interior de la península. La mayor de las reformas consistió en limitar los privilegios de la Mesta, y con ello, la transhumancia ganadera, causante de la conversión del centro del país en una inmensa área desprovista de bosques. La reforma agraria no pasó de ahí, y los privilegios señoriales y eclesiásticos persistieron.

De hecho, la reforma «ilustrada» aparece vinculada a la personalidad de Carlos III, hombre de grandes objetivos pero que disponía de mermados recursos para realizar sus planes. Si su sucesor Carlos IV hubiera proseguido su tarea, podrían haberse removido los fundamentos de una sociedad preñada de arcaismo, pero la debilidad del nuevo monarca, unida al terror que despertó en las cortes europeas la Revolución francesa, hundieron definitivamente los proyectos reformadores.

España heredó, pues, un cúmulo de problemas que polarizarían la historia del país a lo largo del siglo XIX, un siglo de una complejidad tal, que hace de España un caso sumamente peculiar en el seno de la totalidad europea.



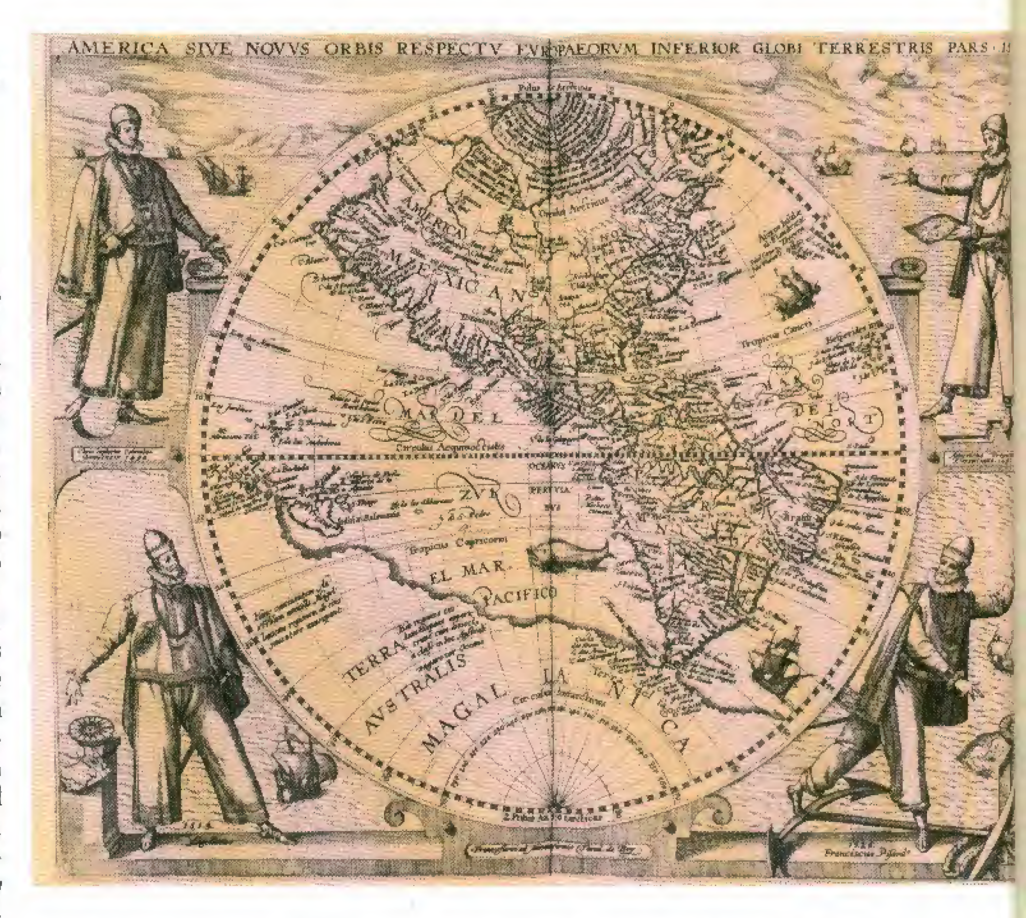
Fernando VII de España (1713-1759), por Vicent Rodés. (Museo de Bellas Artes, Valencia.)

Página anterior, Manuel Godoy (1767-1851), ministro de Carlos IV de España, pintado por Goya. (Museo de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.)



LAS NUEVAS CONQUISTAS

Introducción



Hace menos de quinientos años, el cerrado universo definido por Ptolomeo se estremeció hasta sus cimientos con la llegada de los inquisitivos exploradores del Renacimiento, quienes se adentraron en aguas desconocidas y hallaron tierras extrañas al otro lado de un mundo redondo. Aunque en aquel tiempo no fuesen conscientes de ello, la pugna europea por el poder en el continente americano empezó cuando Colón, al enlazar el Nuevo Mundo con el Viejo, en 1492, creó los fundamentos del Imperio español de ultramar. Cinco años más tarde, el ámbito de las ambiciones europeas se ensanchó de nuevo cuando Vasco de Gama dio la vuelta al cabo de Buena Esperanza, estableciendo hacia Oriente una ruta que aún hoy es seguida. Alineadas a lo largo del litoral atlántico, España, Portugal, Francia, Holanda e Inglaterra procuraron alternativamente explotar los descubrimientos, y las rivalidades coloniales de estas potencias occidentales ocupan una parte importante en la historia de los siglos XVII y XVIII. Al imponerse gradualmente la competición por las riquezas de ultramar sobre la norma tradicional de las relaciones continentales, los estados europeos tuvieron que revisar sus cálculos sobre las fuentes del poderío nacional. Políticas antiquísimas de conquista y expansión continental entraron inevitablemente en conflicto con los nuevos y tentadores sueños de riquezas asequibles en los viejos y vulnerables imperios de allende el horizonte.

España tenía la ventaja de la iniciativa, pero no acertó a crear una administración estable y una base económica desde la que explotar los opulentos frutos recién descubiertos. Sin embargo, a pesar de su decadencia, debida en parte a la implacable agresividad de sus rivales, su imperio en América Central y del Sur se mantuvo intacto. La lejanía fue probablemente la clave de esta inmunidad, ya que la zona de la colonización competitiva se había desplazado, a mediados del siglo XVII, al norte del Caribe. Sucesivos gobiernos españoles prosiguieron una vana lucha para monopolizar el comercio de unos dominios coloniales hostiles. Grandes descubrimientos de plata, oro y diamantes fueron reclamo para colonos, soldados y administradores, pero la disconformidad de los nativos y unos funcionarios corruptos contribuyeron a quebrantar el ordenamiento implantado por la metrópoli. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII no redujeron los gobernadores españoles las restricciones comerciales, y, como el marqués de Pombal en el Brasil portugués, trataron sin éxito de acabar con los abusos excesivos que provocarían, a principios del siglo XIX, la insurrección armada y el establecimiento de repúblicas latinoamericanas independientes.

Mientras, una pequeña república europea ambiciosa, que recientemente se había liberado del dominio español, buscaba la primacía en las rutas marítimas del mundo. En los mares de Indonesia, los holandeses expulsaron a los portugueses y se apoderaron de la mayor parte de su imperio. Sin embargo, aunque poseedora de un ímpetu comercial muy superior al de España, Holanda carecía de la capacidad financiera para mantener, además de una flota de primera clase, un ejército suficiente para hacer frente a las fuerzas invasoras de Luis XIV, y en 1674 había perdido, por segunda vez y definitivamente, su única base estratégica en América del Norte, Nueva Amsterdam, la actual Nueva York.

A partir de entonces, la rivalidad imperial se convirtió en un prolongado duelo entre Francia e Inglaterra, que llegaría a convertirse en el siglo XVIII, en una lucha tanto en Asia como en América del Norte. En esta última, los franceses vislumbraron desde un principio los puntos estratégicos que todavía hoy son vitales, y reconocieron las posibilidades de un gran círculo que se extiende desde el río San Lorenzo hasta el lago Michigan, y desde allí, hacia el sur, por el Mississippi, hasta el golfo de México. Una hábil política de cerco podía permitirles encerrar a los británicos detrás de la cordillera de los Apalaches y entregar así el continente a Francia.

Pero sólo un apoyo constante de hombres y suministros desde Europa podía hacer factible tan grandioso proyecto. Sin unas comunicaciones aseguradas, las posesiones francesas en América del Norte estaban sentenciadas a caer en manos de la flota británica que, después de la batalla de La Hogue, conquistó gradualmente el dominio total de los mares. Dispuesta a mantener su hegemonía europea y al mismo tiempo a construir un gran imperio de ultramar, Francia acabó por ser esclava de los sueños imperiales por una parte y de los compromisos continentales por otra.

En América del Norte el factor humano era fundamental. De haberse visto obligados 50.000 hugonotes, al igual que los puritanos, a buscar refugio en Canadá (en vez de haberles sido vedado este país), tal vez las ambiciones francesas hubiesen tenido posibilidades de verse satisfechas. Si se hubiera persuadido tan sólo a un medio por ciento de la población francesa —que entonces sumaba cerca de 18 millones de habitantes— a emigrar a Canadá a princi-



Izquierda, Mapa Universal, de Waldseemüller, trazado en 1507, el primero en que aparece el nombre de América.

Página anterior, el hemisferio occidental, tal como era conocido, o imaginado, en 1596. En los ángulos se muestran los más famosos exploradores del siglo XVI: Colón, Vespucio, Pizarro y Drake.

pios del siglo XVIII, la colonia habría conseguido una fuerza numérica capaz por sí sola de justificar una política imperial de expansión. Contra el peso de más de dos millones de colonos británicos afincados en la franja costera atlántica, al este de los Apalaches, una colonia francesa de menos de 50.000 personas en 1755 no podía cumplimentar sino escasamente los objetivos de sus exploradores y gobernadores. El hecho de que Nueva Francia pudiera perdurar tanto tiempo, se debió principalmente a la presencia de soldados profesionales y a una buena organización. Aunque no se reconociera en su época, los inicios de la «Segunda Guerra de los Cien Años» auguraron el crepúsculo de la dominación francesa en América.

La rivalidad entre Francia e Inglaterra se reveló tan intensamente en la India como en América. Cuando la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se constituyó el último día del siglo XVI, el poderío de los musulmanes en la India llegaba a su apogeo con los mongoles, invasores que bajo Babur cruzaron en los primeros años de aquel siglo los pasos de la frontera noroeste e irrumpieron en los llanos inferiores. Con unos soberanos como Akbar, los mercaderes ingleses no pudieron hacer más que mantenerse precariamente en el litoral, en pequeños enclaves cuya existencia dependía del favor del gobernador local. Mucho tiempo antes, los portugueses se habían retirado ante la presión de los holandeses, cuya concentración en el archipiélago de las Indias Orientales permitía a los ingleses sostenerse en enclaves comerciales continentales como Fort St. George (Madrás), Fort William (Calcuta) y Bombay, legado de Catalina de Braganza a Carlos II.

Como consecuencia de la corrupción y de la ineficacia crecientes, el Imperio mongol se tambaleaba ya mucho antes de que los rivales franceses e ingleses lanzaran sus reducidas fuerzas contra tan imponente fuerza. Cuando Aurangzeb, el último gran emperador mongol falleció en 1707, tanto su poder como su gloria se habían esfumado, quedando abierto para Francia y Gran Bretaña el camino de una pugna por un legado oriental que ni los musulmanes ni los hindúes estaban capacitados para sostener.

Al igual que en América del Norte, Francia tuvo que ceder también en la India. Aunque menos hábiles en la diplomacia nativa, los ingleses supieron combinar eficazmente sus fuerzas terrestres y navales y conceder a sus jefes una iniciativa de la que carecieron los paladines franceses como Dupleix, Bussy, Lally y Suffren. La conquista inglesa de un continente con unos puñados de soldados europeos puede equipararse en hazañas y aventuras, a las victorias españolas en América Central y del Sur. Casi 2,5 millones de kilómetros cuadrados con una población de unos 200 millones —una zona que abarcaba religiones y costumbres que se remontaban a una antigüedad fabulosa— cayeron en poder de una compañía inglesa.

Según las cláusulas del Tratado de París de 1763, prácticamente todo el Imperio francés en Oriente y Occidente desapareció. A los ojos de la siguiente generación parecería que medio mundo se había deslizado de manos francesas como arena entre los dedos. Con la excepción de algunas islas azucareras de las Antillas y unos cuantos enclaves comerciales aislados en la costa de Coromandel, Francia había sido desposeída de su dominio imperial. Sólo en el caso de que Gran Bretaña, por algún trastorno catastrófico en el equilibrio del poder, perdiera su hegemonía marítima, podía esperar Francia desquitarse de tan penosa humillación. Así pues, sucedió que en 1778, una nación francesa resucitada a la que después se





uniría España, se encontró en condiciones no sólo de enfrentarse a la superioridad británica, sino incluso, por breve tiempo, de conseguir el dominio de los mares. Carente de aliados y enfrentada a poderosos enemigos por doquier, Gran Bretaña no disponía de los buques, pertrechos y hombres necesarios para sojuzgar a trece colonias americanas rebeldes, a casi 5.000 kilómetros de la metrópoli. Sin embargo, al finalizar las guerras napoleónicas, el segundo Imperio británico de ultramar no sólo había sobrevivido, sino que había crecido hasta convertirse en un gigantesco imperio comercial de ámbito mundial que, durante la mayor parte del siglo XIX, las naciones europeas tuvieron que aceptar.

A diferencia de las Américas, donde con la excepción de México y Perú, ningún estado organizado ofrecía una seria resistencia a las armas europeas, tanto China como Japón consiguieron resistir, –y hasta el siglo XIX incluso rechazar– las tentativas del ambicioso Occidente. Aunque en el siglo XVII los comerciantes europeos habían intentado franquear las puertas de China, el éxito de sus gestiones fue escaso. Aparte de algún que otro enclave como Cantón, China se mantuvo impenetrable; sus conquistadores y gobernantes manchúes se negaron a admitir a los insaciables bárbaros del mundo exterior como no fuese bajo humillantes restricciones.

Las primeras gestiones se realizaron en 1521 cuando los portugueses, que ocuparon Malaca en 1511, enviaron un representante a Pekín. Aunque fueron expulsados al cabo de un año, en 1557 lograron establecer un asentamiento en Macao, cerca de Hong Kong, que se mantendría como avanzadilla europea y enclave mercantil para la costa china mucho después de haber sucumbido el imperio comercial portugués frente a los holandeses, que, cinco años después de fundar Batavia, emplazaron su base en Formosa en el año 1624. Los jesuitas habían comenzado a infiltrarse, dirigidos por el famoso Matteo Ricci (1522-1610), pero su entusiasmo por lograr conversiones hizo que fueran deportados a Macao. Regresarían a mediados del siglo para gozar del favor de la nueva dinastía Manchú y aportar grandes contribuciones al conocimiento científico. Este éxito de los jesuitas equivalió a una insólita relación provechosa entre Oriente y Occidente, que por desgracia quedó rota unos cincuenta años después.

Bajo el mando de san Francisco Javier (1506-1552), los jesuitas introdujeron también el cristianismo en Japón, y a los primeros mercaderes portugueses les siguieron a principios del siglo XVII, holandeses, españoles e ingleses. En 1620 se calculó que cerca de 300.000 cristianos vivían en las principales islas japonesas. Sin embargo, pocos años después se

Negros trabajando en una mina de plata, hacia 1590. Los negros fueron importados de África especialmente para estos trabajos duros y para las plantaciones de azúcar. Gran Bretaña hizo bastante uso de esta mano de obra.

Página anterior, Tanguis en Tenochtitlán, *mural de Diego Rivera. (Palacio Nacional, México D.F.)*



adoptó una política de aislamiento nacional, acompañada por un período de violenta represión que culminó en la consolidación del gobierno Tokugawa. Desde 1640 hasta fines de siglo, un reducido número de comerciantes holandeses y chinos representó la única conexión de Japón con el mundo exterior.

Hasta mediados del XIX, Japón no se vería obligado a abrir sus puertos al mercado exterior, y, con el colapso de la antigua estructura feudal, a organizar un Estado nacional según el modelo occidental, como el mejor medio para asegurar su libertad frente a la dominación y la conquista occidental.

Cuando Hong Kong se rindió frente a la escuadra británica y el Tratado de los Puertos abrió el camino para el comercio europeo en 1840-1842, parecía casi seguro que China copiaría los sistemas occidentales, pero la misma índole del tratado provocó una reacción contraria. Se trataba, sin excepción, de concesiones territoriales obtenidas bajo amenaza de la fuerza, por parte de las naciones europeas lo bastante poderosas como para desear una influencia en Extremo Oriente. La razón principal para su establecimiento era el desarrollo de una actividad comercial, con unos beneficios que difícilmente podían ser mutuos. Después de la experiencia de las guerras del Opio, los chinos veían en la gestión comercial extranjera la amenaza principal contra su seguridad y sus hábitos de vida. Tal como demostraron los acontecimientos posteriores, sus temores estaban más que justificados. China no tenía la voluntad de Japón para emular a Occidente y situarse a su altura y, por tanto, tuvo que soportar un «siglo de humillación» bajo dominación extranjera.

El proceso colonial en América Latina entre los siglos XVI y XVIII



La llegada de las expediciones colombinas creó, en las postrimerías del siglo XV, una nueva situación histórica con repercusiones mundiales.

España fue la gran potencia que estableció los primeros y más profundos lazos con los territorios recién descubiertos; luego le seguirían los portugueses, aunque su dominio se acabó limitando al extenso territorio del Brasil.

La relación establecida por las potencias europeas con las civilizaciones del Nuevo Mundo fue una relación de dominación, en la que se mezclaban elementos económicos e ideológicos –la religión–. Para materializar organizativamente tal dominación, los gobiernos metropolitanos necesitaron de una compleja red de instituciones que asegurasen el control de las poblaciones autóctonas, cuyos miembros eran considerados «personas de segunda clase» que «desconocían el cristianismo», y cuyas costumbres eran absolutamente dispares de las de los europeos. Europa vivía en los siglos XV y XVI una situación agobiante, de continuas guerras, pugnas y conflictos de todo tipo, propiciados por la disputa del poder entre monarcas, aspirantes a monarcas y aristocracias, y esporádicamente alterados por sublevaciones del campesinado, sumido en una situación de misera secular. Psicológicamente, las sociedades europeas vivián atenazadas por la lucha por la propiedad, la pugna por el poder, el temor al más allá –conveniente y sabiamente administrado por la Iglesia de Roma–, y el horror a las pestes y hambres, todo ello en contraste con la ostentación de las élites con rango elevado por su linaje. Eran sociedades sumidas en lo que Freud denominaba «esquizofrenia generalizada».

Ahora, se trataba de desplazar a América Latina los agobios y males que aquejaban a Europa. Poco a poco, civilizaciones que no conocían ni el hambre ni la propiedad, y algunas ni siquiera la violencia bélica –los incas, al llegar Pizarro, apenas si contaban con ejército–, fueron preñadas del fanatismo que corroía a Europa y atenazadas por la sed de ambición de aventureros y políticos.

Las instituciones en la metrópoli

El proceso de dominio colonial por parte de las metrópolis europeas –en este caso, España– exigió la organización de instituciones encargadas de consolidar el nuevo dominio colonialista.

En la relación entre España y sus posesiones americanas, la primera institución creada tuvo un carácter eminentemente

Minas de plata de Potosí, en Perú. Estas explotaciones produjeron grandes riquezas para España, y en ellas trabajaban los indios en condiciones infrahumanas.

Página anterior, misión de San Carlos Borromeo, fundada en 1770 por fray Junípero Serra. Durante la colonización española, los frailes franciscanos fundaron, entre 1769 y 1823, una cadena de 21 misiones en California.



económico o comercial: la Casa de Contratación, fundada en 1503 en Sevilla, cuya función era controlar los servicios de transporte de mercancías y personal, tanto si se realizaban con buques estatales, como con buques privados. La institución ocupaba a finales del siglo XVII a más de un centenar de funcionarios. A principios del siglo XVIII la institución trasladó su sede a Cádiz, y finalmente se disolvió en 1790, pues su función aduanera y fiscalizadora no encajaba ya con las corrientes librecambistas que se generaron en la época, como consecuencia del desarrollo del capitalismo liberal.

Otra institución fundamental en el control de los asuntos latinoamericanos, radicada en España, fue el llamado Consejo de Indias. Su origen se remonta a 1495. Después de la llegada colombina al continente, los Reyes Católicos encargaron al clérigo Juan Rodríguez de Fonseca la dirección y supervisión de las cuestiones generadas por la nueva situación. El capellán ante la avalancha de problemas, optó por organizar un equipo de colaboradores, cuyos principales miembros reclutaba entre los del Consejo de Castilla. En 1524 este organismo cobró una institucionalización propia y adoptó el nombre de Consejo Real y Supremo de las Indias, y su autoridad fue tal que llegó a supervisar a la Casa de Contratación de Sevilla.

El Consejo de Indias, en el que solamente figuraban miembros de la aristocracia y alto funcionariado castellano —no tenían acceso los individuos de los otros reinos que integraban España, como Aragón y Cataluña—, evolucionó con el paso del tiempo, y en el reinado de Felipe II se consolidó de modo definitivo. La institución disponía de una reglamentación interior y de numerosos consejeros reales, casi todos clérigos, al frente de los cuales funcionaba una presidencia.

Su función consistía en asumir todas las cuestiones, suscitadas a modo de litigios penales o simplemente civiles, derivadas de una relación entre la metrópoli y las «Indias», pero de hecho era un organismo con atribuciones legislativas, esto es, eminentemente político. Las decisiones eran tomadas tras amplias deliberaciones, y las conclusiones eran trasladadas al monarca, quien les proporcionaba un carácter ejecutivo mediante la promulgación de decretos. La institución tuvo altibajos en los siglos XVI y XVII, languideció en el siglo XVIII y fue disuelta en 1812, cuando estallaron los movimientos independentistas.

Inicialmente, el Consejo de Indias aplicaba las leyes castellanas para los territorios coloniales, pero como el medio sociogeográfico era muy distinto, pronto se hizo necesario promulgar leyes especiales. Se ha calculado que más de 3.500 leyes fueron elaboradas por la institución para organizar la colonización americana. El contenido de estas leyes, que podía ser más o menos humanitarista, según las circunstancias, tenía que ser aplicado por las instituciones implantadas en los propios territorios dominados.

Gobernadurías, Audiencias y Virreinatos

Completados los primeros eslabones del proceso de «descubrimiento», la preocupación del gobierno español fue la de sustituir a los aventureros por funcionarios. Pronto, los poderes dados a Colón fueron reducidos o convertidos en meras prebendas honoríficas, y el título de «gobernador» fue adoptado para identificar la figura de un funcionario nombrado por el rey, para un mandato que podía oscilar entre los 3 y los 8 años. El gobernador desempeñaría tareas administrativas, judiciales, y en ocasiones, incluso militares, aunque esta actividad correspondía más propiamente a un capitán general. A finales del siglo XVII un gobernador llegó a controlar hasta 35 provincias, cuando en un principio a cada una de estas divisiones administrativas le correspondía un solo gobernador.

Sin embargo, en los primeros tiempos la acción de los funcionarios tuvo que afrontar las ambiciones de los aventureros y los profesionales de la conquista, llegando a extenderse abiertamente el rumor, a principios del siglo XVI, de que Hernán Cortés aspiraba a independizarse de España y asumir el título de «rey de las Indias». Fue esto lo que indujo a crear una superinstancia de control que se plasmo en las «Audiencias». En 1511 se fundó la Audiencia de Santo Domingo, en la isla La Española, y en 1529 la Audiencia de



Nueva España, establecida en territorio mexicano. El primer auditor de esta última fue Nuño de Guzmán, un personaje ambicioso que cometió infinidad de tropelías y desmanes contra los indios, hasta que Carlos I decidió destituirle en 1530. Entre los siglos XVI y XVIII llegaron a existir las siguientes Audiencias: Santo Domingo, México, Lima, Guatemala, Panamá, La Plata, Quito, Chile, Buenos Aires, Santa Fe, Caracas y Cuzco.

Inicialmente, las Audiencias eran instituciones integradas por cuatro auditores y un procurador fiscal, que se turnaban en el cargo de presidente de las mismas. La obligación de cada auditor era visitar una vez al año todas las provincias dependientes de la jurisdicción de la Audiencia de que formaban parte. En el siglo XVII se aumentó el número de auditores, debido a la acumulación de causas y litigios, en tanto que en las Audiencias de México y Lima se creaba la figura del «alcalde», árbitro especializado en causas criminales.

La Audiencia llegó a disponer de un poder sumo, pues incluso podía determinar el procesamiento de gobernadores y virreyes, e inspeccionar las haciendas locales y el trato dado a los indios, ya que teóricamente debía de proteger a éstos de las ambiciones de los colonizadores. En un principio los auditores tenían prohibido poseer propiedades de cualquier tipo o recibir prebendas, siendo todos ellos de origen español. Fue en el siglo XVIII cuando los criollos comenzaron a ser nombrados auditores por la metrópoli, dado que de las universidades salían ya los primeros licenciados nacidos en aquellas tierras.

De todas las instituciones implantadas por los españoles, fueron las Audiencias las que tuvieron una actuación más honesta, aunque muchas veces los auditores se vieron desbordados por la tremenda acumulación de cuestiones a resolver.

Sin embargo, los recelos de la corona acerca de la actuación de sus diversos delegados en América indujeron a la creación de una nueva figura, un auténtico representante personal del rey, el «virrey», figura ya existente en Europa y profusamente utilizada por los monarcas españo-

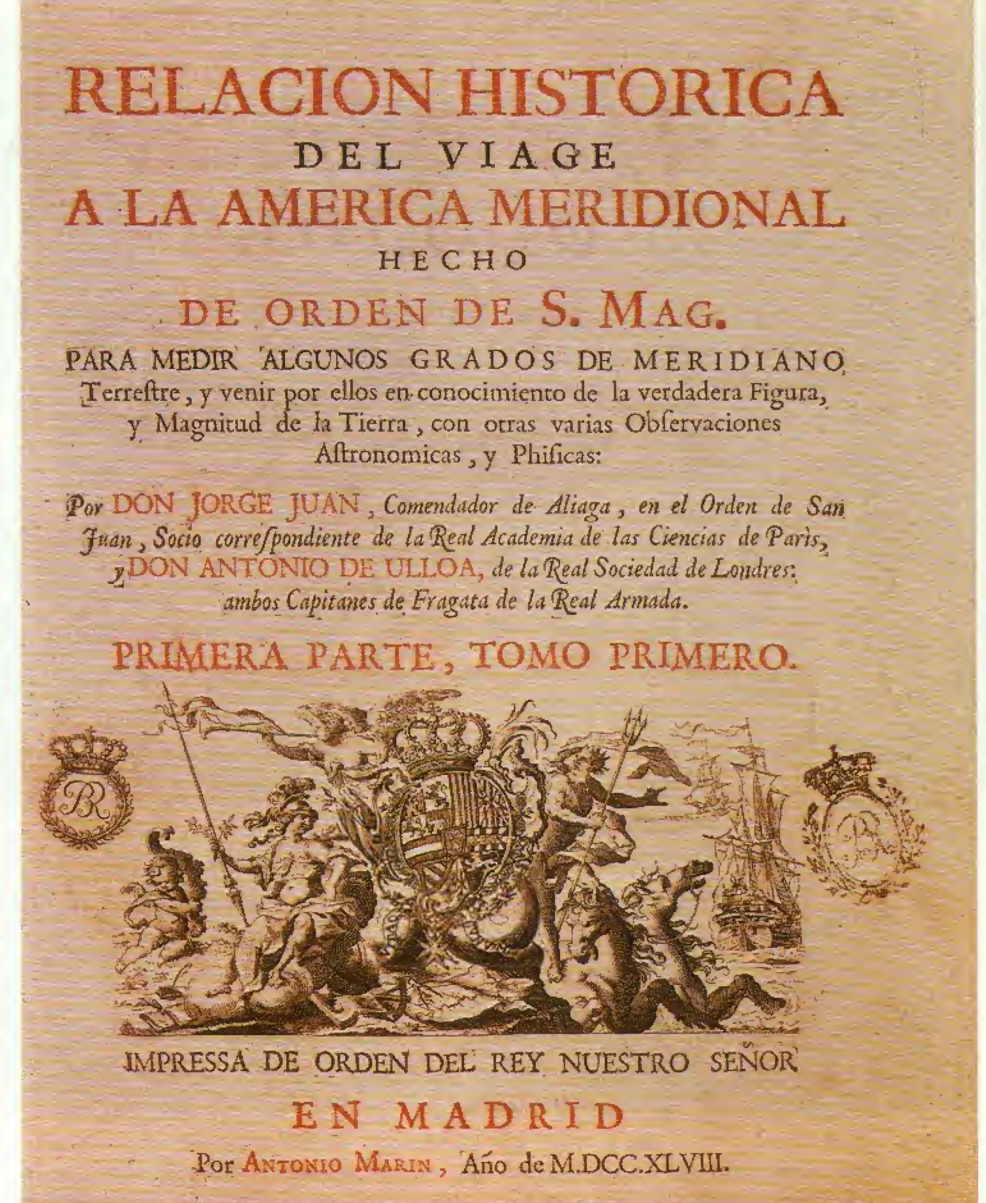
Entrada del arzobispo Morcillo en Potosí; *este eclesiástico era asimismo virrey de La Plata y del Perú. Fragmento del cuadro del pintor contemporáneo Melchor Pérez de Holguín. (Museo de América, Madrid.)*

Página anterior, indios trabajando la tierra. Pintura indígena. (Biblioteca-Archivo de Jacinto Jijón Caamaño, Quito.)

les en Nápoles, Palermo y Cataluña. Hasta el siglo XVII los virreyes provenían socialmente de la «Grandeza de España», es decir, de la alta aristocracia, pero en el siglo XVIII asumieron el cargo miembros de la baja nobleza o altos funcionarios, siempre hombres que contaban con la confianza absoluta del monarca, e incluso llegó a haber un virrey de origen burgués, Manuel de Amat, en la segunda mitad del siglo XVIII. El mandato del virrey no tenía límite, y algunos de ellos gobernaron hasta su muerte. De hecho, vivían como auténticos monarcas, con su propia corte y su propia guardia personal, a imagen y semejanza de lo que en España rodeaba al monarca.

Durante el período comprendido entre los siglos XVI y XVII existieron tan sólo dos virreinatos americanos, el de Nueva España y el de Perú. El virreinato de Nueva España, fundado en 1535, incluía las Audiencias de México, Santo Domingo, Guatemala, Guadalajara, las islas antillanas, el litoral venezolano y América Central, excepto Panamá. Por su parte, el virreinato de Perú, que databa de 1543, era vastísimo, pues comprendía todo el territorio continental de América del Sur, excepto el litoral de Venezuela, y Panamá. En 1776 se les sumó el virreinato de La Plata, creado para descongestionar el de Perú, y que estaba integrado por Argentina, Paraguay, Uruguay y Bolivia. Aquí se iniciaría uno de los focos más potentes contra el colonialismo español a principios del siglo XIX.

La función del virrey era la de supervisar todas las actividades y encarnar la representatividad del rey de España. Era a la vez gobernador, capitán general y auditor, aunque con respecto a las Audiencias debía respetar al máximo su independencia de actuación.


RELACION HISTORICA
DEL VIAGE
A LA AMERICA MERIDIONAL
HECHO
DE ORDEN DE S. MAG.
PARA MEDIR ALGUNOS GRADOS DE MERIDIANO
Terreſtre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura, y Magnitud de la Tierra, con otras varias Obſervaciones Aſtronomicas, y Phiſicas:
Por DON JORGE JUAN, *Comendador de Aliaga, en el Orden de San Juan, Socio correſpondiente de la Real Academia de las Ciencias de Paris,* y DON ANTONIO DE ULLOA, *de la Real Sociedad de Londres: ambos Capitanes de Fragata de la Real Armada.*
PRIMERA PARTE, TOMO PRIMERO.
IMPRESSA DE ORDEN DEL REY NUESTRO SEÑOR
EN MADRID
Por ANTONIO MARIN, Año de M.DCC.XLVIII.

Instituciones menores

A un ámbito más local había otras instituciones, como las alcaldías, los corregidores, los cabildos y los regidores.

Los gobiernos locales emanaban de la base urbana, es decir, de las pequeñas ciudades que lentamente se organizaban en municipios. Cuando las ciudades eran reconocidas como tales, se las dotaba de un «cabildo» o gobierno municipal, del que formaban parte el gobernador local, los alcaldes y los regidores o consejeros municipales, así como un jefe de policía conocido como «alguacil mayor», un intendente, un escribano y un alférez real.

El cabildo tenía funciones muy diversas, siendo relevantes las de tipo económico. Podía adjudicar tierras en propiedad, racionar alimentos, gestionar los asuntos y bienes comunales, fijar los estatutos de las industrias artesanales, establecer precios y salarios, etc. Este incipiente poder popular cayó pronto en manos de oligarquías, y en el siglo XVII la institución estaba totalmente desacreditada.

La preocupación del poder real por controlar los gobiernos locales se tradujo en la institucionalización de la figura del «corregidor», nombrado y cesado a criterio del virrey. Los corregidores proliferaron extraordinariamente en el virreinato de Perú debido a sus extraordinarias dimensiones, y a mediados del siglo XVIII había en todo el continente sudamericano más de 200 de estos funcionarios. Es necesario señalar que a finales del siglo XVI, necesitando la corona recaudar dinero, puso a subasta numerosos cargos de corregidor, accediendo a ellos personajes ambiciosos e indeseables.

Desacreditada la institución de los corregidores, la administración colonial puso en marcha la creación de otra figura: las «intendencias». A partir de 1764 éstas asumieron facultades de los gobernadores y los corregidores.

Entre este conglomerado de instituciones y cargos habían dos que tenían una función muy específica, y que de hecho no eran instituciones estables, sino coyunturales: la «visita» y la «residencia».

La visita podía ser ordenada en cualquier momento por el Consejo de Indias, si tenía noticias de abusos y grandes corrupciones por parte de los órganos de poder colonial. Entonces designaba un magistrado visitador dotado de excepcionales poderes de decisión. En los siglos XVI y XVII se realizaron más de sesenta visitas de inspección. Luego, en la época del Despotismo Ilustrado, se generalizaron hasta convertirse en un hecho corriente.



Izquierda, lucha entre indios y soldados brasileños. Viejo papel pintado francés.

Página anterior, portada del relato, editado en 1748, del viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa a América del Sur para medir los grados de meridiano. (Biblioteca Nacional, Madrid.)

La residencia consistía en una especie de juicio, al que eran sometidos necesariamente todos los funcionarios al concluir su período de mandato, incluyendo a los virreyes. Esto era un modo de magnificar los buenos gobiernos, pero también condicionaba coactivamente a los funcionarios en activo, pues éstos sabían que su labor sería finalmente valorada por la residencia.

Las instituciones socioeconómicas

Varias fueron las formas organizativas instauradas por los españoles para promover el trabajo de los indios, que en la práctica era forzoso, y que basculaba entre el semi esclavismo y la semi servidumbre.

En primer lugar cabe destacar la institución de la «encomienda», de origen castellano, cuyo objetivo era reglamentar las relaciones de los colonialistas con los amerindios. En esencia, la encomienda significaba la cesión por los indios de sus tierras productivas, de las cuales se hacía cargo un «encomendero» designado por el rey de España. El encomendero las usufructuaba en régimen de propiedad, y además tenía derecho a tributo por parte de los indios que trabajaban en la encomienda, aunque no tenía propiedad sobre las personas físicas ni sobre las áreas territoriales en las que vivían los autóctonos. Se trataba de una institución próxima a la servidumbre y al modo de producción llamado «asiático», basado en una burocracia que, sin poseer derechos físicos sobre las clases trabajadoras, sí vivía de sus tributajes, convirtiéndose en un aparato estatal parasitario.

La encomienda dio lugar a unos abusos extraordinarios, pero la corona siguió manteniendo la institución, aunque intentó controlar aquellos abusos. En el siglo XVII se dispensó a las mujeres de tributar, y poco después se prohibió al encomendero recaudar directamente los tributos de la encomienda, tarea que fue adjudicada a los corregidores. Sin embargo, en los territorios de más difícil acceso la encomienda clásica se mantuvo hasta el siglo XVIII, en que fue declinando por sí misma, hasta el punto de que hacia el año 1720 el número de indios «libres» era ya muy superior al de indios «encomendados».

Finalmente, en aquel mismo año la encomienda fue abolida –excepto la de Yucatán, que lo fue en 1787–, pues no se correlacionaba con las nuevas realidades socioeconómicas.

El «repartimiento» fue una forma de trabajo obligatorio, que a veces era denominado «encomienda mitaya», pues de hecho era una variante de la encomienda. El fundamento de esta institución residía en la consideración –tan poco aplicada en la metrópoli, especialmente en Castilla y sus dominios– de que el trabajo era necesario para «una correcta salud» y como elemento que permitía «superar los vicios». El Estado atribuía a los asentamientos coloniales contingentes de mano de obra para desempeñar trabajos diversos durante un tiempo concreto. De hecho, cada comunidad amerindia estaba obligada a suministrar a los asentamientos coloniales grupos de trabajadores por períodos de tiempo determinados. Este sistema era menos opresivo que el de la encomienda propiamente dicha –sin dejar de ser humillante y explotador–, pues la mano de obra utilizada no estaba adscrita ni a la tierra ni a un propietario, y su trabajo era compensado por un reducido salario. Además, el reclutamiento lo realizaban los corregidores, y era controlado para evitar que los colonos se excedieran en sus expectativas.

A principios del siglo XVII el repartimiento declinó, pero sin desaparecer, quedando en la práctica limitado a la ganadería y las minas.

La «mita» fue otra de las instituciones sociolaborales puntales de la colonización española en América. En la práctica, la mita era un repartimiento forzado de indios destinados a trabajar en servicios y en las minas. Los indios adscritos a esta institución trabajaban seis días a la semana, de lunes a sábado, desde la hora siguiente de la salida del sol hasta su ocaso, con una hora de descanso al mediodía. Los trabajadores eran seleccionados de entre los hombres de 18 a 50 años de edad, y su servicio duraba un año. Luego, no podían ser reciclados en otra mita hasta pasados siete años, y su trabajo era remunerado con un ínfimo salario. En la realidad, la mita, a causa de los abusos y de las transgresiones de la ley, provocó una tremenda mortandad entre los amerindios, pues las labores mineras eran de una dureza excepcional. Los propietarios rebajaban los períodos de reposo al mínimo y los indios dormían en las mismas galerías de la mina, y durante el trabajo eran dramáticamente estimulados por la acción del látigo de los capataces. Según el cronista Capoche, la mita proporcionaba «más sangre que plata». Potosí, el gran centro argentífero de Perú, fue sede de una terrible mortandad y de fugas masivas.

El virrey conde de Lemos solicitó de Carlos II, en 1668, la abolición de la mita, proponiendo su sustitución por un mercado de trabajo libre, pero no fue hasta el reinado de Felipe V, en 1719 cuando la institución fue abolida nominalmente, aunque en la práctica prosiguió, hasta que las Cortes de Cádiz, en 1812, la abolieron definitivamente.

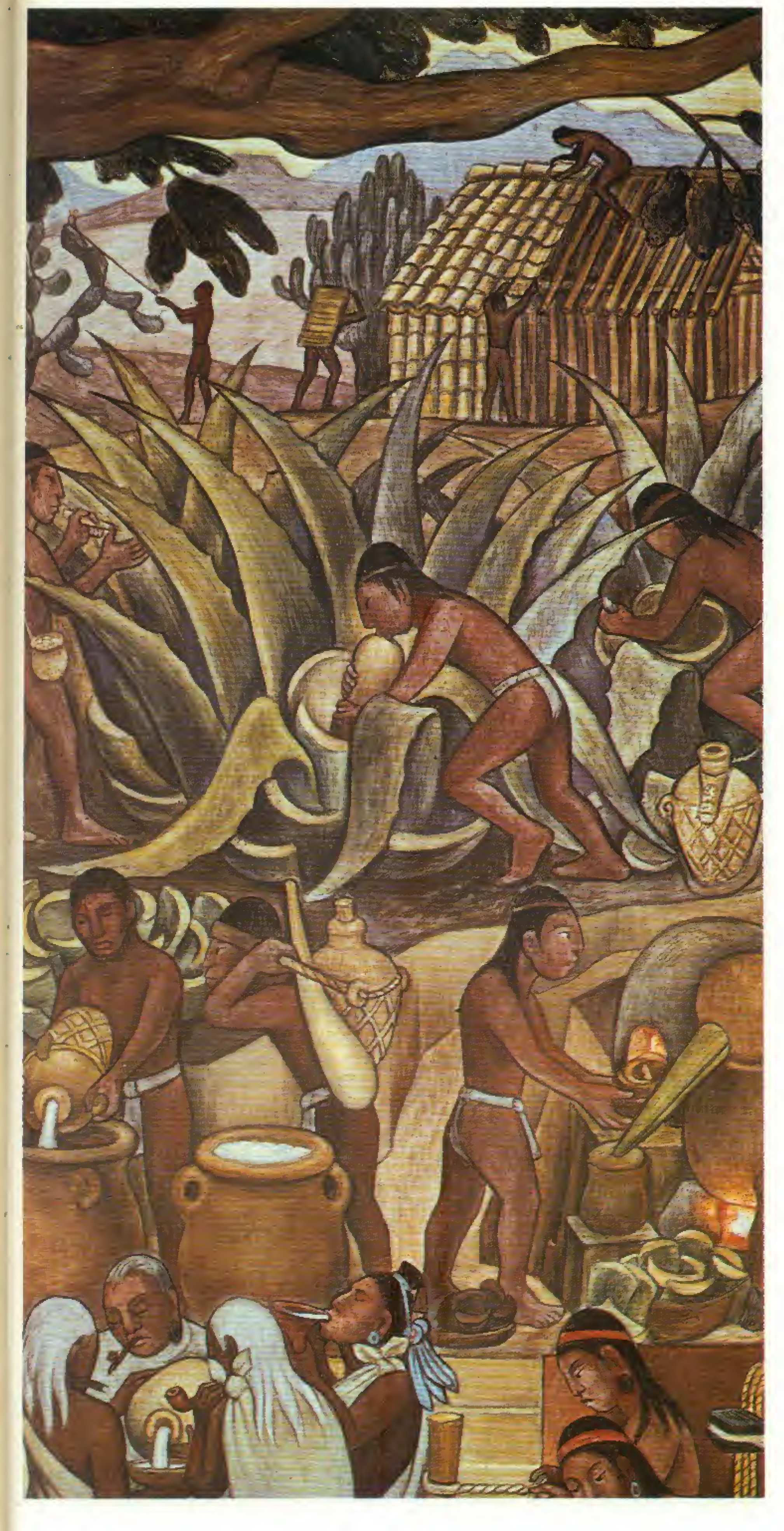
Otras instituciones menores eran los «obrajes», manufacturas en las que trabajaban indios y a las que cabe considerar como una de las primeras formas de organización capitalista del trabajo. Los «porteos» significaban la movilización de indios para largos desplazamientos con cargas. En las Antillas y México existían los «naborios», indios de servicio y dependientes de otros indios, en general individuos capturados en guerras. Y en Perú, una institución similar era la «yunacona», integrada por indios vasallos de otros indios, que eran cedidos a los españoles.

A la gran masa de semi esclavos indios se sumó, a partir del siglo XVI, una amplísima cantidad de mano de obra proveniente del África negra, trasladada a América a través de un intenso tráfico esclavista, especialmente alentado por ingleses y holandeses, pero también por franceses, españoles y portugueses. Los esclavos negros fueron introducidos en América con criterios estrictamente comerciales, con precios que fluctuaban según las épocas y la «calidad» de la «mercancía». Se ha calculado que entre finales de siglo XVI y mediados del XVIII llegaron a la América de habla hispana 550.000 esclavos negros, y a Brasil, cerca de dos millones.

Los esclavos negros provenían esencialmente de Senegal, Gambia y Guinea, y a finales del siglo XVII también de Angola. Su reproducción en el continente americano fue muy dura, y se cree que al final del período colonial, es decir, en los inicios del siglo XIX, ascendían a 2.300.000 individuos. Su trabajo se realizaba en régimen de estricta esclavitud, y no fue hasta las Cortes de Cádiz cuando se decidió su abolición.

Los grupos raciales en la sociedad colonial

En la América dominada por los españoles no funcionó el sistema de *apartheid* entre las diversas razas convergentes, es decir, no se generó allí –al contrario de los territorios dominados por los ingleses– un sistema absolutamente estratificado en función del origen racial. Desde un punto de vista racial, la sociedad colonial hispanoamericana fue abierta y exogámica, lo cual no significa que no existieran aprensiones raciales, pero sí que fueron limitadas.



El pulque, *obra del pintor mexicano Diego Rivera.*

El cruce racial o mestizaje se inició ya prácticamente con la llegada de los primeros conquistadores, todos ellos hombres, iniciándose un proceso de apropiación de las mujeres amerindias, que puede englobarse dentro del proceso general de servidumbre a que fueron sometidos los indígenas. En parte, al principio las mujeres autóctonas eran donadas a los visitantes como muestra de amistad, y es bien sabido que Hernán Cortés tuvo una amante que se hizo célebre: Marina. En 1514 un decreto real autorizó de modo definitivo la celebración de matrimonios entre españoles y amerindias, e incluso en 1539 la corona obligó a los encomenderos a casarse con una india en un plazo de tres años.

En cambio, el proceso con los negros fue completamente distinto. La corona, en 1541, decretó que lo mejor era que los negros casaran con mujeres de su misma condición racial, aunque las relaciones entre blancos e indios con negros nunca estuvieron realmente prohibidas. La sumisión de los negros, sometidos a un régimen de esclavitud abierta, eran un signo de deshonra que actuaba de freno para cualquier relación.

En el siglo XVIII, concretamente en 1776, se prohibió a los menores de 25 años de edad que contrajeran matrimonios mixtos sin disponer de autorización paterna. Medida que, sin embargo, fue inviable. Puede considerarse, pues, que las relaciones interraciales a través del matrimonio estaban en la práctica liberalizadas, lo cual constituye una muestra de madurez por parte de los dominadores. Es necesario señalar que la Iglesia católica desempeñó un papel decisivo en la conformación de tal situación, aunque en definitiva lo que trataba de evitar era la proliferación del concubinato. Se prefería la mezcla racial a la institucionalización de la figura de la concubina. Sin embargo, el concubinato fue una constante en la historia de la colonización americana por los españoles.

Todo ello no significaba que la sociedad colonial fuera una sociedad abierta en todos los sentidos, pues el ámbito de la producción mostraba clarísimamente una estratificación, que se plasmaba en una jerarquía social con el siguiente contenido: en la cúspide de la pirámide se hallaban los españoles, los criollos, y los mestizos con rango legitimado por las instituciones políticas; a continuación figuraban los indios; luego, los mestizos sin legitimar, y los negros o mulatos libres; finalmente, los esclavos negros.

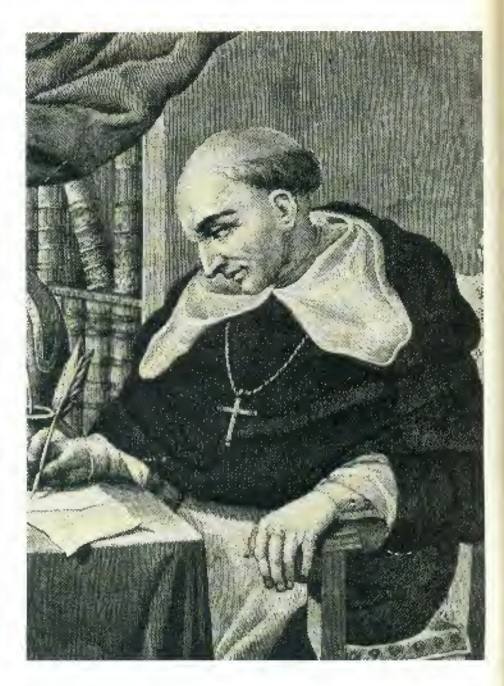
Es necesario señalar, con respecto a los indios, que en teoría eran hombres libres, con opción a elegir sus jefes políticos y económicos, carecían de la obligatoriedad de prestar servicios militares, y en ningún caso estaban sujetos a comparecencia ante la Inquisición. De todos modos, las instituciones ya analizadas, como la mita, la encomienda, el repartimiento, etc., indican claramente cuáles eran las limitaciones de aquella aparente libertad.

La jerarquía social citada se mixtificó con las mezclas raciales. Los mestizos, que al principio eran asimilados con facilidad, perdieron gradualmente sus derechos, e incluso se creó una polémica entre el rey Felipe II y el Papado, pues el primero pretendía que los mestizos no pudieran militar en órdenes religiosas. Con el paso del tiempo la segregación progresó, siendo considerable en el siglo XVIII, hasta el punto de que se llegó a una situación próxima a un racismo excluyente, con iglesias y corporaciones que limitaban el acceso de personas según su origen racial (en Caracas, México y Perú). Sin embargo, esta tendencia no llegó a consolidarse.

La Iglesia y las misiones

La participación de la Iglesia católica en la organización de la sociedad colonial se realizó a dos niveles. Inicialmente, la Iglesia otorgó a la corona española el dominio de las tierras descubiertas. Las bulas de Inocencio IV, Julio II y León X concedieron a los monarcas españoles el derecho de recaudar y distribuir los diezmos, a cambio de la construcción de iglesias y el compromiso de introducir el cristianismo. En las cuestiones administrativas, las autoridades eclesiásticas quedaron sometidas al control de los virreyes y de las Audiencias. Inicialmente, la tarea evangelizadora debían promorcionarla los encomenderos, pero la única preocupación de éstos era de tipo económico, por lo que finalmente se ofreció a la Iglesia la responsabilidad de cristianizar a las comunidades indígenas. El proceso se inició en Nueva España a finales del siglo XVII, asumiéndolo la orden de los franciscanos, cuya labor debía consistir en la imposición no sólo de sus ideas religiosas, sino también de la cultura occidental.

Sin embargo, la esperanza de crear un «nuevo Reino de Dios» en América les impulsó a adoptar actitudes a veces contrarias a los intereses del poder central, como por ejemplo, aprender las lenguas aborígenes antes que enseñar el castellano, y traducir las obras religiosas más importantes a dichas lenguas. Al poco tiempo, estas actividades fueron supervisadas por la Inquisición. Posteriormente, llegaron a América las órdenes de los dominicos, agustinos, mercedarios y jesuitas.



La fundación de una de las primeras «reducciones» de Paraguay se atribuye al obispo franciscano Pedro Fernández de la Torre (1555), aunque fue la orden de los jesuitas quien las desarrolló como tales, ya que la corona les había reservado la evangelización de la zona fronteriza de Paraguay. El sistema de las reducciones consistía en aislar a los indios de los españoles —pues éstos proporcionaban malos ejemplos a la población indígena—, en pequeñas comunidades organizadas y estables, para así poder desarrollar una eficiente cristianización. Este aislamiento favoreció a la administración, pues facilitaba la recaudación de impuestos, pero a la vez destruía la cultura y la religión de los pueblos amerindios, a los que sin escrúpulos de ningún tipo se les impuso una religión extraña a su cultura. Con la alienación espiritual de estos pueblos —que se opusieron muchas veces al sistema de las reducciones, sobre todo en Nueva España; o bien, como en el caso de Perú, intentaron adaptar sus viejas creencias a la nueva religión impuesta—, el estado español aseguraba su control sobre la población, mucho más que a través de los gobiernos municipales, y la Iglesia obtenía a su vez una fuente fija de ingresos como compensación por parte del Estado.

En el siglo XVIII el número de reducciones controladas por los jesuitas abarcaba a unos 60 pueblos, con una población de unos 200.000 habitantes (se le llegó a llamar el «Imperio jesuítico»). En 1768 las reducciones pasaron a ser dirigidas de nuevo por los franciscanos, tras la expulsión de los jesuitas por la política del Despotismo Ilustrado.

Debe destacarse la importancia y trascendencia que tuvieron algunas reducciones, y algunas misiones —como la de Vera



Izquierda, pintura colonial de autor anónimo. (Colección privada de Castro y Velázquez, Quito.)

Página anterior, el misionero español Bartolomé de Las Casas (1474-1566), que llegó a ser obispo de Chiapas. Autor de la Brevísima relación de la destrucción de las Indias *(1552), obra en que critica duramente la explotación a que son sometidos los indios.*

Cruz, donde los clérigos impidieron el repartimiento de los indios entre los colonos españoles–, y también la utópica aspiración de algunos capellanes como Bartolomé de Las Casas y Diego de la Torre, quienes, aunque colaboraron con el Estado, lograron mitigar con sus denuncias la lamentable situación de los indígenas.

El control y la represión religiosa en América, al igual que en España, se realizó mediante los tribunales de la Inquisición. Primeramente se crearon en Lima (1569) y México (1571). Mestizos, negros y mulatos fueron perseguidos por sus ideas, quedando solamente a salvo la población amerindia, a la que se disculpaba por ser muy reciente su iniciación a la religión estatal.

Durante el siglo XVIII, la principal función inquisitorial fue «sancionar» a quienes preconizaban las nuevas ideas ilustradas y reclamaban una mayor «libertad» política, económica y religiosa.

La Inquisición, al igual que la mayoría de las instituciones coloniales, no desapareció hasta principios del siglo XIX, por decreto de las Cortes de Cádiz.

La política económica

La política económica se orientó desde un principio a obtener el máximo beneficio de las nuevas tierras. El Estado no sólo se reservaba una quinta parte de los beneficios que producían los minerales extraídos, sino que ademas poseía el monopolio del tráfico comercial y el control sobre cualquier mercancía que se comercia-



lizara. Fundamentándose en las teorías mercantilistas de la época, el Estado intentaba impedir la formación de grandes fortunas privadas, a la vez que procuraba incrementar sus propios ingresos, ya que la política absolutista que practicaba así lo requería.

Los beneficios aportados a España por el comercio de las riquezas americanas hicieron que la metrópoli obviara otras actividades económicas. Se impusieron numerosos impuestos sobre la importación y exportación de materias primas, como por ejemplo la «alcabala». Tales impuestos, aunque teóricamente debían servir para aumentar los beneficios, creaban una situación contradictoria, pues al encarecer las mercancías provocaban la reducción de su consumo.

La organización de las rutas comerciales fue muy importante, pues a través de ellas llegaban los nuevos productos a España. El golfo de México fue el punto de encuentro de las flotas provenientes de España, y de los convoyes que llegaban de México o del Alto Perú, a través del istmo de Panamá, o también de los de Nueva Granada, que lo hacían a través de Magdalena y Cartagena.

El monopolio del tráfico comercial lo poseía prácticamente la Casa de Contratación, y Sevilla y Cádiz eran los puertos españoles más importantes. El intercambio se mantuvo de forma más o menos constante durante los siglos XVI, XVII y XVIII, pero su intensidad disminuyó considerablemente en el siglo XVII, a causa de la crisis coyuntural que experimentaba España, y por la aparición del contrabando, que llegó a adquirir tales dimensiones, que durante el período de 1640 a 1760 su volumen comercial era superior al del tráfico oficial.

A partir del siglo XVIII, los centros exportadores más importantes fueron Nueva España y Cuba.

La política intervencionista y proteccionista que España practicó sobre la economía americana, así como la posesión del monopolio comercial de sus recursos, fueron algunas de las causas que impidieron el desarrollo económico. El auge que la producción había alcanzado en el siglo XVI y principios del XVII se eclipsó, al darse conjuntamente una serie de circunstancias que a la larga modificarían la situación económica de las colonias, y de forma indirecta la de España. En primer lugar, debe constatarse la disminución de la producción, por agotamiento, de las principales minas, es decir, las de San Luis de Potosí, las de Zacatecas, las de Durango y las de Guanajato, entre otras. Esta diminución fue causada, en parte, por la falta de aplicación de innovaciones tecnológicas que hubieran permitido la profundización de las galerías, y también por el descenso de la producción en las minas de Huancavelica, que proporcionaban el mercurio necesario para el refinamiento de la plata. Pero su incidencia no fue tan importante como para provocar una reducción de la importación española de minerales. Esta última debe atribuirse principalmente a los efectos del contrabando y al incremento de las necesidades americanas, que llevaron a reservar parte del mineral extraído para su propia acuñación de moneda. Por otra parte, la economía americana, que no vivía una situación de crisis como la europea, experimentaba lentamente una importante transformación: la sustitución de la primacía de la explotación minera por la de la explotación agropecuaria.

El descenso de la producción y la necesidad de importar mano de obra negra, por la mortandad de la población indígena, redujeron los beneficios mineros, y los propietarios prefirieron invertir sus capitales en la compra de tierras. La despoblación indígena había dejado muchas tierras vacías, de las que se apropiaron los colonos, y otras fueron sencillamente arrebatadas o compradas a muy bajo precio. La crisis que atravesaba la economía



Vista de Cajambé, *realizada por Marchais, según apuntes de Alexander von Humboldt, que exploró la América central y meridional. (Bibliothèque Nationale, París.)*

Página anterior, fraile franciscano exigiendo la limosna a un campesino americano. (Museo Biblioteca Aurelio Espinosa Polit, Quito.)

española hizo que la corona instrumentalizara esa situación, reconociendo las expropiaciones de los colonos a cambio de percibir parte de los beneficios que se obtuvieran de ellas. Por otra parte, se pretendía crear una clase media de agricultores, pero ello no fue así, pues surgió una clase latifundista que poseyó el control absoluto sobre las tierras y sobre los hombres que iban a trabajarlas. Naborios, yanaconas y repartimientos continuaron utilizándose, pero la forma de trabajo que empezaba a predominar era el peonaje. Los peones, teóricamente libres, resultaban más rentables, ya que eran pagados con un salario ínfimo, o bien mediante la concesión de un pequeño trozo de tierra.

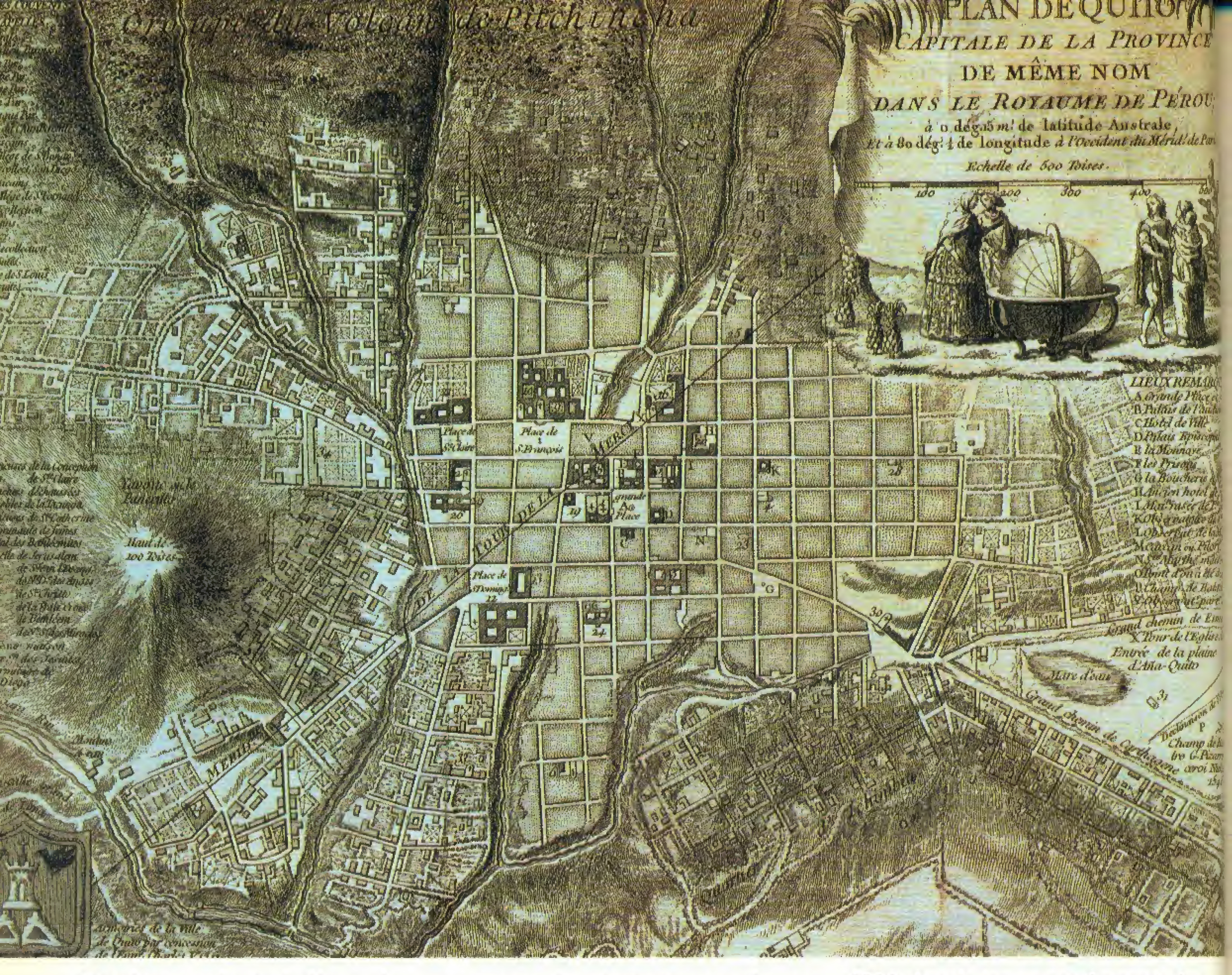
Inicialmente, la principal actividad económica que se desarrolló en los latifundios o haciendas era la ganadería. Ésta tenía un rendimiento rápido y cuantioso, y requería poca mano de obra. Junto al perfeccionamiento cada vez mayor de estas grandes haciendas ganaderas, en el siglo XVIII se formaron grandes centros agrícolas, especializándose por regiones. Así, por ejemplo, los valles del sur de Perú se dedicaron al cultivo de la vid y el olivo, Puerto Rico, Jamaica y Cuba cultivaron caña de azúcar, y Colombia, café.

La actividad adquirió importancia con la producción de tejidos y la expansión de los obrajes, manufacturas donde trabajaban principalmente indios, generalmente muy mal remunerados.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII se produjo un proceso de recuperación económica, que varió en intensidad según las regiones. La minería experimentó un auge mayor que el alcanzado durante el siglo XVI. El crecimiento demográfico aumentó y facilitó la mano de obra necesaria, y la adaptación de las nuevas técnicas de extracción, drenaje y refinado, junto a la utilización de la pólvora y las grúas montacargas, permitieron incrementar la producción y sus rendimientos. En 1803, la producción de plata en Nueva España suponía el 67% de la plata americana. En Perú, la lentitud del crecimiento demográfico condicionó la recuperación económica, pero en 1774 Potosí ya producía el 40% de la plata andina.

Las concentraciones financieras y la tecnificación de los obreros de las minas, a través de las Escuelas de Minas —la de México fue fundada en 1783—, fueron otros factores que colaboraron en el nuevo impulso de la producción minera.

La agricultura también se desarrolló con la creación de las grandes plantaciones especializadas. Entre ellas destacaban las de cacao, en la región de Cumaná-



Barcelona, en el este de Venezuela, que poseía una extensión de 30.000 hectáreas. El monopolio sobre estas plantaciones lo ejercía la Compañía Real Guipuzcoana. El monopolio del tabaco en la región de Barinas, también en Venezuela, produjo importantes beneficios, llegando a sustituir en importancia al del cacao. Las plantaciones de caña de azúcar en Cuba experimentaron un gran desarrollo en el siglo XVIII, y Buenos Aires se especializó en la conserva de carnes.

Las principales ciudades coloniales, México, Lima, Quito, Cartagena y Potosí, eran los centros de mayor actividad económica, comercial y política, experimentando un gran crecimiento demográfico.

Resistencias y conflictos

La resistencia de los indios a la explotación colonialista estuvo siempre latente, y en muchas coyunturas alcanzó una intensidad abierta. También cabe señalar que los esclavos negros protagonizaron, en ocasiones, levantamientos espontáneos, y los propios criollos adoptaron actitudes de rebeldía frente a la política de la metrópoli.

Desde el punto de vista de la resistencia de la población autóctona, es decir, los amerindios, a pesar de la carencia de investigaciones históricas sobre la cuestión, cabe destacar especialmente el movimiento que en Perú dirigió Manco Capac, en las regiones septentrionales de aquella zona, a finales de la primera mitad del siglo XVI.

El inca Manco Capac era hijo de Huayna Capac y miembro de una dinastía gobernante en el Alto Perú. Fue elegido por Pizarro para ser utilizado como gobernante marioneta, con el fin de que sirviera a los intereses colonialistas. En una primera fase, este emperador títere siguió las consignas de Pizarro y hubo de tolerar las vejaciones a que era sometido su pueblo, e incluso él mismo era objeto de burla y escarnio por los conquistadores. En esa situación, escapó de Cuzco y se dirigió al valle de Yucay, reuniendo un ejército de 50.000 indios y sitiando la capital en 1536, durante casi un año. La acción fracasó por la excesiva confianza de Capac en su victoria, pues no dio importancia a una fuga, cuyos protagonistas llevaron a Chile la noticia de la desesperada situación de la colonia peruana, y desde allí fueron enviados refuerzos.

Desde un punto de vista militar, cabe señalar la inteligencia con que los sublevados combatieron la temible —para ellos— acción de la caballería: lanzaron bolas que derribaban a los jinetes por la caída del caballo, y cavaron fosas en cuyos fondos habían estacas puntiagudas.

Fracasado el cerco de Cuzco, el líder indio adoptó la acción guerrillera utilizando su conocimiento de la alta montaña, organizando la resistencia en Vitcos, localidad situada en una zona de muy difícil acceso, en el valle sagrado de Urubamba. En este lugar, los incas rebeldes reorganizaron su reino y restablecieron sus costumbres políticas, cotidianas y religiosas. Mientras, prosiguió su acción guerrillera contra los colonialistas y muy especialmente contra los poblados y tribus colaboracionistas con aquéllas. En 1540,



Izquierda, estatua ecuestre del conquistador español Francisco Pizarro (1476-1541) en la plaza de Armas de Lima (Perú).

Página anterior, plano de Quito, realizado en 1741 con motivo de la expedición de Charles la Condamine para medir la longitud de un arco de meridiano (Museo Biblioteca Aurelio Espinosa Polit, Quito.)

Capac intentó atraerse a partidarios de Almagro despechados, siendo éstos quienes le asesinaron en 1545. A partir de ese momento, el reino inca rebelde fue sometido a intensas presiones por parte de los españoles. El nuevo líder, Titu Cusi, intentó mantener la independencia, especialmente religiosa, lo que exacerbó los ánimos de la Iglesia católica, que les declaró herejes. En 1571 murió Titu Cusi –que dejó notable cantidad de datos sobre la rebelión de su padre–, sucediéndole en el liderazgo amerindio Tupac Amaru, su hermano. Éste reanudó la guerrilla, pero fue finalmente capturado y ejecutado públicamente en Cuzco a modo de escarmiento.

En el siglo XVI la resistencia india en Yucatán fue durísima, culminando en la rebelión de 1546. Sofocada ésta, el núcleo insurrecto se organizó en el área de la cultura itzá, al norte de Petén, manteniéndose este reino independiente hasta 1695, sin que las sucesivas expediciones de conquista pudieran someterlo. Finalmente el jefe Canec se sometió voluntariamente al dominio colonial. En las islas antillanas también surgieron diversos movimientos de resistencia, en Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. En estas islas los movimientos fueron reprimidos brutalmente, y solamente cedieron a medida que la población era exterminada por los ocupantes.

En México, hacia 1541 se levantaron los indios de Nueva Galicia, comandados por su líder, de nombre cristiano, Diego el Zacateco, que resistió en las sierras montañosas. En el territorio de Nuevo México estalló una gran rebelión en 1680, que tuvo varios altibajos, y en la Baja California las tribus cochimis, guayacuras y pericues rechazaron la evangelización cristiana dirigida por los jesuitas. La situación se hizo extremadamente violenta en 1733, remitiendo a partir de esa fecha con la llegada de tropas coloniales.

En los territorios meridionales del subcontinente cabe destacar la situación creada a principios del siglo XVIII en la Pampa, donde mientras el ganado fue abundante las relaciones entre indios y españoles fueron relativamente tranquilas, pero al intensificar los colonialistas la explotación ganadera y decrecer el número de cabezas, los indios comenzaron a pre-

sionar sobre los enclaves españoles motivados por el hambre.

Pero quizá la más famosa de todas las rebeliones amerindias fue la de los araucanos de Chile, quienes formaban una sociedad amplia, integrada por tribus independientes y muchas veces hostiles entre sí. Sin embargo, aquellas tribus y clanes hallaron el nexo común de la oposición a los colonizadores españoles. Por otra parte, eran gentes belicosas, relativamente bien armadas. Frente a la presión española, se organizaron federalmente y se adaptaron a las nuevas necesidades de la guerra, llegando a dominar el uso del caballo, que arrebataban a los colonialistas, ideando útiles de monta más ágiles y eficaces que los de los conquistadores. Asimismo, aprendieron a cortar las vías de suministros de éstos, desviando cursos de agua y asaltando caravanas. La rebelión alcanzó sus momentos más álgidos entre 1598 y 1600. Finalmente, los españoles reaccionaron, y gradualmente fueron sometiendo a los araucanos con la ayuda y colaboración de otras tribus.

Tupac Amaru

La rebelión dirigida por este caudillo en 1780 fue el hito más importante en las rebeliones amerindias contra los ocupantes.

José Gabriel Tupac Amaru intentó reorganizar la nación inca; él mismo descendía directamente de un antepasado de igual nombre ejecutado por los españoles en Cuzco, en 1572, por promover y dirigir un movimiento liberador. Tupac Amaru era un hombre de notable cultura, occidentalizado, que cursó estudios en la Universidad de San Marcos, en Lima. Tras una etapa de controversias con las autoridades coloniales, en las que intentó que fuera suprimida la mita en Potosí, en noviembre de 1780 asumió la dirección de una insurrección, capturando al corregidor de Tinta, al que se juzgó y condenó a muerte por tirano unos días después. De pronto, el líder inca se convirtió en un héroe en todo el territorio peruano, identificándosele como un «justiciero» que devolvería a los incas su libertad y autogobierno.

El 16 de noviembre de 1780, Tupac



Amaru extendió un edicto por el que eran liberados todos los esclavos, recorriendo triunfalmente los pueblos y aldeas del territorio, sin atreverse a atacar la fortaleza de Cuzco.

Sus vacilaciones permitieron la reorganización militar española, que contaba con la colaboración de otros caciques incas, envidiosos y despechados del halo redentorista cobrado por Tupac Amaru. En 1781 éste decidió atacar Cuzco, pero era ya demasiado tarde, y tras una semana de duros combates en las afueras de la capital, las fuerzas rebeldes se replegaron a Tinta, donde el líder inca fue capturado por los españoles y ejecutado el 18 de mayo de 1781. Unos días más tarde corrieron la misma suerte su mujer y sus hijos.

Sin embargo, su nombre perduraría en la memoria de los indios, y muchos años después, en la segunda mitad del siglo XX, diversos movimientos revolucionarios le tomarían como ejemplo y asumirían su mismo nombre.

Las revueltas de los esclavos

Los negros y mulatos protagonizaron también diversas sublevaciones ya a partir del siglo XVI, concretamente en 1552 y 1583, en el territorio de Nueva Granada. En el siglo XVII estallaron conflictos en el territorio de la actual Colombia, cuando



Izquierda, Tupac Amaru (1742-1781), cacique peruano, de nombre José Gabriel Condorcanqui, que organizó un ejército indio y se levantó contra los españoles. Fue ejecutado en Cuzco y la sublevación reprimida brutalmente.

Página anterior, cuadro de la época colonial que representa a un mestizo con sus padres. (Museo de América, Madrid.)

los cimarrones de Tuy se sublevaron, y en el siglo XVIII el negro Guillermo se convirtió en el líder de una revuelta también en aquella zona.

Estas rebeliones eran respuestas desesperadas a situaciones de extrema opresión, y los sublevados acababan siendo sometidos y aplastados, después de haber saqueado haciendas y capturado caciques y propietarios de plantaciones, a los que aplicaban el mismo trato que ellos habían recibido.

La más célebre de las rebeliones esclavas fue la protagonizada por el negro Miguel, sublevado en 1551, quien llegó a proclamarse rey y organizar una corte, cercando las poblaciones españolas de Nueva Segovia y El Tocuyo, en Nueva Granada.

El ya citado Guillermo combatió en las montañas durante cuatro años, entre 1770 y 1774, estableciendo alianzas con los indios y sembrando el terror entre los hacendados coloniales.

Los precursores de la independencia

Todos los movimientos de este tipo, precursores de lo que serían los movimientos independentistas de América Latina en el siglo XIX, fueron dirigidos por criollos y se desarrollaron dentro ya del siglo XVIII.

Especiales características tuvo la llamada «rebelión comunera» de Paraguay, que estalló en 1721 como resultado de las tensiones entre el cabildo de Asunción y el gobernador Diego de los Reyes Balmaceda. El virrey envió un auditor para que arbitrara, José de Antequera, pero éste se puso al lado de los criollos que apoyaban al cabildo y asumió la gobernaduría. Tropas de Buenos Aires le derrotaron y capturaron, poniendo fin a un intento en el que los sublevados mostraron sus ansias independentistas, vinculadas a un ideario liberal y a un anticlericalismo, manifestado en la aversión hacia el gran poder asumido en Paraguay por los jesuitas, que controlaban totalmente la vida de los indios.

En 1749 estalló en Venezuela otro movimiento insurreccional criollo, producto al parecer del descontento existente entre hacendados de plantaciones por la política monopolista de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Fue este un conflicto típico de intereses económicos, en que ambas partes reivindicaban el apoyo del rey.

Más populista fue la rebelión de Quito en 1765, producida como rechazo de un nuevo sistema impositivo creado por la autoridad colonial, que significaba la elevación de la alcabala y derechos sobre bebidas alcohólicas, especialmente sobre el aguardiente, de gran consumo, cuyo comercio quedaba como monopolio de las compañías españolas. La revuelta fue iniciada por los sectores más pobres de la población criolla, y se cebó en los funcionarios de la administración, sin que fueran asaltadas haciendas o propiedades locales.

En 1780-1781 estalló en Nueva Granada la revuelta llamada de los «comuneros» de Socorro y Mérida, con un significado político más amplio y profundo que las otras rebeliones criollas. Se inició como rechazo de una nueva política fiscal, y a la acción se sumaron indios, mestizos e incluso esclavos negros. Las primeras manifestaciones brotaron en Bogotá y Tunja, y en la ciudad de Socorro cobraron una dimensión revolucionaria, sobresaliendo en su organización los criollos Juan Francisco de Berbeo y José Antonio Galán, que prepararon un ejército y amenazaron con asaltar la capital del virreinato. El levantamiento se extendió a Mérida, y los sublevados asumieron el nombre de «comuneros», intentado así dar una connotación social a su acción insurreccional. En 1781 el visitador, representante del virrey, aceptó la cancelación de los nuevos impuestos, y el movimiento comenzó a disgregarse, esencialmente a causa de la cuestión racial, pues los criollos rechazaban ahora la colaboración de los grupos humanos considerados inferiores. Galán llegó a convencer a los indios para que ocupasen tierras, y a los esclavos les prometió la liberación. En 1782 se reorganizó la represión, y Galán, capturado, fue preso y ejecutado.

Finalmente, un criollo ilustrado, rico hacendado de Bogotá, llamado Nariño, promocionó la circulación de textos de la Re-





Izquierda, pueblo indio de Brasil, hacia 1640. Durante los siglos XVI y XVII las poblaciones aborígenes fueron diezmadas en América Central y del Sur. (Oliveira Lima Collection, Catholic University of America, Washington D.C.)

Página anterior, poblado indio de Pomeiock, en América del Norte (1585), por John White.

volución francesa, especialmente la Declaración de los Derechos del Hombre. La difusión fue bastante masiva en 1794, por lo que las autoridades españoles intervinieron, encarcelando a Nariño en Cádiz. Sin embargo, éste se fugo y pasó a Francia, donde, junto con otros criollos, preparó un plan para la emancipación americana.

El proyecto fue trasladado a Venezuela, y en Caracas comenzaron a funcionar organizaciones secretas liberales y republicanas. Sin embargo, este incipiente movimiento libertador fue descubierto, y sus promotores deportados y ejecutados. En 1799 estaba prácticamente liquidado, pero era la antesala de las próximas y triunfales actividades emancipadoras de Bolívar y San Martín.

El Brasil portugués

Por el Tratado de Tordesillas, en 1494, el territorio portugués debía incluir «toda la tierra a 370 leguas» de una línea trazada al oeste de las islas de Cabo Verde. Los portugueses esperaban que esta zona contuviera el mítico continente de la Atlántida. No fue así, pero en abril del año 1500 Pedro Álvarez Cabral descubrió dentro de los límites de la demarcación la costa de Brasil y reivindicó este país para Portugal.

Al dedicar la mayor parte de su esfuerzo en ultramar al océano Índico, Portugal poco hizo al principio para desarrollar su nueva colonia. De hecho, sólo consiguió mantenerla en su poder gracias a que parecía revestir muy escasa importancia económica, ya que, según se creía, producía poco más que maderas para tintes. Con todo, los traficantes ingleses y, especialmente, los franceses ocasionaron problemas hasta que finalmente fueron rechazados. Posteriormente, el cultivo de la caña de azúcar obtuvo un modesto éxito. Los plantadores portugueses de caña azucarera llevaban largos años de prosperidad en la isla africana de Sao Tomé, pero en la década de 1570 las rebeliones de los esclavos indujeron a muchos de ellos a emigrar a Brasil. Esto alentó considerablemente el comercio de esclavos en el Atlántico y también hizo que Brasil resultara más atractivo para las potencias extranjeras. Cuando en 1580 el Imperio portugués fue absorbido por los españoles, el acontecimiento no sólo desmoralizó a los brasileños portugueses, sino que provocó que cayeran sobre ellos los enemigos de España.

Los franceses realizaron nuevas incursiones que concluyeron en 1615, pero los holandeses consiguieron mejores resultados. Tras varios intentos fallidos en las primeras décadas del siglo XVII, consiguieron por fin un sólido enclave en Recife, en 1630. A los pocos años habían conseguido controlar casi 2.000 kilómetros de litoral brasileño. Los holandeses, especialmente durante la juiciosa administración de Juan Mauricio de Nassau, garantizaron los derechos de propiedad y las libertades religiosas de los plantadores portugueses. Por consiguiente, la colonia prosperó durante el perído de ocupación, pero cuando Portugal se separó nuevamente de España en 1640, el hecho provocó también una reacción nacionalista en Brasil. Tras diversas insurrecciones contra el dominio extranjero, y después de catorce años de lucha, los holandeses se retiraron.

Nuevamente bajo control portugués, Brasil siguió prosperando gracias al azúcar y al algodón. Sin embargo, la colonia no adquirió su verdadera importancia hasta el siglo XVIII, con el descubrimiento de oro y diamantes.

América del Norte

En el siglo XVII, ingleses, franceses y holandeses quebraron el monopolio espa-



ñol del hemisferio occidental y establecieron finalmente colonias en las Antillas que se enriquecieron con el trabajo de los esclavos africanos. Más al norte, atraídos por el comercio de pieles, los franceses fundaron un imperio inmenso que se extendía desde Quebec hasta el golfo de México. Los ingleses progresaron con mayor lentitud en lo referente al territorio, pero con rapidez mucho mayor respecto al asentamiento.

Al finalizar el siglo, habían poblado densamente el litoral oriental de América del Norte, desde el Maine hasta las dos Carolinas.

Entre 1534 y 1541, el marino francés Jacques Cartier realizó una serie de viajes que le permitieron llegar hasta Montreal siguiendo el río San Lorenzo. Durante el siglo XVI, numerosos navegantes ingleses buscaron sin éxito un paso del noroeste hacia Asia, en las desoladas extensiones del Ártico canadiense. La finalidad de esas primeras exploraciones fue hallar una ruta marítima hacia el este o bien descubrir ricos imperios indios que permitieran repetir las hazañas españolas en México y Perú. Al disiparse estas esperanzas, surgieron ideas más modestas de carácter colonizador. Durante el último viaje de Cartier, un noble francés llamado Roberval llevó a Canadá un grupo de colonos, pero esta tentativa de colonización fue un fracaso, y veinte años más tarde la colonia de protestantes franceses en Florida fue exterminada por los españoles.

La siguiente serie de intentos se debió a los ingleses. Los hermanastros Humphrey Gilbert y Walter Raleigh habían experimentado en Irlanda con colonias de plantadores y ansiaban aplicar su experiencia al Nuevo Mundo. En 1583, Gilbert reivindicó formalmente Terranova para Inglaterra, pero su intento de asentamiento más al sur finalizó cuando las tempestades destruyeron sus buques y el propio Gilbert pereció ahogado. Raleigh asumió entonces el proyecto de Gilbert y pocos años después tres pequeños grupos de colonos quedaron instalados en la isla de Roanoke y en sus inmediaciones, zona a la que dio el nombre de Virginia. Sin embargo, todos ellos murieron y hubo que esperar hasta el siglo siguiente para que ingleses, franceses y holandeses se establecieran firmemente en América del Norte.

El interés de Francia por el Nuevo Mundo disminuyó por algún tiempo después del fracaso de Roberval, pero siempre había quienes pensaban en el posible beneficio que podía derivarse del monopolio del comercio de las pieles. En 1608, tras un experimento en Nueva Escocia, Samuel de Champlain fundó la ciudad de Quebec junto al río San Lorenzo. Con su ciudadela estratégicamente construida en lo alto de un acantilado y dominando el único gran sistema fluvial que desde el Atlántico penetraba hasta el corazón del continente, Quebec llegó a convertirse en el baluarte de Francia en el Nuevo Mundo.

Champlain fue uno de los más grandes exploradores de todos los tiempos. Impulsado por idealistas visiones imperiales, aunque al propio tiempo muy pragmático, se adentró hasta los Grandes Lagos y llegó por el sur hasta el río Richelieu, organizando el comercio de pieles a medida que avanzaba. También desplegó una brillante diplomacia con los indios y en 1609 formalizó la alianza entre franceses, hurones y algonquinos contra los iroqueses, iniciando con ello un siglo y medio de conflictos entre los franceses y esta última y formidable federación tribal.

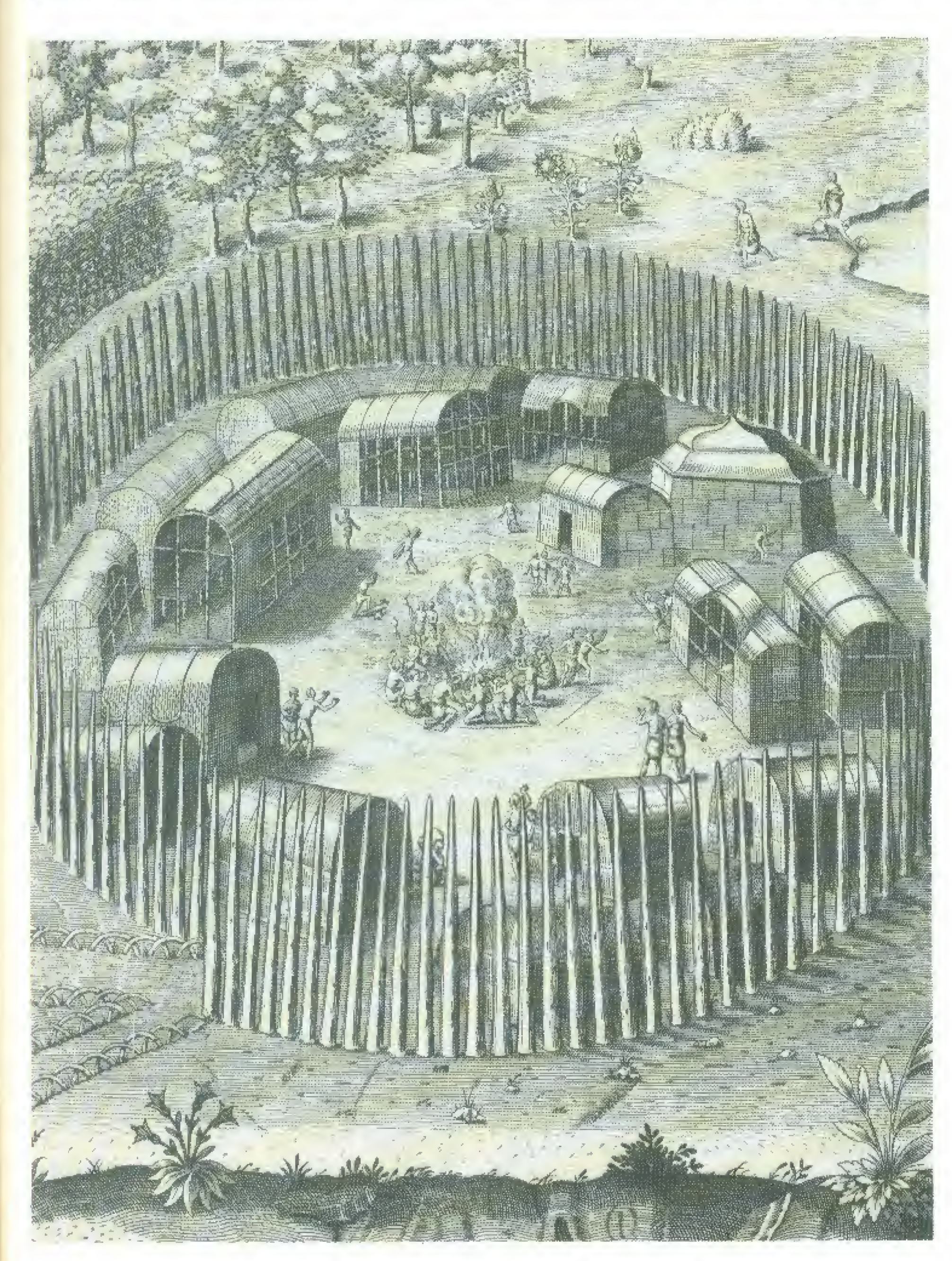
Al principio, el comercio de pieles se desarrolló desordenadamente, pero en 1627 el cardenal Richelieu organizó la famosa Compañía de Nueva Francia, la cual, movida por grandes ambiciones se vio rápidamente sumida en el desastre. Estalló la guerra con Inglaterra y los hermanos Kirke, bucaneros ingleses, tomaron Quebec y aniquilaron al mismo tiempo la expedición de colonos y provisiones en la

que la compañía había invertido la mayor parte de su capital inicial.

Quebec fue devuelta a Francia en 1632, y Champlain regresó como gobernador, pero el gran explorador falleció tres años más tarde y la Compañía de Nueva Francia quedó considerablemente debilitada. No obstante, fue reorganizada en la década de 1640 y empezó a rendir beneficios, pero ello no impidió que el número de colonos de Nueva Francia fuese minúsculo y que la colonia quedara arrasada poco después a causa de unas desastrosas guerras con los iroqueses. Hasta el reinado de Luis XIV no volvería a prosperar Nueva Francia.

Los intereses de Raleigh en el Nuevo Mundo fueron asumidos finalmente por una organización que llegaría a ser conocida como la Virginia Company y que fue puesta bajo la presidencia de Thomas Smyth, un aventurero de los negocios. En 1607, el capitán Christopher Newport, con un grupo de colonos y respaldado por aquella compañía, fundó Jamestown frente a la bahía de Chesapeake, el primer asentamiento inglés permanente en América. En el primer año de su existencia la nueva colonia estuvo a punto de perecer debido al hambre y a la malaria, pero el enérgico John Smith logró restablecer la situación mientras pudo salvar su propia vida después de ser capturado por el jefe indio Powhatan, gracias a la célebre y oportuna intervención de Pocahontas, hija del jefe, que más tarde se casaría con un inglés y se trasladaría a Inglaterra, donde falleció.

La Compañía de Virginia había aspirado a grandes beneficios con el descubrimiento de minas de oro o con la producción de vino y seda. Estas esperanzas re-



Izquierda, poblado indio en Virginia, dibujo realizado por la expedición de Raleigh en 1585.

Página anterior, Walter Raleigh (1554-1618), navegante inglés responsable de la organización de las colonias británicas en Norteamérica. (National Portrait Gallery, Londres.)

sultaron ilusorias, pero en 1612 un colono llamado John Rolph, que se había casado con Pocahontas, empezó a cultivar tabaco. Con gran horror por parte del rey Jacobo I, la producción de esa «vil mala hierba» resultó ser la salvación de la colonia y la base de su futura prosperidad. El duro pero necesario período de rígida disciplina militar y de propiedad comunitaria de la tierra llegó finalmente a su conclusión. Los colonos recibieron sus propias parcelas y el gobierno fue puesto en manos de un gobernador civil y de un consejo responsable ante la Compañía de Virginia. Se permitió a los colonos la representación en una Asamblea electa y el establecimiento de esta forma de administración, la cual se convertiría en modelo para todas las colonias británicas, y revestiría en el futuro una gran importancia.

La Compañía de Virginia no tuvo la misma fortuna que la colonia. A pesar de varias reorganizaciones y proyectos para reunir capital, empezó a debilitarse financieramente, y en 1624, el rey Jacobo I asumió la responsabilidad real de la colonia, con lo que concluyó la administración de la compañía. Mientras, había sido descubierto casualmente el archipiélago de las Bermudas, cuando unos colonos que se dirigían a Virginia naufragaron y llegaron a la isla principal. Más importante todavía fue la fundación de Maryland, en 1632, por Cecil Calvert, segundo lord Baltimore. Maryland, erigida en el flanco de la bahía de Chesapeake opuesto al de Virginia, fue otorgada como propiedad y ello dio a lord Baltimore poderes feudales sobre el territorio. Éste esperaba que la colonia fuese comercialmente rentable y también un puerto seguro para sus correligionarios católicos, y en cierto modo resultó ser ambas cosas. Sus habitantes no tardaron en cultivar tabaco y económicamente la colonia se asemejó a una Virginia en miniatura.

Los católicos no constituyeron nunca mayoría entre los colonos, aunque no había ninguna Iglesia anglicana, y a diferencia de su situación en cualquier otro dominio inglés de la época, los católicos disfrutaron de igualdad de derechos y de libertad de culto.

Algunos mercaderes y colonos holandeses habían desarrollado cierta actividad en el río Hudson desde que Henry Hudson exploró esta zona en 1609. La primitiva Compañía de la Nueva Holanda tardó en sacar de allí algunas ventajas, pero la gran Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, fundada en 1621, empezó a impulsar sus negocios.

En el año 1626, Peter Minuit compró a los indios la isla de Manhattan; poco tiempo después fue absorbida una embrionaria colonia sueca y así surgió Nueva Holanda.



Este asentamiento era básicamente una colonia entregada al comercio de pieles, centrada alrededor de Nueva Amsterdam (hoy Nueva York), con su bastión protector de Wall Street y sus industriosos habitantes trabajando a lo largo del Hudson. Desde el principio, el comercio con los indios consumió la mayor parte de sus energías, aunque había también algunos asentamientos de carácter agrícola, incluidos préstamos de tierras sobre las cuales el dueño o patrón mantenía derechos señoriales y un poder casi absoluto. En tiempos de la conquista inglesa en 1664, Nueva Holanda contaba con cerca de 7.000 almas y un largo período de buen gobierno bajo Pieter Stuyvesant, quien había alentado la colonización. Con todo, la colonia siempre fue un activo de poca importancia en la Compañía de las Indias Occidentales, y fueron pocos los holandeses convencidos de que su país había hecho un mal negocio cuando finalmente abandonó toda reivindicación en esta zona a cambio de la confirmación de sus derechos en Surinam, en América del Sur.

Al mismo tiempo que Virginia empezaba a prosperar merced a sus plantaciones de tabaco, aparecían en el norte una



serie de nuevas colonias inglesas con una identidad radicalmente distinta de la de sus vecinos meridionales. Los *pilgrims*, o «peregrinos», eran una pequeña y humilde secta religiosa que había abandonado Inglaterra a causa de una legislación intolerante. En septiembre de 1620 zarparon desde Plymouth a bordo del *Mayflower*, y llegaron a Cape Cod, Massachusetts, dos meses más tarde. Lejos de todo gobierno, redactaron su propio contrato político a bordo y crearon la primera constitución escrita entre todos los pueblos de habla inglesa. Eran gente diligente y muy laboriosa y no tardaron en establecer la colonia de Nueva Plymouth que serviría de modelo a otras muchas posteriores.

El primer asentamiento inglés en el norte fue seguido pronto por un proyecto mucho más importante. En Inglaterra, muchos puritanos eran perseguidos por el gobierno de Carlos I y hostigados por el

Izquierda, reconstrucción de las casas de los primitivos «peregrinos» (puritanos ingleses), en Plymouth: primeros vestigios de la llegada de colonizadores a América del Norte. Al fondo, el Mayflower II, *que cruzó el Atlántico en 1957 y es una réplica del barco que hizo esta travesía en 1670 conduciendo a los colonos.*

Página anterior, territorios europeos en América del Norte.



partido del alto clero. Un grupo de ellos logró una concesión de terrenos en América del Norte y constituyó la Massachusetts Bay Company, amparándose en una carta real. La nueva compañía tuvo desde un principio la idea de formar una colonia. En 1629, adquirieron las participaciones de todos aquellos accionistas que no deseaban emigrar a América, y un año más tarde partió una avanzadilla, bajo el mando de John Winthrop, para fundar una nueva colonia. Nuevas emigraciones incrementaron su número y en 1640 habían ya 14.000 puritanos en Massachusetts.

El hecho de que Massachusetts fuese en su origen una compañía o colonia corporativa influenció en cierto modo su forma de gobierno. El gobernador, el consejo y la asamblea eran elegidos tal como unos accionistas podían elegir un presidente y un consejo de directores, lo que no significa que la Massachusetts puritana fuese una democracia. El electorado era minoritario y quedaba estrictamente reducido a los miembros de la Iglesia, cuidadosamente seleccionados. Los puritanos aplicaban su ortodoxia religiosa con rígida insistencia, y quienes disentían de ella fueron perseguidos casi desde los comienzos. Massachusetts estaba también decidida a mantener una independencia política y a tener la menor relación posible con la metrópoli.

Esta intolerancia de Massachusetts no tardó en crear nuevas colonias. Los puritanos se dieron prisa en expulsar de sus filas a personas como Roger Williams, que creía en la plena libertad de conciencia, y Anne Hutchinson, que seguía su propio ideario místico en teología. Ambos y otros semejantes, viajaron hacia el sur, donde Williams fundó finalmente la provincia tolerante de Rhode Island. Otros buscaron regiones y fértiles tierras todavía sin explotar y gracias a ellos surgieron las colonias de Connecticut y New Haven.

Si los puritanos mostraron tan poca tolerancia con unos radicales tan fervorosos como Roger Williams y Anne Hutchinson, cabe imaginar qué clase de estorbo debieron significar para ellos los colonos de índole más revoltosa. En la cercana Quincy, un abogado renegado llamado Thomas Morton se instaló junto con un grupo de mercaderes, hombres duros y codiciosos. Allí se dedicaron a vender bebidas alcohólicas y armas de fuego a los indios y ocupaban sus horas de ocio bebiendo y bailando con muchachas indias desnudas alrededor de un poste adornado, según se dijo, con versos obscenos. Los puritanos se apresuraron a enviar a Morton a Inglaterra, pero el abogado estuvo a punto de tomarse el desquite. Desde el punto de vista de la corona, Massachusetts era sólo un subasentamiento en una zona ya otorgada a una entidad conocida como el Consejo de Nueva Inglaterra, bajo la presidencia de Ferdinando Gorges. Al principio, éste había contemplado con benevolencia los asentamientos puritanos, a los que consideraba pertenecientes a su jurisdicción, pero más tarde decidió emprender una acción contra ellos. A instigación de Gorges, Carlos I declaró que se apoderaría de Nueva Inglaterra como había hecho su padre con Virginia, y Gorges recibió el nombramiento de primer gobernador real.

Sin embargo, el buque de Gorges naufragó en el viaje a América, y, más tarde, el comienzo de la guerra civil en Inglaterra terminó para siempre con la posible esperanza que Carlos I pudiera tener respecto a reforzar su autoridad allende el océano.



Los «pieles rojas»

La conversión de los «pieles rojas» al cristianismo fue siempre un objetivo de todas las potencias europeas que colonizaron el Nuevo Mundo. En la práctica, los españoles asumieron esta misión seriamente, los franceses algo menos, y los ingleses y los holandeses casi la relegaron al olvido. Tras un breve período de buenas relaciones establecidas bajo los auspicios de Pocahontas y su pueblo, los colonos virginianos libraron una serie de guerras fronterizas con indios que temían que sus territorios de caza desaparecieran para siempre. Los puritanos del norte se creían personas «elegidas por Dios para habitar la tierra que Él nos ha destinado», y trataban a los indios como los israelitas lo hicieron con los cananeos.

En cuanto a los indios, en su mayoría se dedicaban a la caza y a la pesca, practicando algo de agricultura itinerante. Eran valientes guerreros, pero pronto se vieron superados en número y, en general, eran incapaces de coordinar acertadamente sus esfuerzos. Muchos de ellos fueron muertos, muchos más fallecieron a causa de enfermedades, y al finalizar el siglo habían sido obligados en su gran mayoría a retirarse desde el litoral hasta los montes Alleghenny. En el tramo alto del río Hudson y al norte del lago Erie, sin embargo, vivían tribus mucho más poderosas y mejor asentadas, que poseían grandes aldeas y cultivaban el maíz. Los más meridionales de éstos habían formado una confederación, la famosa Liga de las Cinco Naciones, y eran conocidos por los franceses como los *iroquois* (iroqueses). Guerreaban a menudo con sus vecinos del norte, los hurones. El comercio de las pieles no tardó en exacerbar este conflicto, ya que los iroqueses actuaban como intermediarios para los holandeses y más tarde para los ingleses, en el río Hudson, en tanto que los hurones se aliaron con los franceses. Aunque menos organizados, los hurones eran más numerosos y excelentes guerreros; a sus territorios, y siguiendo las huellas de los comerciantes de pieles, llegaron sacerdotes jesuitas, como avanzadilla de la diplomacia francesa, y poco después pareció como si esa zona fuera a convertirse en otra teocracia jesuítica. Por desgracia, una epidemia mermó los efectivos de los hurones, al mismo tiempo que entre sus filas surgía una profunda pugna

Arriba, marineros ingleses comerciando con nativos de las Indias Occidentales en el siglo XVI. Cien años después se verían rodeados por miles de europeos y negros que venían a trabajar en las plantaciones americanas.

Página anterior, jefe indio enseñando a los colonos la columna erigida por los primeros exploradores en Florida. En algunos lugares los nativos y los europeos llegaron a acuerdos amistosos. (Chicago Historical Society, Chicago.)

entre cristianos y paganos. En este momento fatal, los iroqueses comenzaron su gran ofensiva del año 1640. Los hurones fueron virtualmente exterminados, el comercio francés de pieles quedó truncado y pronto corrieron peligro incluso los asentamientos del río San Lorenzo. Pasaría algún tiempo antes de que los franceses recuperasen su iniciativa en América del Norte.

Las Antillas

El entusiasmo despertado por sus descubrimientos en el continente hizo desviar el interés de los españoles respecto al Caribe. En el siglo XVII sólo habían colonizado las islas de mayor tamaño y de muy escasa densidad, en tanto que las numerosas islas pequeñas de ese mar seguían siendo territorio virgen. En 1622, Thomas Warner descubrió St. Kitts, y tres años después una colonia inglesa, dirigida por Warner, y otra francesa, mandada por el *sieur* d'Esnambuc, cooperaban pacíficamente en la diminuta isla.

Deste St. Kitts se propagó la colonización. Los ingleses ocuparon la cercana Nevis y Montserrat, mientras que en 1625 John Powell descubrió la isla deshabitada de Barbados, más grande y fértil. Por su parte, d'Esnambuc había enviado colonos para que ocuparan Martinica, la isla más importante. Más tarde, Francia agregó Guadalupe y Santa Lucía a su lista de posesiones, y en 1635 se formó una compañía mercantil que debía responsabilizarse de las colonias francesas en las Antillas.

Con anterioridad, un intento de los puritanos ingleses para fundar una colonia en la isla de Providence fracasó, pues el nuevo asentamiento se convirtió en un nido de piratas y fue eliminado por los españoles. Sin embargo, la idea de saquear a los españoles por un lado, y por el otro comerciar ilegalmente con sus colonos, no era ni mucho menos exclusiva de los puritanos de Providence. En este tipo de actividad, fueron los holandeses los primeros en conseguir un éxito rotundo. En 1628, en la batalla naval del Matanzas, el almirante holandés Pieter Heyn grabó para siempre su nombre en la historia del Caribe al capturar intacta la escuadra española del tesoro. Este fabuloso latrocinio, que permitió a la Compañía holandesa de las Indias Occidentales repartir entre sus accionistas grandes dividendos alentó a otros corsarios, pero tal hecho sólo se repitió dos veces durante el período colonial.

También los holandeses reivindicaron colonias para sí, —Curaçao, Aruba y San Eustaquio—, que fueron empleadas como



enclaves comerciales donde se podía vender ilegalmente artículos holandeses a los colonos españoles.

En lo que se refiere a las islas inglesas y francesas, el principal acontecimiento ocurrido en ellas fue la revolución del azúcar, a mediados de siglo. Una vez importadas de Brasil las nociones del cultivo de la caña azucarera, toda la base económica de la zona se transformó. En 1650, la mayoría de las islas pequeñas se dedicaban ya a este cultivo, encabezadas por Barbados en cuanto a los ingleses, y por Guadalupe respecto a los franceses; dicho cambio tendría un efecto inmenso en la demografía de las Antillas. Durante un primer período, las islas habían absorbido un gran número de inmigrantes blancos en calidad de modestos agricultores, pero el cultivo de la caña azucarera requería grandes capitales, extensas plantaciones y abundante mano de obra. Al poco tiempo, los grandes plantadores de caña empezaron a adquirir las tierras de los pequeños plantadores de tabaco, mientras la población blanca de las islas se reducía rápidamente y el número de esclavos negros aumentaba sin cesar. Esto alentó enormemente el tráfico de esclavos y, al mismo tiempo, reportó grandes riquezas a los plantadores blancos, y con ello a los comerciantes de Francia e Inglaterra. Sin embargo, fue preciso esperar hasta el siglo siguiente para que los dos colosos de la producción azucarera caribeña —la Jamaica británica y el Santo Domingo francés— se erigieran en las más importantes colonias de sus respectivos imperios occidentales.

En Inglaterra la gran guerra civil puso fin temporalmente a la monarquía inglesa que fue suplida por la Commonwealth. Al principio, algunas de las colonias inglesas, tanto en el Caribe como en el continente americano, conservaron sentimientos monárquicos, pero una flotilla puritana enviada desde Inglaterra no tardó en modificar esta situación. Sin embargo, provincias como Massachusetts, que servían teóricamente a la Commonwealth, quedaron en un estado de virtual independencia.

El acceso de Oliver Cromwell al poder absoluto en Inglaterra volvió a centrar los acontecimientos en las Antillas. La política de Cromwell apuntaba hacia ideas tan arcaicas como la formación de una liga de todas las potencias protestantes contra la católica España, por lo que se planeó un nuevo ataque a la América española al que se dio el grandilocuente nombre de el «designio occidental». El hecho se redujo a enviar a una de las fuerzas expedicionarias peor organizadas que jamás hayan partido desde las costas inglesas, con el objetivo de conquistar La Española. Corría el año 1655 y los españoles demostraron a sus adversarios su capacidad de resistencia, aunque los desalentados jefes ingleses consiguieron finalmente capturar Jamaica, defendida por una escasa guarnición, como una especie de premio de consolación. Cromwell tenía, en lo relativo a política exterior, una noción anticuada, pero afortunadamente tropezó con Ja-



Arriba, ruinas de Panamá la Vieja, que fue asediada por piratas y corsarios por su floreciente actividad, desde que fue fundada en 1519 hasta que fue destruida por el inglés Morgan en 1671. La nueva capital se reconstruyó en 1673 a 65 kilómetros de estas ruinas.

Página anterior, indios brasileños atacando y martirizando a misioneros y soldados europeos en 1624.

maica, que si bien apenas considerada en aquella época, se convertiría en la «reina del azúcar» dentro del imperio mercantil británico, un siglo más tarde. Mientras tanto, la isla demostró poseer una utilidad de índole muy diferente: servir de base a los bucaneros, que a partir de entonces iniciaron su período dorado a base del asalto y saqueo de los buques y colonias españolas.

El término «bucanero» debe su origen a un grupo de franceses que vivían curando carne o *boucan* en las costas deshabitadas de La Española. Eran gente pacífica, hasta que los españoles destruyeron sus viviendas y les acosaron. Tras hacerse a la mar, los bucaneros se tomaron una terrible venganza. Reforzados por numerosos aventureros ingleses y holandeses, formaron grandes flotas y organizaron ejércitos irregulares, y durante una generación aterrorizaron el Caribe. El más famoso de ellos fue el inglés Henry Morgan, un hombre que amasó una fortuna al saquear tres de las colonias españolas más ricas. Ordenaba a los prisioneros caminar descalzos sobre brasas de carbón para obligarles a revelar donde escondían sus bienes; colocaba a los frailes y monjas que capturaba delante de sus tropas para que les alcanzaran las balas de sus compatriotas españoles, y mandó ejércitos que asesinaron a toda clase de gentes y violaron mujeres en todas las islas ocupadas por españoles. Finalmente, por el tratado de Madrid, en 1670, los españoles accedieron a reconocer las colonias inglesas en el Caribe y los ingleses a prescindir de los bucaneros.

Morgan se retiró, fue nombrado caballero y gobernador de Jamaica, y pudo beber a su antojo hasta su muerte.

El mercantilismo

El mercantilismo fue una doctrina económica que aportó la teoría necesaria para la expansión imperial hasta finales del siglo XVIII. Básicamente, los mercantilistas creían que todas las potencias europeas estaban enzarzadas en una lucha a vida o muerte sobre el control de las riquezas naturales del mundo. Las naciones que consiguieran la mayor parte de esta riqueza prosperarían todavía más, pero las que se viesen privadas de ella se debilitarían inevitablemente y tal vez perecerían.

Los primeros economistas imaginaban la riqueza natural como el hecho de amasar metales preciosos y lingotes de oro. Más tarde, el concepto mercantil fue ampliado para incluir también determinados artículos de consumo. El objetivo principal consistía en construir un Estado autárquico capaz de producir todo lo que necesitara y de librarse de toda dependencia con respecto a potencias rivales. Tal fue la fuerza motivadora subyacente en la expansión imperial europea de la época, si bien rara vez se desarrollaron las cosas según estaba planeado. A la larga, era la misma geografía y las demandas del consumidor, más que las teorías mercantilistas, lo que dictaba qué había de producirse. Los europeos se precipitaron sobre artículos tales como el azúcar, el tabaco, el café, el algodón, el cacao y el índigo, que habían demostrado su aptitud para producir inmensos beneficios, y cuya demanda, en siglos anteriores, había sido inexistente o severamente limitada. De todos ellos, el azúcar era el más valioso y, por consiguiente, tanto para ingleses como franceses las Antillas se convirtieron en punto focal de sus imperios americanos.

A finales del siglo XVII, la diminuta isla de Barbados se convertía en la joya de la corona Imperial británica, con una potencia comercial incluso superior a la de todas las colonias continentales, mucho más extensas.

El mercantilismo presentaba muchas implicaciones interesantes. Puesto que la «riqueza de la nación» era la primera de las consideraciones, se dio por sentado que el Estado intervendría a fondo en los asuntos económicos de ultramar. Los holandeses mostraron el camino con la creación de dos enormes compañías mercantiles monopolísticas, la de las Indias Orientales y la de las Indias Occidentales, que eran casi como departamentos del propio gobierno. Sin embargo, la expresión legislativa más famosa del sistema mercantil fueron las leyes británicas de Comercio y Navegación, iniciadas a mediados de la década de 1650. Estas leyes trataron de exponer los principios según los cuales los artículos importantes producidos en las colonias debían ser enviados directamente a Gran Bretaña y no a otros países; los artículos adquiridos a cambio por los colonos debían ser enviados directamente desde la metrópolis, y el transporte debía ser efectuado por medio de buques británicos o coloniales. Puesto que el comercio mercantil era el comercio de ultramar, este sistema realzó enormemente el valor del poderío marítimo y alentó a todas las naciones a construir grandes barcos y organizar marinas mercantes. El mercantilismo significaba también que las colonias existían en beneficio de la metrópoli y no viceversa. Por consiguiente, los habitantes de las colonias, aunque se esperaba que obtuvieran su parte en la riqueza del Imperio, no dejaban de estar política y económicamente supeditados a los dictados de los gobiernos europeos.





Restauración de los Estuardo y expansión posterior

En Inglaterra, la vuelta de los Estuardo al poder en 1600, estuvo acompañada por una nueva explosión de entusiasmo en lo referente a las actividades coloniales, de las que las *Navigation Acts* no fueron más que una expresión. Se planeó una nueva y extensa colonia inmediatamente al sur de Virginia cuando, en 1663, Carlos II promulgó una carta de propiedad que abarcaba el territorio que sería conocido como Carolina. Sin embargo, esta empresa se caracterizó principalmente por las absurdas expectativas de los propietarios en lo referente a rápidos reintegros financieros, y por la constitución, ridículamente autoritaria, que para los colonos redactó el filósofo John Locke, conocido paradójicamente por sus ideas políticas antiautoritarias. La mayor parte de esta zona permanecería deshabitada hasta el siglo siguiente.

No obstante, surgieron nuevas colonias inglesas más al norte, a lo largo del litoral atlántico. En 1664, cuando Inglaterra y Holanda estaban en guerra, el duque de York, hermano del rey Carlos, organizó la expedición que conquistó Nueva Holanda. A continuación, el duque hizo de este territorio propiedad colonial suya y le dio su nombre. Sin embargo, no tardó en vender las partes más meridionales a otro grupo de propietarios; y así nacieron las colonias de Nueva Jersey del Este y del Oeste.

Mayor importancia tuvo la gran colonia creada por William Penn, amigo del duque de York. Como albergue para sus correligionarios cuáqueros, Penn adquirió derechos de propiedad en lo que después sería Pennsylvania, como pago de una deuda que con él había contraído la Corona. Cuando Carlos II murió y el duque de York ascendió al trono con el nombre de Jacobo II, Nueva York se convirtió en colonia real. En cambio, Pennsylvania fue propiedad privada hasta la Revolución norteamericana.

La era de la Restauración presenció también la formación de dos grandes compañías mercantiles, con miembros y asociados de la familia real entre sus accionistas. La Royal African Company fue organizada para dar una base más sólida al tráfico de esclavos, en tanto que la Hudson's Bay Company tenía como misión explotar la riqueza en pieles del Ártico canadiense. Esta última compañía sufrió diversas vicisitudes durante los años siguientes a la guerra con Francia, pero logró sobrevivir y todavía funciona hoy.

Además de la fundación de colonias, los estadistas de la Restauración se enfrentaron al problema de conferir mayor efectividad a la autoridad real. La notoria independencia de las colonias de Nueva Inglaterra fue anulada finalmente por la intervención de la flota inglesa y por su propio temor al poderío francés que iba en aumento. Por último, accedieron a reconocer la soberanía de la Corona y a prometer obediencia a las Leyes de la Navegación. Cuando Jacobo II subió al trono, trató de potenciar esta tendencia, y las antiguas colonias puritanas fueron despojadas de sus cartas y obligadas a incorporarse al recientemente creado Dominio







Arriba, sello de la ciudad de Nueva York, de 1664, año en que los ingleses la arrebataron al dominio holandés. La conquista de esta ciudad significó mayor seguridad para las colonias británicas, al comunicarse por el río Hudson.

Izquierda, arriba, la colonia holandesa de Nueva Amsterdam, al sur de la isla de Manhattan. Los primeros colonos llegaron en 1624 y dos años más tarde la isla fue comprada a los indios por unas cuantas baratijas.

Izquierda, abajo, plano de principios de la década de 1660, mostrando la situación de Mannados o Nueva Amsterdam, fundada en 1647.

Página anterior, izquierda, Cecil Calvert, barón de Baltimore. Propietario de la colonia de Maryland en 1632, que acogió a colonos de todas las creencias religiosas. (Enoch Pratt Free Library of Baltimore, Maryland.)

Página anterior, derecha, primeras casas construidas en Jamestown, Virginia, en 1607. (Library of Congress, Washington D.F.)

de Nueva Inglaterra, junto con Nueva York y Nueva Jersey. Sin embargo, la revolución de 1688 que expulsó a Jacobo del trono, fue seguida por la disgregación de su embrionario Dominio, aunque Guillermo III no permitió que las agujas del reloj dieran marcha atrás por completo. Mientras Nueva York, las Nueva Jersey, Connecticut y Rhode Island recuperaban su anterior *status*, Massachusetts permaneció como colonia real.

No obstante, la evolución más notable de las colonias inglesas en América del Norte nada tuvo que ver con las maniobras de los estadistas de la corte de los Estuardo, pues se basó en el asombroso crecimiento de la población. Gracias a la inmigración y a la reproducción natural, el número de colonos ingleses al finalizar el siglo había pasado de los pocos centenares que desembarcaron en Jamestown a una población de 350.000 almas. Este crecimiento continuó y fue el factor individual más importante en cuanto a decidir quién dominaría finalmente en América del Norte.



Nueva Francia y el comercio de pieles

Atraídos por el comercio de las pieles, los franceses, como ya se ha visto, penetraron en la región septentrional de los Grandes Lagos y se aliaron con los indios hurones, pero cuando los iroqueses contraatacaron y destruyeron Huronia, peligró la existencia de toda Nueva Francia. La amenaza de la extinción física cesó en la década de 1660 cuando una gran ofensiva iroquesa hacia Montreal fue detenida gracias a la famosa defensa de Adam Dollard en Long Sault. Sin embargo, con el comercio de pieles totalmente desorganizado por los iroqueses, la colonia podía perecer si no le llegaba ayuda desde la propia Francia, y esta ayuda se materializó en el reinado de Luis XIV. Colbert, su gran ministro, era un mercantilista dispuesto a dar nuevo aliento a la colonia y, bajo sus auspicios, las antiguas e ineficientes compañías monopolistas fueron sustituidas por un sistema de control real directo, con un consejo encabezado por un gobernador, un obispo y un intendente. En 1665, llegó a Nueva Francia el marqués de Tracy con destacamentos de un escogido regimiento francés, siendo los primeros soldados regulares que sirvieron en la colonia. Un año después, los franceses se adentraron en territorio iroqués y destruyeron los pueblos y fortalezas de los indios. Éstos evitaron una batalla frontal, pero se vieron obligados a pedir la paz.

Una vez eliminada esta amenaza exterior, fue posible reorganizar la colonia. El nuevo sistema, con el gobernador como jefe militar y administrativo, con el intendente al frente de las cuestiones económicas y financieras, y el obispo al cuidado del importantísimo aspecto eclesiástico de la vida (ya que Nueva Francia era una colonia eminentemente católica), garantizaba el bienestar del enclave. Se consiguieron grandes progresos, sobre todo durante el período del celoso intendente Jean Talon (1662-1672), que se esforzó en aumentar la población, logrando un gran incremento en la zona bajo cultivo y el establecimiento de varias industrias modestas.

Finalmente, la vida en la colonia asumió una característica de permanencia. Su base era el sistema señorial, una estructura de administración feudal de las tierras y de deberes feudales, y a pesar de su naturaleza anticuada el sistema funcionó bien. El señor actuaba como magistrado local, y a veces como jefe de la milicia, pero rara vez era mucho más rico que sus súbditos y con frecuencia trabajaba en los campos con ellos. Sus arrendatarios tenían asegurada la plena posesión de las tierras, siempre y cuando pagaran unos pequeños derechos y ayudaran en tareas menores, y gozaban de libertad para vender el arriendo a su antojo. Ni ellos ni el señor tenían poder político alguno, ya que éste era exclusivo del consejo en Quebec.

Por desgracia, podía ocurrir que gobernador, obispo e intendente –destinados a complementarse entre sí– se opusieran unos a otros y paralizaran la administra-

ción. La más famosa de estas controversias —muy numerosas— fue la que se produjo entre Frontenac, el formidable gobernador que quería ampliar el comercio de pieles con la mayor rapidez posible, y Laval, el más grande de los obispos, escandalizado al presenciar cómo el aguardiente enloquecía a los indios y embrutecía la vida de la colonia. Era inevitable que fuese el punto de vista de Frontenac el que finalmente se impusiera. Para el gobierno de París, Nueva Francia no significaba nada sin comercio de pieles, ya que eran las ventas de piel de castor las que sustentaban la colonia. Pero el comercio de pieles era contradictorio con respecto al asentamiento, ya que los agricultores araban la tierra y talaban bosques, ahuyentando con ello a los indios que cazaban castores, y a los propios castores de los que se obtenían las pieles.

Además, muchos jóvenes, cuyos brazos eran necesarios en las granjas, se lanzaban a la vida aventurera, merodeando por los bosques, comerciando, viviendo con los indios y no pocas veces casándose con las indias.

También el comercio de las pieles explica otra característica esencial del Imperio Francés en América del Norte: la enorme extensión de su área. Al quedar las zonas batidas desprovistas de pieles era necesario encontrar otras nuevas, y ello provocaba la expansión del Imperio. Frontenac construyó un fuerte en el lago Ontario y, a finales del siglo, los franceses avanzaban hacia el lago Superior. En el sur, Marquette y Joliet llegaron al Mississippi, en 1673; La Salle siguió el gran río hasta su desembocadura en el golfo de México, en 1662, e Iberville fundó allí una colonia en 1699.

La ocupación de una zona tan vasta llevó inevitablemente a un conflicto con los colonos ingleses, quienes, por su constante aumento, invadían ya las montañas y oteaban las fértiles tierras al oeste. En el conjunto de los dominios franceses de América del Norte, en 1700, apenas hubo más de 10.000 personas. Por tanto, el comercio de pieles creó para Francia un inmenso imperio y lo dotó de hombres —intrépidos mercaderes de pieles y sus aliados indios— capaces de defenderlo con efectividad y coraje, pero hizo también que estos hombres fuesen numéricamente muy escasos.

Los primeros conflictos

La guerra de la Liga de Augsburgo que comenzó en 1689 fue esencialmente una cuestión europea, pero por primera vez la lucha colonial adquirió importancia. De hecho, hubo ya escaramuzas en América antes incluso de la declaración formal de guerra. Los franceses habían capturado factorías en la bahía de Hudson, en tanto que los iroqueses, aliados de los ingleses, habían arrasado la población de Lachine, a unos diez kilómetros de Montreal.

Cuando comenzó la guerra propiamente dicha, el anciano conde de Frontenac fue enviado de nuevo como gobernador de Nueva Francia. Inmediatamente, organizó salvajes incursiones indias contra la frontera de Nueva Inglaterra, pero en 1690 los franceses tuvieron que pasar a la defensiva. En mayo, tropas de Nueva Inglaterra, mandadas por William Phips, tomaron sin dificultad Port Royal, en Nueva Escocia.

En agosto, Phips, con 2.000 hombres y 34 buques, marchó hacia Quebec, pero la expedición no llegó a su objetivo hasta octubre; por otra parte, los franceses no capitularon ante el despliegue de fuerzas enemigas, como al parecer había esperado Phips. Frontenac respondió a su petición de rendición «con las bocas de mis cañones» —tales fueron sus palabras— y después de unas cuantas escaramuzas y un intercambio de cañonazos, las fuerzas de Nueva Inglaterra retrocedieron y se retiraron.

En 1696 los franceses desencadenaron una ofensiva. El propio Frontenac mandaba la expedición que atacó a los iroqueses, mientras que en el transcurso de una brillante campaña el experto *sieur* d'Iberville tomaba Pemaquid, en Maine, atacaba los enclaves ingleses en Terranova, y con un solo navío derrotaba a tres buques de guerra ingleses en la bahía de Hudson.

En las Antillas, las operaciones bélicas terminaron en tablas. Du Casse arrasó Jamaica, pero no pudo conservar la isla. Un ataque francés desde Santo Domingo contra La Española fue atajado por los españoles en la batalla de Limonada, pero el contraataque anglo-español fracasó debido a los estragos causados entre las tropas por una epidemia.

El Tratado de Ryswick, que puso fin a la guerra en 1697, supuso escasas alteraciones en las Antillas, pero los franceses consiguieron algunas ventajas al norte. Nueva Escocia les fue devuelta y, con una sola excepción, conservaron todos los fuertes ingleses en la bahía de Hudson. Mediante un acuerdo por separado, los iroqueses prometieron a Frontenac mantenerse neutrales en futuros conflictos. Por tanto, en el primer choque —aunque leve— entre imperios, los ingleses llevaron más bien la peor parte; sin embargo, Ryswick no fue el final de la cuestión, sino tan sólo el principio.

Página anterior, la ciudad de Quebec a mediados del siglo XVII. Se convirtió en centro administrativo de las colonias francesas en 1663 y sufrió los constantes ataques de los iroqueses y de los ingleses.

Conflictos coloniales en el siglo XVIII



Si el siglo XVII había sido el período de la primitiva construcción de imperios, el XVIII fue una época de conflictos imperiales. La doctrina económica del mercantilismo, que había aportado el impulso para la colonización, influenció también, notablemente, la actividad bélica europea. Por un lado, ayudó a atemperarla, ya que las guerras comerciales eran conflictos mucho menos feroces que los de índole religiosa o nacionalista; por otro, las actitudes mercantilistas confirieron unas probabilidades mucho mayores al recurso de la guerra. La necesidad de controlar crecientemente las riquezas naturales del globo, condujo al deseo de destruir o absorber las colonias propiedad de naciones rivales. Las contiendas se realizaron dentro de un ámbito mundial. En la «guerra de Jenkins», Gran Bretaña desencadenó un gran ataque contra la América hispana y fracasó por completo, pero contra sus enemigos más formidables, los franceses, los ingleses acabaron por salir victoriosos. En una larga serie de campañas coloniales, que alcanzaron su apogeo con la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña despojó a Francia de su control sobre la India y sobre América del Norte.

América Latina

Como hemos visto, el siglo XVII fue un período de declive catastrófico tanto para España como para sus posesiones imperiales. En cambio, en el siglo siguiente el país mostró una cierta tendencia ascendente, ya que la nueva dinastía de los Borbones, que llegó a España en 1700, personificada por Felipe V, aportó al decrépito Imperio unas ideas más modernas, de inspiración francesa. Esta tendencia continuó durante los cien años siguientes y encontró su mejor expresión en el reinado de Carlos III, de 1759 a 1788. Este monarca, aunque no muy inteligente, era sincero en sus buenas intenciones, y la doliente España vio revivir, aunque sólo parcialmente, su anterior fortuna.

Este resurgir fue también evidente en América Latina, debido en parte a circunstancias naturales. En 1700 se detuvo el terrible descenso demográfico y la situación se invirtió, con lo que podía esperarse que las reformas tuvieran un cierto éxito. Al mismo tiempo, el informe secreto de dos oficiales de la armada española, Antonio de Ulloa y Jorge Juan, reveló claramente la inmensa corrupción e indolencia existentes en la administración colonial española.

En el siglo XVIII, casi todo el subcontinente pertenecía a España y Portugal, que excluían a todos los colonos, salvo los de estos dos países. Las únicas excepciones eran la Guayana francesa (Cayena), la Guayana holandesa (Surinam) y los campamentos forestales de los británicos en Honduras, que los españoles intentaron eliminar más de una vez. El Caribe, zona vital a causa de su azúcar, índigo y tabaco, estaba dividido entre Francia, Gran Bretaña y España, y fue uno de los principales escenarios de la guerra colonial.

La zona portuguesa de América Latina era Brasil, y el resto pertenecía a España, cuya expansión era creciente: Texas fue ocupada con carácter permanente (1720-1722); a partir de 1769 se establecieron colonos españoles en la Alta California, y fundaron San Diego, Monterrey, San Francisco y Los Angeles; exploradores españoles penetraron hacia el norte en la



costa occidental, con la intención de adelantarse a británicos y rusos. España adquirió Luisiana (el territorio situado al este del Mississippi) a su aliada Francia como compensación por Florida, que fue cedida a Gran Bretaña en 1763 pero recuperada en 1783. Por tanto, a lo largo del siglo, España consiguió incluso beneficios territoriales en sus negociaciones con sus rivales más poderosos.

La nota dominante del siglo, tanto en la América española como en la portuguesa, fue la expansión, en todos los sentidos de la palabra. En la década de 1720, se instalaron en Uruguay colonos españoles, fundando Montevideo, y otros colonos se establecieron en Patagonia alrededor de 1770. Los portugueses realizaron su expansión al sur y al oeste de Brasil. Las ciudades, sobre todo la de México, prosperaron en tamaño y esplendor, el comercio conoció un auge insólito, se descubrieron nuevas fuentes de riqueza, y los colonos empezaron a visitar el Viejo Mundo.

Gran parte de todo ello fue posible gracias a las reformas en España y Portugal, pero en realidad estos éxitos adelantaron la fecha en la que estas colonias se dispondrían a obtener su independencia. La economía mercantilista alentaba a todos los estados a explotar sus colonias y restringir su desarrollo, y el hecho de que Latinoamérica estuviera gobernada por unos estados pobres en recursos, y militarmente débiles, hizo del aumento de la confianza colonial en sus propios medios un fenómeno peligroso.

La reforma administrativa

En los años de gobierno de los Borbones, se efectuaron muchos y saludables experimentos con respecto a las colonias, tanto a nivel metropolitano como local. En la propia España, se creó en 1714 un nuevo Ministerio de la Marina y las Indias, organismo que demostró ser mucho más moderno y eficiente que el antiguo Real Consejo Supremo, que había realizado una buena tarea en su época pero que ahora quedaba ya desfasado. Sin embargo, el antiguo Consejo permaneció y más bien se dedicó a obstruir el trabajo de su joven rival, pero la mayoría de sus atribuciones pasaron gradualmente a manos del nuevo ministerio en el transcurso del

Arriba, factoría francesa de índigo en las Indias Occidentales. Este producto fue uno de los colorantes más exportados a Europa hasta el siglo XIX.

Izquierda, puerto de Santiago de Cuba (1691). La isla de Cuba, por su agricultura y sus productos minerales, fue codiciada por varias potencias pero, aparte del período 1762-1763, en que la ocuparon los ingleses, estuvo siempre bajo el dominio español hasta su independencia.

Página anterior, América Latina a finales del siglo XVIII. Aparte del Brasil, ocupado por los portugueses, casi todo el subcontinente fue gobernado desde Lima, en el Perú.

siglo. Otra mejora fue el traslado de todas las instituciones administrativas relacionadas con las colonias, de Sevilla a Cádiz, que era un puerto mucho más capacitado para tal función.

En las colonias también tuvieron lugar cambios importantísimos. En el curso de la centuria, el inmenso Virreinato de Perú fue dividido en tres partes. En 1717, las actuales Colombia y Venezuela fueron desgajadas de Perú y se creó el Virreinato de Nueva Granada. Al sur, la zona que abarcaba gran parte de las actuales Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia fue convertida en el Virreinato de la Plata en 1776, con su capital en Buenos Aires. Esta zona, antes gobernada desde Lima, situada a miles de kilómetros de distancia y detrás de la cordillera de los Andes, experimentó entonces un rápido crecimiento que atestiguó la utilidad del cambio. Al mismo tiempo, también mejoraron las cualidades y la capacidad de los virreyes.

En ciertos aspectos, la compleja y costosa estructura gubernamental organizada por España había funcionado notablemente bien, pero durante el último período del siglo XVII se produjeron numerosos abusos. La medida más importante del siglo XVIII para atajarlos, fue la creación de las intendencias, también inspiradas en el modelo francés. Un fallo del antiguo sistema administrativo había sido la gran diferencia entre los espléndidos sueldos de los virreyes y los miembros de las audiencias, por una parte, y de los administradores locales, tales como alcaldes y corregidores, por la otra. Debido a sus menguados salarios, estos últimos habían obtenido la mayor parte de sus ingresos mediante sobornos o exacciones, ya que su insignificancia y la distancia que los separaba de las sedes del poder habían protegido su corrupción de las investigaciones de los organismos más altos. Ahora, sin embargo, los virreinatos quedaron subdivididos en docenas de intendencias regidas por administradores profesionales y bien pagados. Además, en cada intendencia existían otras subdivisiones, administradas por subdelegados que eran nombrados por los intendentes. Con estas medidas, la mayor parte del pueblo podía abrigar al menos una cierta esperanza de justicia.


HISTORIA GENE
RAL DE LOS HECHOS
DE LOS CASTELLANOS
EN LAS ISLAS I TIERRA FI
RME DEL MAR OCEANO. ES
CRITA POR ANTONIO DE
HERRERA CORONISTA
MAYOR DE SU M.D DE LAS
INDIAS Y SU CORONIS
TA DE CASTILLA
En quatro Decadas desde el Año de
1492 hasta el de 531.
Decada primera
Al Rey Nu.ro Señor.
EN MADRID
en la Imprenta
Real
de Nicolas Rodriguez
Franco
Año de 1730.

Resurgimiento económico y defensa colonial

Uno de los motivos del declive, tanto de España como de las Indias, en el siglo XVII, fue el tremendo descenso en la producción de metales preciosos durante este período. Del mismo modo, el resurgir del siglo XVIII estuvo acompañado por un incremento notable en la producción de estos metales, en especial la plata mexicana, ayudada por la reacuñación de la moneda colonial desfasada, emprendida en 1728 bajo la égida de Felipe V. Otros factores —disminución en la escasez de mano de obra, mejores técnicas de extracción minera, y administración más racional de las minas y sus compañías— contribuyeron también a doblar la producción de plata mexicana.

América adquirió también importancia como exportadora de otros artículos. Una creciente demanda de cuero en Europa



Izquierda, grabado del siglo XVIII que representa una escena de comercio en la costa americana del Atlántico.

Página anterior, portada de una historia del Nuevo Mundo, escrita por un cronista español y publicada en Madrid en 1730.

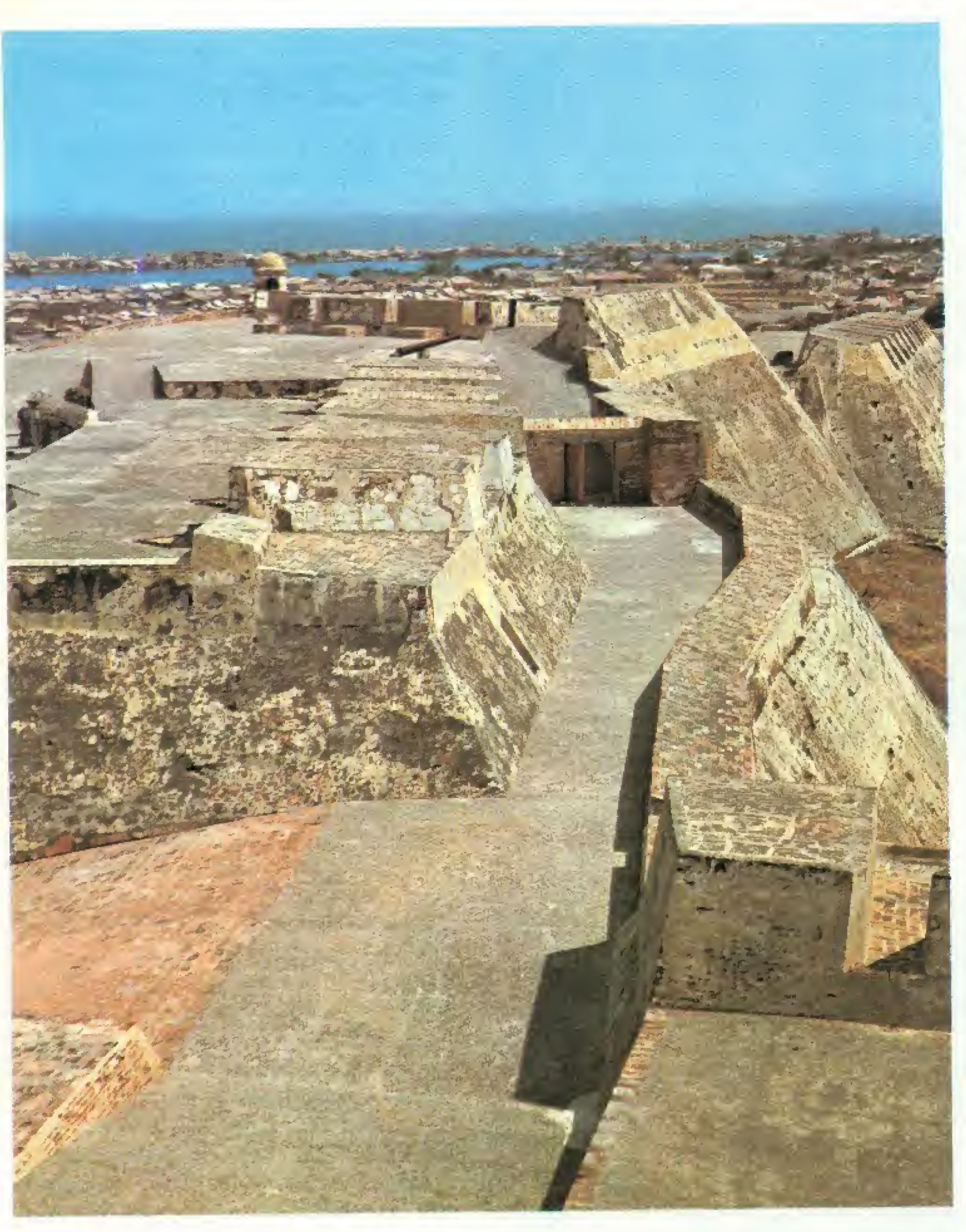
estimuló la producción de pieles, obtenidas de las reses salvajes que poblaban la pampa argentina. Hastas entonces, la demanda de carne había sido escasa, y los cuerpos de las reses desolladas eran abandonados como pasto para los buitres, pero el descubrimiento de enormes minas de sal cerca de Buenos Aires hizo que esta zona empezara a producir la carne salada que en tan gran cantidad consumían las marinas de todo el mundo. Las exportaciones agrícolas, especialmente los productos como el café y el cacao, comenzaron también un período de asombroso crecimiento. El letargo español había dejado hasta entonces los beneficios del cultivo del azúcar casi totalmente en manos de otras naciones, pero en el siglo XVIII la caña azucarera se cultivaba ya en muchos lugares, tanto en el continente como en las islas caribeñas. En Cuba, la producción de azúcar se decuplicó en cuarenta años, y al finalizar el siglo esta isla era el primer exportador del Caribe.

Para administrar mejor sus riquezas coloniales, los Borbones crearon varias compañías monopolistas estatales, según el modelo de las compañías británica y holandesa de las Indias Occidentales. Las más importantes fueron las Compañías de Honduras, de La Habana, de Santo Domingo y de Caracas, pero sólo esta última obtuvo éxitos importantes y pagó buenos dividendos.

El retorno de la prosperidad económica a los dominios españoles estuvo acompañado, como es natural, por una importante reactivación del comercio y un significativo aumento en el ámbito de la navegación. Durante el reinado de Carlos III se realizaron sensatos intentos dirigidos a incrementar esta tendencia, mediante la promoción de un comercio más libre en el seno del Imperio español. En 1765 cesó por fin el monopolio de Cádiz, y las islas del Caribe quedaron abiertas a un comercio virtualmente ilimitado con nueve de los principales puertos españoles. Este tipo de concesión fue ampliado más tarde, entre 1768 y 1778, a toda Hispanoamérica, con la excepción de Nueva España (México) y Venezuela.

El antiguo sistema de la encomienda había facilitado contingentes de soldados para defender el Imperio, de modo similar al sistema escocés de los clanes, pero el declive de la población india en el que se basaba había motivado la desaparición virtual de la encomienda hacia 1700. Hubo un período en que la protección militar de Hispanoamérica la desempeñaron destacamentos de soldados regulares. Después de 1760, sin embargo, se creó y organizó un sistema de milicias coloniales de gran eficiencia. Anteriormente, se había creado un servicio de guardacostas para poner fin al intenso tráfico ilegal efectuado entre los colonos españoles del Caribe y las posesiones extranjeras en aquellas islas. Frente a los contrabandistas, los guardacostas demostraron una eficacia notable, tal vez excesiva, puesto que las capturas que con tanto entusiasmo realizaron sus capitanes fueron uno de los principales factores que suscitaron la guerra con Inglaterra en 1739.

Para proteger sus transacciones comerciales con las colonias, España había con-



fiado en años anteriores en el sistema de convoyes —en el vasto complejo de fortalezas que guardaban los puertos de La Habana, en Cuba, y de Cartagena, en Colombia—, y en su flota, en otro tiempo la mejor del mundo. Sin embargo, en el siglo XVII los convoyes habían dejado de navegar, las fortificaciones estaban muy descuidadas y la flota era virtualmente inexistente. En 1720 se promulgó un «proyecto para Galeones y Flotas», que ordenó la reanudación de los convoyes, pero el sistema no se mostró muy adecuado y sólo funcionó intermitentemente, hasta que fue abolido en 1789. No obstante, las fortificaciones fueron reparadas eficientemente, como demostraría la guerra de 1739. Los trabajos para la reconstrucción de la armada comenzaron en 1717, con Felipe V. Tal vez esta operación no tuviera el éxito que esperaban los Borbones, pero al cabo de veinte años España pudo contar con varias flotas formidables en alta mar.

Otro factor importante en cuanto a la defensa colonial fue la alianza entre España y Francia, que perduró la mayor parte del siglo.

Francia y España juntas podían igualar o superar el poderío británico en el mar, y el Imperio español quedaba a salvo de los ataques franceses contra su integridad territorial, ataques que con tanta frecuencia se habían producido en el siglo XVII.

La «guerra de Jenkins»

Los renovados intentos de España para robustecer su Imperio se realizaron en un momento oportuno. Sus ricas posesiones siempre habían incitado la codicia de sus enemigos, y los estadistas británicos estaban pensando ya seriamente en la posibilidad de apoderarse de los dominios españoles o destruirlos. En realidad, el conflicto anglo-español que estalló en 1739, fue de origen casi puramente colonial.

Una de las principales ganancias de Gran Bretaña en el Tratado de Utrecht, firmado en 1713, fue, al parecer, el Contrato de Asiento. Éste aseguraba a la Compañía del Mar del Sur el derecho a entregar cada año 4.800 esclavos para su venta en las colonias españolas, a mantener factores en las colonias españolas y a enviar anualmente un cargamento de mercancías británicas a las ferias comerciales españolas en el Nuevo Mundo. Se esperaba que todo ello resultara extremadamente lucrativo, pero de hecho no se lograron grandes beneficios y, por una u otra razón, muchos de los viajes anuales no tuvieron lugar. Sin embargo, los españoles se creyeron autorizados a quejarse, en el sentido de que los embarques anuales británicos contenían mucho más de lo que el tratado preveía.

Peor fue todavía, desde el punto de vista español, el constante contrabando desde las islas británicas del Caribe a las colonias españolas. La creación del servicio de guardacostas representó hasta cierto punto una limitación de esta actividad, pero las excesivas capturas efectuadas por estos buques provocaron en Gran Bretaña una gran indignación contra toda clase de atrocidades, reales o supuestas, cometidas contra ellos. De hecho, la guerra de 1739 recibió su curioso apodo cuando el capitán Jenkins exhibió su oreja disecada en el Parlamento británico, asegurando que se la habían cortado los españoles.

Las relaciones entre las dos naciones llegaron a un punto de crisis en 1738. El gobierno español deseaba evitar un conflicto, al igual que Robert Walpole en Gran Bretaña, pero otros estadistas británicos estaban repartiéndose ya, mentalmente, el Imperio español. Cuando las negociaciones llegaron a un punto muerto en 1739, los ingleses decidieron iniciar las hostilidades con un ataque por sorpresa en el Caribe.

Los gobernantes británicos tenían, al parecer, la seguridad de que el Imperio español estaba a punto de caer como un fruto maduro, pero existían diferencias de opinión en cuanto a la mejor manera de sacudir el árbol. Algunos pensaban en conquistar territorios, y otros en la captura de los puertos estratégicos, y también había quienes juzgaban que lo mejor sería ayudar a las colonias españolas a conquistar su independencia, ya que después era seguro que comerciarían sobre todo con Gran Bretaña. Al final, se dejó casi todo a la discreción de los jefes militares. El almirante Edward Vernon fue enviado al Caribe con una escuadra, a la que había de seguir otra que, al mando de lord Cath-

cart, transportaría un gran ejército. El comodoro George Anson emprendió un viaje épico para efectuar incursiones en las posesiones de España en el Pacífico, provisto de docenas de proclamas en las que se incitaba a los colonos a rebelarse. Vernon llegó a Jamaica en octubre de 1739, y un mes después, sin previa declaración de guerra, asaltó y tomó Porto Bello, en Panamá, con sólo seis buques.

Los españoles pasaron entonces revista a sus defensas. Había una buena flota en el puerto de Cartagena de Indias, bajo el mando eficaz de don Blas de Lezo, y otra, mandada por el almirante Torres, navegaba hacia el Caribe. Francia, entonces, decidió intervenir. En 1740, una escuadra francesa, al mando del marqués D'Antin, llegó a Santo Domingo. Aunque Francia no estaba en guerra con Gran Bretaña, D'Antin tenía órdenes secretas de atacar, pero antes de que nada ocurriese, una epidemia diezmó a los franceses y D'Antin puso proa hacia su patria. España quedó totalmente abandonada a sus recursos.

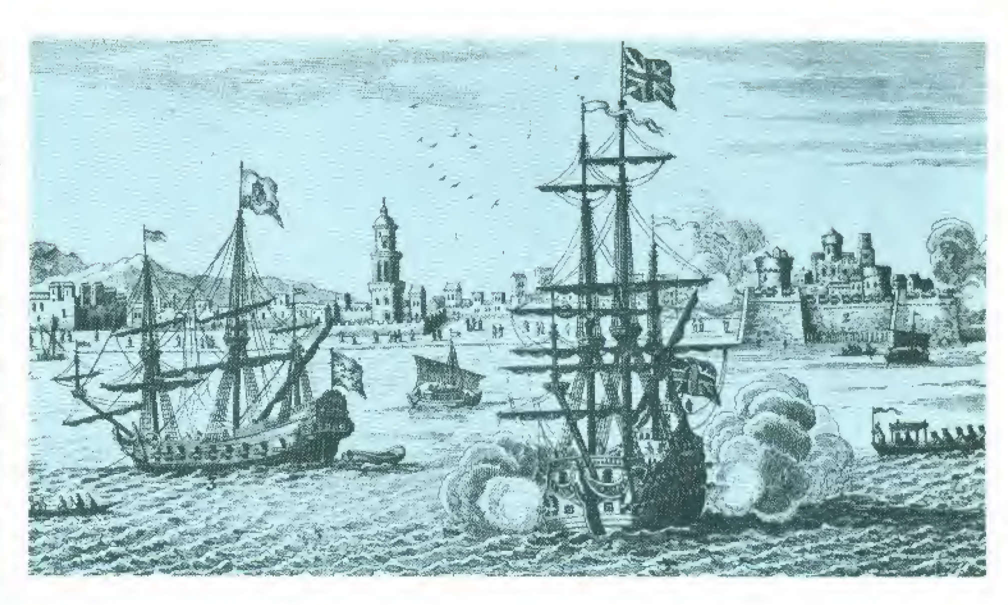
Pronto resultó evidente que el primer golpe se descargaría sobre el gran puerto fortificado de Cartagena de Indias, en lo que hoy es el litoral septentrional de Colombia. Allí, don Blas de Lezo, tuerto, manco y cojo, preparaba hábilmente la defensa. Pero en marzo de 1741 los británicos se presentaron con una superioridad numérica aparentemente abrumadora: 29 buques de línea, más de un centenar de navíos de menor tonelaje y unos 23.000 hombres, de los cuales 15.000 eran marineros. A pesar de las sólidas fortificaciones de Cartagena de Indias, todo parecía indicar que Blas de Lezo y sus 4.000 combatientes tenían las de perder. Sin embargo, lo esencial era el tiempo, más que el número, y una defensa prolongada permitiría que las dos grandes armas de Hispanoamérica —la malaria y la fiebre amarilla— iniciaran su labor mortífera.

No tardó en evidenciarse el signo de la campaña. Los dos almirantes británicos, Edward Vernon y Chaloner Ogle, ambos veteranos del Caribe, recomendaron una acción inmediata y dieron el ejemplo a este respecto, pero el general Thomas Wentworth, que asumió el mando al morir lord Cathcart, se mostró incapaz de acelerar los acontecimientos. Bajo el ataque de los buques, los fuertes españoles más avanzados fueron tomados y se entró en el puerto, mientras Blas de Lezo efectuaba un cauteloso repliegue. Al final quedó una sola fortaleza en poder de los defensores, pero ésta se hallaba a salvo de los bombardeos navales, y entonces, con exasperante lentitud, Wentworth inició los preparativos para el ataque. Sus hombres empezaron a perecer víctimas de las enfermedades, mientras los almirantes se exasperaban ante la actitud de aquel «caballero de paradas... adiestrado tan sólo para los desfiles». Finalmente, Wentworth intentó asaltar el fuerte, pero sus fuerzas fueron rechazadas con 650 bajas. Para entonces, centenares de hombres caían enfermos a diario, y muy pronto, de una fuerza de 8.000 hombres sólo quedaron 3.500 en disposición de combatir. En mayo, los británicos procedieron a una ignominiosa retirada.

Todos los ojos se volvieron entonces hacia Cuba, pero entretanto los españoles habían reforzado las defensas de La Habana. Con sus fuerzas considerablemente mermadas, los británicos decidieron destruir Santiago, en el litoral meridional de la isla. Las tropas desembarcaron en julio, pero Wentworth volvió a exigir un compás de espera mientras deliberaba sobre si avanzar o no avanzar. Finalmente, decidió esperar refuerzos que le habían sido prometidos desde Gran Bretaña, y de nuevo sus hombres empezaron a enfermar y morir. Finalmente, en el mes de noviembre, abandonó la isla con más de 2.000 muertos y enfermos.

Cuando llegaron 3.000 soldados británicos de refuerzo a Jamaica, se planeó un último ataque contra los españoles: un desembarco por sorpresa en Porto Bello, seguido de una rápida marcha a través del istmo hasta la ciudad de Panamá. En esta ocasión, Vernon, exasperado, estropeó el elemento sorpresa, en vista de lo cual Wentworth se negó a avanzar.

Cuando los restos de las tres sucesivas y desastrosas expediciones llegaron a Jamaica por última vez, la irritación y desconfianza entre los jefes habían adquirido tales proporciones que no cabía ni pensar en ulteriores tentativas. Vernon y Wentworth no se hablaban si no era para disputar, y Vernon y Ogle llegaron a las



Encuentro entre un buque inglés y otro español durante la guerra de 1739.

Página anterior, fortaleza de San Felipe, en Cartagena de Indias, que fue ocupada por los británicos por un corto tiempo, en marzo de 1741, a pesar de la defensa de los españoles.

manos con el gobernador de Jamaica. No era posible celebrar ningún consejo de guerra. Finalmente, el duque de Newcastle llamó de nuevo a la flota y al ejército para que regresaran. Mientras tanto, en el Pacífico, el comodoro Anson había tenido mejor éxito atacando los enclaves españoles y, sobre todo, con la espectacular captura del galeón de Manila cargado de tesoros. Pero la pérdida de los dos tercios de sus hombres, a causa del escorbuto, impidió todo esfuerzo por su parte para incitar una rebelión de las colonias españolas.

Las campañas de la «guerra de Jenkins» son hoy poco recordadas, y sin embargo tuvieron una importancia extrema en la historia del hemisferio occidental, y en la de todo el mundo. Durante la Guerra de los Siete Años, Gran Bretaña consiguió mayores éxitos en cuanto a arrebatarle colonias a España, pero la campaña que planeó entonces, fue mucho más limitada en sus objetivos. La expedición Vernon-Wentworth fue la única desencadenada por Gran Bretaña que pudo haber destruido o invalidado el Imperio español y colocado grandes zonas de América Latina bajo dominio británico. Las murallas de Cartagena de Indias, la habilidad de don Blas de Lezo y el valor de sus hombres, y los mosquitos portadores de enfermedades tropicales, cooperaron para conservar intactos los dominios de España.

La caída de los jesuitas

Dentro del Imperio español, la Iglesia católica en las colonias estaba bien controlada por la Iglesia en España, y virtualmente todos los puestos más importantes en su jerarquía se encontraban en manos de un clero nacido en España. Era también inmensamente opulenta en cuanto a los bienes de este mundo. Para entonces, una gran mayoría de los indios ya se había convertido al cristianismo, si bien no faltaban observadores que creían que, si bien habían perdido sus antiguas creencias, no habían captado verdaderamente las nuevas.

Sea como fuere, durante el siglo XVIII la Iglesia se mantuvo como un bastión del *establishment*.

La gran excepción a esta norma fueron los jesuitas. Gracias a sus hábiles inversiones, la orden se había enriquecido, pero no así sus miembros individualmente, que seguían su vocación de pobreza y trabajaban bajo una rígida disciplina. Después de su investigación secreta en la década de 1740, Juan y Ulloa informaron: «No se advierte en ellos la falta de religión, los escándalos y la conducta relajada tan corriente en los demás». Pero los jesuitas, por defender a los indios, no eran bien vistos por los colonos, y en 1767 cayeron también en desgracia ante el rey. Carlos III, enojado por aquella orden que era más leal a Roma que a él, ordenó su expulsión.

Cualesquiera que fuesen las razones de la animadversión contra ellos en España, la expulsión de los jesuitas representó un desastre para las colonias. Las misiones se disolvieron, las escuelas menguaron, y los hospitales y centros de caridad desaparecieron. Especialmente patéticas fueron las consecuencias en el gran centro misional de Paraguay, donde es posible que el rígido y teocrático orden que los jesuitas habían impuesto a los indios no fuese el mejor de todos los posibles, pero con todo era mucho mejor que la desaparición de las misiones, la venta de las tierras a ricos plantadores y la explotación de la mano de obra nativa que le sucedieron.


ESTABLECIMIENTO

DE LA

Compañía de Jesus

EN LA REPÚBLICA DEL ECUADOR,

EN EL AÑO DE

1851.

QUITO:

IMPRESO POR ISIDORO MIRANDA.

JUNIO 24 DE 1851.



Tierras, mano de obra y criollos

Las encomiendas fueron reemplazadas por las haciendas, o grandes fincas, y por el sistema del peonaje. El hacendado era el terrateniente y los peones eran su mano de obra. No se trataba de un sistema sujeto a una legislación, sino que se propagó informalmente. En teoría, el peón era un trabajador agrario libre que recibía un salario a cambio de su labor.

En la práctica, solo podía aspirar a ahorrar un poco de dinero; ésta era en realidad su posición. Pero de hecho eran mayoría los peones cuyas vidas transcurrían supeditadas a una esclavitud por deudas: se endeudaban a causa de un alquiler que no podían pagar, de unas ropas o unos alimentos que su patrono les adelantaba, y por muchas otras razones; y sus ganancias rara vez les permitían saldar lo que debían. Quedaban atados a aquellas tierras y no podían ir a otros lugares. Muy pronto, casi todas las tierras colonizadas quedaron divididas en grandes haciendas, y normalmente un amo no aceptaba los servicios de quienes huían de otros. Además, las deudas tenían carácter permanente y eran legadas de padre a hijo. Por tanto, a lo largo de gran parte de la existencia del Imperio español, muchos de sus pobladores vivieron en un estado de servidumbre, vinculados a las haciendas, y a menudo comprados o vendidos con ellas.

Aunque fueron los indios quienes más iniquidades padecieron a causa del sistema colonial, ellos constituían la menor amenaza contra el dominio español. Ignorantes, analfabetos y con muy escasos contactos más allá de sus vecinos inmediatos, pocas esperanzas podían albergar en cuanto a crear una resistencia organizada. Sus insurrecciones, raras y a pequeña escala, fruto de la desesperación, tan pronto como surgían eran fácilmente aplastadas.

El hijo de indio y mestiza recibió a veces el nombre de «coyote». Cuadro de la época colonial. (Museo de América, Madrid.)

Página anterior, Establecimiento de la Compañía de Jesús en el Ecuador, *impreso en América. (Biblioteca Aurelio Espinosa Polit, Quito.)*

Los españoles nacidos en América, o «criollos», fueron la mayor amenaza para la metrópoli. Éstos tenían diversos motivos para su descontento. En política, pese a unas cuantas excepciones, eran continuamente excluidos de los cargos más elevados de la Iglesia y el Estado. Económicamente, los mayoristas criollos de México y Lima se quejaban de los privilegios de los armadores españoles en Sevilla y Cádiz. En el ejército y la milicia, los oficiales criollos eran menospreciados por los de cuna española. Pero lo más irritante de todo era, probablemente, la distinción social. Invariablemente, la gente de origen español, cualquiera que fuese su posición, miraba con desdén incluso a los criollos más acaudalados y de mejor familia, considerándolos como unos provincianos incultos. La alta sociedad criolla se resintió vivamente de esta situación, ya que ellos estaban dispuestos a respetar a los virreyes y a los oidores, pero no a los numerosos pequeños funcionarios españoles. Entre estos dos grupos fue creciendo una viva animadversión, pero los criollos no tenían el tipo de instituciones políticas que, como ocurría con los americanos de las colonias británicas, les permitieran airear sus quejas. Además, eran intensamente leales a la monarquía española, y hasta que esta monarquía no sufrió un grave golpe en su reputación durante las guerras napoleónicas, no decidió el Nuevo Mundo romper con el Viejo.



La cultura hispanoamericana

La cultura y las bellas artes eran respetadas en Hispanoamérica. Mayoritariamente, adoptaron la forma de versiones provinciales de la cultura de la vieja España, consiguiendo una extraña fascinación con su ubicación en unas tierras nuevas y luminosas. Aunque se realizaron esfuerzos esporádicos para educar a los indios, estos esfuerzos solían ser desalentados con el argumento, no del todo desacertado, de que constituían un peligro para el *establishment*. La cultura fue, por tanto, una cultura sobre todo de clases superiores, pero tuvo amplia difusión. Había una gran demanda de libros en las colonias, casi desde que comenzó la conquista, y no tardaron en establecerse imprentas en las Indias. Muy pronto, un torrente de literatura sobre temas del Nuevo Mundo vino a enriquecer la del Viejo. Ya desde un principio, se fundaron universidades que tomaron como modelo la famosa institución española de Salamanca; en 1572 comenzaron las clases en la Universidad de Lima, y en 1663 en la de México. Al finalizar el siglo XVIII, habían sido organizadas unas 25 instituciones de altos estudios. El teatro, la música, la poesía, la pintura y la escultura suscitaron un interés entusiasta, si bien fue poco lo producido con auténtica originalidad, excepto las poesías de Juana Inés de la Cruz, monja dotada de un extraño genio que consiguió fama mundial.

La arquitectura, en cambio, sí mostró la creatividad distintiva de las Indias. La inspiración provino de Alberto de Churriguera, un arquitecto español perteneciente a una escuela cuyos miembros llevaron las extravagancias del estilo barroco a tales extremos, que se les llegó a conocer como los «delirantes». En las colonias, esta extravagancia fue impulsada todavía más allá, con resultados lógicamente variables, pero se admite generalmente que México puede jactarse hoy de tantas obras maestras de finales del barroco como el resto del mundo. Es más, cabe afirmar que una de las soberbias catedrales mexicanas, en cuyo interior damas y caballeros se arrodillan para rezar junto a una multitud de peones indios desaliñados, constituye el símbolo más adecuado del Imperio español en su conjunto: un edificio impresionante que contiene entre sus muros los dos extremos de la miseria y el esplendor.

Brasil

Comparado con el brillo de las colonias españolas, el Brasil portugués parece más bien un inmenso osario que contuviese todos los vicios de la humanidad, un tanto mitigados por una cierta tolerancia y una alegre indolencia. La vida urbana fue descuidada. Las ciudades eran pequeñas, poco importantes, y las iglesias más que mediocres. El analfabetismo y la ignorancia cultural alcanzaban un nivel colosal; no se había creado ninguna imprenta, se importaban muy pocos libros y no se construyó ninguna universidad. La vida era rural, centrada en la *fazenda* o plantación, que abarcaba extensiones enormes: una de ellas era más grande que todo el reino de Portugal. En ellas, el plantador gobernaba desde su casa como un monarca absoluto sobre sus cientos o miles de súbditos. Las condiciones sociales en las que vivían los trabajadores eran a menudo atroces.

A diferencia de los españoles, los portugueses no se preocupaban por el destino de los habitantes nativos del continente. Desde el principio, los indios fueron brutalmente secuestrados y obligados a trabajar hasta morir como esclavos en las plantaciones. Pero su número nunca era suficiente, y por esto se importaban negros en gran cantidad desde Angola y Africa occidental. Teóricamente, la sociedad brasileña estaba dividida en un rígido sistema de castas basado en la raza, pero en la práctica solía ser el *status* económico lo que marcaba las diferencias. Los descendientes mulatos de los plantadores y sus esclavas eran tratados a menudo como blancos y a veces ascendían a altos cargos. Y desde luego, no faltaban mula-

tos y mestizos, ya que la mezcla de razas se efectuaba a gran escala. Sin el menor rubor, los plantadores portugueses exhibían sus numerosos hijos blancos, de color e ilegítimos como prueba de su virilidad. Los colonos portugueses mostraban una clara preferencia por lo exótico, y mientras las mujeres portuguesas eran mantenidas en reclusión y tratadas como una «especie inferior», una bella amante mulata podía aspirar a una posición prestigiosa en el hogar. Un observador de la época anotó: «Brasil es un infierno para los negros, un purgatorio para los blancos y un paraíso para los mulatos».

El gobierno colonial portugués estaba copiado toscamente del modelo español. El Consejo de Ultramar, con sede en Lisboa, presentaba ciertas analogías con el Consejo de Indias. Cuanto Portugal se separó de España en 1640, fue nombrado un virrey para gobernar Brasil, pero este cargo pronto fue abandonado en favor del título menos real de capitán general. Bajo este título, la vasta colonia fue dividida en varias capitanías, mientras al norte, el estado de Maranhâo era gobernado independientemente de Lisboa. No obstante, el gobierno portugués nunca consiguió el mismo grado de autoridad y control centralizados que logró España. Portugal era una nación diminuta, con una población de menos de tres millones de habitantes. En el siglo XVII, cuando el Imperio cubría grandes zonas de África y los países que bordeaban el océano Índico, se ha calculado que en todo él no había más de 10.000 portugueses activos. Al declinar el Imperio oriental, sin embargo, aumentó el interés por Brasil, sobre todo después del descubrimiento de oro y diamantes a principios del siglo XVIII. Cuando, en esta época, el rey de Portugal pudo describir a Brasil como su «vaca lechera», la autoridad real tenía efectivamente una cierta autenticidad. Sin embargo, según el patrón español, Brasil siempre estuvo débilmente gobernado.

Los comienzos de la historia de la Iglesia en Brasil se remontan a la llegada de seis sacerdotes jesuitas en 1549. En 1551, el rey portugués fue nombrado Gran Maestre de la Orden de Cristo por el papa, y se le concedió prácticamemte el mismo control exclusivo de la Iglesia en sus reinos que el ejercido por los monarcas españoles en los suyos. El desarrollo de la organización eclesial en Brasil fue lento, pero el catolicismo tuvo siempre gran importancia en la evolución social de la colonia. Sin embargo, el numeroso clero secular se identificó enseguida con la clase de los plantadores y cayó bajo la influencia de los grandes terratenientes, al igual que todos los demás habitantes de la colonia. De nuevo, los jesuitas constituyeron una excepción, ya que fueron los únicos en considerar que su principal deber consistía en proteger y evangelizar a los nativos. Aprendieron los lenguajes de éstos, construyendo docenas de poblados misionales, y generalmente protegieron a sus feligreses —a veces detrás de barricadas— contra la rapacidad de los cazadores de esclavos.



Con ello, se ganaron las antipatías y adversidades de casi todos los demás blancos de la colonia.

Fue en el siglo XVII cuando los portugueses empezaron a avanzar hacia el interior desde la costa. La absorción del Imperio portugués por el español entre 1580 y 1640 tuvo una ventaja para Brasil: los españoles permitieron que los límites de la colonia se extendieran más al oeste de la línea trazada en el Tratado de Tordesillas. Los agentes iniciales de esta expansión fueron los feroces paulistas del sur, desde la zona alrededor de Sâo Paulo. Estos hombres violentos, generalmente de sangre portuguesa e india, empezaron a efectuar incursiones por el interior, dando caza a los indios y vendiéndolos como esclavos. Sus sangrientas correrías destruyeron varias tribus indias, pero también abrieron nuevas extensiones del país que más tarde llenarían los *vaqueiros* que llegaron después de ellos.

En la década de 1690, en una de sus expediciones, los paulistas descubrieron grandes depósitos de oro aluvial en la zona que más tarde sería conocida como Minas Gerais. No tardó en comenzar el primer gran alud humano de los tiempos modernos, a causa de la fiebre del oro. Acudieron hombres de todos los rincones de la colonia, e incluso del mismo Portugal. Provenían de todas las capas de la sociedad, pues había plantadores que



Arriba, mulato brasileño, de padre europeo y madre esclava negra. Los mulatos, a menudo, tuvieron acceso a cargos de cierta importancia en la colonia de Brasil.

Izquierda, indio brasileño.

Página anterior, el cuarterón, hijo de español y mestiza, o de mestizo y española, recibió en México el nombre de «castizo», como se muestra en este cuadro de la época colonial. (Museo de América, Madrid.)

abandonaban sus fincas, comerciantes que dejaban sus tiendas, e incluso clérigos que desertaron de sus iglesias y monasterios. Los recién llegados no tardaron en entablar una guerra civil con los paulistas, en la que éstos fueron derrotados, pero al retirarse hacia el interior acabaron por descubrir importantes yacimientos de diamantes.

La corte portuguesa se regocijó. Con estas nuevas riquezas, el rey podría reforzar su posición política sin tener que convocar su Parlamento, al tiempo que su opulencia deslumbraba a Europa. A la larga, sin embargo, la fiebre del oro aportó pocos beneficios duraderos tanto a la colonia como al reino. En Brasil, señaló el período más negro de su historia. El oro lo era todo y, para extraerlo, millares de esclavos indios y negros trabajaban hasta perder la vida. Las plantaciones fueron descuidadas. La agricultura declinó, y muchos observadores de la época creyeron que la colonia estaba arruinada y se sumiría en la barbarie. Tampoco el oro embarcado y enviado a través del océano reportó un alivio duradero a Portugal. Causó inflación, fue acaparado por el rey y, finalmente, casi todo desapareció de la nación para caer en las manos de británicos y holandeses.

Durante el siglo XVIII, la administración colonial portuguesa tuvo un breve período de gobierno ilustrado reminiscente de la era de Carlos III en España. En el curso del reinado de José I, el monarca portugués contemporáneo de Carlos, se otorgaron poderes virtualmente dictatoriales al marqués de Pombal, un hombre capacitado y enérgico. Las reformas más importantes de Pombal tuvieron lugar en el propio Portugal, pero también procuró obrar de igual modo con las colonias. En Brasil se hizo un nuevo esfuerzo para vigorizar y centralizar la autoridad real, y al mismo tiempo varias compañías comerciales monopolistas se agregaron al intento de estimular el comercio colonial. Pombal estaba también interesado por las ideas humanistas: poco se hizo en favor de los negros, pero hubo una seria tentativa de establecer la igualdad para los amerindios. No sólo quedó prohibida la esclavitud de los indios, sino también todas las formas de trabajo forzado. Se alentaron los matrimonios entre portugueses e indios, y todos los habitantes, excepto los negros, debían recibir igualdad de trato y de derechos.

Las reformas de Pombal son más interesantes por su intención que por sus logros. El intento encaminado a mejorar la administración desapareció casi por completo entre los engranajes de la ineficacia burocrática. Las compañías mercantiles nunca llegaron a ser un gran éxito, y la legislación ilustrada referente a los indios cayó en el olvido después de la muerte de Pombal. A la larga, su reforma más duradera fue la peor, ya que también él expulsó a los jesuitas y dejó de lado toda la labor que habían hecho en el país, medida que agradó a los plantadores pero que, como de costumbre, tuvo unos resultados catastróficos para los nativos.



La historia colonial brasileña fue más notable que la de las posesiones españolas en cuanto al número de insurrecciones de las clases serviles y oprimidas. Muchos esclavos negros se alzaron contra sus amos en plantaciones aisladas, y miles de ellos huyeron a las selvas del interior, donde a veces formaron comunidades independientes. Una de éstas, la llamada República de Palmares, se mantuvo durante una década contra las bandas de paulistas contratadas por el capitán general para que la destruyeran. Uno de los principales factores que motivaron la expulsión de los jesuitas fue una guerra de tres años contra los indios, a los que se ordenó evacuar sus misiones cuando Brasil se apoderó de un territorio antes ocupado por España. Pero la sublevación más interesante tuvo lugar en las postrimerías del siglo XVIII, en la zona de Minas Gerais, donde los mineros, enfurecidos cuando el gobierno trató de incrementar sus beneficios a partir del oro aumentando sus impuestos y reduciendo sus salarios, encontraron un líder en Joaquim José da Silva Xavier, que en otro tiempo había trabajado como dentista y al que se conocía con el apodo de «Tiradentes». Después de organizar a los mineros y exponer sus protestas, «Tiradentes» pidió amplias medidas de reforma social, entre ellas la creación de una universidad, la abolición de la esclavitud, el establecimiento de factorías y, lo que era más importante, la independencia de Brasil respecto a Portugal. Sin embargo, la rebelión armada que dirigió fue sofocada, y «Tiradentes» fue decapitado en el año 1792.

En 1800, la colonia de Brasil había establecido la delimitación de lo que son más o menos las fronteras de la actual nación brasileña, que se extiende abarcando medio continente. Gran parte de su área estaba desocupada, y sigue estándolo; otras zonas revelaron riquezas en recursos agrícolas y minerales. Su historia quedó marcada por inauditas atrocidades perpetradas contra indios y negros, y no obstante, también por una barrera racial menos rígida de lo corriente en la mayor parte del hemisferio occidental. En las clases altas hubo, entre los brasileños criollos y la gente nacida en Portugal, unas distinciones semejantes a las existentes en los dominios españoles, si bien tales diferencias quedaron disimuladas por la relativa debilidad de la gobernación portuguesa. Sin embargo, Brasil había llegado a ser una comunidad mucho más importante que el propio Portugal y era lógico pensar que no soportaría por largo tiempo su condición de segunda categoría. Al final, el Imperio portugués en América, al igual que el español, cayó como consecuencia directa de los tormentosos acontecimientos ocurridos en Europa.

No obstante, en el Brasil el poder colonial y financiero de los portugueses se extinguiría a raíz de una serie de leves colapsos, en lugar de desaparecer precipitadamente a causa de una revolución espectacular.



La lucha por el Norte de América

En América, Francia, España y Gran Bretaña lucharon por el control del continente. Pueden citarse tres factores como los más importantes para determinar quién ganó o perdió en el conflicto americano: el poderío naval, la colonización y las enfermedades. El país que controlase el mar podía destruir los puertos de sus enemigos y conquistar las islas de éstos con facilidad. Por otra parte, las regiones bien colonizadas podían mantener importantes contingentes de tropas o milicias, haciendo los intentos de conquista muy difíciles.

El papel jugado por las enfermedades no ha sido muy considerado hasta el presente, pero éstas tuvieron una enorme importancia. Efectivamente, la malaria y la fiebre amarilla fueron factores fundamentales para determinar el curso de la guerra en las regiones tropicales de América.

En América del Norte las enfermedades no tuvieron gran importancia, y aquí era Gran Bretaña la que tenía a su favor tanto la colonización como el poder marítimo. Sus colonos de la costa este eran tan numerosos en el siglo XVIII, que no había posibilidad de expulsarles del territorio que dominaban; la cuestión era si podían ser contenidos, o no, por las otras potencias. Al mismo tiempo, el poderío de su flota hizo fácil a los británicos proteger y alimentar a los pobladores de sus propias posesiones mientras luchaban contra el enemigo en el área del Caribe o en las proximidades y a lo largo del río San Lorenzo.

A Francia le faltó parte de aquellos tres elementos esenciales. Las enfermedades protegían hasta cierto punto sus colonias, y Quebec era una pequeña región bien colonizada, mientras que su poder marítimo no era desdeñable, sobre todo cuando se alió con España. Pero sufrió grandes desventajas, las cuales fueron decisivas cuando los enfrentamientos con Gran Bretaña se generalizaron. Intentó defender sus colonias lo mejor que pudo. Era imposible para Francia mantener

Ruinas de la fortaleza de Louisbourg, en Nueva Escocia, colonia que pasó de manos británicas a francesas alternativamente en varias ocasiones, desde 1621 hasta 1784. En 1867 se constituyó como una de las cuatro primeras provincias de la confederación canadiense.

Página anterior, el marqués de Pombal, estadista que intentó reafirmar la autoridad portuguesa sobre Brasil, estimulando su economía y mejorando las condiciones de los indios. En Portugal también introdujo reformas.



grandes ejércitos en Norteamérica, ya que no tenía medios suficientes para facilitarles suministros, pero sí pudo enviar pequeños cuerpos de tropas muy bien preparadas y al mando de excelentes oficiales.

Construyó grandes fortalezas, como Quebec o Louisbourg; practicó astutamente una política de captación de los indios; contó con la divergencia de intereses entre las diferentes colonias británicas, y entre éstas y la propia metrópoli; por último, pensó que sus victorias en Europa con poderosos ejércitos compensarían sus derrotas en América.

Sin embargo, la debilidad francesa en el mar y en la colonización fue realmente decisiva.

Los imperios coloniales francés y británico

El duelo franco-británico por la hegemonía en Norteamérica se inició durante el reinado de Guillermo III, manteniéndose de una forma indecisa durante la primera mitad del siglo XVIII, para llegar a su punto culminante en la década de 1750. Durante este período, ambos imperios siguieron extendiéndose según sus respectivos modelos. Para los británicos el crecimiento era básicamente demográfico. Aunque la población de Nueva Francia experimentó durante esta época un salto vertiginoso, pasando de 7.000 a 60.000 habitantes, resulta una cifra poco importante en comparación con las colonias británicas, que llegaron a los 2 millones de pobladores. Sin embargo, territorialmente el imperio francés extendía continuamente sus fronteras hacia el oeste y el sur, debido a las necesidades del comercio de pieles. Durante los años posteriores a 1720, los franceses construyeron una cadena de fuertes en la región de los Grandes Lagos, como los de Niágara y Detroit, y al sur, en los territorios de Ohio e Illinois, extendiéndose también hacia el oeste, hasta que los británicos les expulsaron hacia las praderas canadienses. En el extremo meridional de Norteamérica, Bienville fundó Nueva Orleáns en el año 1718, empezando los galos a moverse a lo largo del río Mississippi en un intento



Izquierda, desembarco en América, en 1682, del cuáquero inglés William Penn (1644-1718). Fue el fundador de la colonia de Pennsylvania y de la ciudad de Filadelfia. Cuadro de J.G.L. Ferris.

Página anterior, mapa de Norteamérica publicado en Amsterdam el año 1623, tres años después de la llegada de los «peregrinos», en el que pueden verse los primeros asentamientos en la costa.

de unir Nueva Francia con Luisiana. La expansión territorial británica durante este mismo período fue mucho más modesta. En el norte fue construido Fort Oswego, en la zona sudeste del lago Ontario, y se conquistó Nueva Escocia a los franceses. En el sur, los británicos penetraron en el territorio despoblado situado entre Carolina y Florida, en 1733, fundando el general James Oglethorpe la colonia de Georgia. Este asentamiento fue destinado a una obra filantrópica, esperándose poder dar en él una nueva vida a los deudores respetables pero insolventes. Se prohibió el tráfico de esclavos y el comercio del ron, pero enseguida muchos colonos abandonaron la colonia por Virginia, que no tenía leyes tan estrictas.

En el año 1752 se suprimieron las prohibiciones, instaurándose un gobierno colonial normal y consiguiendo los pobladores nuevamente la introducción de la esclavitud.

Incluso en tiempos de guerra, los colonos británicos realizaron muy pocos esfuerzos para ayudar a su metrópoli en las luchas que sostenía contra los franceses.

Es más, el enfrentamiento que protagonizaron fue contra la propia Gran Bretaña, a causa de la cuestión del grado de poder que debían poseer las asambleas electivas coloniales y el gobierno de Londres. También quedaba claro que los pobladores británicos estaban cada vez más dispuestos a sobrepasar las fronteras fijadas por los Montes Allegheny y extenderse por el valle del Mississippi, donde chocarían con los franceses que penetraban rápidamente por allí.

La Guerra de Sucesión española y la Guerra de Sucesión austríaca

La Guerra de la Liga de Augsburgo finalizó en 1694 con la obtención por parte de los franceses de ciertas ventajas en América del Norte. La Guerra de Sucesión española (1702-1714), que le siguió poco después, presenció de nuevo campañas libradas a lo largo de miles de kilómetros. En América del Sur, los franceses obtuvieron éxitos. Sus ejércitos arrasaron las colonias de Portugal en Brasil, pues los lusitanos eran aliados de Gran Bretaña. En el Caribe, Iberville (hermano de Bienville, el fundador de Nueva Orleáns) emprendió una gran ofensiva, conquistando Saint Kitts y Nevis, antes de morir a causa de las fiebres. Sin embargo, los británicos reconquistaron la isla, aunque las enfermedades y la firme resistencia francesa impidieron la conquista de Guadalupe.

Más al norte, el gobernador de Carolina, James Moore, se dirigió hacia el sur, penetrando en Florida, donde destruyó una docena de misiones españolas. Sin embargo, en San Agustín, el gobernador Zúñiga defendió el fuerte con éxito durante siete semanas, viéndose Moore obligado a retirarse. En 1706, fue Carolina la que tuvo que ponerse a la defensiva cuando una gran expedición franco-española penetró en la colonia, aunque no consiguió tomar Charleston.

Fue más al norte donde tuvo lugar la lucha más importante. Por extraño que parezca, la indefensa región de Nueva York permaneció en paz, gracias a la neu-



tralidad de los indios iroqueses, que permanecieron fieles al tratado firmado con el gobernador Frontenac. Sin embargo, Nueva Inglaterra sufrió más duramente los ataques de las tribus aliadas a Francia, siendo importante el saqueo de Deerfield (Massachusetts) en 1707. Sin embargo, Nueva Inglaterra se recuperó. Dos ataques de las milicias contra Port Royal, en Nueva Escocia, fracasaron en 1708, pero dos años más tarde el enérgico Francis Nicholson consiguió sitiar el indefenso fuerte, cayendo Nueva Escocia en manos británicas.

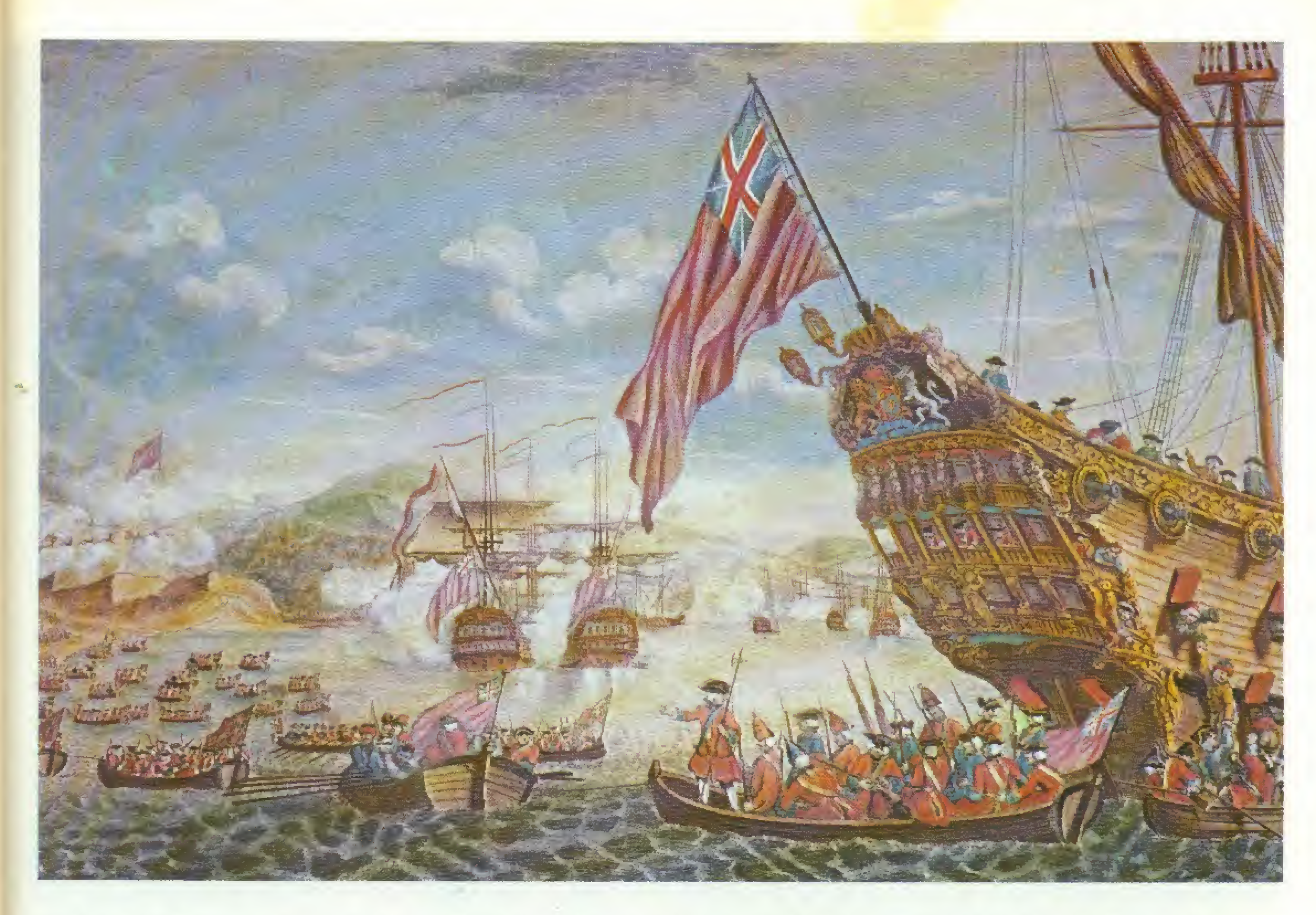
En 1711 se decidió que Nicholson debía avanzar por tierra hacia Montreal, mientras que otra expedición británica se dirigiría por el río San Lorenzo hacia Quebec. El comandante de esta desafortunada aventura era el brigadier Jack Hill, un hermano de Abigail Masham, que dirigía siete regimientos de regulares de gran veteranía. Los tories esperaban que obtuviera una gran victoria que compensara los triunfos del whig duque de Marlborough. Pero no fue así. La flota que transportaba a sus hombres estaba dirigida por el almirante Hovenden Walker, que a lo largo de su dilatada carrera había demostrado ser una nulidad. Éste cometió el error de intentar remontar el río San Lorenzo sin buenos pilotos. Como consecuencia de ello, en la noche del 23 de agosto muchos de sus barcos se estrellaron contra la costa septentrional. Se perdieron siete transportes, un barco de aprovisionamiento y cerca de 900 hombres, acabando en tragedia la esperanza británica de conquistar Quebec.

En la Paz de Utrecht, Gran Bretaña obtuvo ganancias coloniales. Nueva Escocia se convirtió en posesión británica y se reconoció su soberanía sobre Terranova. Se le entregaron todos los puestos comerciales que los franceses habían fundado en la bahía de Hudson para el comercio de pieles, mientras que en el Caribe la isla de Saint Kitts se convirtió al fin en posesión británica. Por último, España le concedió a Gran Bretaña, durante treinta años, el derecho de «asiento», es decir, la prerrogativa de introducir esclavos africanos en las colonias españolas. Sin embargo, tales adquisiciones se debieron más a los triunfos de Marlborough en Europa que a las hazañas de los ejércitos británicos en el norte del continente americano, aunque fue en esta guerra cuando Gran Bretaña se convirtió en la primera potencia marítima mundial.

El principal teatro de operaciones en el ámbito colonial durante la llamada «guerra de la Oreja de Jenkins» (que coincidió con la Guerra de Sucesión de Austria, 1739-1748) fue el Caribe, aunque la lucha en el continente también fue importante. En 1742, Oglethorpe, al mando de 600 hombres, consiguió dividir en pequeños grupos a un ejército español de 3.000 soldados que intentaba conquistar Georgia.

Este importante éxito defensivo estuvo emparejado a una victoriosa ofensiva en el norte. A pesar de la pérdida de Nueva Escocia por los franceses, su posición en aquella zona se había hecho más fuerte. En la isla del cabo Bretón habían construido la gran fortaleza de Louisbourg para controlar el golfo de San Lorenzo. Es más, la mayoría de los habitantes de Nueva Escocia eran aún franceses de Acadia (colonos provenientes de las provincias marítimas), que permanecían hostiles respecto a los gobernadores británicos. Así, la amenaza contra Nueva Inglaterra desde aquella región era más patente que nunca, por lo que en Massachusetts el gobernador William Shirley planeó un proyecto audaz: conquistar Louisbourg. William Pepperrell organizó una fuerza de 4.000 voluntarios de Nueva Inglaterra con este fin.

La fortuna parecía favorecer los esfuerzos británicos. Louisbourg estaba débilmente guarnecida. Desde las lejanas Indias Occidentales, el comodoro Peter Warren se ofreció para escoltar y ayudar a los colonos con tres barcos de guerra. En el otro extremo del Atlántico, en Brest, la



principal flota francesa, que hubiese podido ayudar al fuerte, fue bloqueada por la escuadra británica. Warren logró capturar veinte barcos franceses que se dirigían hacia Louisbourg cargados de alimentos y municiones. A pesar de los fracasos británicos en los ataques directos, el hambre hizo mella entre los sitiados, por lo que la guarnición francesa no tuvo más remedio que rendirse.

Los galos intentaron inmediatamente recuperar el fuerte. Sin embargo, una importante flota que escapó del bloqueo británico fue dispersada por las tormentas, mientras que otra fue destruida por Warren y Auson. Una gran victoria naval de Hawke frente a La Rochela, en 1747, acabó con las esperanzas francesas de reconquistar Louisbourg por medio de las armas. Finalmente, dicha plaza fue devuelta a Luis XV por el Tratado de Aquisgrán, que acabó con la Guerra de Sucesión de Austria.

La batalla final

El gran conflicto mundial conocido como Guerra de los Siete Años empezó realmente en América, antes de que Gran Bretaña, y Francia iniciaran oficialmente las hostilidades. En 1753 los franceses, que continuaban su avance colonizador, construyeron el fuerte Duquesne, en las fuentes del río Ohio. Al enterarse de este suceso, la colonia de Virginia, que reclamaba el área, envió una pequeña fuerza dirigida por el joven George Washington. Éste fue rodeado y forzado a capitular ante unas fuerzas francesas muy superiores, ante lo cual el gobierno británico decidió ayudar a Virginia resueltamente. Un año después, el general Edward Braddock, al mando de 3.000 regulares se dirigió hacia el oeste para destruir Duquesne, pero en el desierto, cerca del río Monongahela, el comandante británico condujo a sus tropas hacia una desastrosa derrota.

El 9 de julio, una fuerza francesa más pequeña que la de Braddock chocó con los británicos, cayendo en el combate su jefe. Jean Dumas, el segundo comandante en jefe, impidió lo que parecía una derrota segura de los franceses. Dividió a sus hombres en dos grupos y los envió hacia dos barrancos paralelos, sorprendiendo a los británicos con un fuego cruzado. La vanguardia de Braddock quedó dislocada, avanzando entonces su retaguardia; el principal contingente de sus hombres fue

Captura de la fortaleza francesa de Louisbourg, en la isla de Cabo Breton, en Canadá (1745), por la flota de Nueva Inglaterra. Luego fue devuelta a Francia a cambio de Madrás. (National Maritime Museum, Londres.)

Página anterior, la pugna por el control de América del Norte a mediados del siglo XVIII. El fortuito éxito británico fue debido fundamentalmente a su superioridad numérica.



capturado tras una enconada refriega. Braddock, que era muy temerario pero carecía de astucia, quiso seguir avanzando y disparando contra el enemigo, y lo único que logró fue que finalmente una bala acabase con su vida. Tres cuartas partes de sus hombres cayeron con él. Los supervivientes se retiraron hacia Virginia.

Las actividades bélicas en el norte no fueron más afortunadas. El almirante Boscawen fracasó en su intento de destruir la flota francesa que llevaba refuerzos a Canadá, destacando en esta acción la excepcional figura del comandante francés, el marqués de Montcalm. Así, cuando en 1756 estalló la guerra en Europa, el gobierno británico se vio sumido en una crisis política de gran magnitud. Finalmente, fue llamado William Pitt para que tomase las riendas del poder.

Sin embargo, se necesitaron algunos años para que la situación mejorase. En 1756, Montcalm, en una atrevida incursión, sitió el fuerte británico de Oswego, en el lago Ontario, y en 1757 se adentró por Nueva York, tomando el fuerte William Henry, donde la mayoría de la guarnición fue masacrada por los indios.

No fue hasta 1759 cuando tuvo lugar el gran asalto contra Quebec. En junio de aquel año, una flota dirigida por el almirante Charles Saunders, que transportaba 8.500 hombres al mando de James Wolfe, se dirigió al río San Lorenzo. Los pilotos británicos, entre los que figuraba James Cook –posteriormente conocido como un gran navegante–, trazaron el itinerario de una forma escrupulosa, consiguiendo Saunders llegar a fines de mes



hasta Quebec sin perder un solo barco. Pero Montcalm demostró gran habilidad y firmeza en la defensa de este territorio, y Wolfe empleó todo el verano en la preparación del mejor modo de enfrentarse a los franceses. El plan de la campaña quedó concretado a principios de septiembre, eligiéndose un plan básicamente táctico. Zarpando durante la noche, las tropas británicas desembarcaron sigilosamente, y escalaron los difíciles barrancos que protegían la ciudad por un estrecho desfiladero, que providencialmente estaba casi desguarnecido. Así, a las 6 de la mañana del 13 de septiembre, ambos ejércitos se enfrentaron fuera de las murallas de Quebec, en los llanos de Abraham. El fuerte ataque de los regulares británicos de Wolfe se impuso sobre las milicias de Montcalm, muriendo ambos comandantes durante el combate. Quebec fue rápidamente sitiada, y cayó pocos días después.

La gran ciudadela había caído, pero la guerra aún no había finalizado. El segundo comandante en jefe de Montcalm, el valiente Chevalier de Lévis, reunió las

Colonizadores europeos en el momento de firmar un tratado con los indios. (Detalle de un cuadro de J. W. Dunsmore.)



aún importantes tropas francesas de la zona y se retiró a Montreal. La flota de Saunders, y muchos británicos, se vieron forzados a partir antes de que se empezara a helar el San Lorenzo. Así, en abril de 1760, Lévis, con una fuerza combinada de 7.000 hombres, reapareció en los llanos de Abraham, atacando y derrotando a la débil guarnición de 3.000 hombres dirigida por el general James Murray. Los británicos se replegaron al interior de las murallas de Quebec, siendo sitiados por los franceses. Un mes más tarde, cuando se fundió el hielo, zarpó una flotilla británica hacia el río San Lorenzo para socorrer a sus compatriotas.

Lévis fue forzado de nuevo a retirarse a Montreal, pero decidió mantener la lucha. Tal vez los británicos, a pesar de su considerable fuerza, cometieran algún error. Incluso con Quebec perdido, un ejército francés aún activo habría hecho que la balanza se decantara a su favor en un tratado de paz si la guerra hubiese acabado entonces. Pero Amherts, que había conquistado Niágara y Ticonderoga cuando Wolfe estaba asaltando Quebec, no cometió errores. Las fuerzas británicas se movieron hacia Montreal en tres direcciones, por el río Richelieu, el río San Lorenzo y el lago Ontario. En septiembre de 1759, el gobernador Baudreuil ordenó la capitulación. Lévis quemó las banderas de su batallón, en un último gesto de desafío. El dominio francés en el norte de América había terminado.

Acabada la lucha en Norteamérica, y con el control marítimo asegurado, los bri-

LOS EUROPEOS EN AMÉRICA

Año	América del Sur	América del Norte	Europa
1500			Carlos I de España, proclamado emperador Carlos V (1519)
	Conquista de México (1521)	Giovanni Verrazano alcanza la costa de Nueva York (1523)	
	Creación del Real Consejo de las Indias (1524)		
	Conquista de Perú (1531)		
		Jacques Cartier explora el río San Lorenzo (1534)	
	Inicio de la administración de Mendoza en territorio mexicano (1535)		Ignacio de Loyola primer prior de la orden de los jesuitas (1541)
	Bartolomé de las Casas consigue nuevas leyes para mejorar la situación de los indígenas (1542)		
	Descubrimiento de la «Montaña de Plata» en Potosí (1545)		Concilio de Trento (1545)
			Disputa sobre los derechos de los indígenas en Valladolid (1550)
	Administración de Toledo en Perú (1569)		
	Fundación de la Universidad de Lima (1572)	Sir Humphrey Gilbert reclama nuevas tierras para Inglaterra (1583)	Portugal es absorbido por España (1580)
			Muerte de Felipe II de España (1598)
1600			Fundación dela Compañía Inglesa de las Indias Orientales (1600)
			Muerte de Isabel I de Inglaterra; ascensión de Jacobo I (1603)
	Jesuitas españoles en La Plata (1605)	Fundación de Jamestown por Christopher Newport (1607)	Conspiración de la Pólvora (1605)
		Champlain funda Québec y llega a los Grandes Lagos (1608)	
		Holandeses en el río Hudson (1609)	
		John Rolph empieza el cultivo del tabaco en Virginia (1612)	Asesinato de Enrique IV (1610)
	Ingleses en Guyana (1616)		Richelieu, secretario de Estado (1616)

	Holandeses en Guyana (1620)	Los «padres peregrinos» llegan a Plymouth (1620)	
	Franceses en Guayana (1625)		Muerte de Jacobo I; le sucede Carlos I (1625)
			Richelieu organiza la Compañía de Nueva Francia (1627)
1630	Holandeses en Brasil (1630)	Fundación de Maryland por Cecil Calvert (1632)	
	Los holandeses abandonan Brasil (1640)		Portugal recupera la independencia (1640)
			Ejecución de Carlos I de Inglaterra (1649)
		Conquista de Jamaica por los británicos (1655)	
			Restauración monárquica en Inglaterra con Carlos II (1660)
	Fundación de la Universidad de México (1663)	Carta de Carolina (1663)	
	Concesión de la real Carta de privilegio a la Compañía de la Bahía de Hudson (1670)		Tratado de Madrid (1670)
		Marquette y Joliet llegan al río Mississipi (1673)	
		La Salle navega por el Mississipi hasta la desembocadura (1682)	
		Hostilidades entre Inglaterra y Francia (1689)	Guerra de la Liga de Augsburgo (1689)
			Tratado de Riswick (1697)
1700		Saqueo de Deerfield por los amerindios (1707)	Dinastía borbónica en España: Felipe V (1700)
		Nicholson asegura Nueva Escocia para Inglaterra (1710)	
		Desastre de la flota de Hill en San Lorenzo (1711)	
	Creación del Ministerio Español de Marina para las Indias (1714)		Tratado de Utrecht (1713)
	Creación del virreinato de Nueva Granada y La Plata (1717)	Fundación de Nueva Orleáns por Bienville (1718)	
		Fundación de Georgia por Oglethorpe (1733)	
			Guerra del Jenkins Ear (1739)
			Tratado de Aix-la-Chapelle (1748)
		Montcalm toma Oswego (1756)	
		Los británicos toman Louisbourg (1758)	Carlos III rey de España (1759)
			Paz de París (1763)
	Expulsión de los jesuitas de Paraguay (1767)		
	Rebelión de Tupac Amaru en Perú (1780)		
	Rebelión de Tiradentes en Brasil (1792)		

Página anterior, Muerte del general Wolfe, *por Benjamin West. A pesar de estar enfermo, James Wolfe dirigió el asalto británico contra Quebec, ocupándolo en 1759. (Royal Collection, Londres.)*

tánicos se lanzaron a la conquista de las Indias Occidentales. En esta zona habían aumentado repentinamente las posibilidades de su conquista, ya que España había entrado precipitadamente en la guerra al lado de Francia. En 1759 fue tomada Guadalupe, cayendo también los asentamientos franceses de esclavos en el África occidental. Sin embargo, la Martinica resistió con éxito un ataque británico de gran envergadura. En 1762 se dirigieron dos grandes operaciones anfibias, contra esta isla y contra Cuba. Rodney y Monckton ocuparon la primera, en febrero; Pocock y Albemarle, la segunda, en agosto. Por último, tras haber firmado apresuradamente Francia y España un tratado de paz, llegó la noticia de que una expedición británica también había conquistado Manila, en el lejano Pacífico.

Con esta guerra se vieron realizados casi todos los sueños de Pitt. No se puede decir lo mismo de la Paz de París, firmada en febrero de 1763. Pitt había sido apartado ya del poder. Las ganancias británicas fueron muchas, pero el poder de Francia hizo presagiar otra guerra de revancha. Gran Bretaña retuvo las enormes regiones del Canadá, y el valle oriental del Mississippi, así como algunas pequeñas islas de las Indias Occidentales. España le cedió Florida a cambio de la devolución de Cuba, ofreciéndole Luisiana como compensación su aliada Francia. Tras casi un siglo de conflictos, Gran Bretaña se erigió como la dueña de casi toda Norteamérica. Sin embargo, el largo período de conflictos coloniales estableció algunas realidades duraderas. Se mantuvieron grandes áreas donde España, Portugal, Francia y Gran Bretaña instalaron a sus descendientes; allí, con algunas modificaciones, quedaría estampado el sello de las naciones fundadoras.



El Extremo Oriente

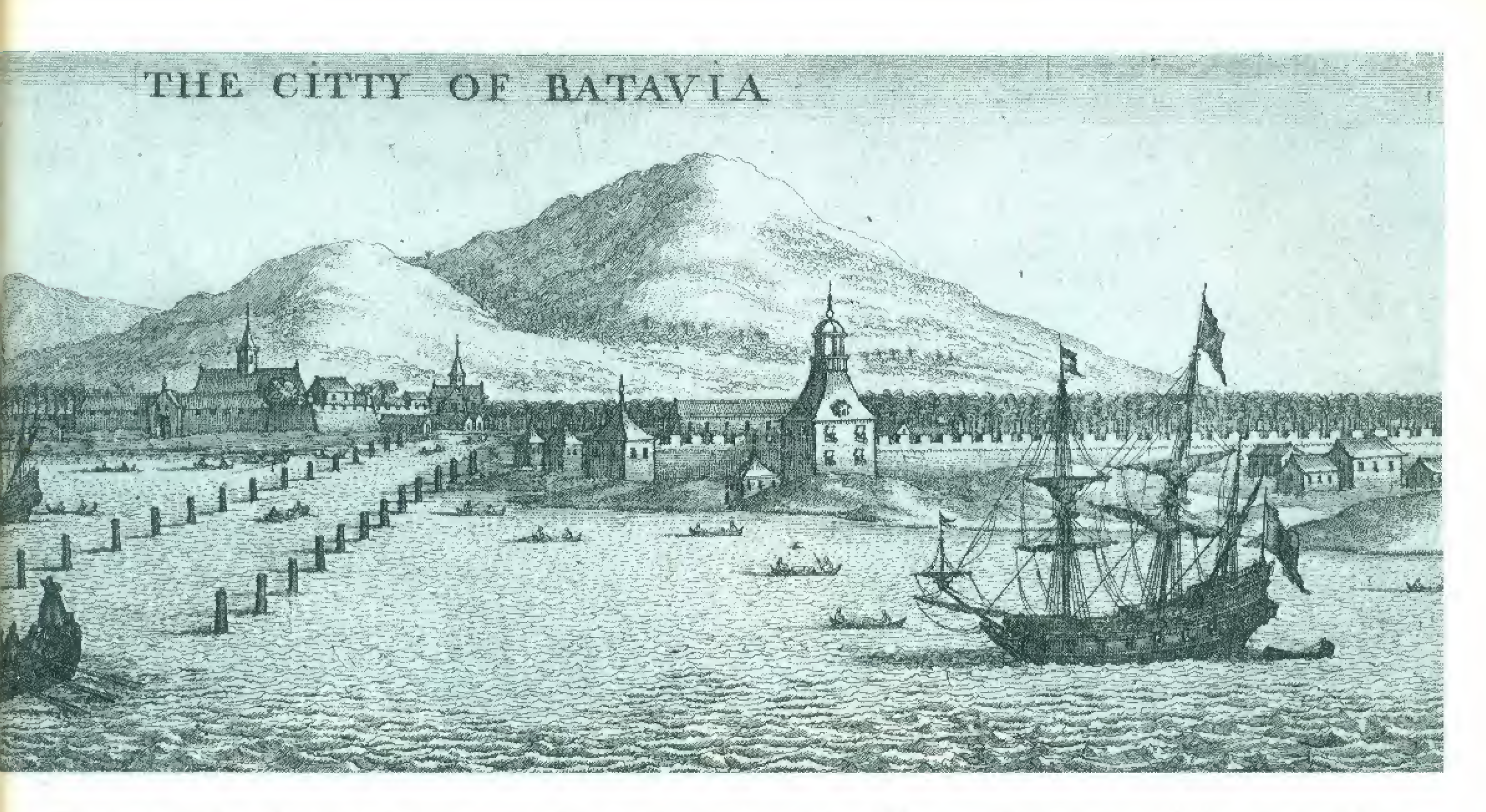
En el siglo XVII, los conquistadores nachúes de China crearon el más grande y poderoso reino que había existido desde la dinastía mongol. Japón, bajo los Tokugawa, consiguió la paz interna y gozó de un siglo de desarrollo económico e intelectual. En el sudeste asiático, el reino de Siam creció en poder y recursos, mientras que sus rivales Burma, Camboya y Vietnam sufrieron conflictos internos.

Los gobernantes de estos países eran lo suficientemente fuertes para conducir su propio desarrollo. Los visitantes occidentales admiraban la magnificencia de sus capitales y de sus innumerables ejércitos. Sin embargo, las bases de la dominación europea se establecieron al mismo tiempo en el norte de Asia y en el océano Índico.

La conquista rusa de Siberia

En 1581 un aventurero cosaco, Yermak, atravesó las montañas de los Urales y conquistó la ciudad de Sibir, capital de una provincia tártara. A partir de este momento, la vasta región comprendida entre los Urales y el Pacífico recibió el nombre de Siberia. Aunque Yermak murió pronto, en 1600 los rusos se establecieron definitivamente en Siberia occidental, donde fundaron una colonia en Tobolsk. A partir de aquí, los súbditos del zar, en pequeños grupos, pero bien equipados con armas de fuego, se dirigieron hacia el este, subyugando a las dispersas tribus que encontraban por el camino. Superaron las dificultades del viaje utilizando los grandes ríos, lo mismo que hicieron sus contemporáneos franceses en Canadá. En 1644 alcanzaron el Pacífico, fundando la colonia de Okhotsk. Entonces se dirigieron hacia el sur, explorando en 1651 el lago Baikal, donde fundaron la ciudad de Irkutsk. Desde aquí se dirigieron hacia el este, y allí establecieron la ciudad de Nerchinks, en 1654, bajando por el río Amur. Sin embargo, fueron momentáneamente detenidos por los manchúes.

Los cosacos eran valientes y fuertes, de gran espíritu aventurero, pero rudos en su trato con los nativos. Así les oprimieron mediante la construcción de una cadena de *ostrogs* –postas de comercio rodeadas de empalizadas; algo parecido a los puestos fronterizos del Oeste americano–. El aliciente de Siberia residía en su riqueza en animales de cotizada piel, teniendo que pagar las tribus sometidas un impuesto por esta mercancía al gobierno ruso. En 1637 el zar creó un departamento para los asuntos siberianos, instalado en Tobolsk, en un intento de instaurar el orden y la justicia, pero la mayoría de los funcionarios locales eran los primeros transgresores de la ley.



Tras los soldados y los tratantes de pieles llegaban los campesinos, la mayoría de los cuales eran fugitivos que buscaban escapar de la servidumbre o del desorden político de la Rusia europea. La colonización fue lenta, pero en 1700 había ya unos 250.000 rusos en Siberia, convirtiéndose esta vasta región en una creciente y valiosa parte del Imperio moscovita.

La conquista de la ruta de las especias

En el siglo XVII la hegemonía marítima de los portugueses en el océano Índico fue destruida por los holandeses y británicos. Los primeros atacaron directamente las Indias Orientales al ser excluidos por Felipe II del comercio de las especias en Lisboa. En 1602 el gobierno de las Provincias Unidas reunió una serie de intereses en una única Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Esta sociedad emprendió una guerra contra Portugal en Indonesia, donde los lusitanos habían monopolizado anteriormente el comercio de las especias. En 1622 los holandeses fundaron Batavia (Yakarta), que se convirtió en su centro de operaciones. Malaca, la principal colonia portuguesa en Malasia, fue conquistada por los holandeses en 1641; posteriormente, expulsaron a los españoles de las Molucas, pero fracasaron en su intento de expulsarlos también de Filipinas. En China, los holandeses fueron derrotados cuando quisieron tomar Macao, aunque entre 1623 y 1662 dominaron parte de Formosa.

La Compañía Inglesa de las Indias Orientales, fundada en 1600, intentó asegurarse una parte del comercio de las especias, y aunque Inglaterra y las Provincias Unidas estaban aliadas contra España, los holandeses no toleraban la competencia inglesa en las Indias Orientales. En 1623 sitiaron la factoría de Amboina, matando a casi todos los anglosajones. La Compañía Inglesa de las Indias Orientales no era aún un enemigo peligroso para las colonias holandesas. A finales de siglo, las Provincias Unidas habían reducido al vasallaje a todos los sultanes nativos, estableciendo un firme imperio comercial.

En la India, la Compañía Inglesa, a pesar de la oposición de portugueses y holandeses, se aseguró derechos comerciales pactando con el emperador mongol Jahangir. Pero en tanto no tuviesen una base segura, su situación seguiría siendo precaria. En 1639 un gobernante local les concedió territorios en la costa de Coromandel, donde fundaron Fort Saint George (Madrás). En la Costa occidental, los portugueses poseían Goa y la isla de Bombay. En 1661, cuando el rey Carlos II se casó con la infanta lusitana Catalina de Braganza, Bombay fue parte de la dote. En 1667, Carlos II concedió esta posesión a la Compañía de las Indias Orientales, que bajo la buena administración de su primer gobernador, Gerald Aungier, pasó de ser un pueblo insignificante a una gran ciudad, ya que estaba bien defendida

Arriba, la ciudad de Batavia, en la isla de Java, cuartel general de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales desde el siglo XVII.

Página anterior, vista de la stupa *de Svayambhunata. Este monumento funerario domina, desde la colina de Katmandú, todo el valle del Nepal.*



frente a las incursiones de los mahrattas y las exacciones de los gobernadores mogules. Calcuta, que se había convertido en el tercer centro del comercio y de la influencia británicos fue también una localidad sin importancia hasta que se instaló allí Job Charnock en 1686. Después de un período de hostilidades con el gobernador de Bengala, fue reconocido finalmente el control de la Compañía de las Indias Orientales por Aurangzeb, en el año 1691.

Mientras, los holandeses habían expulsado a los portugueses de Ceilán, apoderándose de sus factorías comerciales en el sur de la India.

Tras los holandeses e ingleses llegaron los franceses. En 1674 se aseguraron el control de la colonia de Pondichery, y posteriormente de Chandernagore, en 1688. Los franceses fueron activos en el trabajo misionero, y enviaron frailes a Burma, Siam, Camboya y Vietnam. Durante un tiempo, bajo el reinado de Luis XIV, parecía que también Francia se labraba un porvenir político y comercial en el sudeste asiático, sobre todo en Siam.

Pero sus actividades provocaron una reacción, que junto a las guerras del Rey Sol en Europa, frenaron la expansión francesa.

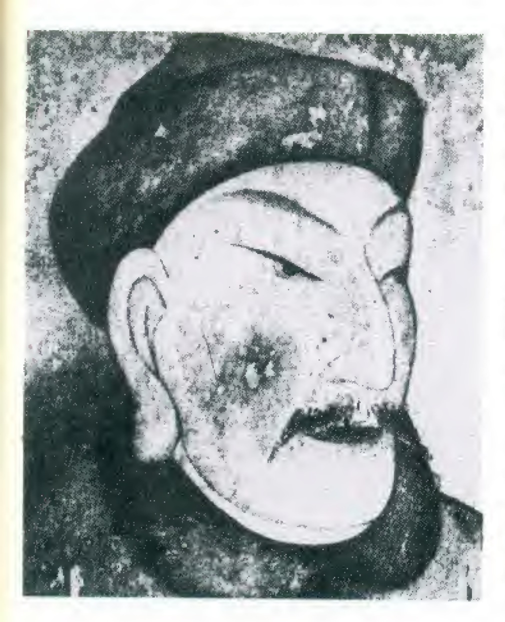
Los españoles en Filipinas

La conquista de Manila por Legazpi en 1571 instauró el poder español en las islas Filipinas, aunque su control sobre el conjunto del archipiélago fue limitado. La mayor parte de las montañosas regiones interiores se mantuvieron virtualmente intactas, mientras que las bahías de Mindanao y Sulú estaban dominadas por fanáticos conversos al Islam, a los que los españoles llamaban «moros». Los filipinos eran gobernados por un capitán general, auxiliado por oficiales subalternos. Era responsable ante el virrey de México, ya que los hispanos consideraron a las Filipinas como un apéndice de sus posesiones en la América Latina. Como en Hispanoamérica, a los españoles que habían tomado parte en la conquista se les concedieron grandes propiedades, las «encomiendas», que administraban como señores feudales. La Iglesia también obtuvo grandes posesiones territoriales, ejerciendo el clero una gran autoridad.

Los juncos chinos llevaban sedas y porcelanas a Manila, que los españoles compraban con la plata americana proveniente de México. Así, la moneda argentífera hispana se convirtió en la moneda usual en el Extremo Oriente. Las autoridades castellanas estaba inquietas ante el gran asentamiento de chinos en Manila, por lo que masacraron a algunos grupos de ellos, sospechosos de preparar revueltas.

Los manchúes

La región que se extiende al nordeste de la Gran Muralla, conocida posteriormente como Manchuria, estaba poblada en su parte meridional por chinos. La meseta y las estepas del noroeste fueron el núcleo de las tribus nómadas mongolas; las montañas y los bosques estaban habitadas por los tungús, uno de cuyos grupos eran los manchúes. Los emperadores Ming otorgaron títulos rimbombantes a sus jefes, para mantenerlos como fieles tributarios. Pero, con Nurhachi cambió la situación. Demostró ser un líder genial, consolidando su poder mediante una serie de campañas victoriosas y obteniendo el control de casi todas las tribus en 1616, fecha en la que se rodeó de los atributos de la realeza. La corte de los Ming, alarmada por el crecimiento de su poderío, ayudó a sus enemigos. Nurhachi, como réplica, invadió la zona de Manchuria po-



blada por chinos. Su ejército, organizado en divisiones, derrotó a las fuerzas de los Ming y tomó Mukdén, arrasando la mayor parte de Manchuria. Muchos de los chinos que allí vivían, descontentos de la tiranía Ming, se aliaron a los manchúes. Así, los chinos de esta región también se organizaron militarmente, formando ocho divisiones como los manchúes.

El ejército Ming, ayudado por cañones construidos bajo la supervisión de los jesuitas, logró detener a estas fuerzas en su camino hacia Pekín, en el paso de Shanhaikuán. Nurhachi murió en 1626, esforzándose su hijo en romper las defensas chinas mediante la devastación de Manchuria occidental y del interior de Mongolia. Algunas tribus mongolas fueron derrotadas, mientras que otras se aliaron al soberano manchú, concediéndole en 1635 el sello real de los antiguos kanes mongoles, quedando así reconocido como el verdadero heredero del Imperio de Gengis Kan. Este caudillo adoptó entonces el título dinástico de Ch'ing, o «puro», lo que significaba su intención de derrotar a los Ming en la propia China.

Para hacer frente a los gastos de la guerra contra los manchúes, el gobierno chino incrementó considerablemente los impuestos territoriales, así como otros tributos. Esto generó el descontento entre las clases propietarias, mientras que los campesinos eran afectados por la sequía y el hambre, sobre todo en el norte de China. Entre los líderes de la rebelión destacó un agricultor de Shensi llamado Li Tsu-Cheng. Se enviaron fuerzas imperiales contra él, pero fueron derrotadas, e incluso algunas se pasaron a los rebeldes, que de este modo pudieron tomar Sian, la capital de Shensi, en 1643. En 1644 lanzaron un gran ataque contra Pekín, que fue conquistada y saqueada. Ante esta situación, el emperador Ming se suicidó, proclamándose para tal cargo el mismo Li. Las mejores fuerzas de los Ming, bajo el mando del general Wu San-Kuei, estaban acantonadas vigilando la Gran Muralla, pero su jefe prefirió decantarse por los manchúes antes que por el antiguo guerrillero Li, llegando a un acuerdo con el príncipe Dorgún, que actuaba como regente del nieto de Nurhachi, aún un niño. Por consiguiente, Li fue derrotado, y los manchúes entraron en Pekín.

Tras la caída de la capital, apareció en Nanking un pariente del último Ming, pero fue derrotado por los manchúes y sus aliados chinos. Posteriormente, surgieron otros príncipes de esta dinastía, primero en Cantón y luego en el extremo occidental de China. Este último Ming fue ayudado por el pirata Cheng Chengkung, que controlaba gran parte de la costa meridional. Este pretendiente al trono, en compensación por su ayuda, le concedió un título honorífico que luego los europeos conocerían como «Koxinga». Después de esto, no pudo permanecer mucho tiempo más en el continente, instalándose en 1661 en Formosa, de donde expulsó a los holandeses. Su hijo siguió luchando contra los manchúes en el mar. La conquista del sur y oeste de China fue realizada por Wu San-Kuei y otros generales chinos que se unieron a los manchúes. Tras varios años de lucha, los últimos efectivos Ming se replegaron en Birmania, pero durante mucho tiempo las regiones meridionales y occidentales de China se mantuvieron casi independientes con Wu San-Kuei.

La dinastía manchú dio a China un buen gobierno y paz interior. Con el dinámico Kang Hsi (1662-1722), y sus sucesores Yung Chang (1723-1735) y Chien Lung (1736-1796), este país alcanzó la extensión territorial más grande de su historia. La paz interior aseguró la prosperidad, ya que China era un país rico y autosuficiente. Las tierras cultivadas aumentaron, y la población creció de forma rápida, alcanzando los 300 millones en 1800. No se introdujeron cambios significativos, lo cual era muy típico del carácter chino. La reverencia al pasado era la característica típica de su ética.

El conservadurismo se hizo aún más rígido. Uno de los sectores donde se pudo apreciar más claramente esta actitud fue en la actividad literaria, gran parte de la cual consistía en compilaciones enciclopédicas de los clásicos, y de una forma creciente, en obras de sofisticada erudición crítica. La misma tendencia, ya perceptible bajo la dinastía Ming, apareció en todas las artes, a excepción de la porcelana (aunque, significativamente, las nuevas decoraciones que habían descubierto los chinos fueron aplicadas principalmente a los artículos de exportación). Se emplea-



Arriba, Chien Lung, emperador chino de la dinastía Tsing (manchú). Bajo su reinado la situación política fue próspera hasta 1775; después, los malos consejeros condujeron el país a la ruina.

Izquierda, el jefe manchú Nurhachi (1559-1626) que unió las tribus de Manchuria y atacó a la dinastía Ming en 1618. Los manchúes dominaron China a partir de 1644.

Página anterior, pintura china del siglo XVIII que representa a un mongol herido durante una expedición de castigo contra la tribu mongola occidental de los chungaros, en 1759.

China con la dinastía Ming
Territorios subyugados por los Ming

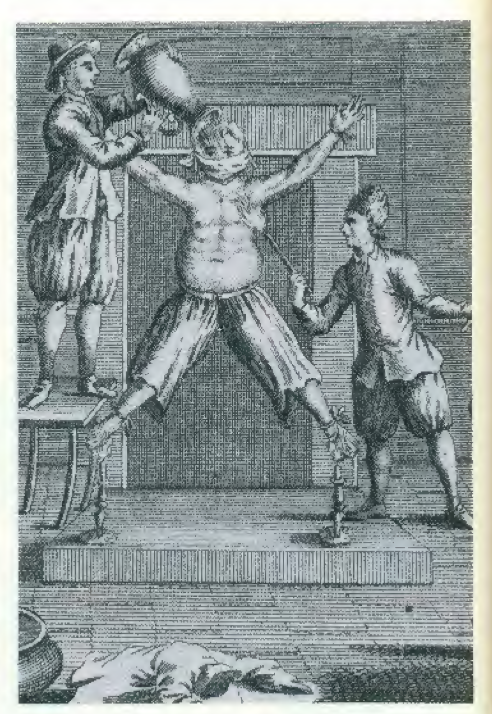
ron las habilidades del pasado para producir grandes obras de arte, a menudo soberbiamente ejecutadas en los estilos antiguos, aunque carentes de creatividad.

Cuando se hablaba de cualquier tipo de innovación se producía una revulsión: el apego al pasado era la regla, más que la excepción, en la trayectoria histórica de China. La indiferencia de este país ante las nuevas ideas sería desastrosa en el siglo XIX, debido, más que a la decadencia del Imperio, a que su sociedad tuvo que abrirse a la agresiva cultura europea, tecnológicamente mucho más avanzada.

En sus últimos años, Chien Lung se apoyó en su favorito Ho Shen, que llevó la corrupción financiera a sus límites. La combinación de injusticia y extorsión producidas por un funcionariado corrupto provocó la primera revuelta desde hacía cien años. A partir de entonces sería frecuente esta situación, hasta el final de la dinastía y del Imperio en 1912. La incapacidad de los sucesores de Chien Lung demostró que los manchúes seguían las mismas pautas que las dinastías anteriores: los primeros y enérgicos emperadores eran sucedidos por soberanos cada vez más incapaces, hasta que un hábil usurpador creaba una nueva dinastía y se reemprendía el proceso.

Los jesuitas en China

La única fuente de la que los chinos podían haber adquirido nuevos conoci-



mientos sin perder su integridad era la de los misioneros cristianos. La gran mayoría de éstos fueron católicos, y entre ellos destacaron los jesuitas. Un jesuita, Matteo Ricci, fue el primer predicador cristiano europeo en China desde el período Tang (618-907), habiendo sido recomendado a los emperadores Ming como astrónomo y matemático. Los miembros de la Compañía de Jesús siguieron trabajando como consejeros científicos bajo el reinado de Kang Hsi.

Los jesuitas se adaptaron inteligentemente en sus intentos de convertir a los chinos, pero chocaron con ellos al pedirles que fuesen devotos sólo del cristianismo, lo cual contradecía los ritos de respeto al pasado. Atacar esto era agredir directamente a los fundamentos de la civilización china, por lo que Ricci y los demás miembros de esta orden desistieron, alegando que la ética de Confucio y la piedad filial no eran incompatibles con el cristianismo.

La cuestión de los «ritos» fue arduamente debatida en el seno de la Iglesia, ya que al menos una parte de la oposición a las prácticas de los jesuitas derivaba de la envidia que se tenía a la Compañía de Jesús dentro del propio mundo católico por parte de otras órdenes. En 1715 el papa condenó aquellos ritos, confirmándose estas medidas con la bula *Ex Illa Die* (1742). El hasta entonces benévolo Kang Hsi, que había apoyado a los jesuitas, se sintió ofendido por el insulto hecho a la cultura china. Los nuevos decretos imperiales impidieron la extensión del cristianismo (1717), y éste decayó.

La concepción china del mundo hizo imposible cualquier otro tipo de contacto. Aislados durante milenios, los chinos sólo

conocieron culturas inferiores, como la de los nómadas de las estepas que arrasaron a veces China y adoptaron su lengua y costumbres. Habían llegado a creer que su Imperio era el «único Estado» y la suya la «única cultura». El emperador era el «único gobernante que había bajo el cielo», ya que ningún bárbaro lo había sometido aún ni le había mostrado los caminos de una civilización superior. Por tanto, carecían totalmente de diplomacia.

El comercio chino

La imposibilidad de establecer relaciones diplomáticas con China frenaba el aumento del comercio con este país, y molestaba sobre todo a Gran Bretaña. Las relaciones mercantiles con China eran muy beneficiosas, pero estaban sujetas a estrictas limitaciones. Los portugueses estaban asentados en Macao, y los británicos y otros europeos en Cantón, donde tenían factorías marginadas del control político de Pekín. Sólo comerciaban con los mercaderes gremiales chinos, los Hong, que fijaban los precios arbitrariamente, mientras que la China oficial ignoraba su existencia.

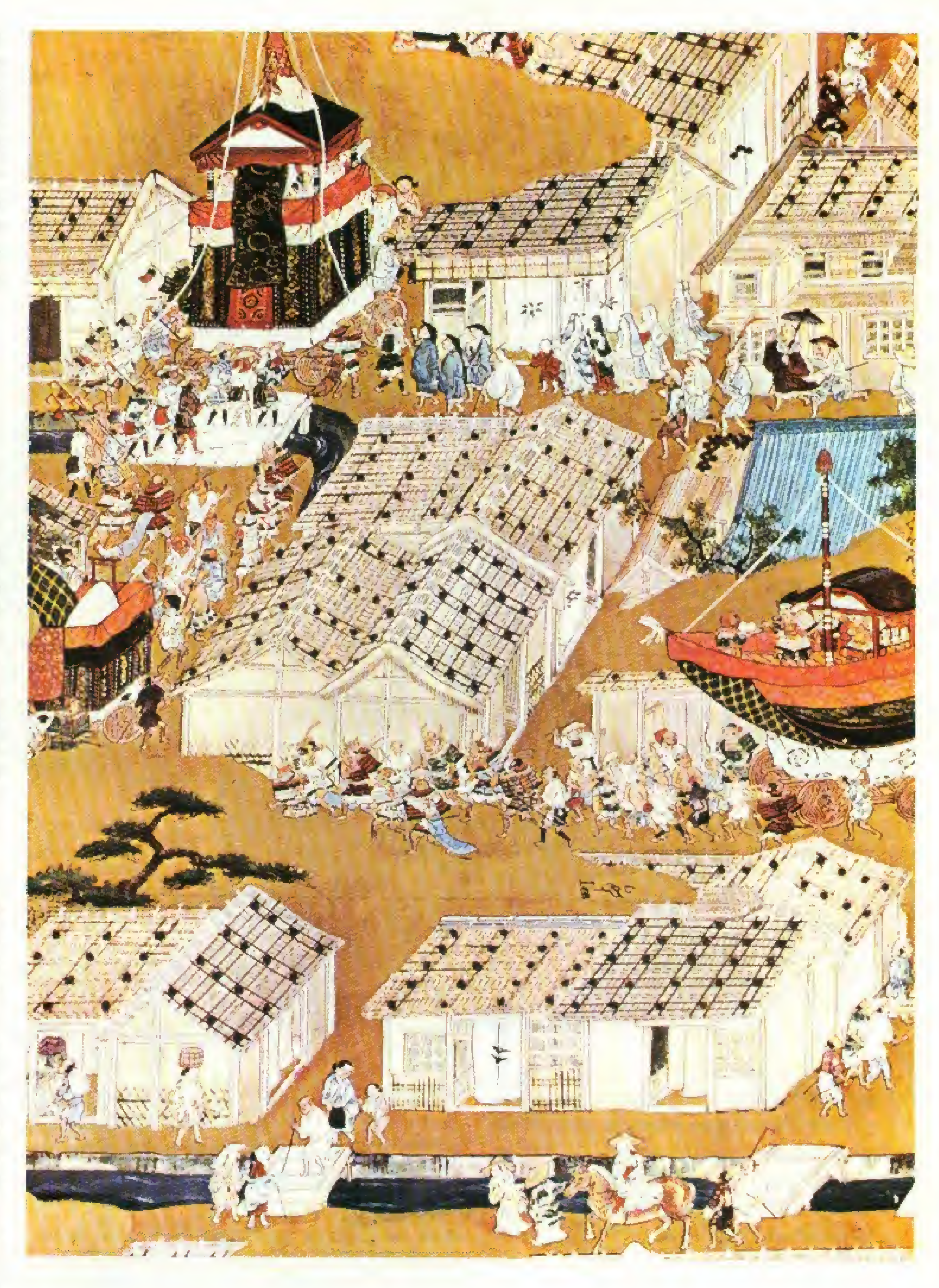
Esta actitud estaba agravada por la autosuficiencia china. Los europeos querían el té, las porcelanas y la seda chinas, pero los habitantes de este país no deseaban nada de Europa. También había en esta situación un aspecto económico muy importante: a China se le debía pagar en lingotes de oro. El desequilibrio comercial entre Oriente y el Viejo Continente llevó a los europeos a traficar con una mercancía muy codiciada en China: el opio. Desde 1773 la Compañía Inglesa de las Indias Orientales tuvo el monopolio de su manufactura, venta y comercialización, lo cual suponía unas ganancias sustanciosas. En 1800 se vendían grandes cantidades de esta droga en los barcos europeos anclados en las riberas del río Cantón.

El siglo XIX presenció un gran desarrollo del comercio del opio, con una creciente participación en él de los europeos. No se podían enderezar las relaciones diplomáticas si éstas no existían, por lo que la incompresión mutua excluyó cualquier tipo de moderación. De este modo, se esbozaba un conflicto que se materializaría en el siglo XIX.

Japón

Japón estaba aún más cerrado a Occidente que la propia China. Los europeos que llegaron a partir de 1542 y 1543 enseñaron a los japoneses a usar armas de fuego y a construir fortificaciones. También llevaron el cristianismo, que gozó de una considerable popularidad durante el siglo XVIII, pero rápidamente fue identificado con la subversión política y la agresión exterior. La reacción nipona fue feroz y extrema: se acabó con todo tipo de cristianismo en 1638, y los puertos fueron cerrados a los europeos, e incluso se llegó a prohibir que regresasen los japoneses que estaban en el extranjero.

Las únicas excepciones fueron sus relaciones mercantiles con China y con los holandeses, a los que se les permitió operar en la isleta de Deshima. A través de los holandeses, los japoneses adquirieron conocimientos de la ciencia occidental, sobre todo de medicina. Aunque a principios



La fiesta de Gion, escena popular en Kyoto (siglo XVI), por Eitoku Kano.

Página anterior, izquierda, China a principios del siglo XVII, poco antes de que la dinastía Ming fuese derrotada por los manchúes. En la parte inferior hay un plano de la ciudad de Pekín, construida por los mongoles en el siglo XIII.

Página anterior, derecha, matanza de Amboina en 1623. Devastación holandesa de una colonia inglesa en las Indias Orientales, que provocó la primera ruptura entre los dos países protestantes, los cuales habían estado siempre unidos en su oposición al imperio español.



del siglo XVIII sólo llegaban anualmente dos barcos holandeses, hasta la revolución industrial Japón supo lo suficiente de Europa como para estar seguro de que estaba a salvo de toda interferencia, no queriendo conocer nada más.

El régimen Tokugawa

Japón estaba muy familiarizado con el fenómeno del aislamiento. El montañoso archipiélago estaba más densamente poblado en el sector más lejano a China, y menos en el más cercano. De vez en cuando, los nipones tomaban parte en las guerras asiáticas, siendo desde el principio de su historia profundamente influenciados por la superior cultura china, aunque sin perder su carácter distintivo.

El aislamiento, una economía agraria y un regionalismo motivado por la irregular topografía del terreno, hicieron que se desarrollase una sociedad feudal y militarista en la que era muy difícil mantener un poder centralizado. Desde el siglo XII la cabeza real del gobierno japonés era normalmente un *shogun* («generalísimo»). El emperador era una figura ceremonial, profundamente adorada, pero sin poder. El shogun podía ser una marioneta en manos de una poderosa casa nobiliaria, con un clan de familiares y clientes militares (los famosos «samurais»). Japón se convirtió fácilmente en un campo de batalla entre clanes rivales, característica típica de los siglos XIV y XV.

Desde 1607 hasta 1867 el shogunado estuvo en poder de la familia de los Tokugawa, que lo fortalecieron considerablemente. Pero la unidad y la estabilidad, junto con la hegemonía de la dinastía, sólo se pudieron mantener con una vigilancia incesante. El acceso a la corte imperial de Kyoto estaba rígidamente controlado por el shogun. Los grandes nobles fueron obligados a construir sus palacios en la capital, Yedo (después Tokio), donde vivían sus familias permanentemente como rehenes; los feudos de la aristocracia fueron cambiados, y la nobleza fue económicamente controlada. El régimen Tokugawa era, de hecho, un Estado-policía.

La larga paz propició el crecimiento de una clase mercantil y el desarrollo de una economía monetaria, todo lo cual fue acompañado desde fines del siglo XVII por la aparición de una sofisticada sociedad urbana. Yedo, con casi un millón de habitantes, era la vanguardia de esta sociedad, con una gran masa de funcionarios, familias nobiliarias con sus respectivos séquitos, un ejército de artistas, vendedores ambulantes, mendigos y pícaros. Un nuevo tipo de audiencia estimuló la producción de un arte popular vigoroso y realista, incluyendo los títeres y los *kabuki*, de los que el gran dramaturgo japonés Chikamatsu Monzaemon (1653-1725) escribió sus obras, surgiendo una gran pléyade de artistas entre los que destacaron Hokusai (1760-1849) y Utamaro (1754-1806).

La decadencia Tokugawa

Las contradicciones inherentes a la política de los Tokugawa se hicieron evidentes durante el siglo XVIII. Sin enemigos exteriores (el mundo ajeno al Japón había sido «abolido»), la aristocracia militar no podía permanecer inmóvil. Los shogunes, de los que dependía el sistema, no estaban siempre preparados para su cargo. Al faltar una ocupación bélica, muchos samurais y algunos grandes nobles cayeron en la corrupción. Los guerreros que no tenían señor se convirtieron en un peligro social, una casta privilegiada de desocupados, apartada del trabajo, y cuya única preocupación era batirse por cuestiones de orgullo, mientras permanecían en la más completa miseria.

Aunque la población siguió siendo de unos 30 millones de habitantes durante el siglo XVIII y gran parte del XIX, se hicieron frecuentes las revueltas campesinas desde la década de 1780. Las tenencias de los agricultores siempre fueron difíciles de cultivar en un país montañoso como Japón, en el que la mitad de las tierras eran yermas y el trabajo de años estaba sujeto a la destrucción por un terremoto, una riada o un tifón; pero la situación empeoró ostensiblemente durante casi todo el siglo XVIII, debido probablemente a que los señores feudales intentaron resolver sus propias dificultades mediante desahucios y crecientes exigencias a los campesinos.

El último shogun que hizo verdaderos esfuerzos para restaurar la estabilidad fue Yoshimune (1717-1744). Publicó decretos favoreciendo a los deudores, ya que los Tokugawa no tenían la intención de que los comerciantes se hicieran más poderosos.

Otros tipos de reformas amenazaron la situación de los mismos Tokugawa. Habían favorecido al confucianismo porque inculcaba la observancia de la ley y de la autoridad civil, pero el culto confuciano al emperador fue mal recibido. El renacimiento del interés por el sintoísmo, la religión autóctona del Japón, también favorecía el sentimiento imperial desde el momento en que proclamaba que el emperador «descendía de la diosa Sol». Desde mediados del siglo XVIII se hizo manifiesto un espíritu profundamente nacionalista y hostil al shogunado. Otros inquietantes acontecimientos, incluyendo la impaciencia de los grandes feudatarios en las regiones extremas que nunca pudieron ser controladas de una forma efectiva por los Tokugawa, indicaban que esta política de Estado no duraría mucho tiempo.

Sin embargo, a diferencia de China, Japón sería capaz de integrarse en la sociedad mundial, de la misma forma que había asimilado la cultura china mil años antes. Después de la época Tokugawa, Japón volvió a entrar en la historia internacional, pero como un curioso híbrido de lo nuevo y lo antiguo.

Siam

A fines del siglo XVI, Siam fue conquistado por el jefe birmano Bayinnaung. Pero a su muerte, en 1581, una revuelta en Birmania contra su hijo permitió al noble siamés Pra Naret recuperar la independencia de su país. En 1587 rechazó un intento birmano de tomar Ayuthia, la capital siamesa, deteniendo también una invasión camboyana. En 1590 se convirtió en el rey Narasuen, infligiendo posteriores derrotas a sus vecinas Birmania y Camboya. Esta última quedó neutralizada durante mucho tiempo, mientras que la primera perdió las provincias de Tavoy y



Arriba, castillo de Nijo en Kyoto, construcción de principios del siglo XVII, período Momoyama.

Izquierda, el teatro kabuki, *según una pintura sobre papel de Hishikawa Moronobu (siglo XVII). Los inicios de este espectáculo popular japonés se remontan al 1600.*

Página anterior, traje masculino para el teatro japonés nô, *del período Edo (siglo XVII).*

Tennasserim. Narasuen, que fue uno de los grandes héroes de la historia siamesa, murió en 1605. Sus sucesores inmediatos fueron menos belicosos, y los birmanos recuperaron algunos de los territorios perdidos.

Los reyes siameses estuvieron siempre abiertos a los comerciantes extranjeros. Habían establecido relaciones con los portugueses y los españoles, admitiendo a principios del siglo XVII a los mercaderes japoneses, algunos de los cuales eran cristianos huidos de su país que se enrolaron como mercenarios en la guardia real, desempeñando durante algún tiempo un papel muy importante en la política siamesa a través de su jefe Yamada Nagamasa. A los holandeses se les permitió instalar factorías comerciales en Patani (1602) y Ayuthia (1608). En 1609 fue recibida en La Haya la primera embajada siamesa que visitó Europa. A la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se le concedieron derechos comerciales en Ayuthia (1612), pero encontró dificultades para competir con los holandeses, por lo que en 1622 se retiró de Siam durante algunos años. Bajo el reinado de Prasat Tong (1630-1656) los japoneses, que habían conspirado contra él, fueron expulsados. Estos acontecimientos dejaron a los holandeses el monopolio del comercio exterior, de lo cual recelaban los siameses.

En 1657 el rey Narai subió al trono, y para compensar la agresividad de los súbditos de las Provincias Unidas, reanudó el comercio con los ingleses en 1661, concediendo también favores a los misioneros católicos franceses, que erróneamente creyeron que dicho soberano podía ser convertido, aunque el verdadero objetivo de éste era sólo político. En 1675 un griego llamado Constantino Phaulkon, que entró en Siam al servicio de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, llegó a ser el superintendente del comercio exterior, gozando de una gran ascendencia sobre el monarca. Como consecuencia de una disputa entre los agentes de la Compañía Inglesa, Phaulkon utilizó su influencia para fomentar los intereses franceses. En 1685 llegó una embajada gala a Ayuthia, enviando los siameses representantes a Versalles en 1686. Mientras, Phaulkon había sido convertido al catolicismo por los jesuitas, promoviendo un arreglo por el que se instalarían tropas francesas en Megui y Bangkok, supuestamente para proteger al país frente a los holandeses. Las tropas llegaron en 1687, pero una parte de la nobleza siamesa, encabezada por un general llamado Pra Petraja, vio en este hecho una amenaza para la independencia de su patria. En 1688 el rey Narai enfermó y Pra Petraja se convirtió en el regente. Pronto hizo capturar y ejecutar a Phaulkon. Cuando Narai murió, le sucedió en el trono, y entonces se dedicó a atacar a los franceses. La actitud siamesa respecto a los extranjeros se hizo menos liberal: se recortaron los privilegios comerciales de los holandeses, y los ingleses tuvieron que abandonar de nuevo Siam.

Birmania

La Alta y la Baja Birmania fueron unificadas por el rey Anaukpe Hun, pero tras su muerte en 1629, su sucesor Thalum, que trasladó la capital de Pegu a Ava, se enfrentó con nuevas revueltas de los Mon en la región del delta del Irawady. Fue un hábil administrador, pero su hijo Pindale, que gobernó entre 1648 y 1661, resultó un incompetente. Además de los muchos conflictos con los Mon y los siameses, Pindale tuvo problemas con China. En 1658, Yung Li, el último emperador Ming, que había sido expulsado de Yunnan y se había refugiado en este país, fue encarcelado, y sus seguidores saquearon parte de la Ata Birmania. Pindale fue depuesto en 1661, y su hermano Pye, que le sucedió en el trono, tuvo que contener a los manchúes entregándoles a Yung Li, cuyos soldados fueron dispersados. Durante el resto del siglo Birmania estuvo en paz, pero sus monarcas fueron débiles y estuvieron dominados por sus ministros.

Annam

El reino de Annam, el actual Vietnam, seguía aún bajo un gobierno nominal de los descendientes de Le Loi, el héroe nacional que en el siglo XV había liberado a su país del yugo chino. Pero de hecho, el poder estaba en manos de las grandes familias feudales nobiliarias, entre las que destacaron dos: los Trinh y los Nguyen. Los primeros dominaban Hanoi y el valle del Río Rojo, mientras que los segundos dominaban el sur del Vietnam. Entre 1620 y 1674 hubo una guerra civil entre ambos clanes. Los Nguyen, que recibieron ayuda de los portugueses de Macao, pudieron conservar su territorio, y la paz de 1674 les dejó como virtuales señores del sur de Annam. Para fomentar el comercio, los Nguyen toleraron a los misioneros católicos, aunque éstos fueron a veces víctimas de duras persecuciones. Estos religiosos latinizaron el idioma escrito vietnamita, dándole la forma que aún se utiliza actualmente.

Los príncipes Nguyen, sobre todo después de firmar la paz con los Trinh, extendieron sus territorios más hacia el sur,



a expensas del reino de Camboya, el cual estaba debilitado por las guerras contra los siameses y por las luchas internas. Por consiguiente, a fines de siglo Camboya había perdido la mayor parte de los territorios alrededor de Saigón, que pasaron a los vietnamitas.

Laos

La remota y montañosa región de Laos, que había caído bajo control de China en el siglo XVI, recuperó su independencia en 1591. De 1637 a 1694 estuvo gobernada por el rey Souligna-Bongsa, que estableció su capital en Vientian. En 1641 hizo su aparición el primer europeo, un holandés llamado Van Wuysthof. Llegó en misión comercial, pero debido a las dificultades de las comunicaciones no pudo obtener nada. En 1642 el padre Leria, un jesuita italiano, arribó a Vientian, donde permaneció durante cinco años, pero la oposición de los budistas le impidió abrir una misión. Tras su partida, Laos siguió ajeno a la influencia europea hasta el siglo XIX. Después de la muerte de Souligna-Bongsa se iniciaron disputas por la sucesión, quedando el país dividido a principios del siglo XVIII en los reinos de Vientian y Luang Prabang.

ASIA EN EL SIGLO XVII

Año	India	China	Japón	Sudeste de Asia	Rusia en Asia
1500				Conquista de Manila por los españoles (1571)	
				Ascensión de Naresuen de Siam (1590)	Los cosacos atraviesan los Urales (1581)
1600			Batalla de Sekigahara; Ieyasu gobernador de Japón (1600)		Los rusos se establecen en el oeste de Siberia (1600)
		Matteo Ricci en Pekín (1601)		Establecimiento de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (1602)	
			Shogunato de Tokugawa (1602)		
	Muerte de Akbar; ascensión de Jahangir (1605)			Embajada siamesa en Holanda, primera en Europa (1609)	
		Nur Ha Chi asume el control de Manchuria (1616)			
	Victoria persa en Kandahar (1622)			Fundación de Batavia (1622)	
	Muerte de Jahangir; le sucede Shah Jahan (1627)	Muerte de Nur Ha Chi (1626)			
	Hambre en la India (1630)				
	Inicio de la construcción del Taj Mahal (1631)				
		Los manchúes asumen el título dinástico de Ching (1635)	Rebelión cristiana en Shimabara (1638)		Fundación del Departamento de Asuntos Siberianos (1637)
	Kandahar reconquistada a los persas (1637)				
		Li Tsu-Cheng saquea Pekín. El último emperador Ming se suicida (1644)			
	Kandahar abandonada a los persas (1648)				
					Los rusos llegan al Pacífico (1649)
					Fundación de Nerchinsk (1654)
				Narai de Siam, nuevo rey. Nuevos contactos con Europa (1657)	
	Aurengzeb se apodera del trono (1660)	Kang Hsi, emperador (1661)			
				Constant Phaulkon superintendente de comercio exterior de Siam (1675)	
	Guerras Mahrattas (1681)				
				Ejecución de Phaulkon; aislamiento siamés (1688)	
		Tratado de Nerchinsk con Rusia (1689)			Fijación de la frontera entre China y Rusia (1689)
		Misioneros católicos obtienen permiso de Kang Hsi para predicar (1692)			
1700	Muerte de Aurangzeb (1707)				



Arriba, dos mujeres hablando, obra del pintor japonés Kitagawa Utamaro, del siglo XVIII.

Página anterior, pareja en el mirador, xilografía polícroma sobre papel, de Suzuki Harunobu (siglo XVIII).

El Imperio mongol y el auge de la India británica



Tras la muerte del emperador Akbar, en 1605, le sucedió su hijo Salim. Éste tomó el nombre de Jahangir, que significa «Señor del mundo». En 1611 se casó con una noble persa, a quien le concedió el nombre de Nur Mahal, o «Luz del palacio». Era una mujer ambiciosa que, junto a su hermano Asaf Khan, ejerció una gran influencia sobre el monarca. Jahangir fue un gobernante competente que continuó la política de tolerancia hacia sus súbditos no musulmanes, siguiendo las líneas trazadas por su padre Akbar.

Jahangir obtuvo victorias en Bengala y Rajputana, pero fue derrotado por el gran sha de Persia Abbas, que conquistó Kandahar en 1622. Jahangir intentó extender las conquistas de su padre en el Deccan, pero la ciudad de Ahmadnagar, gobernada por el competente ministro abisinio Malik Ambar, le opuso resistencia durante largo tiempo. A su hijo, el príncipe Khurram, que obtuvo una victoria en el Deccan en 1616, le dio el nombre de Shah Jahan («Rey del mundo»). Sin embargo, el príncipe se distanció de su padre, y entre 1623 y 1625 estuvo en total rebeldía contra su progenitor. Ello fue debido a que Jahan había decidido que sólo se casaría con la mujer que él eligiese, y no con la que seleccionase Nur Mahal. La lucha acabó con una reconciliación entre padre e hijo, pero en 1626 Mahabat Khan, un prestigioso general, se levantó contra el dominio ejercido por Nur Mahal y su hermano, llegando a encarcelar a Jahangir. La emperatriz consiguió liberarlo, pero el monarca murió en 1627.

Shah Jahan

Shah Jahan derrotó y ejecutó a los pretendientes al trono, proclamándose en 1628 emperador en Agra. Mantuvo a Nur Mahal confinada hasta su muerte. Una vez aseguró su poder, siguió una política de tolerancia, siendo su gran deseo actuar con justicia respecto a sus súbditos. Sin embargo, sus edictos de reformas tuvieron escasa efectividad para acabar con la ambición de los gobernadores provinciales y sus oficiales. Shah Jahan, al igual que sus predecesores, intentó evitar que los cargos administrativos y militares se hiciesen hereditarios, para así mantener el control imperial sobre los nobles. Pero en un reino tan extenso era difícil impedir que ejercieran un alto grado de autoridad local, sobre todo cuando el emperador dependía de su lealtad en las épocas de guerras exteriores o luchas sucesorias. Es más, las conquistas y proyectos constructivos en los que se vio implicado Shah Jahan debieron ser pagados mediante grandes impuestos; así, las maravillas arquitectónicas de Agra y Nueva Delhi contrastaban con la miseria del campesinado. De 1630 a 1632 se produjo un gran hambre en Gujarat, donde murieron miles de personas. Shah Jahan estaba profundamente enamorado de la emperatriz, Mumtaz Mahal. Cuando murió, en 1631, encargó a arquitectos persas e indios, y a varios artistas en general, la construcción de un magnífico mausoleo en Agra, conocido como el Taj Mahal o «Joya del palacio». Otra maravilla arquitectónica construida en Agra fue la Mezquita de la Perla. Mientras la capital era embellecida, encargó que se construyera una nueva, cerca de la antigua ciudad de Delhi, que fue levantada en diez años (1638-1648), llamándola Shahjahanabat. El viajero francés Bernier, que la vio en





Arriba, el emperador mongol Aurangzeb, que reinó de 1658 a 1707 y fue un gran devoto del Islam. (Musée Guimet, París.)

Izquierda, arriba, Jahangir desfilando sobre un elefante. Este emperador concertó tratados comerciales con los portugueses y con la Compañía Inglesa de las Indias Orientales.

Izquierda, abajo, una escena ciudadana con cortesanos, pajes, príncipes, coperos y músicos en una copia de la Khamsa, *de Nizami, realizada hacia el 1540 en Tabriz, Persia.*

Página anterior, el emperador mongol Jahangir, que reinó de 1605 a 1627, sosteniendo un retrato de su padre Akbar. (Musée Guimet, París.)



1663, describió a Nueva Delhi (como luego se la llamó), como una ciudad construida en forma de media luna en la margen derecha del río Jumna, con unas murallas de unos 13 ó 14 kilómetros, con una población tan grande como la de París, y cuyas principales calles estaban llenas de toda clase de tiendas.

En Afganistán, Shah Jahan se enfrentó al sha persa Abbas II, y reconquistó Kandahar en 1637. Pero los iraníes le sorprendieron en 1648, y en vista de la superioridad de la artillería enemiga, el ejército indio tuvo que retirarse. Kandahar fue abandonada a manos de los persas. El emperador también fue desafortunado en sus intentos de conquistar parte del Turquestán. Condujo un fuerte contingente de tropas a través de las montañas del Hindukush, pero pronto se vio en dificultades por lo accidentado del terreno y el acoso de las tribus uzbekas. Shah Jahan regresó, y envió al príncipe Aurangzeb para que continuase la lucha, pero éste y sus consejeros militares constataron la imposibilidad de conquistar el país, decidiendo el retorno del ejército a través de las montañas, si bien a costa de grandes pérdidas en hombres y en armamento.

Shah Jahan tuvo más éxito en el Deccan. Malik Ambar murió en 1626, y su hijo cedió Ahmadnagar al soberano mongol. La ciudad cayó en 1633, siendo anexionada a los dominios imperiales en 1636. Aurangzeb, que había sido nombrado virrey de los territorios del Deccan, emprendió una guerra contra los sultanes de Bijapur y Golconda, y hubiera podido conquistar ambos reinos de no haber sido por los celos de su hermano Dara, quien

influyó sobre Shah Jahan para que aceptase las ofertas de sumisión y pago de tributos de estos principados en 1656.

La Guerra de Sucesión

Shah Jahan tuvo cuatro hijos: Dara, Shuja, Aurangzeb y Murad. En 1657 el emperador enfermó, y en tales circunstancias su hijo mayor y favorito, Dara, aspiró a ser el sucesor. Los otros tres hijos eran gobernadores fuera de la capital. Cuando Shuja y Murad se enteraron de que su padre ya no aparecía en público, creyeron que estaba muerto, pero que Dara lo ocultaba. Cada uno de ellos se proclamó emperador, y comenzaron a avanzar hacia Agra. Aurangzeb, ocultando sus propias ambiciones, se unió a las fuerzas de Murad. En mayo de 1658 el primogénito fue derrotado en la batalla de Samugarh, cerca de la capital, y Aurangzeb entró en ella, proclamándose emperador en julio de 1658. Condenó a su hermano Murad bajo el cargo de no seguir la moral islámica, siendo ejecutado tras tres años de cautiverio. En 1659 el fugitivo Dara fue delatado y entregado a Aurangzeb, que ordenó su muerte. Shuja, el último de los vástagos de Shah Jahan, fue derrotado en Allahabad, huyendo a Bengala y de allí a Arakán, donde fue asesinado. En 1660, Aurangzeb, que se hizo llamar Alamgir, o «Conquistador del mundo», acabó con toda oposición. Su padre permaneció encarcelado hasta que murió.

Este emperador fue un gran general y un hábil diplomático. Era un musulmán ortodoxo y devoto, en la medida en que podía serlo un emperador mongol, siguió las enseñanzas del Corán y vivió una existencia sencilla y realmente ascética. Su gobierno podía haber sido beneficioso, en comparación con la prodigalidad de Jahangir o de Shah Jahan, pero hizo que sus creencias religiosas repercutiesen en la política para con sus súbditos. Nombró a musulmanes para desempeñar los más altos cargos, y reinstauró la *jizya*, o impuesto de capitación, pagadero por los no practicantes del Islam, quienes integraban las tres cuartas partes de la población, lo cual motivó el descontento y el estallido de revueltas. Esta política involucró a Aurangzeb en una larga y estéril guerra en Rajputana. Los jefes más fuertes de la región se habían reconciliado con su dominio gracias a la actitud benévola de Akbar, formando la parte más importante del ejército imperial; pero muchas de estas tropas se tornaron hostiles a Aurangzeb, que fue derrotado. Era un indicio de la debilidad de su gobierno.

Aurangzeb en guerra

Durante la primera parte de su reinado, Aurangzeb estuvo especialmente ocupado con el restablecimiento de su autoridad en el norte de la India. En 1662 su ejército, bajo el mando del general Mir Jumla, derrotó a los Ahomes, que se habían aprovechado de la guerra civil en el Imperio para invadir Bengala. Hubo también campañas contra las tribus afganas, dirigidas especialmente contra los afridis, quienes en 1674 derrotaron a los hindúes. Estas luchas fronterizas contra los afganos ocuparon a las mejores tropas del Imperio, en una época en que se las necesitaba en otros frentes.



Izquierda, una mujer espera la vuelta de su marido, en una miniatura sacada del Amarusataka. *Pertenece al siglo XVII y al estilo de los príncipes de Rajputana, bajo los que se completó un notable renacimiento artístico y cultural.*

Página anterior, el emperador mongol Shah Jahan, que reinó de 1628 a 1658, acompañado por uno de sus hijos. Shah Jahan impulsó un vasto programa de construcción para Agra y Delhi. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

La gran ambición de Aurangzeb era conquistar el Deccan, para así poder dominar toda la India. Estaba decidido a acabar con los reinos de Bijapur y de Golconda, por motivos políticos y porque sus gobernantes pertenecían a la secta chiita, considerada herética, pues él pertenecía al sunnismo. Pero, en el momento en que dirigía su atención hacia el sur, aparecieron nuevos enemigos, los mahrattas, un pueblo indostánico habitante de la árida meseta que ocupa la costa sudoeste de la península. Allí había muchas colinas que constituían verdaderas fortalezas naturales, utilizadas por los jinetes mahrattas como bases para atacar las tierras bajas, donde sólo se podía ofrecer una resistencia desesperada contra los invasores. Los mahrattas estaban comandados por Sivaji, que se convirtió en el terror del Deccan. En 1664, Sivaji saqueó Surat, aunque posteriormente fue rechazado por la acción de los colonizadores ingleses y holandeses. A su muerte, en 1680, los mahrattas se habían convertido en una formidable fuerza de choque.

En 1681 el emperador tuvo que abandonar la capital para hacerse cargo de la dirección de las tropas en el Deccan, donde se vio obligado a luchar durante los veinticinco años siguientes. Conquistó Bijapur en 1686, y Golconda al año siguiente. En cambio, no tuvo éxito frente a las tácticas guerrilleras de los mahrattas. Su gran ejército fue barrido por los guerrilleros, especialmente cuando el propio



emperador dirigió las operaciones, ya que aquéllos entablaban batalla en cualquier circunstancia. En 1689, Aurangzeb consiguió capturar a Sambhaji, el hijo de Sivaji, matándole. Pero los mahrattas siguieron luchando, y el ejército imperial sufrió graves derrotas, en su intento de invadir los territorios de estos guerrilleros y acabar con sus colinas fortificadas. Finalmente, Aurangzeb se vio obligado a admitir su fracaso, retirándose a Ahmadnagar, donde murió en 1707, a la edad de 87 años.

Fue durante su largo reinado cuando aparecieron los primeros síntomas del colapso final. Aurangzeb fue, desde el punto de vista religioso, mucho más intolerante que sus antecesores, provocando con su política una reacción entre amplios sectores de la comunidad hindú. La expansión territorial casi no dio beneficios al Imperio; aún más, se produjo un anquilosamiento de la burocracia. A la muerte de Aurangzeb la autoridad estaba en su punto más alto. Luego, tras un período de inestabilidad palaciega, se consolidó como emperador Muhammad Shah (1719). Este nuevo soberano era muy astuto, pero incapaz de conseguir un mando efectivo. Durante sus veintinueve años de reinado hipotecó constantemente su futuro para mantener sus posesiones. Sin embargo, la agonía de este estado prosiguió detrás de una fachada aún impresionante. En 1748, cuando murió, el Imperio estaba ya hundido.

Ingleses y franceses

Los británicos habían llegado a la India en el siglo XVII, compitiendo con los holandeses y portugueses; incluso los daneses y alemanes mostraron interés por la zona. Pero los ingleses vencieron a los lusitanos, mientras que los súbditos de las Provincias Unidas centraban la mayor parte de sus actividades comerciales en el archipiélago indonesio. Las operaciones de las demás naciones no suponían gran cosa.

No fue hasta que Colbert fundó la Compañía Francesa de las Indias Orientales, en 1664, cuando los ingleses se hallaron ante unos serios competidores. La nueva empresa hizo al principio escasos progresos en los albores del siglo XVIII, pero con la reorganización del comercio realizada tras la etapa de John Law, la corporación fue reformada y mejor dirigida. En 1740 producía ya beneficios, a pesar de contar sólo con el territorio de Pondichery y otras pequeñas factorías en el continente, aunque en el océano Índico ocupaba islas tan importantes como Mauricio y las de Reunión. La primera de ellas tenía un buen puerto, y su estratégica posición en la principal ruta comercial con Europa suponía una excelente base, desde la que los franceses podían proteger a sus propios barcos y amenazar a los ingleses en tiempos de guerra.

Sin embargo, hasta 1744 no surgió el conflicto. Anteriormente, aunque ambas naciones estaban en guerra en el Viejo Continente, tanto las colonias francesas como las británicas de la India permanecieron en paz, pero cuando estalló la Guerra de Sucesión de Austria, el gobernador inglés rechazó la propuesta de los galos de mantener el *statu quo*. El gobernador francés de Mauricio, Mahé de la Bourdonnais, improvisó rápidamente una pequeña flota con barcos mercantes armados, que expulsó a la escuadra británica de la costa, pudiendo luego atacar y conquistar Madrás. La llegada de una flota inglesa al mando del almirante Boscawen acabó con la ofensiva francesa, aunque fracasó en el intento de tomar Pondichery. Madrás volvió al control inglés por el Tratado de Aquisgrán, con el que finalizó la guerra.

Ahora parecía que no había ningún impedimento para que los negocios comerciales en la India volviesen a su cauce normal, pero de hecho Joseph Dupleix, el gobernador francés de Pondichery, intentó modificar la situación.

Joseph Dupleix

Durante la guerra, Dupleix chocó no sólo con los británicos, sino también con el príncipe indio nawab de Carnatic. Cuando este último envió un gran ejército contra Dupleix, el gobernador galo le derrotó con una pequeña fuerza de europeos. Este significativo acontecimiento hizo comprender a los colonos que era posible intervenir más directamente en los asuntos internos indios. Ahora, con intrigas, diplomacia y pequeñas operaciones militares, los franceses podían poner al frente de algunos territorios a príncipes indios fieles que les ayudarían a conseguir el dominio de todo el Indostán, eliminando a los británicos en el control del comercio del subcontinente. Al principio, esta idea parecía quimérica. Los gastos de las guerras, subsidios y administración territorial supondrían seguramente más pérdidas que todos los beneficios que se pudiesen obtener con la eliminación de los británicos. Pero Dupleix también tenía una respuesta para esto. Algunas zonas de la India eran muy ricas en productos agrícolas, textiles y otras muchas mercancías. Si los franceses podían llegar a controlar estas regiones, mediante la recaudación

de impuestos entre sus habitantes se podría construir un poderoso imperio que no le costaría nada ni a la Compañía ni al gobierno francés.

Los funcionarios de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se vieron desbordados por el transcurso de los acontecimientos, hasta que Thomas Saunders, un enérgico gobernador, se hizo cargo del mando en Madrás, en 1750. Chanda Saib, el candidato francés para nawab de Carnatic, se encontró pronto con un rival, Muhammad Alí, apoyado por los británicos. Poco tiempo después, los ejércitos rivales indios, auxiliados por tropas francesas y británicas, se enfrentaron en Carnatic. Esta complicada guerra duró tres años, haciéndose famosos por sus hazañas en ella, Robert Clive y Stringer Lawrence por parte británica, y el marqués de Bussy por parte francesa.

El mismo Dupleix no era un gran estratega militar, por lo que, cuando Bussy tuvo que ir al norte, hacia Haiderabad, para restaurar la situación anterior, el poderío francés empezó a tambalearse. Fue entonces cuando Clive tomó la iniciativa. Muhammad Alí había instigado desde hacía tiempo una acción contra Arcot, una de las principales posesiones de Chanda Saib. Los británicos dudaron, pero el joven capitán Clive propuso que se efectuase un ataque inmediato, recibiendo el apoyo de Saunders. Ante la sorpresa general, las fuerzas de Clive, compuestas por menos de 300 hombres ocuparon fácilmente la ciudad, derrotando sin lucha a la guarnición india de 3.000 hombres. Chanda Saib mandó fuerzas para sitiar la plaza, pero Clive resistió durante dos meses, hasta que llegaron refuerzos, obteniendo de este modo los británicos su primer éxito importante durante este conflicto. Posteriormente, las victorias se sucedieron. Sin embargo, más al norte los franceses mejoraron su posición. En Haiderabad consiguieron que su candidato Salabat Jang fuese coronado como nizam, defendiéndolo frente a varias rebeliones. Éste, como compensación, otorgó derechos a los franceses, como el de recaudar impuestos en Carnatic, lo cual suponía, al menos sobre el papel, la culminación de la política de Dupleix, que pudo escribir una estimulante carta a los directores de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, en la que decía: «Este asunto es de la máxima importancia para el Estado y merece gran atención. Necesito que envíen fondos a la India para su inversión».

Sin embargo, era un triunfo teórico, pues Carnatic, concedida tan fácilmente a los franceses por Salabat, cayó en manos del candidato británico Muhammad Alí tras la muerte de Chanda Saib. Dupleix hizo todo lo posible para recuperar la posición perdida. Entonces, tropezó con dificultades para hallar candidatos indios a los que pudiese apoyar, e incluso para nombrarles nawab de Carnatic. Mientras, sus aliados nativos sitiaron de nuevo Trychinópoli, enviando Dupleix refuerzos; pero Stringer Lawrence, que estaba defendiendo la ciudad, resistió durante casi todo el año 1753. El jefe francés recurrió entonces a una solución desesperada, ordenando el asalto por las laderas de la urbe durante la noche. La acción fue desastrosa, y Dupleix perdió cerca de 400 hombres.



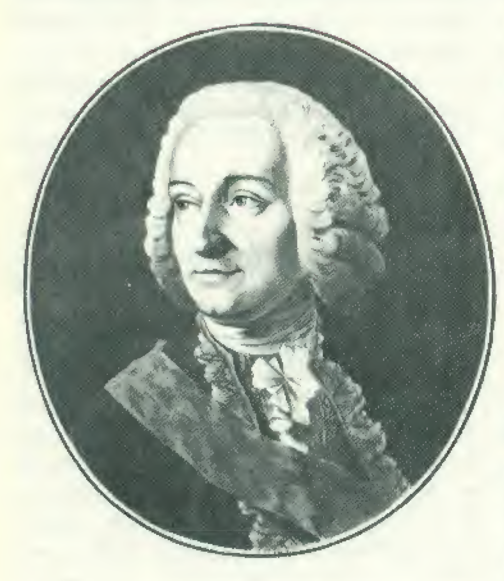
Warren Hastings con su esposa y una sirviente, en un óleo de Johan Zoffany. Hastings llegó a gobernador de las posesiones británicas en la India en 1774 y fue juzgado por corrupción en 1780. (Victoria Memorial, Calcuta.)

Página anterior, fachada de la Masqid-i-Jami, mezquita del siglo XVIII en Isfahán. Esta época fue rica en construcciones públicas, pero con escasas novedades artísticas.

La cuestión de Calcuta

Por un momento, británicos y franceses recapacitaron sobre la situación, entrando las compañías respectivas en negociaciones, ratificadas por la firma de un acuerdo en 1754, delimitando las respectivas áreas de influencia.

Pero un príncipe indio rompió el equilibrio. En el nordeste, Alivardi Khan, nawab de Bengala, había sido presionado en los últimos tiempos por las intrigas europeas, aunque se mantuvo astutamente neutral, obligando tanto a británicos como a franceses a que no desarrollaran las hostilidades en su zona de influencia. Pero cuando murió Alivardi en 1756, su sucesor, Siraj-ud-Dawlah, decidió intervenir más directamente. Obligó a los europeos a que limitasen las defensas de sus fuertes en Bengala, pero la guarnición británica de Calcuta se negó y Siraj la atacó. El viejo y abandonado Fort William fue fácilmente tomado, y los 146 soldados que lo defendían fueron capturados. Este inci-



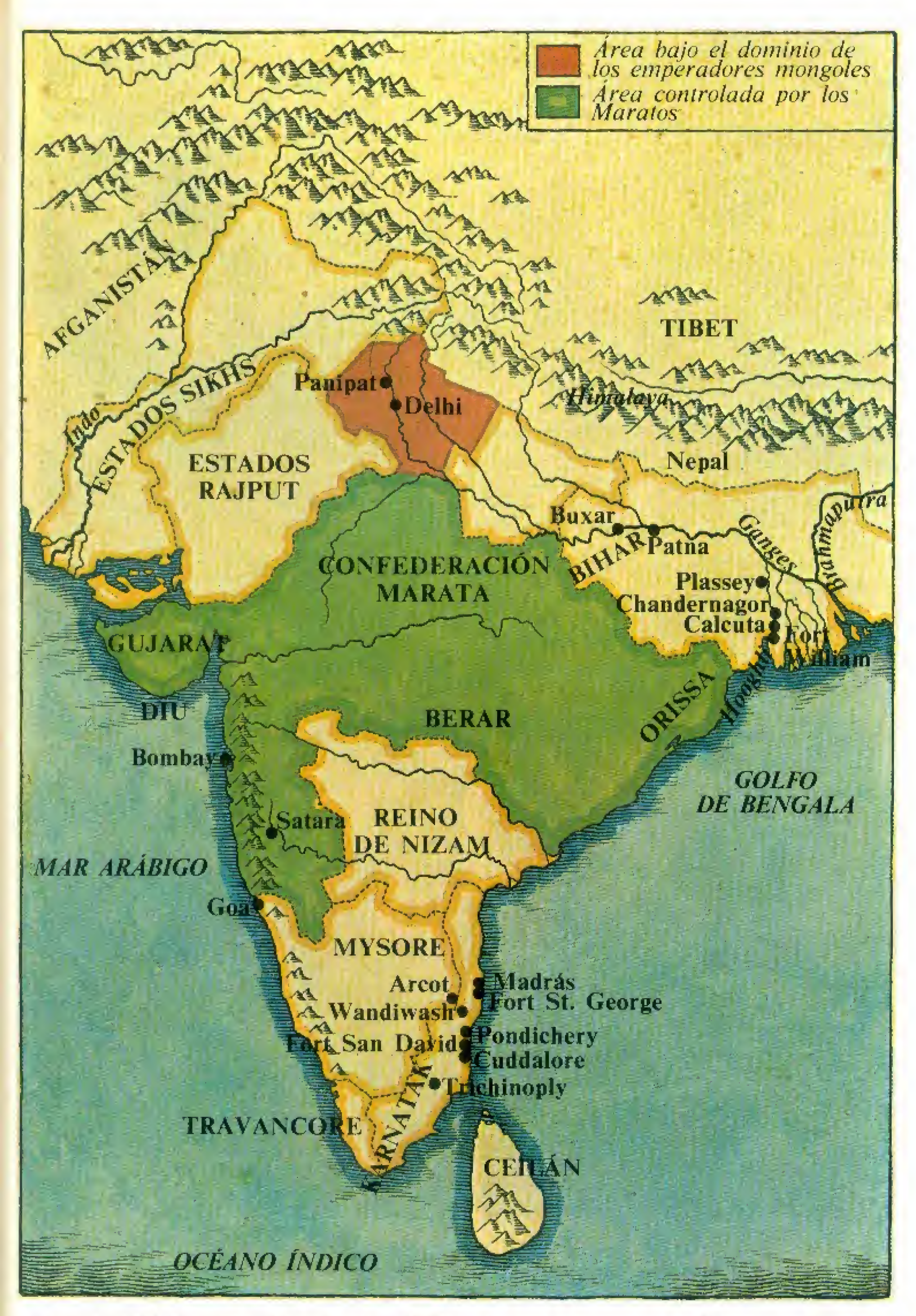
dente supuso para los británicos un *casus belli* y un motivo de venganza. En octubre, Clive ordenó atacar Calcuta, y la ciudad fue tomada al año siguiente. Siraj tuvo que firmar un tratado por el que aceptaba las exigencias de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Esta situación fue nuevamente transformada por la Guerra de los Siete Años.

La Guerra de los Siete Años

Tan pronto como llegó la noticia del estallido del conflicto en Europa, Clive pidió permiso a Siraj-ud-Dawlah para atacar a las factorías comerciales francesas de Bengala. Sin embargo, Siraj, molesto por el crecimiento del poderío británico, intrigó con Bussy en Haiderabad. Clive comprendió que tenía que acabar con Siraj, y en junio de 1757, al frente de 3.000 soldados, marchó sobre Plassey, donde Siraj estaba acampado con 50.000 hombres. Incomprensiblemente, el ejército de Siraj huyó, y éste fue perseguido y asesinado. Mir Jafat, el candidato británico, se convirtió en regente de sus dominios. Los británicos eran los amos de Bengala.

A principios de 1758, llegaron a Pondichery tropas francesas de refuerzo, al mando del conde de Lally. A finales de la primavera, éste emprendió la ofensiva, obteniendo pequeñas victorias sobre débiles formaciones británicas, lo cual le permitió reconquistar Arcot, Cuddalore y el fuerte Saint David. Sin embargo, en el mar, el almirante Pocock derrotó a la flota francesa. Bussy fue reclamado en el norte, contra su deseo; allí, junto a Lally, sitió Madrás. En el fuerte Saint George, Stringer Lawrence resistió durante tres meses, hasta que llegó un escuadrón proveniente de Bombay que rompió el cerco. La lucha siguió, pero tras la partida forzosa de Bussy, comenzó a deteriorarse la posición francesa en el norte. Hubo revueltas en Haiderabad, e incluso Salabat Jang, un títere profrancés desde hacía ocho años, comenzó a negociar con los británicos. Finalmente, firmó un tratado con la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, a la que cedió parte de sus dominios.

La guerra acabó con la derrota de los franceses, por lo que Clive, enriquecido



Izquierda, la India a finales del siglo XVII y principios del XVIII. En el declive del poder mongol, los mahrattas y otras castas contendieron entre sí, facilitando la expansión de los europeos.

Página anterior, arriba, el emperador mongol otorgando poderes sobre Bengala a Robert Clive, representante de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, en 1765. (India Office Library and Records, Londres.)

Página anterior, abajo, Joseph François Dupleix, gobernador de Pondichery y oficial de la Compañía Francesa de las Indias Orientales, que creó una vasta esfera de influencias alrededor suyo pero acabó derrotado por los británicos.

por los regalos y los sobornos que había recibido de los indios enemigos de Siraj, regresó a su país, dejando Bengala en una situación que iba de mal en peor.

Clive regresó en 1765, con plenos poderes para acabar con la corrupción. Se opuso enérgicamente a los abusos, pero no puedo solucionar la situación, partiendo de nuevo en 1767. Sin embargo, fue muy importante para el futuro el sistema político que dejó. Por un tratado con el emperador nominal, Clive creó un sistema de gobierno dual, dejando al nawab de Bengala con un poder meramente teórico. El importante *diwani*, derecho de recaudar impuestos, fue concedido a la Compañía de las Indias Orientales en los ricos territorios de Bengala, Bihar y Orissa. Con estas tasas se podían cubrir ampliamente los gastos de administración de esta empresa.

Warren Hastings, gobernador de Bengala en 1762, era poco conocido fuera de los círculos de la Compañía. Sin embargo, fue él quien cimentó las bases de la India británica.

Bengala estaba arrasada por el hambre, la extorsión y los problemas militares, y con los mahrattas en la frontera. Hastings intentó solucionar estos problemas. Abandonó la idea del gobierno dual: si la Compañía tenía que recibir los impuestos de Bengala, también debía responsabilizarse de la administración interna. Sin

embargo, la obra de Hastings encontró al principio dificultades, por la actitud del gobierno británico.

El Acta de Regulación de 1773 se aceleró debido a la crisis de Bengala, promocionando a Hastings de gobernador de Bengala a titular general del mismo cargo para toda la India, es decir, obtuvo también la responsabilidad sobre las colonias de Bombay y Madrás. Pero, también se limitó su poder, ya que se nombró un Consejo con poderes para destituirle. De hecho, este Consejo obstruiría constantemente la política de Hastings, sobre todo cuando la oposición fue dirigida por Philip Francis. La rivalidad entre ambos fue larga y enconada, y duró casi seis años.

De gran importancia para la Compañía de las Indias Orientales fueron las reformas comerciales de Hastings, sobre todo la liquidación definitiva del comercio privado por parte de los funcionarios de la corporación. En el plano administrativo, inició una ardua revisión del importante sistema de recaudación, aunque esta obra no fue completada hasta mucho después de su muerte. Desde el principio, se vio enfrentado con el problema de las inseguras fronteras que rodeaban Bengala, efectuando alianzas con príncipes indios amigos, y apoyándoles en sus disputas internas. Esta sería la política que predominaría en el futuro, durante la larga marcha del proceso colonial británico en todo el subcontinente. El afianzamiento de las fronteras suponía la conquista de nuevos territorios, lo cual implicaba a su vez nuevos conflictos.



		INDIA	
Año	**Europeos en India**	**India**	**Estados vecinos**
1600	Factoría de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales en Fort St. George, Madrás (1639)		
		Ascensión de Aurangzeb (1658)	
	Fundación de la Compañía Francesa de las Indias Orientales (1664)		Primera misión rusa en Persia (1664)
		Chittagong anexionada por Aurangzeb (1666)	
	Carlos II concede Bombay a la Compañía de las Indias Orientales (1668)		
	Los franceses se establecen en Pondicherry (1674)		
	Establecimiento de una factoría inglesa en Calcuta (1689)		
1700		Muerte de Aurangzeb; le sucede Mohammed Shah (1707)	Kandahar logra su independencia de Persia (1706)
		Guerra entre sikhs y mongoles (1708)	
	La Compañía Inglesa de las Indias Orientales asegura la exención de obligaciones aduaneras (1717)	Aparición de los mahrattas (1717)	Los afganos afianzan su independencia de Persia (1706)
		Haiderabad proclama su independencia de los mongoles (1724)	Invasión afgana en Persia (1722)
			Shah Mahmud, reinado de terror en Isfahán (1724)
		Saqueo de Delhi por Nadir (1738)	Fin de la dinastía Safavid en Persia. Nadir asume el poder (1736)
1740			Los franceses toman posesión de las islas Reunión y Mauricio (1740)
	Dupleix conquista Madrás (1746)		
			Asesinato de Nadir. Ahmad Shah, asume el poder en Afganistán (1747)
	Madrás vuelve al dominio británico. Tratado de Aix-la-Chapelle (1748)		
	Batalla de Plassey (1757)	Saqueo de Delhi por Ahmad (1756)	
		Batalla entre mahrattas y afganos en Panipat (1761)	
			Los británicos establecen factorías en Bushire, en el golfo Pérsico (1763)
	Batalla de Buxar. Los ingleses controlan Bengala y Bihar (1764)	Masacre en Patna. El ejército hindú es derrotado en Buxar (1764)	
	Clive abandona la India (1767)		
	Disolución de la Compañía Francesa de las Indias Orientales (1769)		
	Warren Hastings gobernador de Bengala (1772)		Ingleses en Basra (1770)
	La «Regulating Act» de lord North.		El poder afgano llega a su cénit. Muerte de Ahmat Shah (1773)
	Warren Hastings abandona la India (1785)		

Página anterior, arriba, Conducción de elefantes hacia Keddah *(1819), ilustración de un libro que describe probablemente la inspiración de un representante de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales.*

Página anterior, abajo, nabab hindú, o gobernador local, transportado en un litera. Los naturales de la India mantenían una rígida estratificación social que contrastaba con las costumbres de los europeos.

Sin embargo, Hastings frenó esta política imperialista, al menos en Bengala, aunque en Bombay y Madrás surgieron graves problemas. Acciones precipitadas en Bombay provocaron la guerra con los mahrattas, que recuperados ya de la batalla de Panipat, aniquilaron al pequeño ejército británico. La situación en Madrás era peor, pues la política colonial provocó una gran alianza contra Gran Bretaña, compuesta por los principados más importantes de la zona –los mahrattas, el nizam de Haiderabad, y Haidar Alí, el gran monarca de Misore–, los cuales derrotaron a dos ejércitos británicos.

Fue en esta coyuntura cuando el inicio de la Revolución norteamericana permitió a los franceses intervenir de nuevo e iniciar acciones militares directas. Pero Hastings superó las dificultades. Cesó al gobernador de Madrás, y con una hábil diplomacia neutralizó al nizam y a los jefes mahrattas más importantes. Haidar Alí fue el único que se enfrentó a los británicos, pero murió en el año 1782. En ese momento, aparecieron en escena las tropas francesas, pero su flota fue derrotada. Los franceses volvieron a quedar reducidos a sus pequeñas colonias comerciales.

África en el siglo XVIII



Las rivalidades comerciales y coloniales europeas fueron muy importantes en África durante el siglo XVIII, pero la presencia blanca se vio limitada durante mucho tiempo al litoral. Esto se debió en parte a que la penetración era obstaculizada por la malaria y la fiebre amarilla. Sin embargo, en las costas, la presencia de europeos fue cada vez más importante. En el norte, los desorganizados principados árabes y bereberes fueron gradualmente atraídos hacia las relaciones comerciales con Europa. En el extremo sur, los holandeses fundaron colonias con un significativo número de individuos blancos. En la costa occidental y en la oriental, el comercio de esclavos era de gran importancia, pero mientras el oeste de África presenció el auge del tráfico europeo de esclavos, en el este los europeos fueron desplazados en aquella actividad por los árabes.

El África mediterránea

En las regiones africanas bañadas por el Mediterráneo, la característica más notable del período fue la decadencia del Imperio turco, que teóricamente dominaba una amplia área. Esto creó una eventual fragmentación política, mientras que en un ámbito local muchas regiones oscilaban entre períodos de desorden y de dictadura. En Egipto, el poder real siguió en manos de los mamelucos —antiguos esclavos de Georgia y del Turquestán—, entre los que surgían jefes de efímero éxito. A veces aparecía un gran gobernante, como Alí Bey, que entre 1757 y 1772 consiguió controlar todo el país del Nilo, e incluso parte de Arabia y Siria; pero a menudo, la situación era caótica y crítica. A pesar de ello, y de la grave decadencia comercial, Egipto logró mantener una precaria independencia respecto a sus dominadores europeos y a sus teóricos señores turcos.

En Túnez y Argelia la situación era parecida a la de Egipto, aunque con importantes variantes locales. Los «pachás», que representaban al sultán de Turquía, se vieron obligados a delegar la mayor parte de sus poderes en los *bey* y *dey* locales. Estos, a menudo, luchaban también entre sí, y a esto se añadía la gran rivalidad existente entre Argelia y Túnez. En estas zonas, la presencia comercial europea era más importante que en Egipto. Algunos príncipes locales eran xenófobos, y rechazaban la presencia extranjera; en cambio otros, hicieron importantes concesiones comerciales y firmaron tratados con los europeos, especialmente con los franceses. Gradualmente, las grandes flotas de piratas y corsarios de la zona normalizaron las relaciones marítimas. Así ocurrió concretamente en el reino independiente de Marruecos. A pesar de su enorme superficie y del período de crisis de mediados de siglo, este país gozó de largas fases de tranquilidad, sobre todo bajo los reinados de Mulay Ismail (1672-1727) y Mulay Muhammad (1757-1790). Es más, a pesar de la antigua hostilidad hacia los portugueses, que controlaban algunas de sus ciudades costeras, los marroquíes deseaban mantener relaciones con otros países europeos. Se les concedió a los daneses el monopolio del comercio en la zona atlántica, mientras que holandeses y franceses tuvieron unas excelentes relaciones mercantiles con la franja mediterránea.

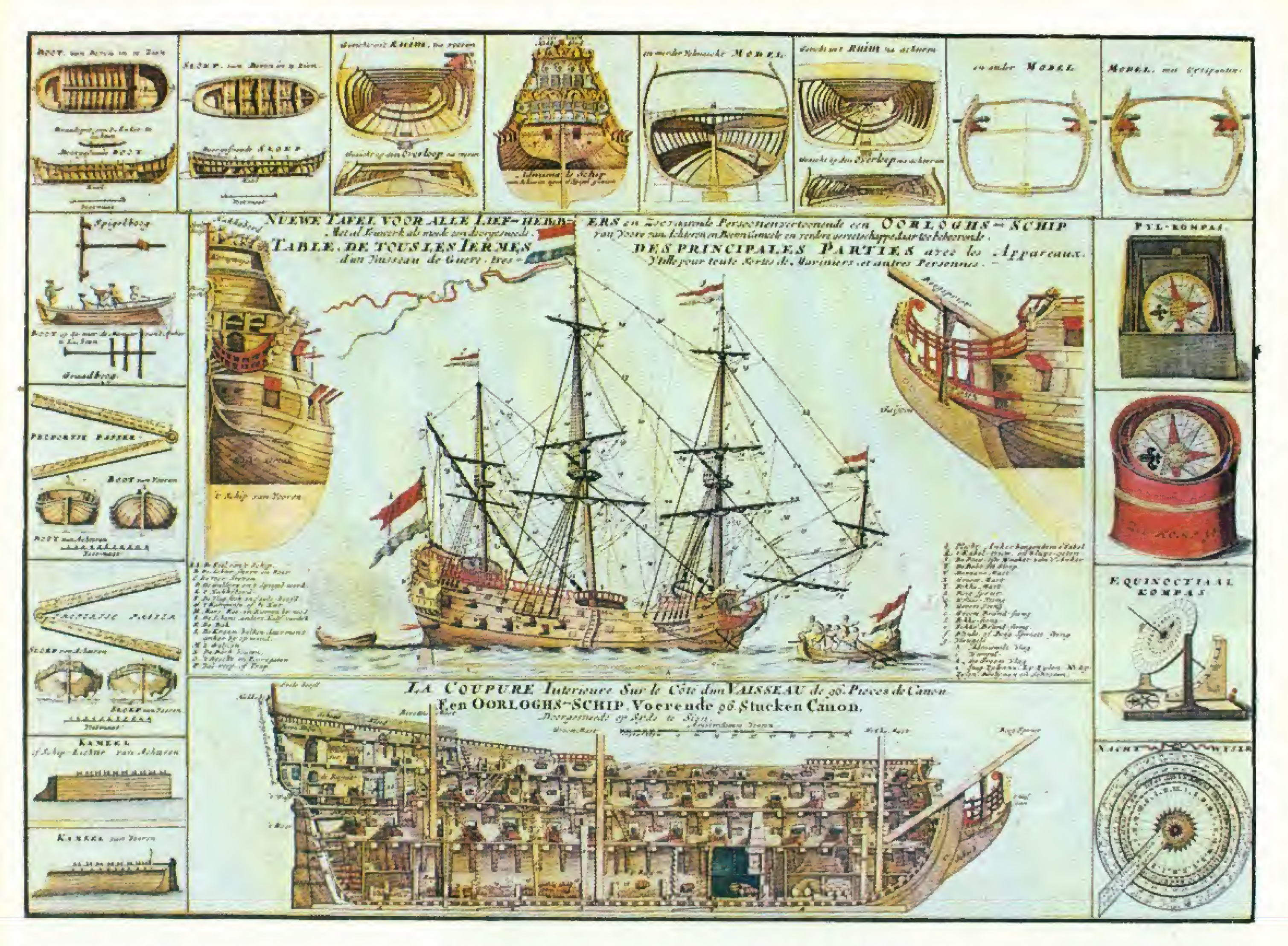


El África oriental

Durante los siglos XV y XVI, las antiguas ciudades-estado islamizadas de la costa oriental africana, como Kilwa y Mombasa, fueron sometidas por Portugal como parte de la estrategia que debía llevar al dominio de todo el comercio del océano Índico. Sin embargo, durante el siglo XVII, Portugal entró en decadencia, y muchas de las avanzadas de su imperio de África oriental le fueron arrebatadas por los ingleses y holandeses, aunque estas potencias no estaban entonces muy interesadas por el este africano, cuyo control pasó de los lusitanos a los árabes de Omán.

En 1698, el principal bastión del poder portugués, el fuerte Jesús de Mombasa, cayó en poder del imán omaní. A principios del siglo XVIII, los lusitanos realizaron algunos intentos para recuperar su hegemonía, pero fueron derrotados. En 1730, su poder al norte de Mozambique dejó de existir.

A pesar de la victoria árabe sobre los portugueses, los problemas interiores de



la propia Arabia tuvieron demasiado ocupados a los musulmanes, por lo que no fue hasta el siglo siguiente cuando Omán pudo centrar sus esfuerzos sobre Zanzíbar y establecer una firme hegemonía sobre toda la costa. Durante el siglo XVIII, cada ciudad-estado estuvo gobernada por una dinastía local árabe, aunque el predominio de la familia de los Mazrui promovió cierta cohesión política. Fue durante este período cuando tomó auge el comercio de esclavos en el África oriental. Los esclavos eran vendidos en los mercados de Turquía, Arabia, India y Persia, y las colonias francesas de Mauricio e islas de Reunión.

Los holandeses en el sur de África

La incursión europea más importante en la historia de África se inició el 6 de abril de 1652 en la parte sur del continente. En esta fecha, Jan van Riebeeck arribó a la bahía de la Mesa con tres barcos y un pequeño número de colonos. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales había decidido hacer del cabo de Buena Esperanza su principal base de aprovisionamiento entre las Provincias Unidas y el archipiélago de Indonesia. Durante los años siguientes llegaron más pobladores, entre los que se incluía un grupo de protestantes franceses.

Pero en todo este período de dominio holandés, el progreso de la colonia fue lento, tortuoso y entramado por las restricciones que imponía continuamente la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

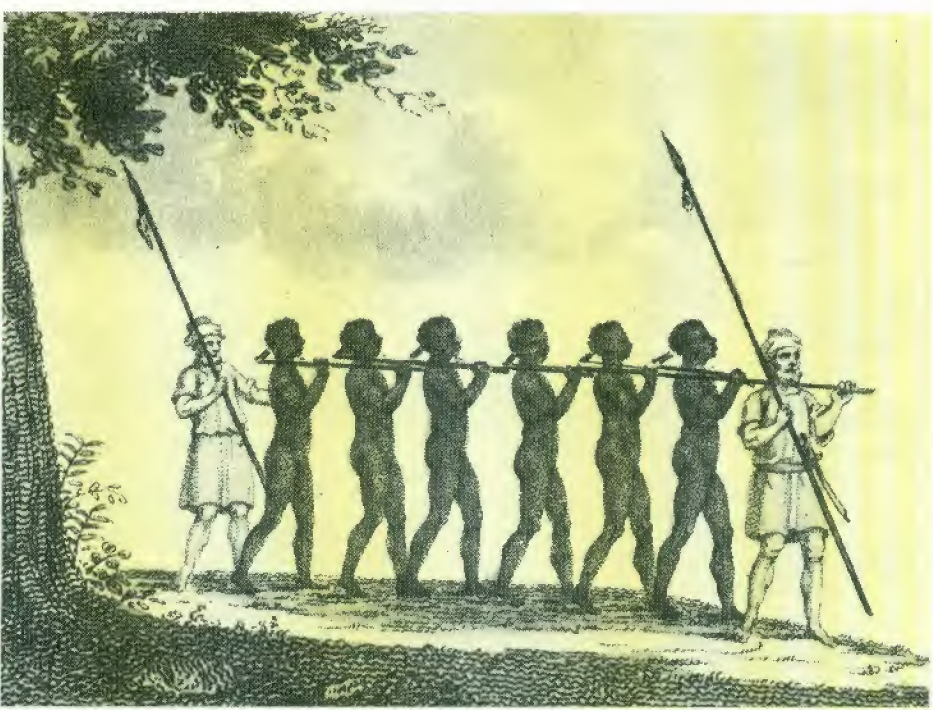
Sin embargo, los colonos holandeses tuvieron a su favor la existencia de un clima templado, grandes áreas de expansión y la carencia de rivales en la zona. Los únicos pueblos africanos vecinos eran los bosquimanos y los hotentotes. Los primeros, hombres diminutos que se encontraban en la Edad de Piedra, eran unos débiles enemigos, y los holandeses los exterminaron o expulsaron. Algunos hotentotes laboraron en las granjas holandesas, pero muchas funciones agrícolas fueron desempeñadas especialmente por esclavos negros importados desde África occidental.

Nueva tabla para todos los aficionados, *grabado holandés del siglo XVIII que representa las principales piezas, partes y aparejos de un buque de guerra.*

Página anterior, arriba, piratas argelinos desembarcando esclavos en Argel (1700). Los europeos no consiguieron el control de la costa sur del Mediterráneo hasta el siglo XIX.

Página anterior, abajo, Mulay Ismail, sultán marroquí. Marruecos fue un Estado independiente que se enriqueció principalmente con el comercio de esclavos.







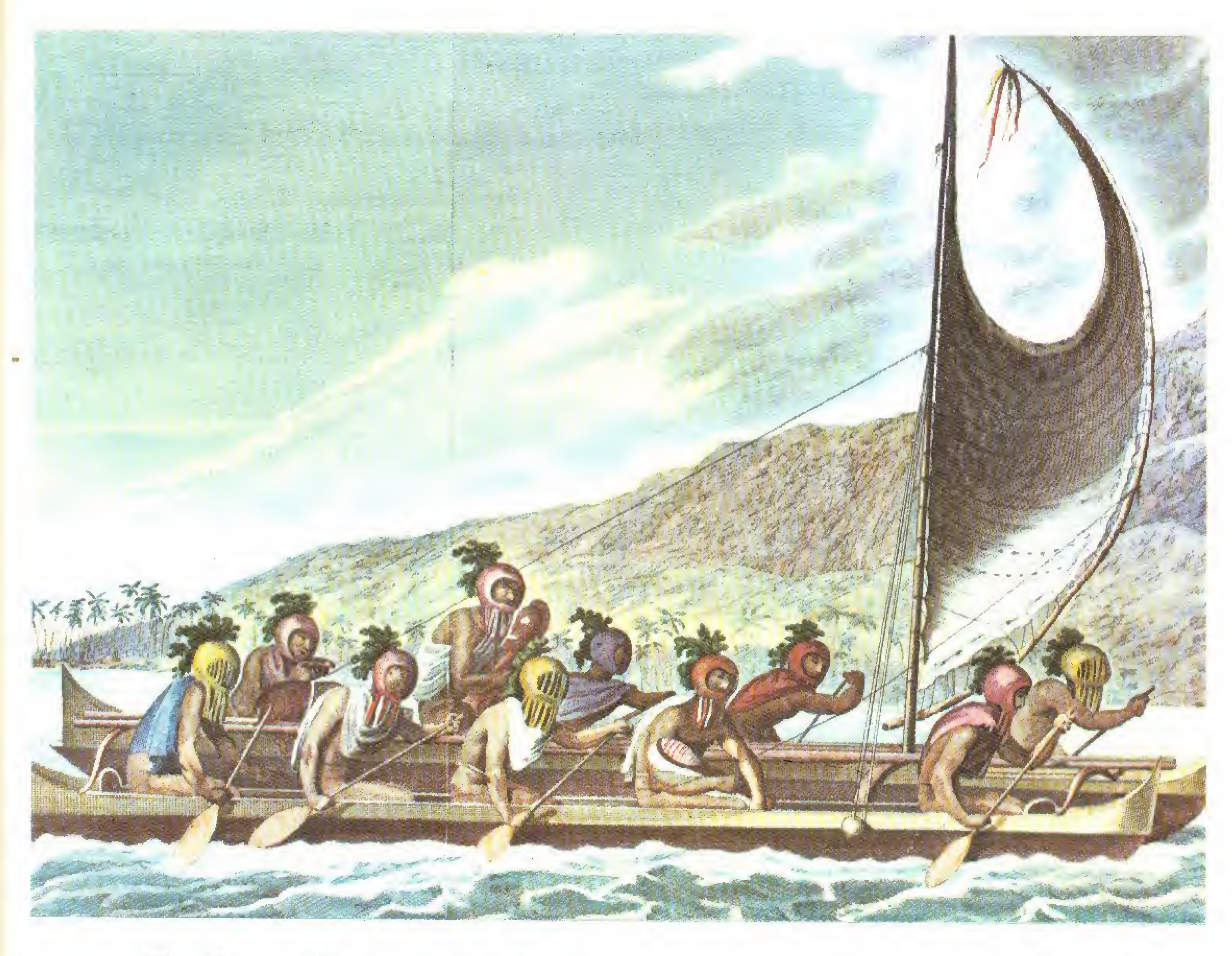
El África occidental y el comercio de esclavos

Durante el siglo XVIII los puertos de las costas del África occidental, desde Senegal hasta Angola, eran abarrotados anualmente por barcos europeos que iban en busca de esclavos. La creciente demanda de azúcar en Europa creó a su vez una incesante demanda de mano de obra para Brasil y las Indias Occidentales, donde se obtenía el producto. Así, para endulzar las bebidas europeas, fueron secuestrados, marcados y embarcados a través del océano millones de negros, que trabajaban hasta morir en las plantaciones del Nuevo Mundo. Nunca se sabrá exactamente cuántos salieron de Africa. Se cree que llegaron unos 8 millones de esclavos a América durante aquel siglo, y que unos 2 millones murieron durante el camino.

Por otro lado, el tráfico hacia los países islámicos está comprendido en estimaciones aparte; se cree que durante el siglo XVIII las caravanas llevaban a El Cairo, en un solo viaje, de 18.000 a 20.000 negros. Por todos estos datos, el comercio de esclavos hacia los países del Islam fue quizás más intenso que hacia las Américas.

El comercio estaba eficazmente organizado. Las víctimas eran apresadas tierra adentro, en grandes incursiones. Luego, se efectuaban varias transacciones con ellos hasta llegar a la costa, donde los europeos compraban los esclavos a los reyezuelos locales, a cambio de mercancías apreciadas en África, como fusiles, cobre, alambres, ron y tejidos. Los métodos comerciales variaban según la región, y grandes áreas eran consideradas generalmente como zonas de predominio de determinadas naciones europeas. Así, por ejemplo, los británicos dominaban el comercio de Gambia y Sierra Leona; los franceses, Senegal y Gabón; y los portugueses, Angola. Pero en otros lugares, como el delta del Níger o Dahomey, comerciaban barcos de diversas naciones. En la Costa de Oro la competencia era muy acentuada, ya que británicos, holandeses y daneses disponían de enclaves militares.

La mayor parte de las naciones europeas consideraron conveniente conceder el monopolio del tráfico de esclavos a grandes compañías navieras con amplios recursos de capital. Su prototipo fue la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1621, la cual afirmó pronto su poder, y expulsó a los portugueses de casi todo el África occidental a mediados del siglo. Otros países, como Inglaterra, Francia, Dinamarca, Suecia, e incluso Brandenburgo, fundaron compañías comerciales a imitación de la holandesa. Sin embargo, pocas sobrevivieron, debido a la intensa competencia. El volumen del comercio británico aumentó enormemente en el siglo XVIII, y en 1785 Gran Bretaña compraba y vendía más esclavos que todos los demás países europeos juntos.



El Pacífico

A principios del siglo XVIII había aún grandes regiones del planeta desconocidas para los europeos: el interior de África, gran parte de América y el Pacífico. El gran logro de las exploraciones en este siglo sería trazar el mapa de la región más grande, el Pacífico, una extensión de agua con innumerables islas, que supone la tercera parte del mundo, limitando con Asia oriental, América y las dos regiones polares. Además, comprende una gran diversidad de condiciones climáticas, flora y fauna; y antes de llegar los europeos, vivían sociedades muy distintas entre sí.

En el siglo XVI, el hombre blanco se instaló en las Indias Orientales (actual Indonesia) y en Filipinas. El primer viaje europeo a través del Pacífico fue realizado por tres naves españolas, dirigidas por Magallanes y Elcano, que dieron por primera vez la vuelta al mundo (1519-1522). Tras esta hazaña, se hicieron frecuentes las travesías de este océano por los hispanos, iniciándose un tráfico regular entre Manila y América, pero, aunque este mar se utilizaba como zona de paso, se hicieron pocos esfuerzos para trazar su mapa o explorarlo.

Hay varios motivos que explican aquella realidad: las frecuentes guerras entre las grandes potencias navales europeas, el secreto con el que se guardaba cualquier descubrimiento lucrativo, etcétera; pero la razón fundamental eran las dificultades de la navegación. Aunque era posible determinar la distancia que había entre un barco y la tierra firme, no lo era conocer la posición exacta de un archipiélago en el Pacífico. De ahí que los primeros exploradores españoles que descubrieron islas perdieran su localización tras abandonarlas. Mendaña llegó en su primer viaje, en 1567, a las Salomón, pero no las encontró en su segundo intento, arribando entonces a las Marquesas (1595). También se perdieron las islas que avistó Quirós en

Piragua de las islas Sandwich con los remeros enmascarados. El capitán Cook en su tercer viaje (1778) descubrió la isla mayor, Hawaii, que luego dio nombre a todo el archipiélago.

Página anterior, arriba, izquierda, los hotentotes, denominación holandesa para un pueblo del África meridional que en un principio permitió a estos europeos el establecimiento de colonias. Más tarde, sufrieron la esclavitud y fueron casi exterminados.

Página anterior, arriba, derecha, cuerda de esclavos del interior de África, conducidos para ser embarcados hacia el Nuevo Mundo. La tarea de capturar esclavos y llevarlos hasta la costa la realizaban comerciantes árabes y el rey de Dahomey, que se enriqueció con este denigrante comercio.

Página anterior, abajo, oficiales de la Marina británica tratando con africanos en 1815. Los ingleses habían declarado ilegal el comercio de esclavos en 1807. (Bibliothèque Nationale, París.)

su viaje en busca del Continente Sur (1606), pero a pesar del fracaso de esta expedición, Torres, el lugarteniente de Quirós, descubrió un paso entre los arrecifes y corales que separaban Australia de Nueva Guinea, hallazgo que no fue muy divulgado. Se siguió creyendo que ambas islas eran parte de un solo continente, e incluso Bougainville, en 1768, no estaba suficientemente convencido para intentar atravesar aquel estrecho.



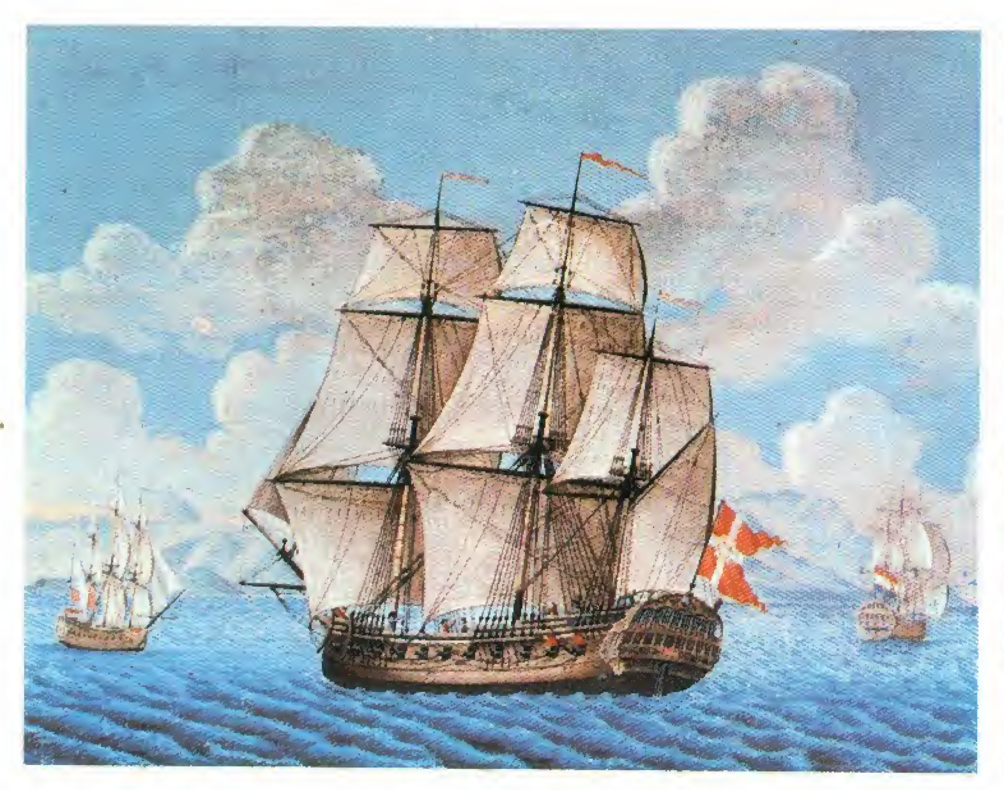
Australia

Es comprensible la irregular exploración de las numerosas islas de Oceanía. Pero la falta de interés por la isla-continente de Australia es a primera vista inexplicable, sobre todo si se tiene en cuenta la obsesión europea por la *Terra Australis*, el gran Continente Sur que se creía existía entre el cabo de Buena Esperanza y la Tierra de Fuego. Marco Polo describió su enorme riqueza, apoyándose en interpretaciones bíblicas. Se creía en la existencia de una gran masa de tierra que equilibrase al hemisferio norte.

Sin embargo, había dificultades prácticas para conseguir la conquista de este continente meridional. Los barcos españoles que provenían de Perú y México, o bien bordeaban el Cono Sur americano, cuando soplaban los vientos del sudeste, y navegaban hacia el ecuador, evitanto de este modo las islas de Polinesia y la mítica *Terra Australis*, o bien zarpaban directamente hacia las rutas que llevaban a Hispanoamérica.

Ni siquiera los holandeses, mejor situados en Nueva Guinea, lo intentaron. En 1605, William Jansz descubrió Nueva Holanda (Australia), inspeccionando las costas norte y oeste de la gran isla, que resultaron ser zonas poco atractivas, habitadas por aborígenes muy primitivos. En vista de ello, no hubo interés en continuar la exploración.

Aquella «no podía ser» la mítica *Terra Australis*.





Arriba, guerrero maorí tatuado, dibujado por un miembro de la expedición de Cook en su primer viaje. Los maoríes se establecieron en Nueva Zelanda en el siglo XIII y construyeron numerosos poblados. (British Museum, Londres.)

Izquierda, la fragata Freuensborg Slot *(1764) al servicio de la Compañía Asiática Danesa. (Gouache anónima de la colección del Maritiem Museum Kronborg, Dinamarca.)*

Página anterior, arriba, vista de Tahití, realizada por William Hodges, por encargo de Cook durante su segunda expedición.

Página anterior, abajo, la isla de Tahití, según un dibujo hecho por un miembro de la expedición Cook en su segundo viaje. (British Museum, Londres.)

En este aspecto, los holandeses tenían razón. En 1642, Abel Tasman, zarpando hacia el este desde la isla Mauricio, de forma que los vientos le permitiesen alcanzar una latitud más alta (es decir, más al sur), comprobó que aquello no era *Australia*. Otra expedición pasó desde allí a Nueva Zelanda, Tonga y las Fidji. Entonces se apercibieron de que Australia era una isla, pero siguieron creyendo que Tasmania y Nueva Guinea pertenecía a ella, denominándola *Terra Australis Cognita*. Sin embargo, se siguió pensando en un Continente Sur, aunque de dimensiones inferiores. El propio Tasman creyó que Nueva Zelanda era uno de sus promontorios.

Esta idea perduró durante el siglo siguiente. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales, al igual que opinara antes el Consejo de Castilla, consideró poco interesante la exploración. Europa estaba preocupada por sus guerras, y cuando los británicos, en el siglo XVIII, aparecieron en las aguas del Pacífico, fue como bucaneros, o como depredadores de barcos enemigos. Hasta después de la Guerra de los Siete Años, el Viejo Continente no iniciaría su decisiva irrupción en estas latitudes.

Cook

La hazaña se debe al capitán James Cook. Los británicos Wallis y Carteret descubrieron, o más bien redescubrieron, las islas de Tahití y Pitcairn, en 1767. En 1768, un barco francés al mando de Bougainville visitó también la primera de éstas. Pero quien realmente trazó todo el mapa del Pacífico fue Cook, con sus tres viajes a partir de 1768.

Cook (1728-1778) era hijo de un granjero de Yorkshire. Se hizo a la mar muy joven, enrolándose en la marina cuando trabajaba como minero en la costa este. Se distinguieron sus méritos y se valoraron sus aptitudes para empresas futuras, trazando el mapa de los bancos de arena del río San Lorenzo durante la Guerra de los Siete Años, e inspeccionando las costas de Nueva Escocia. Sin embargo su carrera fue lenta, debido tal vez a su origen humilde.

Cook era competente, popular y audaz. Como los otros comandantes del siglo XVIII, mantuvo el orden entre sus hombres —peligrosos delincuentes— mediante una dura disciplina, y su escrupuloso régimen de verduras alejó al peor enemigo de cualquier marinero: el escorbuto.

El verdadero objetivo del primer viaje de Cook (1768-1771) fue la observación, desde el Pacífico medio, del tránsito de Venus por delante del sol, una tarea ordenada por la Royal Society. Pero cuando Cook salió de Gran Bretaña en agosto de 1768, lo hizo en secreto y con explícitas instrucciones de buscar el desconocido Continente Sur, volver con especies de flora y fauna del Pacífico, hacer amistad con algunos nativos y tomar posesión en nombre del rey de los territorios que descubriese.

El barco de Cook, llamado *Endeavour*, era una nave carbonera adaptada, lenta





pero fuerte, cuyo pequeño calado la hacía ideal para bordear las costas. Cook llevaba consigo los más modernos instrumentos de navegación: el sextante, que hacía posible tomar lecturas astronómicas en un barco en movimiento, y perfeccionadas cartas lunares, con las cuales se podían interpretar las astronómicas. En su segundo viaje, Cook aseguró mejores resultados con un avanzado cronómetro que medía las distancias en el mar. Así, pudo al fin trazar el mapa definitivo del Pacífico.

El *Endeavour* también llevaba al naturalista Joseph Banks, astrónomo y artista. Fue, por tanto, la primera expedición científica de carácter desinteresado.



El primer viaje: el Pacífico Sur

El *Endeavour* llegó a Tahití, pasando por el cabo de Hornos, en abril de 1769, y permaneció allí durante tres meses, siendo el primer contacto prolongado entre europeos y polinesios. Las fáciles condiciones de vida de Polinesia, y la ausencia de tabúes sexuales occidentales, fueron aprovechadas por sus marinos, para los que la isla parecía un paraíso. Las notas facilitadas por Cook y otros a su regreso dieron pie al mito de los «nobles salvajes». En la misma Tahití, pronto aparecieron las primeras consecuencias del contacto europeo: la mitad de los hombres de Cook contrajeron enfermedades venéreas, presumiblemente llevadas por los marinos de Bougainville o Wallis. Sin embargo, aparte de la propensión de los tahitianos a robar cualquier cosa que estuviese a su alcance, las relaciones entre los europeos y los nativos fueron excelentes.

Después de observar el tránsito de Venus —una actividad casi imposible de realizar con el cuadrante—, Cook siguió sus instrucciones secretas zarpando hacia el sur y luego hacia el oeste, en dirección a Nueva Zelanda. Estuvo durante seis meses trazando metódicamente el mapa de una línea costera de casi 2.800 kilómetros. Los guerreros maorís que habían huido de Tasmania fueron tratados con tacto, logrando su amistad. Al ver que Nueva Zelanda estaba formada por dos islas, Cook desechó totalmente la posible existencia del legendario Continente Sur.

Desde Nueva Zelanda zarpó hacia Australia, haciendo una escala en una parte de la isla-continente menos inhóspita que la estéril zona descubierta anteriormente.



Izquierda, habitantes de Tierra de Fuego, explorada por Cook en 1769. (British Museum, Londres.)

Página anterior, arriba, izquierda, Otoo o Tu, rey de Tahití con el que Cook entabló gran amistad durante su segundo viaje. (National Library of Australia, Canberra.)

Página anterior, arriba, derecha, el Resolution *y el* Adventure, *barcos que utilizó Cook en su segundo viaje al Pacífico sur (1772-1775), anclados en la isla de Tahití. (National Maritime Museum, Londres.)*

Página anterior, abajo, muerte del capitán Cook (1779), atacado por los indígenas de las islas Hawaii. Pintura de 1784.

Cook la llamó Nueva Gales del Sur. Unos años después, éste sería el lugar de destino de los presos británicos. La expedición exploró cerca de 2.500 kilómetros de la costa oriental, escapando por milagro de la peligrosa barrera de los arrecifes, con lo que pudo observar el paisaje de Australia.

El último objetivo del viaje fue el paso del estrecho de Torres, virtualmente redescubierto después de 160 años, lo cual confirmó que Australia era una isla, separada de Nueva Guinea. Tras esto, el *Endeavour* regresó vía El Cabo hacia Gran Bretaña (1771).

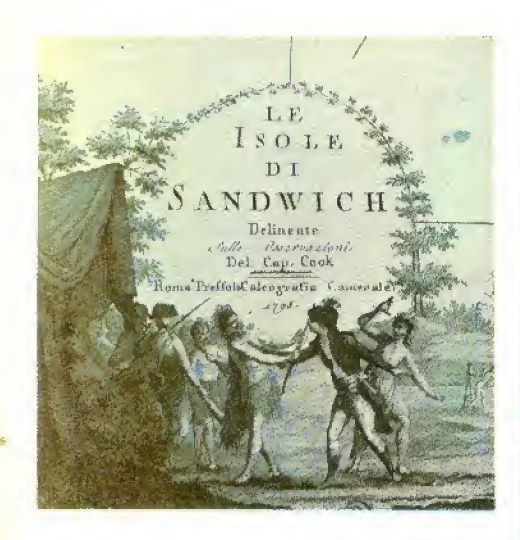
La exploración reveló la existencia de un mundo que nunca había conocido el «pecado original». Se trazó todo su mapa y se observaron gran cantidad de especies y dibujos de la flora, fauna y elementos geológicos, así como útiles y vestidos de los indígenas. Los papeles que dibujaron los naturalistas Banks y Solander parecían pasajes de *El Paraíso perdido* de Milton.

El segundo viaje

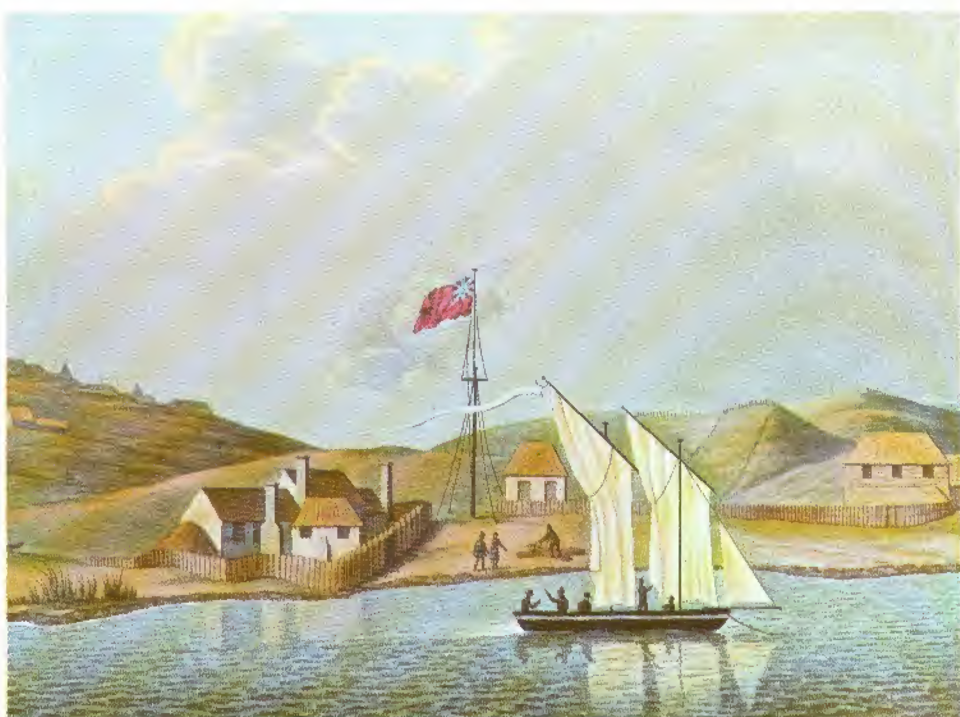
Cook no permaneció en Gran Bretaña mucho tiempo para gozar su fama. En julio de 1772, partió para su segundo viaje con la *Resolution* y el *Adventure*, también naves carboneras adaptadas, como el *Endeavour*. Esta vez siguió el ejemplo de los tasmanos y entró en el Pacífico por el oeste, decidido a seguir la corriente lo más al sur posible. Durante los tres años que duró su segundo viaje (1772-1774) la *Resolution* se aventuró a atravesar el océano Antártico, cruzando el Círculo Polar tres veces, y consiguiendo llegar a la latitud más meridional. Al final del tercer estío había circunnavegado el Antártico.

Por fin se pudo comprobar la inexistencia del mítico Continente Sur. Tras los Mares del Sur sólo había muros de hielo, temperaturas glaciales, vendavales y nieblas. Cook pensó que tal vez podía ser una masa de tierra centrada en el Polo Sur, pero la cuestión de sus existencia pareció de poco interés y de imposible estudio. Las peripecias de la *Resolution* indujeron a Cook a pensar que ningún explorador podría ir más lejos. Consideró que el hemisferio Sur había sido suficientemente explorado, poniendo fin a la búsqueda del mítico continente meridional.

La riqueza que se esperaba encontrar en Australia existía realmente, pero no de la forma que habían descrito Marco Polo o Quirós. La exploración de Cook de la Tierra de Fuego, Georgia del Sur o las islas Sandwich, reveló que las regiones polares tenían una abundante vida salvaje, incluyendo ballenas, leones marinos, etcé-







tera. La existencia de tales presas hizo que muchos europeos se encaminasen hacia el Pacífico Sur algunos años después de los viajes de Cook.

Éste y sus hombres se recuperaron de los rigores de la Antártida pasando el invierno deambulando por el Pacífico, donde descubrieron o redescubrieron los archipiélagos de las Marquesas, Sociedad, Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia y Norfolk, así como muchas otras islas. Tal vez, el redescubrimiento más fascinante fue el de la isla de Pascua, en la que se veían misteriosas figuras que desaparecían en la distancia. El artista de la expedición, Hodges, pintó un cuadro que plasma esa impresión de algo irreal. La exploración de estas tierras oceánicas ya habría justificado el segundo viaje de Cook, pero la circunnavegación del Antártico lo transformó en una hazaña. Su regreso en 1775, con nuevos dibujos y especies, selló su fama.

El tercer viaje: el Paso del Noroeste

De nuevo, Cook pudo permanecer poco tiempo para disfrutar su gloria, pues su carácter le impulsaba a viajar. En 1776 volvió a zarpar para desvelar otro mito, el Paso del Noroeste. Dos siglos antes, los británicos habían intentado buscar un acceso por la zona, desde la bahía de Hudson hacia el Pacífico. También había motivos políticos para el viaje: se le había encargado que descubriese si parte de la costa norteamericana del Pacífico estaba en poder de rusos y españoles.

En esta última aventura, Cook navegó por las costas de todas las islas cercanas a Alaska sin descubrir el Paso del Noroeste, pero atravesó el estrecho de Bering a través del Círculo Polar Ártico, y exploró la costa más septentrional de América, que descubrió y llamó «cabo Norte». Más al sur, descubrió las islas Christmas (1777) y las Hawaii (1778). Fue en la bahía de Kealakekua donde encontró la muerte, en 1779.

El año anterior había sido recibido en aquel lugar como un dios. Sus barcos, *Resolution* y *Discovery*, abandonaron la bahía de Kealakekua con rumbo a Gran Bretaña, pero tuvieron que regresar y permanecer dos días más debido a una tormenta. El problema surgió cuando los hawaianos robaron uno de los botes del *Discovery*. Cook, de acuerdo con la norma que utilizaba con los nativos, tomó algunos rehenes para exigir la devolución de lo robado. Pero algo salió mal, y sus hombres dispararon contra algunas canoas, matando a uno de los jefes. Los hawaianos atacaron entonces a los marinos en la playa. El propio Cook fue apuñalado por la espalda, cayendo al agua, y los encolerizados nativos descuartizaron su cuerpo. Un hawaiano amigo recuperó más tarde algunos de sus restos, y los llevó a los barcos, desde donde fueron sepultados en el mar.

Las culturas del Pacífico

Cook y sus hombres, como otros europeos, se encontraron con dificultades para diferenciar los distintos pueblos que encontraron: «indios», que podían ir desde los pacíficos tahitianos hasta los nativos de la Tierra de Fuego, que Cook describió como «tal vez el pueblo más miserable que haya existido sobre la faz de la Tierra». En el transcurso de sus tres viajes, Cook se apercibió de que Oceanía contenía una gran diversidad de razas y culturas. También vio que los tahitianos practicaban salvajes guerras entre sí, efectuando infanticidios y sacrificios humanos, que desmitificaron la idea de que los pueblos del Pacífico eran «inocentes».

De hecho, las sociedades del Pacífico eran producto de una larga evolución, e incluso las menos avanzadas, sufrieron una compleja adaptación a su entorno. Poseían elaborados códigos de conducta social, desarrolladas mitologías y grandes habilidades. Entre estas últimas, destacaban sus vivos dibujos, pinturas y objetos mágicos destinados a los ritos. Sin embargo, eran inferiores a los europeos en



ciertos aspectos: desconocían los metales, no tenían un sistema de escritura desarrollado, ni animales de tiro. También practicaban una serie de ritos que hubiesen sido repulsivos para la sensibilidad moral europea, aunque es difícil valorar qué era más cruel, si el trato dado por los europeos a los esclavos negros, o el canibalismo de los aborígenes isleños.

Los nativos tasmanos y australianos eran los pueblos más atrasados del Pacífico: se dedicaban a la caza y a la recolección, como los hombres del Paleolítico. Los tasmanos, actualmente extinguidos por el hombre blanco, eran oscuros de piel, con el pelo rizado, y posiblemente de origen papuano. Pero no se sabe muy bien de dónde provenían y cómo llegaron. Se calcula que eran unos 5.000. Por otra parte, Australia estaba muy desigualmente habitada, con algunos cientos de miles de indígenas que llegaron desde Asia antes de que los dos continentes se separasen. En la isla-continente faltaban cereales y ganado, lo cual limitaba el desarrollo de los aborígenes. Aunque su economía era de subsistencia, fomentaron sus escasas habilidades —arpones, utensilios para la caza y la pesca, recolección de gusanos y bayas como cebos—, alcanzado un alto grado de eficiencia, lo cual les permitió la supervivencia aun en épocas de sequía. Había un complejo sistema «monárquico» que unía a varios clanes en una tribu, teniendo a su vez cada una de éstas su propio tótem —un antepasado común, planta o animal— al que se consagraban ceremonias. Todos los aborígenes se iniciaban con un rito durante la pubertad, normalmente la circuncisión. Las pinturas y dibujos de estos pueblos —en cortezas, sobre el suelo o en cuevas— iban desde una exagerada estilización hasta un gran naturalismo.

Melanesia

Los pueblos de Oceanía estaban en un nivel de desarrollo Neolítico: vivían en asentamientos permanentes, cultivaban la tierra y tenían animales domésticos. Se sustentaban de productos vegetales, tales como batatas, cocos y el árbol del pan.

Pero las diferencias entre ellos eran tan importantes como sus similitudes. Oceanía estaba habitada por tres razas distintas, aunque era inevitable el cruce entre ellas y el intercambio cultural. Los melanesios («isleños negros») eran los menos avanzados, de piel oscura y pelo rizado, habiéndose extendido desde Nueva Guinea a las islas vecinas (las Salomón, Nuevas Hébridas, Nueva Caledonia y parte de las Fidji). La densa vegetación de muchas de las zonas de Melanesia hizo que su desarrollo fuese aislado, apareciendo comunidades totalmente cerradas y con lenguas diferentes.

Los micronesios («gentes de las pequeñas islas») eran predominantemente de origen mongoloide, emparentados con los pueblos del este de Asia. Tenían la piel de color amarillo oscuro, con el pelo liso y negro, y eran de baja estatura y delgados. Tanto racial como culturalmente, eran más híbridos que los demás pueblos oceánicos, sufriendo una fuerte influencia de la Polinesia. Ocuparon las islas Marianas, Carolinas, Marshall y Gilbert.

Los polinesios («gentes de las muchas islas») fueron los últimos en llegar al Pacífico. Aún no se sabe muy bien como lo hicieron. Se dice que provenían de Asia, pero últimamente se acepta más la teoría del noruego Thor Heyerdahl, quien con su expedición de la *Kon-Tiki* (1947), demostró que era posible hacer un viaje en balsa desde Perú hasta las islas de la Sociedad. Cualquiera que sea su origen, está claro que los polinesios eran un pueblo eminentemente marinero. Según la teoría más extendida, entre los siglos IX y XIII se extendieron desde las islas de la Sociedad por toda una vasta área del Pacífico, llegando a los archipiélagos de las Hawaii, Nueva Zelanda y la isla de Pascua.

Pertenecían a un pueblo caucásico de bellos rasgos físicos, piel morena y pelo ondulado, y ocupaban las zonas más favorecidas del Pacífico (fuera del alcance de la malaria). Eran una de las razas más avanzadas del Pacífico. Además de su explotación de los recursos marítimos (ya en decadencia durante el siglo XVIII), hicieron sofisticados estudios de oratoria, eran habilidosos músicos y poseían un destacado y digno código de costumbres. En su segundo viaje, Cook llevó a Gran Bretaña a un tahitiano llamado Omai, el cual se adaptó perfectamente a aquella sociedad. El lado menos atractivo de la vida de Poli-

Izquierda, el Resolution, *uno de los dos barcos que utilizó Cook en su segundo viaje (Mitchell Library, Sidney.)*

Página anterior, arriba, izquierda, Las islas Sandwich, *colección de grabados del siglo XVIII que ilustran sobre los descubrimientos del exlorador James Cook.*

Página anterior, arriba, derecha, establecimiento de misioneros ingleses en Kidikidi (Nueva Zelanda). Las noticias que trajo Cook de sus viajes despertaron en Gran Bretaña gran interés y les animaron a la colonización de Australia.

Página anterior, abajo, esquimal de Alaska según el dibujo de un miembro de la tripulación de Cook. La visera se utilizaba para resguardarse del resplandor de la nieve. (Peabody Museum, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.)



nesia lo constituían las enfermedades, el canibalismo, los enterramientos de vivos y los ritos de sacrificio.

La isla de Pascua merece especial mención, pues ha estado ligada a muchas especulaciones. Está a miles de kilómetros de la isla de Polinesia más próxima (Pitcairn), y a unos 4.000 de América del Sur, de forma que desde cualquier dirección de la que provinieran, los polinesios tuvieron que realizar una gran hazaña para llegar a ella. La isla tiene dos características de gran interés: estatuas gigantes labradas en piedra volcánica, que en el siglo XVIII aún estaban coronadas con diferentes tipos de piedra roja, y tablillas de madera con unos escritos jeroglíficos aún no descifrados —un ejemplo único en todo el Pacífico—. Actualmente se atribuyen ambas características más bien a los polinesios, que no a una raza «perdida», pero la casi completa desaparición de la población de la isla, durante el siglo XIX, acabó con cualquier tradición oral que hubiese podido aportar más información al respecto.

La invasión europea

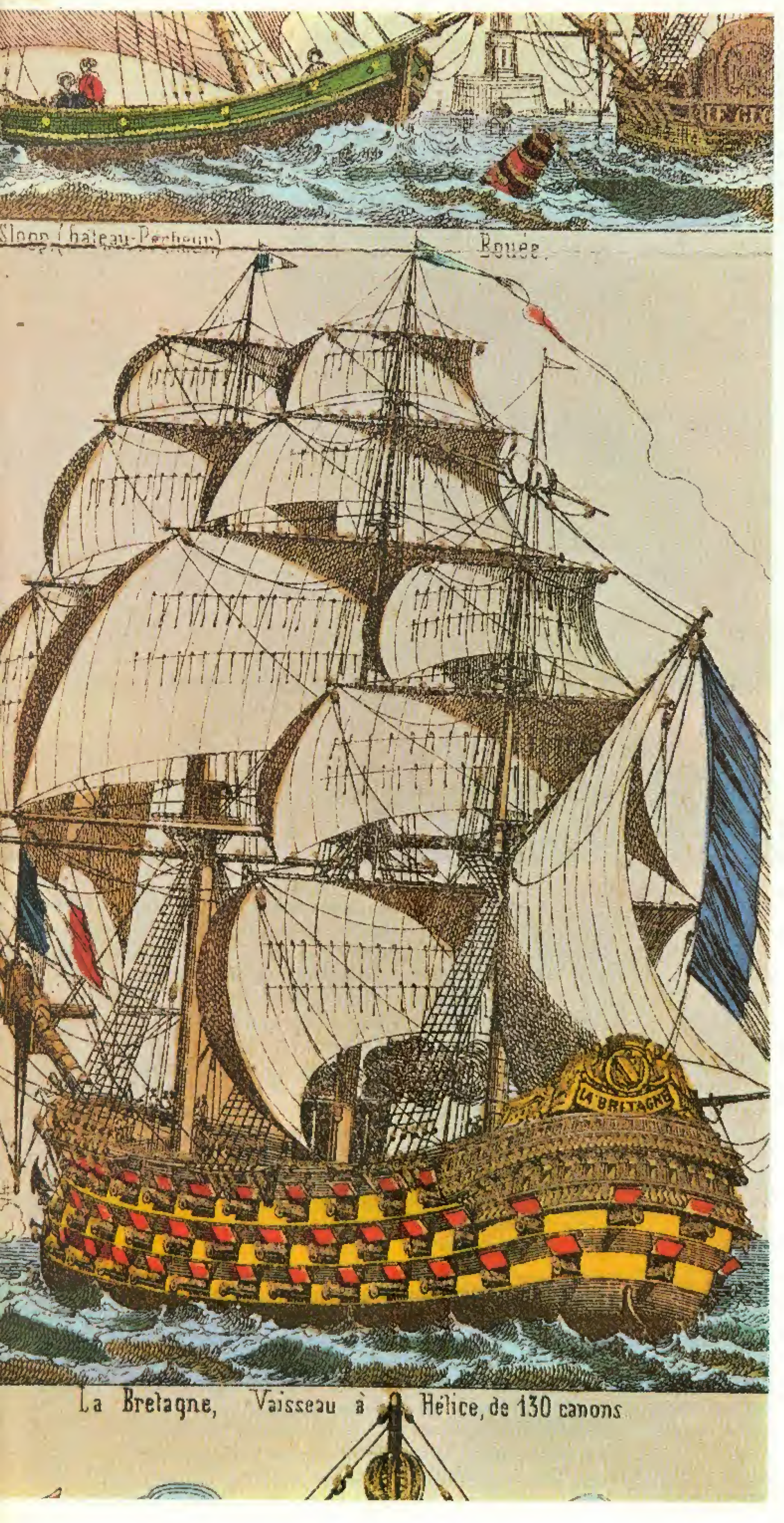
Australia tenía pocos habitantes, mientras que los archipiélagos del Pacífico estaban muy poblados, incluso superpoblados. Los europeos pronto cambiarían la situación al colonizar Australia, acarreando innumerables desgracias a los isleños.

El mismo Cook expresó repetidas veces sus dudas acerca de los beneficios de la influencia del hombre blanco sobre los nativos. En cierto modo tenía razón: los isleños perdieron algunas de sus ancestrales habilidades, y las armas europeas hicieron más sangrientas las guerras tribales.

Las actitudes civilizadas de los caballeros-oficiales-científicos del siglo XVIII no fueron seguidas ni por sus marinos ni por los otros exploradores y aventureros. El famoso motín del *Bounty* (1789) supuso un claro aviso: los amotinados, que se convirtieron en héroes de novela por haber abandonado en un bote a la deriva a su tiránico capitán Bligh, se enfrentaron entre ellos y con los nativos allí donde fueron (Tahití, Tubai y Pitcairn).

El Pacífico se convirtió en un campo abonado para criminales fugitivos, desertores y maleantes en general. Los comerciantes invadieron esta área en busca de sándalo, copra, perlas y una especie de goma marina comestible muy apetecida por los chinos. Obligaron a miles de isleños a trabajar en los campos de azúcar de Queensland, México o Perú. Los balleneros y marinos introdujeron en la sociedad nativa alcohol, violencia y enfermedades venéreas, destruyendo también la vida salvaje de la Antártida. Los misioneros lucharon contra estos abusos, pero cancelaron las culturas indígenas, prohibieron cantar y bailar, y obligaron a vestirse al modo occidental a hombres y mujeres. Si los nativos, desmoralizados, escapaban de los secuestros, delincuentes, alcoholismo y enfermedades venéreas, sucumbían ante los modos de vida europeos que rompieron su equilibrio natural y social.

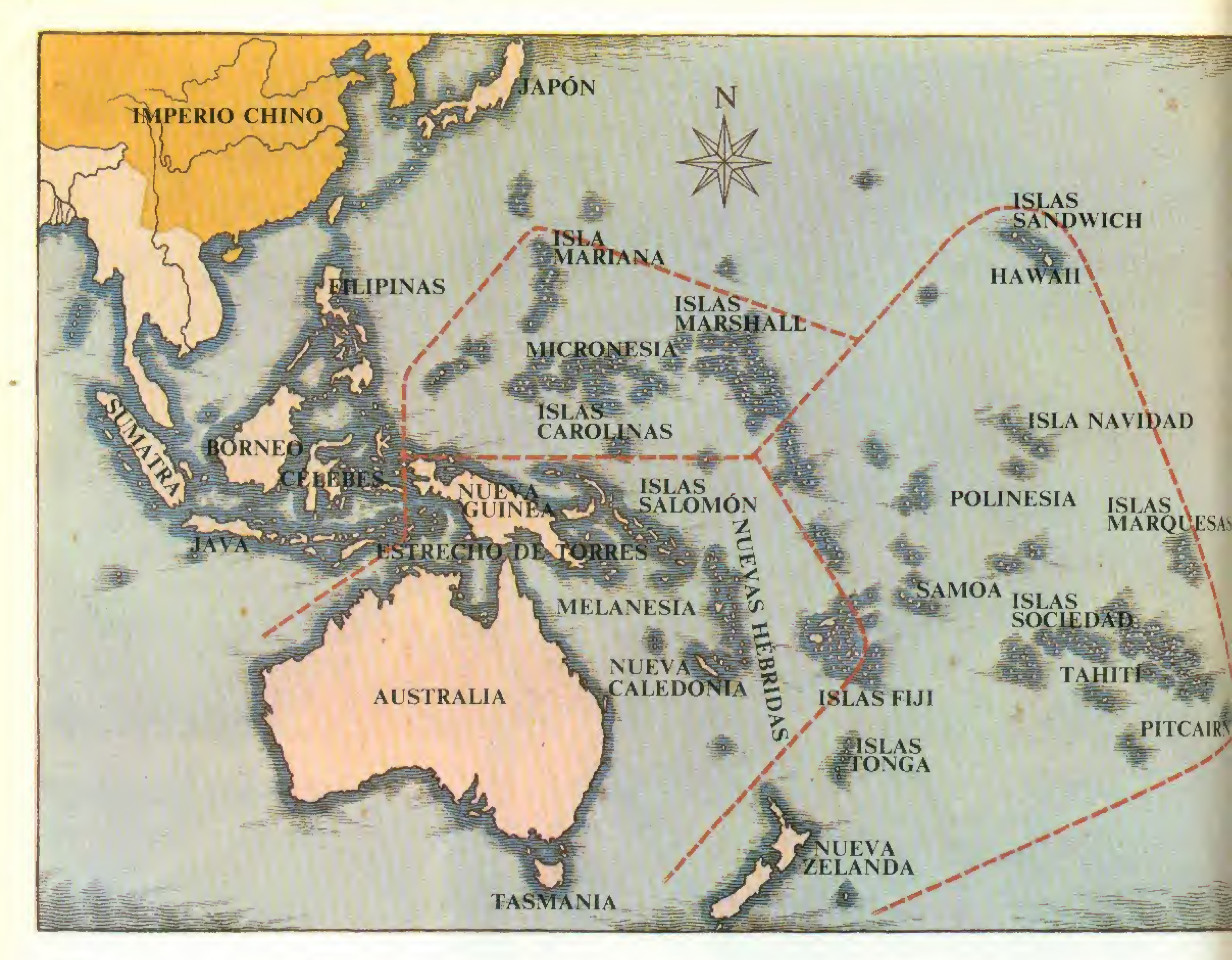
Muchos de estos hechos aparecieron ya a finales del siglo XVIII. El resultado fue un aparatoso descenso de la población, generalizado ya a fines del siglo XIX, cuando las potencias europeas comenzaron a anexionarse las islas. El comercio de copra llevó a las islas, durante el siglo



Izquierda, La Bretagne, *barco francés de vela y vapor, del siglo XVIII. Los franceses quisieron ocupar el primer puesto entre los países colonizadores, lo que motivó una gran rivalidad con los británicos.*

Página anterior, arriba, las famosas estatuas gigantes de la isla de Pascua, pertenecientes a una civilización desconocida.

Página anterior, abajo, el Resolution, *anclado en la isla de Vancouver, Canadá, durante el tercer viaje de Cook. (British Museum, Londres.)*



XIX, a emigrantes chinos, indios y japoneses. Hasta nuestro siglo no ha habido una recuperación demográfica de los pueblos aborígenes, siendo aún muy limitada la recuperación cultural.

Los fieros maorís de Nueva Zelanda, de raza original polinesia, tuvieron más suerte. Fueron capaces de resistir con éxito la llegada del hombre blanco. La arribada de comerciantes europeos les permitió adquirir armas de fuego, con las que aumentaron sus luchas tribales, lo cual les puso en igualdad de condiciones con los colonos. Cuando tuvo lugar la inevitable anexión (1840) la raza maorí aún estaba intacta, y obtuvo unas condiciones relativamente favorables.

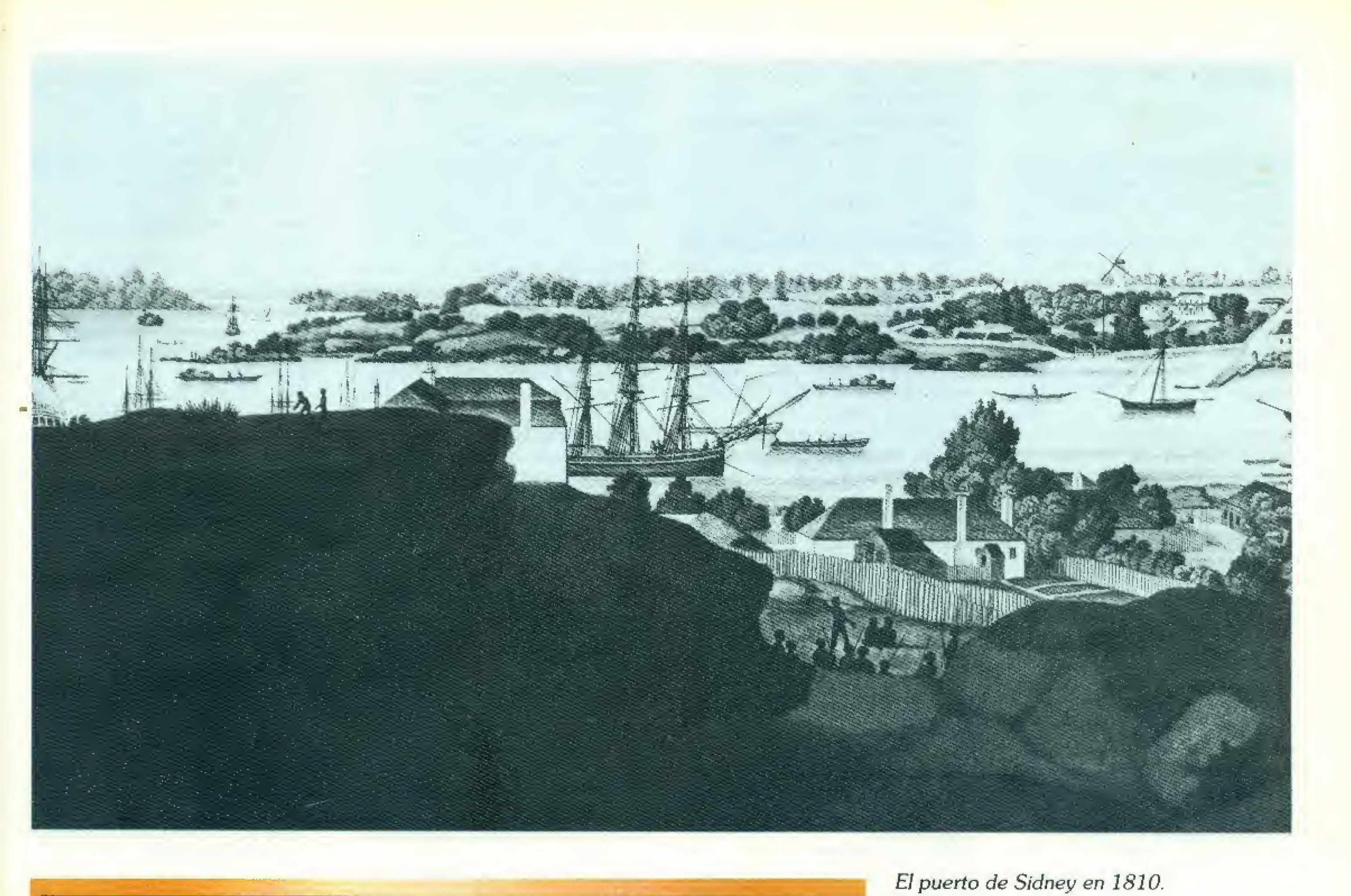
El nacimiento de la Australia blanca

Los gobiernos europeos fueron lentos en anexionarse y colonizar las tierras del Pacífico, debido a la preocupación por los sucesos continentales y a la creciente convicción de que el control político era innecesario y costoso. La única excepción fue Australia, convertida en tierra de presidiarios. En 1788 llegaron once barcos, al mando del capitán Arthur Phillip, a la que sería más tarde la actual Sidney, con un cargamento de 717 hombres y mujeres convictos, y a Nueva Gales del Sur arribaron los soldados que debían vigilarlos.

Los presidiarios siguieron en este continente el mismo sistema de vida que en Gran Bretaña. El riguroso sistema penal británico se había trasladado intacto a esta nueva zona. Durante dos décadas, Australia fue gobernada despóticamente por comandantes militares que pasaron la mayor parte de su tiempo intentando impedir el tráfico de ron y recortar el poder de los oficiales de la guarnición, convertidos en grandes propietarios territoriales. Los aborígenes fueron expulsados hacia las tierras de caza, pues suponían una carga para las autoridades, o bien se retiraron hacia el interior, donde fueron asesinados por los blancos. La colonización de Tasmania se inició con un rápido proceso de destrucción de la población nativa. Hubo una insurrección de convictos irlandeses en 1804 (principalmente prisioneros políticos de la revolución de 1798) y una «rebelión del ron» en 1808 contra uno de los gobernadores, el desafortunado Bligh del *Bounty*.

Se empezaron a hacer los primeros esfuerzos constructivos. En 1793 llegaron los tres primeros pobladores libres, a los que el gobierno británico les donó herramientas y tierras. También se les dieron parcelas a los convictos cuando cumplieron sus penas. El inicio de la ganadería ovina tuvo lugar en la década de 1790. En 1798, George Bass descubrió el estrecho que separaba Tasmania de la isla-continente, y entre 1802 y 1803 Matthew Flinders completó la exploración de la costa sur y circunnavegó Australia. Ésta se había convertido en un asentamiento británico, y su anexión sólo era cuestión de tiempo (1829).

En el siglo XIX continuó la dureza anterior, el desorden y la explotación, pero también se consolidaron la colonización, la exploración y cierto autogobierno.



El puerto de Sidney en 1810.

Página anterior, Australasia en el siglo XVIII.

EUROPEOS EN EL PACÍFICO

Año	Área del Pacífico	Europa
1500	Balboa llega al Pacífico (1513)	
		Las 95 tesis de Lutero (1517)
	Magallanes cruza el Pacífico (1520) Primer viaje de Mendaña (1567) Drake en el Pacífico (1578) Segundo viaje de Mendaña (1595)	
1600	Janszoon funda Nueva Holanda (1605) Viajes de Quirós y Torres (1605) Hartog explora el oeste de Australia (1616)	Conspiración de la Pólvora (1605)
	Viaje de Tasman (1642-1644) Dampier llega a la costa norte de Australia (1699)	Guerra civil inglesa (1642-1646)
1700	Roggeeven descubre las Islas Orientales y Samoa (1721)	
	Wallis y Carteret (1766-1767) Bougainville (1767-1769) 1.er viaje de Cook (1768-1771) 2.º viaje de Cook (1772-1775) 3.er viaje de Cook (1776-1779)	Guerra de los Siete Años (1756-1763)
	Viaje de La Pérouse (1785-1788) Australia: colonia penal en Bahía Botany, Sidney (1788)	Guerra de Independencia americana (1775-1783) Toma de la Bastilla en París (1789)
	Los amotinados del *Bounty* liberados en Pitcairn (1790) Australia: primeros colonos libres (1793) Primera misión en Tahití (1798)	
1800	Viaje de Frecynet (1818-1819) 1.er viaje de D'Urville (1826-1829) Anexión de Australia (1829)	Batalla de Waterloo (1815)
		Gran Reforma Parlamentaria (1832)
	2.º viaje de D'Urville (1837-1840)	Victoria, reina de Inglaterra (1837)
	Anexión de Nueva Zelanda (1840)	

Índice






HISTORIA UNIVERSAL